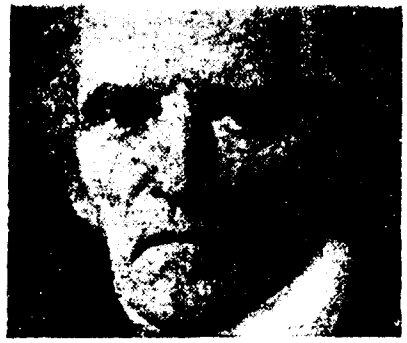


Charles Fourier, considerado entre los que se llaman socialistas utópicos, cobra una interesante actualidad en nuestros días, en el marco de una contestación que va al reencuentro de una dimensión perdida, la crítica de la civilización, e incluso en las formas de manifestarse esta contestación.

El mundo en que vive no le agrada. Por eso idea un nuevo sistema, un nuevo mundo, que al tiempo que representa una crítica de la civilización sienta bases para la vida de la humanidad en lo futuro.

Lo que resalta hoy su originalidad es que la posibilidad histórica de un nuevo orden se inscriba en las pasiones, factor nunca tenido en cuenta por las ciencias políticas y morales. La sociedad de la armonía que imagina se funda en un orden de las pasiones y no en el político o político-económico, lo que le da una total originalidad respecto a cualquier otra utopía y se adelanta intuitivamente a los descubrimientos de Freud y posteriores teorías renovadoras de la sociedad.

La presente selección de las obras de Charles Fourier obedece principalmente a dos criterios: abarcar, por una parte, los aspectos más esenciales de su crítica de la civilización y de su anticipación visionaria del nuevo mundo, y por otra, presentar otros textos más particulares, pero también más sugestivos. Se ha basado la elección de los textos en los siete primeros volúmenes de sus Obras Completas (es decir, *Teoría de los cuatro movimientos, Teoría de la unidad universal, El nuevo mundo industrial y societario* y *El nuevo mundo amoroso*), conservando una unidad temática.

Charles Fourier

La armonía pasional del nuevo mundo

97

Charles Fourier

La armonía pasional del nuevo mundo

taurus

Traducción y Selección de
MENENE GRAS

CHARLES FOURIER

LA ARMONIA PASIONAL DEL NUEVO MUNDO

Prólogo de
EDUARDO SUBIRATS y MENENE GRAS

TAURUS

© TAURUS EDICIONES, S. A.
Plaza del Marqués de Salamanca, 7. Madrid-6
ISBN 84 - 306 - 1097 - 9
Depósito Legal: M. 12.755 - 1973
PRINTED IN SPAIN

PROLOGO

LA VOLUPTUOSIDAD SUBVERSIVA

por EDUARDO SUBIRATS y MENENE GRAS

En hommage à Charles Fourier,
les barricadiers de la rue Gay-Lussac

Esta inscripción figuraba al pie de la estatua de Charles Fourier que, en 1969, un grupo de las barricadas de Mayo instaló sobre el pedestal desnudo de la plaza de Clichy. Los periódicos subrayaron con este motivo que, sin otros medios, un comando compuesto por unos diez jóvenes terminaron la operación en apenas quince minutos, mientras que la retirada de la estatua requirió la intervención de treinta gendarmes, una grúa y algunas horas. Un homenaje a Fourier y un gesto anticipador del trabajo atrayente. Efectivamente el homenaje que se rindió a Fourier fue doble: se erigió de nuevo su estatua, emplazada en este lugar hasta la segunda guerra mundial, y se reivindicó a su vez la actividad apasionada. ¿Un argumento más sobre el aumento de la productividad económica que comportará el orden combinado, el trabajo atrayente? Sin tener en cuenta la participación de instrumentos, el trabajo repugnante de la retirada de la estatua produce un rendimiento notablemente menor; el ahorro de tiempo en favor de la actividad apasionada constituye por sí solo una pesada razón. Sin embargo, el lado subversivo de esta provocación no reside en el hecho de que la actividad placentera multiplique hasta tal

extremo la producción de plusvalía en el sentido del reformismo de las cadencias de trabajo a la Friedmann. No se trata del ahorro del tiempo, sino de que el único displacer para este comando fuera no poder multiplicar eternamente las voluptuosidades producidas por ese instante. El tiempo libidinoso no se mide según el ritmo de la producción mercantil.

El modelo posible de interacción social que anticipa Fourier gira en torno a esta multiplicación de voluptuosidades provocada por la combinación social de pasiones. El deseo en el corazón de la historia, en el eje de la crítica de la civilización, en la base material del nuevo mundo amoroso. Es en un orden de las pasiones y no en un orden político o político-económico en el que se funda la sociedad de la armonía de Fourier. Ello distingue su utopía tanto de los demás socialistas utópicos, cuanto del llamado socialismo científico.

Su discípulo Víctor Considérant cuenta que, a la edad de cinco años, Fourier ya había descubierto el carácter esencialmente parásito y contrario a la naturaleza de las pasiones inherente al comercio, esa «mentira con todas sus secuelas de bancarrota, tráfico, usura y artimañas», como dirá más tarde en la *Teoría de los cuatro movimientos.* En Fourier se alimentó tempranamente una conspiración íntima contra las funciones del comercio para las que le había educado su familia. La anécdota es importante más por lo que tiene de apasionada que por su precocidad. Se subleva contra una profesión insípida lo mismo que se insurge contra un régimen alimenticio que no responda a su carácter. Primera crítica apasionada del mundo de la economía política, ella pone el orden de las simpatías, de la atracción en el centro de todo.

Fourier sabe que semejante principio se opone directamente a la síntesis de los intereses materiales y prejuicios morales que rigen el proceso de la civilización. Una falsa síntesis que oculta la fuerza pulsional de la naturaleza bajo el reino de las necesidades y asfixia su exuberancia bajo los imperativos de la moderación. En contrapartida, Fourier no sólo describe un mundo nuevo, sino que inventa además un nuevo lenguaje que, como

aquél, surge inmediatamente de este desarrollo de las pasiones. Si éstas se encuentran ahogadas en un mundo que las confunde, él las actualiza a través de este lenguaje que ellas mismas producen.

No hay producción futura en la utopía de Fourier, antes al contrario, la crítica del futuro como el tiempo del poder. Su exposición del nuevo mundo amoroso adquiere precisamente por esto un carácter visionario; se describe el desarrollo posible aquí y ahora de las pasiones y del mundo real que ellas engendran. Todo discurre en un tiempo presente, como si Fourier no plasmara sino el sueño de un reino exuberante, y quisiera contagiar este sueño.

¿Un sueño que trata de sorprender la miseria pasional de los siglos que le preceden? ¿Que intenta desarraigar sus prejuicios, minar sus instituciones morales y políticas? La utopía de Fourier no tiene, en primer lugar, esta intención crítica. Es la producción de un mundo del y por el deseo lo que su lenguaje suscita, y todas sus diatribas, en particular sus críticas inmorales, surgen en función de esta producción. ¿Pero es siquiera una invitación al sueño? No es la creación onírica lo que trata de estimular su obra sino el desarrollo de las pasiones. La atracción apasionada es una llamada a todos los que están impacientes por gozar. «Será necesario desarrollar en los civilizados numerosas fantasías nuevas y estimular en cada individuo por lo menos un número de pasiones diez veces mayor que el actual» (I, 104). Con este objetivo ataca las instituciones que reprimen esta multiplicación pulsional o la encauzan de un modo unilateral y exclusivo (la familia, la monogamia, la procreación, los prejuicios morales), y el orden de la economía mercantil que la subordina a las exigencias de la producción; con este fin disuelve el reino del Yo, de la autonomía del sujeto, en la combinación ilimitada de pulsiones (el lector «debe desear su propia derrota», la ruina de su falsa claridad, de la razón, al paso de voluptuosidades y placeres desconocidos, VII, 31).

Un heredero de la filosofía hegeliana y discípulo de los economistas clásicos difícilmente podía asumir la des-

cripción de un nuevo sistema que suponía la soberanía del deseo y la abolición del trabajo como esencia del hombre: Marx desterró la crítica de la civilización de Fourier a la esfera de la utopía, de las esperanzas piadosas, pero irrealizables, no sólo porque ignorara el ardid de la razón, sino peor aún, porque proclamara el derecho de la sinrazón a la historia.

Se ha querido destacar, contra la destitución de la historia del llamado socialismo utópico, un carácter científico que también le sería inherente. Saint-Simon sería el fundador de la sociología moderna, así como Owen, el pionero de la sociología del trabajo; en fin, a Fourier podría corresponderle el lugar no menos digno de descubridor de la energía orgónica cósmica. Sin duda no puede negarse la cientificidad de Fourier, y su obra no se comprendería sin tener en cuenta su descubrimiento preliminar de una «nueva ciencia fija, la analogía».

Pero semejante carácter «científico» no responde al sentido de una ciencia de la historia, de una teoría científica de la historia como «proceso», como cumplimiento y devenir de la razón. En Fourier nos encontramos más bien con la irrupción de la sinrazón en la historia, la catexis libidinosa del mundo social y natural quebrando la continuidad de las instituciones morales y económicas. «La sinrazón del amor debe revelar la locura del mundo razonable»[1]. Y es en esta ruptura libidinal del proceso histórico y no en el pretendido carácter «científico» o «acientífico» de su «utopía», donde debe situarse la oposición entre el materialismo histórico y la teoría del nuevo mundo amoroso de Fourier.

Lejos de ser «superada» por la teoría científica de la historia, Fourier adquiere una nueva actualidad en el marco de una contestación que va al reencuentro de una dimensión perdida por el materialismo histórico; la crítica de la civilización.

Déjacque, por ejemplo, este combatiente de la revolución de 1848, muestra hasta qué punto la agitación social aparece indisolublemente ligada a la crítica del trabajo, a la abolición de la familia, a la libertad sexual, al sueño o la poesía. Es un nuevo orden libidinoso el que en estas luchas hace estallar la continuidad de las instituciones económicas y sociales. Pero semejante ruptura sólo puede integrarse muy precariamente en un pensamiento que, en la misma época, ensalzaba la acumulación del trabajo y de instrumentos técnicos como el ardid del cumplimiento histórico de la sociedad sin clases. Y en los albores de la sociedad industrial, la crítica del trabajo repugnante de Fourier parecería una pura quimera desde la perspectiva que arrojaba el análisis del papel históricamente progresivo de la burguesía, su «gran proyecto» del desarrollo de las fuerzas productivas. Marx podía admitir perfectamente el trabajo de los menores[1], allí donde Fourier establece la formación de hordas y bandas infantiles basadas en los juegos anales, pues de lo que se trataba era precisamente de marchar al paso del desarrollo de la producción mercantil, de seguir o incluso impulsar su curso, hasta un supuesto límite intrínseco al modo de producción capitalista. Toda la política marxista se ha construido, hasta hoy, en función de esta frontera al desarrollo inmanente de las fuerzas económicas de la sociedad capitalista.

Se admite ya por todas partes la inoperancia de la rígida periodización del pensamiento socialista en una etapa pre-científica y otra científica. Las perspectivas de emancipación social abiertas por el socialismo de la primera mitad del siglo XIX deben reconsiderarse en el contexto de una nueva formulación de las alternativas históricas a la sociedad capitalista avanzada. Esta suerte de apertura a una cuenta pendiente de la historia que se había dado comúnmente por clausurada —una apertura cuyos comienzos, en el pensamiento marxista, debería remitirse a K. Korsch— caracteriza de manera general las posiciones de la nueva izquierda.

Cuando un especialista sobre el tema calificaba a Fou-

[1] Citado por S. DEBOUT, *Topique*, 4-5, p. 31.

[1] K. MARX, *Kritik des Gothaer Programs*, Berlín, 1946, p. 33. Respecto al carácter regresivo, «reccionario» de la reivindicación de la abolición del trabajo infantil.

rier como un «maniático simpático» cuyas «fatales experiencias mentales explicarían sus «extrañas construcciones», no hacía más que recoger toda una tradición que lo había exilado a la producción onírica. Y es precisamente la rehabilitación de semejantes «soñadores» lo que se alude con el programa del «fin de la utopía». Sin embargo, esta vigencia del pensamiento utópico, y en particular la actualidad de Fourier, no obedecen en primer lugar a que el desarrollo presente de las fuerzas productivas permita objetivamente la satisfacción generalizada de los deseos, del consumo, a que las condiciones materiales engendradas por el constante acrecentamiento de riquezas del capitalismo posibilite la realización del sueño más fantástico de Fourier. Como si la estupidez que Fourier impugnaba a dos mil quinientos años de civilización hubiera tenido que prolongarse un siglo más para «comprender» su invento.

Ni el orden societario de Fourier se basa en una distribución igual de la riqueza en el sentido del materialismo histórico, ni la exuberancia cuya posibilidad sugirió se deja traducir simplemente en una abundancia de cosas. La actualidad de Fourier reside más bien en su noción de riqueza y de miseria. Una noción que encierra por sí sola una nueva dimensión de las posibilidades históricas de emancipación. «La opulencia de la armonía —escribe en su *Carta al Gran Juez*— no será más que un medio para desarrollar y satisfacer sin obstáculos una enorme cantidad de pasiones brillantes, que los civilizados desconocen» [1]. La riqueza del nuevo mundo amoroso se define en función de la cantidad de pasiones, «tan innumerables, ardientes y variadas que el hombre opulento pasará su vida en una especie de frenesí permanente, y esas jornadas que hoy duran veinticuatro horas le parecerán de una hora». La miseria que la civilización extiende de un modo permanente no viene dada en primer lugar por los límites intrínsecos a un modo de producción determinado, por la irracionalidad de un sistema económico, sino porque este sistema ahoga siempre los gestos

[1] En: *Teoría de los Cuatro Movimientos*, Pauvert.

de un desarrollo posible de las pasiones bajo las exigencias de la producción. Su miseria consiste en concebir la riqueza en términos de valor de uso. Por eso la crítica de la civilización de Fourier revela más que nada, de un modo si se quiere profético, el arcaísmo inherente a las sociedades modernas llamadas de consumo; siguen midiéndose en la carencia al mismo tiempo que generaliza la abundancia.

No se trata de que el desarrollo actual de las fuerzas productivas encierre la posibilidad objetiva de la «realización de la utopía», sino de que, en la era de su organización racionalizada, el crecimiento de la producción disuelve las posibilidades históricas del «sueño» en su horizonte cuantitativo. La sociedad industrial no tiende al cumplimiento del proyecto utópico de una nueva riqueza, sino a su incorporación en la planificación futurista de la vida. No es tanto el fin de la utopía en tanto que utopía lo que se inscribe en su proceso, cuanto su muerte en tanto que ruptura revolucionaria de la continuidad histórica.

Si lo que caracteriza el capitalismo moderno es la función «infra-estructural» del Estado, centrado en la compensación y regulación de las disfunciones del desarrollo de la producción, y en el sorteo de los conflictos que amenacen la integridad del sistema, no existe entonces dimensión emancipadora alguna inherente al desarrollo de las fuerzas productivas, y, por consiguiente, en el trabajo [1]. El materialismo histórico ha puesto siempre sus esperanzas en el progreso como un proceso de signo liberador, transgresor de los límites específicos del sistema capitalista. De ahí esa ilusión de «nadar a favor de la corriente», como decía W. Benjamín; de ahí también «esa fe secularizada del protestantismo en el trabajo», que ha caracterizado su pensamiento (Bernstein se deshacía en reparos y advertencias cuando se publicó la primera edición alemana de *El derecho a la pereza).* Trabajo como esencia del hombre, trabajo como praxis. Y, sin embargo, no

[1] Cf. HABERNAS, *Technik und Wissenschaft als «Ideologie»*, Frankfurt, 1968.

hay otra universalidad en el destino histórico del trabajo que la del desarrollo anhistórico de la mercancía. La dialéctica del esclavo es aplastada por la racionalidad técnica que rige la planificación de su trabajo, y que su propio trabajo ha creado; pero, sobre todo, se convierte en el ardid de la perpetuación de sus cadenas allí donde el esclavo «trabaja para sus necesidades», es decir, allí donde declara la subordinación de su deseo al proceso de producción. No hay reapropiación posible del desarrollo autónomo de la economía cuando las «necesidades» de las que debe depender son precisamente necesidades, el subproducto que el trabajo desprende de la energía deseante.

Lo que caracteriza el «capitalismo organizado» es el constante desplazamiento de este límite de su desarrollo que otorgaría al trabajo un potencial transgresor, a la vez que la tendencia a expander su dominio, como represión instintiva, sobre las esferas no directamente vinculadas con la producción. Pero este doble proceso muestra precisamente la importancia de una crítica que no sólo revele esta represión que le es subyacente —en el mismo sentido que Freud—, sino además el potencial subversivo de multiplicidad pulsional que quedan siempre al margen de su base material de producción. Pues es más bien esa riqueza pulsional, y no las posibilidades de desarrollo de la producción, la que no puede ser asimilada por una sociedad fundada en la síntesis del trabajo y la represión, de los intereses materiales y de la moral; es más bien respecto al «desarrollo posible de las pasiones» que constituye un techo histórico, un límite. Pero no considerado como una esfera susceptible de consumo, de reintegración al universo de la mercancía, sino como energía libidinal creadora de un mundo real.

La actualidad de Fourier se inserta también en el contexto de las nuevas formas de contestación que, desde la Sexpol y los movimientos de reforma sexual de los años veinte, han surgido de este sector no ligado directamente a la esfera de la producción. De la crisis de arte moderno hasta la crítica de la vida cotidiana, son precisamente las zonas marginales, «supraestructurales», de la sociedad

burguesa, las que han puesto en entredicho la integridad de su sistema. A partir del ascenso del movimiento de masas del fascismo, en Alemania, los llamados factores «ideológicos», es decir, económico-libidinales, han adquirido una importancia nuclear incluso en el interior mismo de la famosa «contradicción fundamental» del sistema capitalista y, por tanto, del movimiento obrero clásico. A este movimiento, Fourier ofrece una alternativa no-política —en el sentido de la política especializada—, cotidiana, «doméstica». Su *Aviso a los civilizados* se lee hoy como un pronóstico de nuevas devastaciones y de la afirmación de un universo que parten directamente de esa riqueza pasional que la civilización mercantil no es capaz de absorber. Un océano de pulsiones insatisfechas desbordando las cadencias de la producción racionalizada y las formas de existencia que ella impone.

Pero la crítica de la civilización de Fourier sugiere todavía algo más.

Desde el «freudo-marxismo», o desde que el funcionario Pieck formuló su última razón con la sentencia: «Nosotros los marxistas partimos de la producción; usted (Reich) parte del consumo y, por tanto, no es marxista», se define una estrategia del deseo en los mismos términos en que se lleva a cabo la política de reivindicación salarial. Se traduce en términos de plusvalía la concepción psicoanalítica de la historia como historia del deseo o de su represión; existiría una cantidad de deseo reprimido, insatisfecho, lo mismo que existe un trabajo impagado, alimentando el proceso de acumulación. Es el retroceso de Reich, del Reich posterior a 1930, en que esbozó una crítica económico-libidinal de las categorías de la política marxista, o peor aún, un modelo social basado en la economía de la libido, al programa que encarnaba Pieck y el marxismo de la III Internacional: restringir la economía libidinal a la esfera del consumo, remitir el consumo a la producción. Y si, como corolario, se pone en tela de juicio la dimensión socialmente transgresora del deseo en el marco de la sociedad represiva moderna (paradojalmente calificada de consumista) es porque sólo se lo concibe bajo su forma miserable de

consumo, de destrucción, de relación negativa con la naturaleza; de ahí que parezca asimilable al sistema de la economía mercantil. Con ello no se hace sino neutralizar su carácter radical realmente adquirido en los nuevos movimientos de masas, sofocar su carácter subversivo como negación de la economía política en el orden de la economía libidinosa.

Fourier se encuentra al otro lado de este deseo como consumo pasivo de un mundo externo que produce la economía política. Su punto de partida, por el contrario, es el deseo como transformador de lo real.

En las series apasionadas, la combinación de pasiones disuelve el orden de la racionalidad económica, la producción de voluptuosidades liquida la hegemonía de la productividad mercantil. Con ellas desaparece la relación indigente del sujeto con la naturaleza y la exterioridad del deseo respecto a su objeto. Una pasión, aun aquella que bajo los imperativos de la producción económica adquiere un carácter perverso, punible —las manías, en el lenguaje de Fourier—, constituye en la sociedad de la armonía una serie, una asociación pasional cuyo distintivo común es esa pasión; y en ella se desarrolla en continuidad con su objeto, sin otra producción que la de placeres. Es el fin de la inagotable indigencia fáustica.

No existe ya producción como negación del deseo, ni deseo como pura relación negativa con la naturaleza, como manifestación de una vida esencialmente incompleta. El trabajo, la producción de un mundo objetivo, ya no se ejecuta separado del goce, de la producción de placer; ambos se integran en el mismo movimiento de la atracción apasionada. Ya no existe ni el consumo como pura destrucción del amo ni el trabajo como represión del esclavo. El societario no «trabaja» según sus capacidades, sino que produce pasionalmente en función de las relaciones libidinales que se establecen entre él y el mundo natural que le rodea; ni recibe según sus necesidades, sino según las particularidades de sus apetencias libidinosas.

La perspectiva abierta por Fourier no concibe, pues, el deseo desde el punto de vista del consumo; por ello

mismo, su crítica de la moral, de la moderación instintiva que imponen las instituciones de la civilización, no se plantea en términos de crítica de la «super-estructura ideológica». Antes bien, coloca el deseo en la base misma de la producción material, como principio de una economía pasional. El deseo como producción, como fábrica [1]. El orden pasional de Fourier es así, de un modo inmediato, un orden industrial, el nuevo orden industrial. Por eso, la relación que a partir de él puede establecerse con el psicoanálisis, y en particular con toda la problemática en torno al «malestar de la cultura», descarta desde un principio el punto de vista de su crítica de la civilización como crítica de la ideología; descarta el endeble fundamento en que se asentó el «freudo-marxismo».

El mérito del movimiento político y teórico del psicoanálisis de izquierdas consistió en reincorporar la lucha de clases de estilo clásico. De nuevo aparecieron en el seno del movimiento revolucionario los elementos de una crítica que apenas se conservaba incluso en los grupos y sectas residuales de la I Internacional. Reapareció la crítica de la familia, de la religión o de la sexualidad reprimida, surgió la crítica de la vida cotidiana en su forma moderna. Pero en la medida en que esa dimensión del deseo sólo se asumía bajo el criterio de una impugnación de la superestructura, se despojaba a la crítica económico-libidinal de su carácter inmediatamente transgresor, incorporándola a la crítica de la economía política. Es la famosa tesis del «carácter auxiliar» del psicoanálisis en el materialismo dialéctico, que no es otro que el carácter secundario del deseo, del consumo, respecto a las «contradicciones fundamentales» del sistema de producción. En este sentido, el interés de la obra de Reich no reside en haber intentado la síntesis del materialismo dialéctico y el psicoanálisis hasta un grado máximo de coherencia, sino de haber evolucionado de esta subordinación del deseo —que sólo explicaría negativamente la conciencia de clase— a la producción, hasta una crítica de la economía política en base al «consumo», es decir, ya no el

[1] Cf. Deleuze, GUATARI, *L'Anti-Oedipe*. Minuit.

deseo como pasividad e indigencia, sino como productor, como economía social libidinosa. Una periodización simplemente escamoteada por la periodización de su obra en una etapa llamada «europea» y otra «americana». Sólo desde esta perspectiva puede establecerse un paralelo entre la utopía de Fourier y el orden social de Reich fundado en el desarrollo de la energía orgánica.

No existe cuestión alguna en torno a la relación entre la crítica de la civilización, tal como ha sido formulada por Fourier o el psicoanálisis, y la lucha de clases. O mejor dicho, una problematización semejante desaparece desde el momento en que se revela precisamente la función «infraestructural», económica, de la represión cultural, a la vez que el origen económico de dicha cultura represiva. El trabajo y la reproducción sexual —como lo han mostrado Fourier o Freud— no sólo son las fuentes de la producción y reproducción sociales, sino también, directamente, agentes de la ideología. E inversamente, las normas represoras de la cultura adquieren inmediatamente una función económica en la medida en que someten al individuo a la síntesis instintiva de la sexualidad reproductora y de la actividad del trabajo.

El malestar en la cultura no puede interpretarse como una crítica de la ideología de la sociedad burguesa en la época de su crisis de los valores; lo que pone en entredicho, en primer lugar, es la raíz misma de la producción social, el carácter progresista de las fuerzas del trabajo, y con él, también el progreso. Ya no hay esperanza en el progreso de este mundo después del psicoanálisis, sino pura ilusión.

Su descubrimiento ha sido el de la historia como resultado de la represión instintiva, de la historia como el proceso de la libido reprimida. Y lo que precisamente cabe destacar en su análisis de la cultura es precisamente la función económica que revela en esa represión instintiva.

Entre los factores principales de la insatisfacción pulsional del hombre, Freud señala la necesidad del trabajo, la transformación de la naturaleza, y la organización social de esta producción. «El sufrimiento nos amenaza...

por el mundo exterior, capaz de devastarnos con fuerzas destructoras omnipotentes e implacables, y por fin, por las relaciones con los otros seres humanos» [1]. Y lo que comúnmente criticaron los psicoanalistas de izquierda era el carácter opaco de puro dato con que se teñía este último factor en el pronóstico freudiano de la civilización. Su porvenir, el triste futuro del progreso, se desprendía, para Freud, de una dinámica instintiva entre una progresiva frustración instintiva, el acrecentamiento del sentimiento de culpa, de la pulsión de muerte, y la necesidad de reafirmar las instancias culturales represoras, que daba por supuesto la inamovilidad de este «principio». Ahora bien, el freudo-marxismo tan sólo abordaba críticamente la intransmutabilidad histórica de este segundo factor, la organización social del trabajo, restableciendo de este modo la forma miserable del deseo como consumo de la sociedad mercantil. No es que tuviera que descartarse la incorporación de la crítica freudiana de la represión instintiva a una transformación de la producción, sin embargo, ésta tenía que asimilar el carácter radical que adquirió el descubrimiento de la energía de la libido cuando Freud definía el progreso como el proceso de su represión. Pues no existe transformación revolucionaria de la producción, sino cuando ésta se subordina a la economía de las pasiones, en el sentido de Fourier.

Freud tenía razón en su pesimismo político; la mejor planificación de la economía política nunca logrará desarrollar la totalidad del cuerpo polimorfo. Pero su pesimismo instintivo, por el contrario, estaba plenamente injustificada —respecto a la perspectiva del cuerpo moderno en la combinación social de pasiones, en las series de Fourier—. Y el «freudo-marxismo» estuvo lejos de esclarecer los motivos irracionales [2] de esta oscura perspectiva de los instintos; en la medida en que simplemente la disolvían en una ilusoria alternativa social, no hacía más que corroborar su pesimismo político. El freudo-marxis-

---

[1] FREUD, *Das Unbehagen in der Kultur*, Fischer, p. 75.

[2] Cf. REICH, *Die Funtion des Orgasmus*, Kiepenheuer, pp. 183 y siguientes.

mo no sólo trató de casar el psicoanálisis con una revolución inexistente, sino que además su supuesta alternativa social no podía integrar esta dimensión que sugiere Fourier —y que también esbozó Reich en el período posterior a 1930.

El error del psicoanálisis de izquierdas consistió en suponer que un orden económico y social racionalmente organizado sería capaz de cumplir el programa de satisfacción total de una libido que, en primer lugar, se definía por su polimorfia y en no ver que, por el contrario, era preciso invertir el orden en que el deseo se encuentra subordinado a los imperativos de la producción mercantil. Lejos de poner este orden sobre sus pies, semejante perspectiva conservaba la misma subordinación de la economía de la libido a la economía política, al reino de la necesidad, bajo una cierta transformación de la base material de producción. La construcción de un orden social libidinal se reducía a las tareas de la nueva economía política; la represión se reintroducía así en la lucha por la satisfacción total del deseo.

Trabajo repugnante y sexualidad bajo el monopolio de su función reproductora son los principios que rigen la base material de la civilización represiva. Es a partir de su crítica que Fourier anuncia el fin del viejo mundo. Todo lo que en el trabajo, considerado como actividad libidinal, es una expresión fluida, se petrifica en un gesto uniforme y rígido en el trabajo como actividad productiva. Lo que media entre ambos, entre una actividad del mismo rango que las manifestaciones eróticas, como dice Reich, y otra que se define esencialmente respecto a la represión del goce, es la violencia que de múltiples maneras se ejerce sobre el cuerpo infantil polimorfo. Todas las normas culturales, como la higiene, la exactitud o la puntualidad, o incluso un determinado ideal de belleza física, y todos los condicionamientos de la educación convergen en este punto y en esta función económica de la libido amordazada. Y un proceso análogo se desarrolla sobre las zonas erógenas subsumidas en la fase adulta bajo los imperativos de la función procreadora a la primacía de la sexualidad genital.

Sólo desde esta perspectiva, la teoría psicoanalítica de los instintos «enriquece» la crítica de la economía política en tanto que crítica del universo autónomo del desarrollo ahistórico de la mercancía. Pues es bajo esta autonomía que se cumple dicha síntesis represiva de la libido en el trabajo y en la familia. Y por ello mismo, el descubrimiento de la libido reprimida socava el edificio que se sostiene sobre esta síntesis.

A partir de la crítica de esta represión, Fourier revela la posibilidad histórica de un nuevo orden inscrito en las pasiones. Con ello expone, en primer lugar, un nuevo criterio de la crítica de la economía política.

Si los portavoces de la Revolución francesa, los economistas, no han sido capaces de cumplir sus promesas de felicidad, si, por el contrario, no han hecho más que extender la pobreza, es precisamente porque han omitido desde un principio la base libidinal de toda economía. «Cuando tratan sobre la economía industrial, ellos se olvidan de la asociación, que constituye la base de toda economía» (I, 181), es decir, de la combinación social de pasiones que se encuentra en el origen de toda producción por el deseo. Y no sólo ignoran el desarrollo de las pasiones como base material de la sociedad, sino que lo constriñen en nombre de las necesidades de su industria, de la falsa industria.

De ahí que todo el esplendor de la civilización esté marcado siempre por el signo de la indigencia. La economía política nunca podrá resolver el problema de la miseria, y no porque asuma un sistema irracional de producción, sino porque ella misma la engendra en su propia base, porque su mismo principio de actuación comporta la restricción del deseo. Por eso escribe Fourier que «las ciencias políticas y morales nunca han hecho nada por la felicidad humana; sólo han servido para acrecentar la malicia humana en razón del perfeccionamiento de las ciencias reformadoras. No han llevado más que a perpetuar la indigencia y las perfidias, a reproducir las mismas plagas bajo diversas formas» (I, 81). No logrará nunca satisfacer las pasiones, sino por el contrario, centrada en

su coerción, determinará que ellas no puedan desarrollarse sino bajo la forma de monstruos libidinosos.

De ahí también que el orden de la falsa industria sólo sea capaz de explotar, de dominar las fuerzas de la naturaleza y de la naturaleza humana, convertidas de este modo en potencias extrañas, hostiles, en un dominio separado. Las transformará sometiéndolas a las leyes de la segunda naturaleza, del proceso de producción, pero no será capaz de desarrollarlas en un proceso productor de voluptuosidades. La pasión del criminal libidinoso, lo mismo que la fuerza del león o los poderes de la aurora boreal, aparecerán así como otras tantas potencias infernales en el orden de la economía política, como otras tantas fuerzas convulsivas, indómitas y perniciosas, cuando no constituyen en realidad más que el inmenso excedente de fuerzas que este orden desplaza residualmente en su misma base material de producción —cuando no constituyen, precisamente, sino su potencial subversivo.

Fourier no plantea la crítica de la economía política desde la perspectiva teórica de la crítica de la religión, sino de la moral. Y es este rasgo el que distingue su teoría de las pasiones como principio axial del nuevo mundo. No considera la economía política desde el punto de vista de la producción de un universo extraño, ni el trabajo en su alienación, en el despliegue de este universo, sino por respeto a la multiplicidad de pasiones que este proceso económico reprime.

En primer lugar, Fourier revela la suerte de complicidad que existe entre la moral y la economía; una modera las pasiones allí donde otra las ahoga efectivamente. «La economía política —escribe— es una ciencia que sólo habla a la bolsa; ella tenía que buscarse, por consiguiente, un aliado que se dirigiese al corazón, una secta que redujera las pasiones del lujo y las voluptuosidades en actos religiosos...» (XII, 664).

Ambas se encuentran en el proceso de reproducción social para desplazar, marginar al ámbito de lo anormal, de lo perverso o lo asocial, aquellos gestos espontáneos del deseo no integrables en el desarrollo económico de la

civilización. Del mismo modo que la sexualidad socialmente útil comporta la restricción de la variedad de zonas erógenas bajo la supremacía de la sexualidad genital, la única actividad productiva económicamente rentable, el trabajo repugnante, supone el aplazamiento o la desviación del goce. La moral interviene en ambos momentos como introducción de la moderación en el deseo, como censura que distingue las buenas de las malas pasiones, las productivas de las antisociales, como coerción de la energía libidinal polimorfa allí donde escape a la síntesis impuesta por el orden de la productividad mercantil. Y, paralelamente, así como la gratificación instintiva que proporciona el producto del trabajo supone el deseo como algo pasivo e incompleto, así también interviene la moral determinando su carácter indigente, corrigiendo y canalizando su posible desarrollo.

Pero sobre todo es preciso subrayar la función económica de la moral, en la medida en que delimita la multiplicidad pasional que escapa a las exigencias de un sistema de producción como perversiones o anormalidad.

La utopía de Fourier parece, respecto al mundo de los monstruos sadianos, un universo feliz en el que no queda lugar para la perversidad, la transgresión moral o la pulsión de muerte[1]. El orden de Fourier es un mundo de concordia pulsional. Nada más falso que la creencia en la naturaleza hostil a la concordia de las pasiones, escribe (I, 78), al contrario, ellas tienden de forma espontánea a la concordia, a la formación de combinaciones cada vez más ricas, en el mismo sentido que el primer Freud.

Sin embargo, dista mucho de ignorar el carácter transgresor del deseo en el orden civilizado. La pasión es antisocial por excelencia en un orden «que es sabio para herir la sensibilidad»; pero es en el sistema mercantil donde adquiere precisamente la forma de la perversidad. En este sentido, la teoría de las pasiones de Fourier, distingue entre la perversión o el carácter anti-social de una pasión o rama pasional como resultado de la imposibili-

[1] Cf. KLOSSOWSKI, *Sade et Fourier*, «Topique», 4, 5.

dad de adquirir un desarrollo en el orden civilizado (del mismo modo que no puede encontrar un desarrollo una fuerza natural), del monstruo pasional o del desarrollo pernicioso que una pasión adopta como producto de su represión.

Toda pasión obstaculizada por las restricciones sociales queda sujeta a una «conversión», a una «contra-marcha» en la terminología de Fourier, a partir de la cual se desarrolla una contra-pasión esencialmente perniciosa (VII, 390). En *El nuevo mundo amoroso*, menciona el ejemplo de la princesa Strogonoff que hacía torturar despiadadamente a una de sus esclavas, en realidad el objeto prohibido de sus deseos safianos. Las contrapasiones son los desarrollos disarmónicos que conducen, por tanto, al desorden de la civilización.

Todas las atrocidades libidinales se remiten en la teoría de Fourier a esta obstacularización que la moral o las relaciones sociales civilizadas imponen al desarrollo pasional en sí mismo armónico y sociable. Es lo que le permite explicar el monstruo sadiano, más que integrarlo en el sistema de la armonía. La «crueldad» del «sistema moral», dice Fourier (VII, 391), no sería más que el resultado, la contra-pasión de una pasión compuesta y alternante obstaculizada.

No es, pues, el monstruo, la sociedad clandestina de los amigos del crimen, lo que Fourier reintroduce en su sistema de producción pulsional, cuando la perversión, es decir, el desarrollo libidinal ilícito y reprimido socialmente, de la que el monstruo es sólo el producto. O mejor dicho, es a partir de la libido polimorfa-perversa reprimida en la base misma del orden civilizado que se construye, no ya la sociedad secreta o una contra-sociedad, sino un sistema de producción social al margen del sistema mercantil fundado en la síntesis represiva de la reproducción y el trabajo. El carácter perverso o anti-social de la libido queda así suprimido en un orden que se define por una producción tendente a estimularla directamente.

«No existen pasiones viciosas —escribe Fourier a este

respecto—, sino únicamente desarrollos viciosos» (VII, 449). Ni se trata, por consiguiente, de encauzar la energía libidinal hacia aquellas formas socialmente productivas, de reprimir siquiera aquellas pasiones que adquieren un carácter antisocial en la sociedad actual. Ellas son, por el contrario, fuentes de voluptuosidades inmensas en el orden combinado.

«Admito que el homicidio, el hurto y el fraude sean desarrollos viciosos, pero la pasión que los produce es buena... Dios ha debido crear caracteres sanguinarios, pues sin ellos no existirían ni cazadores ni carniceros en la futura armonía. Por consiguiente, entre los 810 caracteres deben existir algunos de natural feroz que son verdaderamente muy perniciosos en el orden actual, en el que todo obstaculiza e irrita sus pasiones... Así, la ferocidad, el espíritu de orgullo y de conquista, el hurto y la concupiscencia, y tantas otras pasiones perniciosas, no son de ningún modo gérmenes viciosos, sino que su desarrollo está viciado por la civilización.

La descripción del desorden que esta obstaculización, y, por tanto, el monstruo que ella crea, engendran en la sociedad actual hace pensar en la «plaga emocional» de Reich. Y, sin embargo, en esa pasión perversa se anticipa la posibilidad de un mundo erótico.

No es que estas pasiones puedan ser productivas en el orden combinado, sino que ellas son riqueza, la única riqueza del nuevo mundo. El árbol pasional de Fourier distingue una pasión de importancia crucial para la incorporación de esa riqueza pasional en el orden social, el seriismo. Una pasión de la que no puede existir el menor vestigio en la civilización, pues no es sino la afinidad combinatoria de las restantes pasiones más allá de la síntesis de productividad mercantil y sexualidad reproductora que la economía política impone. A través de esta combinación social, las pasiones, aún las más perversas, las «manías» en el lenguaje de Fourier, adquieren un desarrollo en el nuevo orden económico-libidinal, es decir, se convierten en la actividad que integra a la vez la pro-

ducción del mundo real y el goce. Es «el secreto de la felicidad perdida que se trata de reencontrar» (I, 117);

el fin de la economía política y el comienzo de la atracción apasionada.

EDUARDO SUBIRATS

MENENE GRAS

NOTA DEL TRADUCTOR

La presente selección de las obras de Charles Fourier obedece principalmente a dos criterios: abarcar, por una parte, los aspectos más esenciales de su crítica de la civilización y de su anticipación visionaria del nuevo mundo, y presentar, por otra, otros textos más particulares, pero también más sugestivos. He basado la elección de los textos en los siete primeros volúmenes de sus Obras Completas (es decir, Teoría de los cuatro movimientos, Teoría de la unidad universal, El nuevo mundó industrial y societario *y* El nuevo mundo amoroso), *tratando de conservar en la medida de lo posible una unidad temática.*

La obra de Fourier presenta bastantes dificultades de orden estilístico, cuando no simplemente sintáctico. El mismo no sólo lo advierte, sino que lo proclama: reivindica la ignorancia sintáctica, aunque no sólo ésta; lleva a cabo efectivamente la demolición de un lenguaje que ya no corresponde a su contenido original. El uso de un lenguaje nuevo, la inversión e invención de términos, el trabajo de zapa contra las reglas de juego del discurso establecido queda justificado por el contenido subversivo de su proyecto mismo. Por muy chocante, reiterativo o caótico que resulte, debe conservarse, pues, su estilo

corrosivo. La interpretación de algunas frases del Nuevo mundo amoroso *presenta también algunos obstáculos, toda vez que abundan los espacios en blanco o fragmentos ilegibles en el manuscrito original.*

Es preciso justificar, por último, la versión de algunos términos que por sí mismo no presentarían mayores dificultades si Fourier no les hubiera conferido un significado particularmente nuclear. Así, el concepto étourderie *con el que Fourier alude al «dominio de la sinrazón sistemática», al «mecanismo de falsedad», permite diversas traducciones, a una ceguera que se mantiene en los límites entre la voluntariedad y la involuntariedad. He optado por el término castellano «ofuscamiento» como el más idóneo, descartando el de «inadvertencia» que Fourier utiliza en otro contexto y con connotaciones distintas.*

El écart absolu *constituye para Fourier la premisa de toda invención: es abandonar, desasirse, apartarse de todas las ciencias conocidas, hacer abstracción de todo; en este sentido, la traducción más apropiada, por mucho que pueda parecer chocante, es «separación absoluta de todo», como versión más exacta que el término de «alejamiento», pues éste no implica la existencia de una ruptura.*

El término égarement *podría traducirse por el de error; sin embargo, el «égarement» de la razón por las ciencias inciertas no alude solamente al error, a la falsedad de la razón, sino también a su errar, al* extravío *de una razón ciega que gira alrededor de sí misma.*

El concepto de essor *es más amplio que el de desarrollo; designa un movimiento ascendente movido por un impulso, la atracción, es decir, un movimiento apasionado. Si he optado por la palabra «desarrollo», prefiriéndolo a la de esplendor o impulso, u otra palabra compuesta, es porque esos términos no le añadían ninguna connotación substancial.*

Foyer *puede verterse tanto por «foco» como por «núcleo». He preferido este último término allí donde Fourier hace referencia al centro de irradiación pasional.*

Finalmente, papillonne, *una de las tres pasiones distributivas, junto a la* compuesta *y la* cabalista, *ha sido traducida por «mariposeante» a fin de conservar su sentido figurativo, descartando otras posibilidades como «inconstante» o «veleidosa».*

LA ARMONIA PASIONAL
DEL
MUNDO NUEVO

¡Qué fascinante va a ser para ciertos individuos impacientes, como los franceses, poder iniciarse con la lectura de una sola obra en tan grandes misterios y sentirse de repente más sabios en el estudio de la naturaleza y del hombre, que los eruditos que han cotejado millares de sistemas! ¡Qué triunfo para aquellos que no han leído los 40.000 tomos de filosofía! Como lo ha previsto Condillac, se adelantarán con mucho a quienes habrán pasado largos años atiborrándose el cerebro de filosofías, y que, según el augurio del mismo autor, tendrán que olvidar todo lo que han aprendido de las ciencias inciertas.

(*Théorie de l'Unité universelle*, vol. I, «CIS-PAUSE».)

El autor ha tenido que prever esa desconfianza que despiertan las promesas gigantescas; no se expondría así a la sospecha de vanilocuencia sin estar apoyado por pruebas más que suficientes. Los charlatanes científicos procuran no tropezar con la opinión pública; adoptan formas embaucadoras e insinuantes y se abstienen de anunciar lo inverosímil: pero quien publica un descubrimiento real no sería más que un charlatán si no contradijera a nadie. No aportaría nada nuevo: Colón, Galileo, Copérnico, Newton, Harvey y Linneo se vieron obligados a enfrentarse con su siglo y a desmentir las opiniones más arraigadas.

Sin embargo, las formas académicas se oponen a que se desmienta a las ciencias acreditadas; para deslizarse furtivamente en los rangos de los sofistas privilegiados, la regla consiste en repartir incienso a todo el mundo. El papel del inventor es completamente diferente; no es un pretendiente a la academia ni está obligado a afectar el tono; no puede incensar los prejuicios que acaba de disipar. Querer que un inventor no se desprenda de las ideas recibidas, es como exigir a un naturalista que no trajese ninguna planta nueva al regresar de un viaje de exploración.

(*Le Nouveau Monde industriel et sociétaire*, «Entraves opposées aux inventeurs».)

AVISO A LOS CIVILIZADOS
sobre la próxima metamorfosis social

Muchos civilizados desean saber cuál es el proceder que más conviene a sus intereses para actuar provechosamente en lo que resta de civilización; he ahí todo lo que puedo deciros a este respecto:

1.º No construyais ningún edificio; distribución de los edificios civilizados es absolutamente incompatible con las costumbres del orden combinado, y habrá que hacer enormes cambios en todas vuestras casas para que tengan alguna utilidad; a pesar de todo, muchas de ellas no servirán para nada. Ello no debe alarmar a los propietarios, porque todo perjuicio ocasionado por la implantación del nuevo orden será indemnizado por la jerarquía esférica; ésta poseerá una extensión de tierras vacantes tres veces superior a la superficie de las tierras cultivadas. Además, al explotar el globo entero, sus riquezas serán diez veces superiores a las que se necesitarán para sufragar las indemnizaciones correspondientes.

2.º Buscad las riquezas muebles, el oro, la plata, los valores metálicos, las piedras preciosas y objetos de lujo despreciados por los filósofos; su valor se duplicará y triplicará apenas haya empezado el orden combinado. El aumento será menos sensible sobre el cuero, el estaño, el hierro, etc.; pero por lo general todo producto extraído penosamente de las minas adquirirá de pronto un valor insospechado en el orden combinado, donde la ex-

plotación de las minas será excesivamente costosa porque es muy poco atrayente. *Correrán la misma suerte los objetos extraídos a duras penas de las profundidades marinas, como las perlas, etc.; estos tipos de trabajo se practicarán muy poco, aun cuando la armonía se halle completamente organizada.*

3.° En las propiedades rurales, buscad preferiblemente los bosques de arbolado alto y las canteras. Como habrá que construir rápidamente una infinidad de edificios, las maderas que se precisen para la construcción y las piedras que tengan que labrarse se elevarán a un precio excesivo en los primeros años en que el orden combinado será todavía imperfecto y el espíritu mercantil subsistirá todavía durante cierto tiempo.

4.° No fundéis ninguna colonia lejana; no soñéis en expatriaros en busca de fortuna; cada uno será feliz en su país y vivirá sin inquietud alguna. En cuanto a las emigraciones que harán las comarcas populosas, se efectuarán de un modo muy diferente a vuestras fundaciones coloniales, y los colonos partirán ya organizados en falanges para ir a instalarse en cantones y edificios que les habrán sido preparados por los ejércitos industriales.

5.° Haced niños: en el comienzo del orden combinado no habrá nada más valioso que los niños de tres años o menores aún, pues, al no estar corrompidos todavía por la educación civilizada, podrán recoger todos los frutos de la educación natural y alcanzar la perfección del cuerpo y del espíritu. En consecuencia, un niño de dos años será más valioso que uno de diez, y la jerarquía esférica recompensará generosamente a todas las muchachas que puedan aportar niños menores de tres años. Del mismo modo recompensará a los príncipes que hayan contribuido a esta aportación permitiendo desde este instante a toda muchacha hacer niños fuera del matrimonio.

6.° No sacrifiquéis el bien presente por el bien futuro. Gozad el momento, evitad toda asociación de matrimonio o interés que no satisfaga vuestras pasiones en el mismo instante. ¿Por qué trabajar por el bien futuro, si ello confundirá vuestros deseos y en el orden combinado sólo tendréis una contrariedad que consistirá en no poder doblar la duración de los días, con el fin de abarcar el inmenso círculo de placeres que podréis experimentar?

7.° No os dejéis seducir por la gente superficial, que creerá ver en el invento de las leyes del movimiento un cálculo sistemático. Imaginad que bastan cuatro o cinco meses para ponerlo en práctica sobre una legua cuadrada, que la prueba quizá se concluya en el curso del verano próximo; que entonces el género humano entero pasará a la armonía universal y que, desde este momento, debéis disponer vuestra conducta con vistas a la proximidad y facilidad de esta inmensa revolución.

8.° Guardaos con más cautela todavía de escuchar las críticas que arrojarán contra el inventor y no contra el invento. *¿Qué importa la forma en que se anuncia? que este folleto no tenga estilo ni método, etc.; lo sé y no quiero intentar hacerlo mejor en las memorias posteriores. Aunque estuviesen escritas en jerga, es* al invento, *y no* al inventor, *a quien hay que juzgar. Por esa razón, toda crítica se vuelve inconsecuente en la medida en que este invento no se ha publicado aún y por mi parte me limito a dejarlo vislumbrar. Ciertamente no era necesario todo un volumen para anunciarla, pero me he visto obligado a tener en cuenta a la opinión pública, ¡y ella quiere volúmenes! En primer lugar, todos se informan de cuántos volúmenes ocupará el invento, y parece que creen que no tendría ningún valor si no comprendiera algunos; por lo tanto, hay que escribir sobre el tema y hacer libros más o menos malos, como puede hacerlos cualquier hombre que, aparte de su descubrimiento, no tenga otra ciencia que la de saber contar con el palmo. Además, para prevenir las críticas, declaro que les dejo hacer con mis libros lo que quieran, pues no tengo la pretensión de ser escritor, sino sólo inventor. Ni siquiera quiero leer la gramática para corregirme faltas que deben abundar en mi estilo. Hago alarde de mi ignorancia, cuanto mayor es, más cubre de vergüenza a los sabios que, con tantas luces de las que estoy privado, no han sabido descubrir las leyes del movimiento social,*

no han intuido la ruta de la felicidad que yo solo habré abierto al género humano, sin que nadie más pueda reivindicar la menor participación en mi invento.

Antes de publicarlo daré un segundo folleto, que será una continuación de éste y tratará aproximadamente sobre el mismo objeto.

Como esas dos primeras memorias tienen por objeto consultar la opinión pública a fin de conocer aquellos puntos que habrá que desarrollar, he debido introducirme ligeramente en todas las materias que he apuntado, sin poder exponer ninguna demostración sistemática antes de haber publicado la teoría de la atracción apasionada.

Esta comprenderá seis breves memorias que aparecerán sucesivamente, y en las cuales reproduciré el orden combinado en acción. Imaginaré un despertar de Epiménides en el año 2200, época en la que el 8.° período social que va a organizarse habrá adquirido su esplendor, y en que empezará la 2.ª creación, que introducirá al género humano en 9.° período.

Los suscriptores de los seis cuadernos de la atracción apasionada podrán dirigirme sus objeciones y observaciones sobre los desarrollos que juzguen necesarios. Yo les daré las aclaraciones de utilidad general, y en cada cuaderno podré dedicar algunas páginas de réplica a las observaciones más importantes que se me aduzcan. Por lo demás, no quiero enfrascarme en ningún debate polémico sobre este asunto.

Hay un problema sobre el que deberán abstenerse de pedirme explicaciones. Es el más importante de todos, y trata de la retribución proporcional a las tres facultades industriales, es decir, la repartición del producto agrícola y manufacturero de una falange, entre las sociedades, según el dividendo de los capitales, luces y trabajo de cada uno.

Este problema constituye el nudo gordiano del orden combinado, sin cuya solución sería inútil organizar una falange, pues ésta caería inmediatamente en discordia si se desconocieran las medidas necesarias para la retribución proporcional a las tres facultades. *Evitaré premeditadamente toda dilucidación sobre este problema, a fin de poder reservar a quien corresponda el honor de fundar la armonía universal, empresa que podría llevar a cabo cualquier propietario rico, e incluso una compañía de accionistas, si yo divulgase la solución pertinente. Por consiguiente, será inútil solicitarla en las objeciones que se me podrán dirigir.*

Les invito a releer esta obra si quieren sacar algún fruto; una primera lectura sobre un tema tan nuevo no basta; además, careciendo de práctica en escribir, no habré sabido clasificar metódicamente ni exponer con claridad las diversas materias; por ello, una segunda lectura disipará muchas confusiones y suplirá mi insuficiencia. Muchas de mis aserciones chocan con todas las opiniones y sublevan los espíritus de buenas a primeras; éstas sólo pueden apreciarse en una segunda lectura; la primera sólo puede servir para suscitar dudas que serán plenamente confirmadas por un examen más profundo de las absurdidades civilizadas.

¿Y hubo jamás instante más apropiado para hacer que los civilizados se avergüencen de sí mismos y de sus ciencias filosóficas? ¿Hubo jamás generación más inepta en política que la que ha hecho degollar a tres millones de jóvenes para volver a los prejuicios de los que se quería liberar? Los furores de los siglos precedentes eran mucho más excusables; eran la avidez y el fanatismo lo que se ponía al descubierto; lo que originaba las guerras era la pura pasión; pero hoy es en honor de la RAZÓN *como se superan todas las masacres, cuyo recuerdo nos ha transmitido la historia; es por la* dulce igualdad *y la* tierna fraternidad *por lo que se inmolan tres millones de víctimas; tras lo cual, la civilización, cansada de matanzas y avergonzada de su propia inepcia, no ve otra manera de conseguir la tranquilidad que la de restablecer humildemente los prejuicios que había proscrito y llamar en su auxilio a las costumbres que la filosofía acusa de* sinrazón.

Estos son los trofeos políticos de la generación actual. Después de esto, ¿qué hombre no se avergonzaría de ser civilizado y de haber dado crédito a las charlatanerías

políticas y morales? ¿Qué otro siglo estará más dispuesto a considerar nuestras luces sociales como espesas tinieblas y a sospechar la existencia de una ciencia más cierta que haya podido escapar hasta este día a las investigaciones del género humano? Sí, esta ciencia de la felicidad social que no poseíais no es otra que la teoría de la atracción apasionada: el mecanismo de la atracción es un problema que Dios plantea a todos los globos, y sus habitantes no podrán conseguir la felicidad hasta que no lo hayan resuelto.

(TC, 242-248)

I

TEORIA DE LOS CUATRO MOVIMIENTOS Y DE LOS DESTINOS GENERALES

Desde el principio hasta el fin de esta obra solicito la atención sobre una verdad insólita para los civilizados; y es, que la Teoría de los cuatro movimientos, *social, animal, orgánico* y *material,* constituye el único estudio que la razón debía proponerse. Se trata del estudio del Sistema general de la Naturaleza, problema que Dios plantea a todos los Globos; y sus habitantes no podrán alcanzar la felicidad hasta que no lo hayan resuelto.

Hasta ahora no lo habéis resuelto, ni siquiera estudiado; no habéis alcanzado más que la cuarta y última rama de esta teoría, la del *movimiento material,* cuyas leyes os fueron desveladas por Newton y Leibniz. En más de una ocasión tendré la oportunidad de reprocharos este atraso del espíritu humano.

Antes de publicar mi teoría expondré un ligero esbozo en el presente volumen y añadiré algunas disertaciones sobre la ignorancia política de los Civilizados; los dos ejemplos principales de dicha ignorancia se tomarán:

En la segunda parte, de los vicios del sistema conyugal;

En la tercera parte, de los vicios del sistema comercial;

Y del ofuscamiento de los filósofos, que no han investigado ningún procedimiento mejor para la unión de los sexos y el intercambio de los productos industriales.

Indudablemente, estas controversias son demasiado secundarias para apoyar una noticia tan importante como el descubrimiento de las Leyes del Movimiento; pero era necesario que me extendiera sobre algunas nimiedades de la Política civilizada para que se presintiera la existencia de una Ciencia más cierta que confundirá a las Ciencias filosóficas.

En el curso de esta lectura se deberá tener en cuenta que, al ser el invento anunciado más importante por sí solo que todos los trabajos científicos realizados desde que existe el género humano, sólo una cuestión debe preocupar a los civilizados a partir de este momento: comprobar si verdaderamente he descubierto la Teoría de los cuatro movimientos; pues, en caso afirmativo, deben echar al fuego todas las teorías políticas, morales y económicas, y prepararse para el acontecimiento más sorprendente, el más afortunado que pueda tener lugar en este globo y en todos los globos, *el paso súbito del caos social a la armonía universal.*

(TC, 71)

DISCURSO PRELIMINAR

Sobre el ofuscamiento * *de las naciones civilizadas que han olvidado o despreciado las dos ramas de estudios útiles para encaminarnos a la teoría de los destinos: el estudio de la Asociación agrícola y de la Atracción apasionada.*

Y sobre los funestos resultados de este ofuscamiento que prolonga inútilmente desde hace dos mil trescientos años la duración del caos social, es decir, de las sociedades civilizadas, bárbara y salvaje, que efectivamente no son el destino del género humano.

Si consideramos la afluencia de grandes genios que ha producido la civilización, sobre todo a lo largo del siglo XVIII, nos vemos inclinados a creer que han agotado todas las posibilidades de la ciencia: si no se han hecho grandes descubrimientos, tampoco se ha alcanzado la mediocridad.

Esta prevención se disipará: los hombres advertirán que las luces adquiridas apenas constituyen una cuarta parte de las que aún pueden adquirirse, y que todas ellas podrán alcanzarse simultáneamente a través de la teoría de los cuatro movimientos; ella es la clave de todos los inventos que el espíritu humano es capaz de concebir, y nos iniciará en unos conocimientos, en los que todavía podrían derrocharse unos diez mil años de estudios, teniendo en cuenta la lentitud de los métodos actuales.

* *Étourderie.*

Al principio, el anuncio de esta teoría suscitará el recelo, únicamente por prometer la elevación de los hombres al conocimiento de los destinos. Por consiguiente, considero oportuno dar a conocer los indicios que me han puesto sobre la vía: esta explicación demostrará que el descubrimiento no exigía ningún esfuerzo científico y que los sabios más modestos hubieran podido llegar a él antes que yo de haber poseído para este estudio la cualidad requerida, *la ausencia de prejuicios*. Es en este punto donde he manifestado una predisposición, para el cálculo de los destinos, de la que carecían los Filósofos, defensores y predicadores de los prejuicios que fingen combatir.

Bajo el nombre de Filósofos no incluyo aquí sino a los autores de las ciencias inciertas, las políticas, morales, económicas y otras, cuyas teorías no son compatibles con la experiencia, ni tienen otro fundamento que la fantasía de sus autores. Luego, cuando nombre a los FILOSOFOS, recordarán que no me refiero a los autores de las ciencias fijas, sino sólo a los de la clase incierta.

(TC, 73)

Indicios y métodos que condujeron al descubrimiento anunciado

Nunca hubiese imaginado que iba a investigar los destinos, pues compartía la opinión general que los considera impenetrables, relegando todo cálculo sobre este objeto a las visiones de los astrólogos y los magos: el estudio que me encaminó a ellos sólo versaba sobre problemas industriales o políticos de los que daré alguna noción.

A raíz de la impericia que los Filósofos habían mostrado en su primera tentativa práctica durante la Revolución francesa, todos coincidieron en considerar su ciencia como un error del espíritu humano, los torrentes de luz política y moral sólo parecían torrentes de ilusiones: ¡Ah! ¿Acaso podemos ver otra cosa en los escritos de

estos sabios que, después de haber empleado veinticinco siglos para perfeccionar sus teorías y tras haber reunido todas las luces antiguas y modernas, engendran para su inauguración tantas calamidades como beneficios habían prometido y hacen declinar la sociedad civilizada hacia el estado bárbaro?

Ese fue el resultado de los cinco primeros años en que Francia soportó la experiencia de las teorías filosóficas.

Tras la catástrofe de 1793, las ilusiones se desvanecieron, las ciencias políticas y modernas se corrompieron y desacreditaron para siempre. A partir de este momento, se presintió que no podía esperarse ninguna felicidad de todas las luces adquiridas; que el bien social debía buscarse en alguna ciencia nueva, y que debían abrirse nuevas perspectivas al genio político, pues era evidente que ni los Filósofos ni sus rivales sabían remediar las miserias sociales, y que bajo los dogmas de unos u otros seguirían perpetuándose las plagas más ignominiosas, entre otras, la indigencia.

Esta fue la primera consideración que me hizo sospechar la existencia de una ciencia social aún desconocida, y que me impulsó a intentar su descubrimiento. En vez de atemorizarme por mis pocas luces, sólo presentí el honor de encontrar lo que veinticinco siglos sabios no supieran descubrir.

Me alentaban los numerosos indicios del extravío de la razón, y principalmente el aspecto de las plagas que asolaban la industria social: la indigencia, la privación de trabajo, el éxito del fraude, las piraterías marítimas, el monopolio comercial, el robo de esclavos y tantos otros infortunios que no enumero y que nos hacen dudar si la industria no será una calamidad inventada por Dios para castigar al género humano.

Por ello supuse que en esta industria existía cierto trastorno del orden natural; que ésta quizá se ejercía contra los designios de Dios; que la constancia de tantas plagas podía atribuirse a la ausencia de alguna disposición querida por Dios y desconocida por nuestros sabios; por último pensé que si las sociedades humanas pade-

cen, según la opinión de Montesquieu, «*una enfermedad de indolencia, un vicio interior, un veneno secreto y oculto*», podría encontrarse el remedio alejándonos de las rutas seguidas por nuestras ciencias inciertas que carecen de ese remedio desde hace tantos siglos. Consecuentemente adopté por norma en mis investigaciones, LA DUDA ABSOLUTA y LA SEPARACION ABSOLUTA *; debo definir estos dos procedimientos, puesto que nadie antes de mí hizo uso de ellos.

1.° *La duda absoluta.* La idea procede de Descartes, pero pese a exaltar y recomendar la duda no hizo más que un uso parcial y desplazado de ésta. Creaba dudas ridículas, dudaba de su propia existencia, se preocupaba más por alambicar los sofismas de los antiguos que en buscar verdades útiles.

Los sucesores de Descartes aún hicieron menos uso de la duda; sólo la aplicaron a las cosas que no les satisfacían; por ejemplo, problematizaron la necesidad de las religiones, porque eran adversarios del clero; pero mucho se hubieran cuidado de poner en tela de juicio la necesidad de las ciencias políticas y sociales, que les proporcionaban los medios para ganarse el pan, y que actualmente se han reconocido completamente inútiles bajo los Gobiernos poderosos, y poderosísimas bajo los Gobiernos débiles.

Como no estaba relacionado con ningún partido científico, decidí aplicar la duda a las opiniones de unos y otros indistintamente, e incluso sospechar de aquellas disposiciones que gozaban de asentimiento universal; tal es la civilización, ídolo de todos los partidos filosóficos, en la que se cree ver la culminación de la perfección; sin embargo, ¿puede haber algo más imperfecto que esta civilización que arrastra consigo todas las plagas?, ¿puede haber algo más sospechoso que su necesidad y su inmutabilidad?, ¿acaso no es posible que sólo sea un escalón de la carrera social?, ¿si ha sido precedida por otras tres sociedades, el Salvajismo, el Patriarcado y la Barbarie, puede afirmarse que será la última, por el mero

* *Ecart absolu.*

hecho de que sea la cuarta?, ¿y no pueden aparecer otras, no veremos un quinto, un sexto, un séptimo orden social que quizá serán menos desastrosos que la civilización, y que sólo se desconocen porque jamás nadie ha intentado descubrirlos? Por consiguiente, hay que aplicar la duda a la civilización, dudar de su necesidad, de su excelencia y de su existencia. Los filósofos no se atreven a plantear semejantes problemas, pues si sospechasen de la civilización, su sola sospecha de nulidad repercutiría en sus teorías, que al estar íntimamente vinculadas a la civilización, se desmoronarían con ella en el mismo instante en que se descubriera un orden social mejor para sustituirla.

Por consiguiente, los filósofos se limitan a la DUDA PARCIAL porque deben defender ciertos libros y prejuicios corporativos; y por miedo a comprometer los libros y su camarilla siempre han tratado con reticencias los problemas más importantes. Por lo que a mí respecta, como no tenía que defender a ningún partido, pude adoptar la *duda absoluta* y aplicarla desde el principio a la civilización y a sus prejuicios más arraigados.

2.° *La separación absoluta.* Supuse que el medio más seguro para llegar a descubrimientos útiles era alejarse completamente de las vías seguidas por las ciencias inciertas que jamás hicieron el menor invento útil para el cuerpo social, y que, pese a los inmensos progresos de la industria, ni siquiera consiguieron prevenir la indigencia; en consecuencia, me creí obligado a mantenerme constantemente en oposición con estas ciencias; considerando la inmensa cantidad de sus escritores, pensé que todo asunto tratado por ellos debía estar completamente agotado, y decidí interesarme únicamente por problemas que no hubiesen sido abordados por ninguno de ellos.

De este modo evité toda investigación relativa a los intereses del trono y del altar, objeto sempiterno de las investigaciones de los filósofos desde el origen de su ciencia: siempre buscaron el bien social a través de las innovaciones administrativas o religiosas; mas yo, por el contrario, me dediqué a buscar el bien social únicamente en aquellas operaciones que no tuviesen ninguna

relación con la administración ni el sacerdocio, que sólo se basasen en medidas industriales o domésticas, y que fuesen compatibles con todos los Gobiernos sin tener necesidad de su intervención.

Teniendo por guías *la duda absoluta* sobre todos los prejuicios, y la *separación absoluta* de todas las teorías conocidas, no tenía otra solución que abrirme un nuevo camino, caso de que lo hubiera; mas no esperaba ni por asomo introducir el cálculo de los destinos. Lejos de tener grandes pretensiones, en un principio sólo traté de problemas muy simples, entre los cuales *la asociación agrícola y la represión indirecta del monopolio comercial de los insulares* fueron los más importantes. Cito estos dos problemas porque uno depende del otro, y su solución de ambos. No se puede liquidar indirectamente el monopolio de las potencias insulares sin realizar la asociación agrícola, y *viceversa.* Tan pronto se encuentre la manera de llevar a cabo la asociación agrícola, ésta realizará sin peligro alguno la liquidación del monopolio insular, de las piraterías, de la especulación, de la bancarrota y otras plagas que asolan la industria.

Me apresuro a adelantar estos resultados para suscitar algún interés por el problema de la *asociación agrícola,* pues parece tan banal que ni siquiera los sabios se han dignado jamás ocuparse de ella.

Ahora invito al lector a recordar que he creído necesario darle a conocer algunos cálculos que prepararon mi descubrimiento. En consecuencia, disertaré sobre un asunto que aparentemente no guarda relación alguna con los destinos: la *asociación agrícola.* Yo mismo, cuando comencé a especular sobre este objeto, nunca habría imaginado que un cálculo tan modesto pudiese conducir a la teoría de los destinos; no obstante, ya que se convirtió en su clave, debo hablar de ella con cierta extensión.

(TC, 74-76)

La solución de este problema tan desdeñado conducía a la solución de todos los problemas políticos. Todos sabemos que en algunas ocasiones pueden lograrse los resultados más prodigiosos con los medios más insignificantes: con una aguja metálica puede dominarse un rayo y dirigirse un buque a través de tempestades y tinieblas; y con un medio igualmente simple puede ponerse término a todas las calamidades sociales; mientras la civilización se baña en sangre para saciar las rivalidades mercantiles, no cabe la menor duda de que se tendrá interés por conocer cómo una operación industrial va a liquidarlas para siempre sin ninguna lucha; y cómo el poder marítimo, tan temible hasta el momento presente, va a ser absolutamente nulo, gracias a la *asociación agrícola.*

En la antigüedad esta disposición no era practicable, a causa de la esclavitud de los agricultores; los Griegos y los Romanos vendían al labrador como un animal de carga, con el beneplácito de los filósofos, que nunca protestaron contra esta odiosa costumbre. Estos sabios tienen la costumbre de creer imposible todo lo que no ven: imaginaban que no se podría liberar a los agricultores sin cambiar el orden social; sin embargo, se ha conseguido ponerlos en libertad; y el orden social sólo está mejor organizado. Los filósofos todavía tienen ante la asociación agrícola el mismo prejuicio que tenían ante la esclavitud; piensan que es irrealizable porque nunca ha existido; cuando ven a las familias aldeanas trabajando incoherentemente piensan que no existe ningún medio para asociarlas, o por lo menos fingen pensarlo; pues sobre esto como sobre cualquier otra cosa les conviene dar por insoluble todo problema que no saben resolver.

Sin embargo, en más de una ocasión se ha podido prever que se conseguirían economías y mejoras incalculables si se pudiese reunir en sociedad industrial a los

habitantes de cada aldea; asociar en proporción a su capital y a su industria a unas doscientas o trescientas familias de fortuna desigual que cultivasen un cantón.

En un principio, esta idea parece gigantesca e impracticable, en virtud del obstáculo que oponen las pasiones a una agrupación semejante; obstáculo aún más espantoso en la medida en que no puede superarse paulatinamente: no bastan para reunirse en sociedad agrícola veinte, treinta, cuarenta individuos, ni cien; como mínimo, son necesarios ochocientos individuos para formar la asociación NATURAL o ATRAYENTE. Por estas palabras entiendo una sociedad cuyos miembros serán impulsados al trabajo; por emulación, amor propio y otros móviles compatibles con el del interés: el orden correspondiente nos apasionará por la agricultura, hoy tan repugnante, que sólo se ejerce por necesidad y so pena de morir de hambre.

No voy a darles detalles sobre las averiguaciones que he efectuado en torno al problema de la asociación natural; tan opuesto es este orden a nuestras costumbres que no quiero precipitarme en darlo a conocer: su descripción parecería ridícula si previamente no preparara al lector mediante una ligera apreciación de las inmensas ventajas que resultarían de él.

La asociación agrícola, suponiendo que reúna alrededor de 1.000 personas, ofrece a la industria beneficios tan enormes que resulta difícil explicarse la indiferencia de los modernos respecto a este asunto; no obstante, existe una clase de sabios, los economistas, que se dedican especialmente a los cálculos de perfeccionamiento industrial. Su negligencia por investigar un procedimiento de asociación es tanto más inconcebible, tras haber indicado varias de las ventajas que ésta procuraría; por ejemplo, han reconocido, y todos han podido reconocer como ellos, que trescientas familias de campesinos asociados sólo tendrían un granero muy cuidado, en lugar de trescientos graneros en mal estado; una bodega única, en lugar de trescientas cubas, conservadas en su mayor parte con extrema ignorancia; que, en diversos casos, y sobre todo en verano, no tendrían más que tres o cua-

tro hogueras en lugar de trescientas; que sólo enviarían a la ciudad una lechera con un tonel de leche arrastrado por un carro, lo cual ahorraría cien medias jornadas perdidas llevando cien jarras de leche; diversos observadores han previsto economías semejantes, y con todo no han indicado ni la veinteava parte de los beneficios que aportaría la asociación agrícola.

La asociación agrícola se ha creído imposible, porque nadie conocía el modo de realizarla; ¿era esto un motivo suficiente para concluir que no se descubriría y que ya no debía buscarse? Si se considera que ésta duplicaría (y a menudo triplicaría) los beneficios de la explotación general, nadie dudará que Dios no haya previsto los medios para establecerla, pues ante todo ha debido ocuparse de la organización del mecanismo industrial, que constituye el eje de las sociedades humanas.

Las personas impacientes por discutir elevarán contra ella múltiples objeciones: «¿Cómo amalgamar familias en sociedad cuando una posee 100.000 libras y otra ni siquiera un ardite?, ¿cómo compaginar tantos intereses diversos y conciliar tantas voluntades contradictorias?, ¿cómo absorber todas esas competencias en un plano de intereses combinados?» A ello respondo: por el incentivo de las riquezas y de los placeres; la pasión más fuerte de los campesinos y de los ciudadanos es el amor al lucro. Cuando vean que un cantón societario da, en igualdad de oportunidades, *tres veces* (cinco veces, siete veces) más beneficios que un cantón de familias incoherentes, y que asegura a todos los asociados los placeres más variados, olvidarán todas sus rivalidades y se apresurarán a crear la asociación; ésta se extenderá sin ninguna ley a todas las regiones, pues en todas partes los hombres se apasionan por las riquezas y los placeres.

En definitiva, esta teoría de la asociación agrícola, que cambiará el destino del género humano, deleita las pasiones comunes a todos los hombres, seduciéndolas por el incentivo del lucro y de las voluptuosidades; ello constituye la garantía de su éxito tanto entre los salvajes

y los bárbaros como entre los civilizados, puesto que las pasiones son las mismas en todos los lugares.

No es apremiante dar a conocer este nuevo orden, al que daré los nombres de *series progresivas o series de grupos, series apasionadas.*

Con estas palabras designo un conjunto de varios grupos asociados que se dedican por entero a las diversas ramas de una misma industria o de una misma pasión. A este respecto se puede consultar la nota A (al final del volumen), donde expongo algunas nociones sobre la organización de las series progresivas, que, sin ser suficientes, prevendrán las falsas ideas que podrían formarse acerca de este mecanismo ante diversos detalles que se han oído de mí, que jamás dejan de tergiversarse al repetirlos.

La teoría de las *series apasionadas* o *series progresivas* no se ha ideado arbitrariamente como nuestras teorías sociales. La ordenación de las series concuerda completamente con la de las series geométricas de las que tienen todas sus propiedades, como el equilibrio de rivalidades entre los grupos extremos y los grupos medios de la serie.

(...).

Las pasiones, esas supuestas enemigas de la concordia contra las que se han escrito tantos miles de volúmenes que carecerán de interés; las pasiones, digo, sólo tienden a la concordia, a la unidad social de la que tan alejadas las hemos creído; pero sólo pueden armonizarse en la medida en que se desarrollan regularmente en las *series progresivas* o *series de grupos;* fuera de este mecanismo, las pasiones no son más que tigres encarnizados, enigmas incomprensibles; eso es lo que ha hecho sostener a los filósofos la necesidad de reprimirlas, opinión doblemente absurda, ya que las pasiones no pueden reprimirse, y si todos las reprimiéramos, el estado civilizado declinaría rápidamente, volviendo al estado nómada en el que las pasiones seguirían siendo tan nocivas como entre nosotros; pues no me parecen menos dudosas las virtudes de los pastores que las de sus apologistas.

El orden societario que sucederá a la incoherencia civilizada no admite moderación ni igualdad ni ninguna de las consideraciones de los filósofos: quiere pasiones ardientes y refinadas, y a partir del momento en que se forma la asociación, las pasiones concuerdan más fácilmente entre sí, cuanto más vivas y numerosas sean.

No se trata de que este nuevo orden deba cambiar de algún modo las pasiones; ello no sería posible ni a Dios ni a los hombres, pero puede cambiarse la dirección de las pasiones, sin cambiar en absoluto su naturaleza; por ejemplo, si un hombre carente de fortuna aborrece el matrimonio y se le ofrece una mujer dotada de cien mil libras de renta, consentirá alegremente a consumar esta unión que la víspera le repugnaba. ¿Habrá cambiado por ello de pasiones? No, pero su pasión dominante, la avidez de riquezas, habrá cambiado de dirección, y para conseguir su objetivo adoptará una vía que ayer no le causaba ningún placer; mas no por ello habrá cambiado la naturaleza de su pasión, sino sólo la ruta.

Luego, si anticipo que en el orden societario los hombres adquirirán gustos diferentes de los que tienen en el presente, y que preferirán vivir en el campo que en la ciudad, no hay que creer que al cambiar de gustos cambiarán de pasiones; seguirán guiándose sólo por la avidez de riquezas y de placeres.

Insisto en esta observación para descartar una ridícula objeción que aducen ciertos espíritus obtusos cuando oyen hablar de los cambios de gustos y de costumbres que traerá consigo el orden societario; éstos exclaman inmediatamente: *¡Por consiguiente, cambiaréis las pasiones!* No, ciertamente, pero se les abrirán nuevas posibilidades que les asegurarán un desarrollo triple y cuádruple del que encuentran en el orden incoherente en que vivimos. Por ese motivo, los civilizados sentirán aversión por las costumbres que hoy les complacen, como la vida de familia; cuando observen que en la familia los niños no hacen más que gritar, romper, disputarse y rechazar todo trabajo, y que estos mismos niños, introducidos en las *series progresivas* o *series de grupos,* trabajan en la

industria rivalizando por emulación y sin necesidad de estímulo, que se instruyen voluntariamente sobre los diversos cultivos, las industrias, las ciencias y las artes, que producen y dan beneficios mientras creen divertirse; cuando los padres vean ese nuevo orden, encontrarán a sus hijos adorables en las series y detestables en las familias incoherentes. Cuando seguidamente observen que en la residencia de una *Falange de series* (ése es el nombre que daré a la asociación que cultive un cantón) se cocina tan maravillosamente, que por la tercera parte de los gastos que cuesta una comida familiar, en las series se encuentra un servicio tres veces más delicado y abundante; de modo que pueden alimentarse tres veces mejor, gastando tres veces menos que en una familia, y además evitar la preocupación por las provisiones y preparativos; cuando vean, por último, que en las relaciones de las series jamás se da el engaño y que el pueblo tan falso y tan villano en la civilización resplandece de verdad y gentileza en las series, sentirán aversión hacia esa familia, esas ciudades y esa civilización, objetos de su devoción presente; querrán asociarse en una falange de series y habitar en su edificio; ¿habrán cambiado de pasiones, por el sólo hecho de despreciar las costumbres y gustos que actualmente les satisfacen? No, pero sus pasiones habrán cambiado de curso, sin haber cambiado de objetivo ni de naturaleza; por consiguiente, hay que precaverse mucho de creer que el orden de las series progresivas, que ya no será la civilización, deba operar el menor cambio en las pasiones: ellas han sido y serán siempre inmutables, para producir el dolor y la pobreza fuera de las series progresivas o para producir la concordia y la opulencia en las series que son nuestro destino, y cuya formación en un solo cantón, será imitada espontáneamente en todo país, por el único incentivo de los inmensos beneficios e innumerables placeres que este orden asegura a todos los individuos, cualquiera que sea la desigualdad de las fortunas.

A continuación expongo los resultados de este invento, desde el punto de vista científico.

(TC, 76-79)

De la atracción apasionada y de sus relaciones con las ciencias fijas

¿Es por desdén, por inadvertencia o por temor al fracaso, por lo que los sabios no se han preocupado por indagar el problema de la asociación? No importa cuál haya sido su motivo, pero jamás se han preocupado por él; yo soy el primero y el único que se ha ocupado de él: de ello se deduce que si la teoría de la asociación desconocida hasta nuestros días, pudiera conducir a otros descubrimientos, si ella constituye la clave de algunas nuevas ciencias, todo ello me pertenece a mí solo, dado que yo soy el único que ha buscado y comprendido esta teoría.

En cuanto a las nuevas ciencias a las que ésta nos da acceso, me limitaré a indicar las dos principales; y como estos detalles no interesan a la mayor parte de lectores, seré lo más breve posible.

La primera ciencia que descubrí fue la teoría de la atracción apasionada.

Cuando supe que las series progresivas aseguran un pleno desarrollo a las pasiones de ambos sexos, de las diversas edades y de las diversas clases; que en este nuevo orden, adquiriremos tanto más vigor y fortuna, cuantas más pasiones tengamos, conjeturé que si Dios había dado tanta influencia a la atracción apasionada y tan poca a la razón, su enemiga, era para conducirnos a este orden de series progresivas que satisface por completo a la atracción; en consecuencia, pensé que la atracción, tan difamada por los filósofos, era el intérprete de los designios de Dios sobre el orden social, y llegué al *cálculo analítico y sintético de las atracciones y repulsiones apasionadas;* éstas conducen por entero a la asociación agrícola; por consiguiente, hubiéramos descubierto las leyes de la asociación sin buscarlas, de habérsenos ocurrido hacer el análisis y la síntesis de la atracción; nadie ha soñado en ello, ni siquiera en este siglo XVIII que de-

seando introducir por todas partes los métodos analíticos, no ha intentado aplicarlos a la atracción.

La teoría de las atracciones y repulsiones apasionadas es fija y aplicable por completo a los teoremas de geometría; será susceptible de grandes desarrollos y podrá convertirse en el alimento de los pensadores que, según creo, están muy preocupados por ejercer su metafísica sobre algún asunto luminoso y útil.

Prosigo con la filiación de las nuevas ciencias. Muy pronto me di cuenta de que las leyes de la atracción apasionada correspondían plenamente a las de la atracción material, explicadas por Newton y Leibniz; y que existía una *unidad del sistema de movimiento en el mundo material y espiritual.*

Sospeché que esta analogía podía extenderse de las leyes generales a las leyes particulares; que las atracciones y propiedades de los animales, vegetales y minerales quizá se coordinaban en el mismo plano que las del hombre y de los astros; me convencí de ello tras las indagaciones necesarias. Así se descubrió una nueva ciencia fija: *la analogía de los cuatro movimientos material, orgánico, animal y social o analogía de las modificaciones de la materia con la teoría matemática de las pasiones del hombre y de los animales.*

El descubrimiento de estas dos ciencias fijas me reveló otras cuya nomenclatura sería inútil exponer aquí. Estas se extienden hasta la literatura y las demás artes y establecerán métodos fijos en todas las ramas de los conocimientos humanos.

En cuanto poseí las dos teorías de la atracción y de la unidad de los cuatro movimientos comencé a leer en el libro de la naturaleza; sus misterios se revelaban sucesivamente y pude levantar el velo que todos creían impenetrable. Avancé por un nuevo mundo científico, así fue como llegué progresivamente hasta el cálculo de los destinos universales o determinación del sistema fundamental, en el que se determinaron las leyes de todos los movimientos presentes, pasados y futuros.

Ante un acontecimiento semejante, ¿de qué hay que maravillarse más?; de la suerte que me ha revelado tan-

tas nuevas ciencias, con ayuda de un pequeño cálculo sobre la asociación, que era su clave, o del ofuscamiento de veinticinco siglos sabios que jamás pensaron en ocuparse de ese cálculo, por mucho que hubieran agotado tantas otras ramas de estudios; creo que la disyuntiva se decidirá a mi favor, y que la amplitud de mis descubrimientos parecerá menos sorprendente que el ofuscamiento de los siglos que no lograron alcanzarlos.

Ya he consolado a los sabios de una desdicha semejante, haciéndoles saber que les está reservada una cosecha de glorias y riquezas; pues aporto mayor número de ciencias nuevas que minas de oro se encontraron al descubrir América. Pero careciendo de las luces necesarias para desarrollar estas ciencias, sólo me reservaré una de ellas, la del *movimiento social;* dejo todas las demás en manos de los eruditos de las diversas clases que podrán prepararse con ellas un magnífico dominio.

¡Cuánto necesitaba este abastecimiento! Todas las categorías de sabios se hallaban en el límite de la desesperación, limitándose a recoger de aquí y de allá miserablemente. Habían repasado y exprimido hasta el último grano de las ciencias conocidas: no les quedaba otro recurso que crear sofismas para combatirlos y llenar doble cantidad de volúmenes, erigiendo y refutando cada error.

A partir de este momento la escena cambia: los sabios van a pasar de la absoluta miseria a la excesiva opulencia; la cosecha será tan abundante, que todos podrán vanagloriarse de participar en ella y de conseguir una celebridad colosal, pues a ellos pertenecerá la primera explotación de esta mina científica de la que extraerán los más ricos filones. A partir de la segunda memoria, donde trataré de los movimientos *animal* y *orgánico,* cada uno de ellos podrá percibir los objetos de su competencia sobre los que tendrá que componer tratados de ciencia cierta; insisto sobre este nombre de *Ciencia cierta,* pues se prodiga pésimamente y a propósito a ciencias vagas y caprichosas, como la botánica, cuyos diversos sistemas no son más que esquemas clasificados arbitrariamente y sin ninguna relación con el

método de la naturaleza que consiste en coordinar todas las formas y propiedades de las cosas creadas con un modelo común, con el sistema matemático de las pasiones humanas.

He sugerido que finalmente las ciencias adoptarán un curso fijo y todas ellas dependerán de un método invariable. A partir de la segunda memoria ofreceré algunas nociones de este método que lo remite todo a nuestras pasiones y que muestra en todo lo existente los esquemas repugnantes, como la astronomía, más encanto que el que hoy ofrece el estudio de las flores.

Entre los felices resultados que este método procurará, hay que considerar, en primer lugar, el descubrimiento de los remedios especiales para todas las enfermedades. No existe mal que no tenga uno o varios antídotos extraídos de los tres reinos; pero la medicina, al carecer de una teoría regular para proceder a la investigación de los remedios desconocidos se ve obligada a tantear durante siglos e incluso durante milenios hasta que el azar le facilite un remedio; además todavía no ha descubierto los absorbentes naturales de la peste, la rabia y la gota, mientras que nosotros los descubriremos a través de la teoría de los cuatro movimientos. La medicina, así como las otras ciencias, va a salir de su larga infancia, y a través del cálculo de los *contramovimientos* se elevará a todos los conocimientos que durante tanto tiempo le fueron negados.

(TC, 79-81)

Extravíos de la razón por las ciencias inciertas

La gloria y la ciencia son muy deseables, indudablemente, pero muy insuficientes cuando no van acompañadas de la fortuna: las luces, los trofeos y otras ilusiones no conducen a la felicidad, que, ante todo, consiste en la posesión de riquezas; por eso, en la civilización, los sabios son generalmente desgraciados, porque son pobres. No gozarán de los favores de la fortuna más que

en el orden societario que sucederá a la civilización: en este nuevo estado social todo sabio o artista conseguirá una fortuna colosal, siempre que tenga un mérito real: más adelante indicaré de qué modo este mérito será confirmado por el voto anual de todos los cantones del globo sobre las obras que deban coronarse.

Pero al mostrar a las ciencias fijas (y a las artes) el brillante futuro que se abre ante ellas, ¿qué tono debo adoptar para anunciar la tempestad que se abatirá sobre los viejos ídolos de la civilización y sobre las ciencias inciertas? ¿Hay que vestir los largos trajes de duelo para declarar a los políticos y moralistas que ha sonado la hora fatal y que sus inmensas galerías de volúmenes se precipitarán a la nada; que los Platón, los Séneca, los Rousseau, los Voltaire y todos los corifeos de la incertidumbre antigua y moderna la verán todos juntos en el río del olvido? (No me refiero a sus producciones literarias, sino sólo a lo que respecta a la política y a la moral.)

Esta debacle de bibliotecas y celebridades no tendrá nada de ofensivo para el cuerpo filosófico, si se considera que sus escritores más célebres ya han muerto y no padecerán la afrenta de su caída. En cuanto a sus discípulos existentes, sólo deben pensar en la fortuna que les aguarda y en el placer de penetrar por fin en este santuario de la naturaleza, al que sus antecesores no pudieron acceder.

¿Y, acaso no previeron siempre la fatalidad que les amenazaba? Veo el pronóstico de esta fatalidad en sus escritos más renombrados; desde Sócrates, que esperaba que un día descendería la luz, hasta Voltaire que, impaciente por verla descender, exclama: «¡Pero qué densa noche vela aún la naturaleza!» Todos confiesan la inanidad de sus ciencias y el extravío de esa razón que han pretendido perfeccionar; finalmente, todos se ponen de acuerdo para decir con su compilador Anacarsis: «Estas bibliotecas, pretendidos tesoros de conocimientos sublimes, no son más que un depósito humillante de contradicciones y errores.»

Es demasiado evidente que las ciencias políticas y mo-

rales, pese a existir desde hace veinticinco siglos, no han hecho nada para la felicidad de la humanidad ni han servido más que para aumentar la malicia humana, en razón del perfeccionamiento de las ciencias reformadoras; no han logrado otra cosa que perpetuar la indigencia y las perfidias y reproducir las mismas plagas bajo diversas formas. Después de tantos ensayos infructuosos para mejorar el orden social, a los filósofos sólo les queda la confusión y la desesperación. El problema de la felicidad pública es un riesgo insuperable para ellos; ¿acaso el mero aspecto de los indigentes que llenan las ciudades no demuestra que los torrentes de luces filosóficas no son más que torrentes de tinieblas?

Sin embargo, una inquietud universal prueba que el género humano todavía no ha llegado al fin al que la naturaleza quiere conducirlo; y esta inquietud parece presagiar algún gran acontecimiento que cambiará nuestra suerte. Las naciones fatigadas por la desdicha se aferran ávidamente a todo sueño político o religioso que les permita entrever un destello de bienestar; se parecen a un enfermo desesperado que confiara en una curación milagrosa. Parece que la naturaleza sople al oído del género humano que está destinado a una felicidad cuyas rutas ignora, y que un descubrimiento maravilloso disipará de pronto las tinieblas de la civilización.

La razón, por muchas exhibiciones que haga de sus progresos, no ha hecho nada por la felicidad, pues no ha procurado al hombre social esta fortuna que es el objeto de todos los deseos; y entiendo por *fortuna social* una opulencia graduada que libre del estado de indigencia a los hombres menos ricos y que les asegure por lo menos la condición que nosotros llamamos *mediocridad burguesa*. Si es innegable que las riquezas constituyen para el hombre social la primera fuente de felicidad después de la salud, esa razón, que no ha sabido procurarnos la riqueza relativa o soltura graduada, no han hecho de sus pomposas teorías más que inútiles charlatanerías que no persiguen ningún fin; y el descubrimiento que yo anuncio no sería, como las teorías políticas y morales, sino un nuevo oprobio para la razón si no nos diera más

que ciencia, y siempre ciencia, sin proporcionarnos las riquezas que necesitamos antes de la ciencia.

La teoría de los destinos cumplirá los deseos de las naciones, asegurando a todos esta opulencia graduada, objeto de todos los deseos, que no puede encontrarse más que en el orden de las series progresivas. En cuanto a la civilización de la que vamos a salir, demostraré que lejos de ser el destino industrial del hombre no es más que una plaga pasajera que asola la mayor parte de los globos durante sus primeras edades; que para el género humano no es más que una enfermedad temporal, como la dentición para la infancia; que se ha prolongado dos mil trescientos años más, por la inadvertencia o el orgullo de los filósofos que han despreciado todo estudio sobre la asociación y la atracción; por último, que las sociedades salvaje, patriarcal, bárbara y civilizada sólo son sendas de espinas, escalones para elevarse a un orden social mejor, al orden de las series progresivas que es el destino industrial del hombre, y fuera del cual todos los esfuerzos de los mejores príncipes para remediar las desdichas de los pueblos son absolutamente inútiles.

En vano, filósofos, habéis hacinado bibliotecas para buscar la felicidad, mientras no se extirpaba la raíz de todas las calamidades sociales, quiero decir la *incoherencia industrial* que es antípoda de los designios de Dios. Os lamentáis de que la naturaleza os niegue el conocimiento de sus leyes; ¡ah!, si hasta hoy no habéis logrado descubrirlas, ¿a qué esperáis para reconocer la insuficiencia de vuestros métodos y buscar otros nuevos? O la naturaleza no quiere la felicidad de los hombres, o vuestros métodos están condenados por la naturaleza, pues no han conseguido arrancarle el secreto que perseguíais: ¿acaso es tan rebelde a los esfuerzos de los físicos como a los vuestros? No, porque los físicos estudian sus leyes en lugar de dictárselas, y vosotros sólo estudiáis el arte de extinguir la voz de la naturaleza, de extinguir la atracción que es intérprete de sus designios, puesto que conduce directamente a la formación de las series progresivas. Además, ¡qué contraste entre vuestros desaciertos y los progresos de las ciencias fijas! Conti-

nuamente añadís errores nuevos a vuestros antiguos errores; mientras que las ciencias fijas avanzan diaria y visiblemente por los caminos de la verdad, derramando sobre la edad moderna un esplendor semejante al oprobio que vuestras visiones imprimen para siempre sobre el siglo XVIII.

Vamos a ser testigos de un espectáculo que sólo podrá verse una vez en cada globo: el paso súbito de la incoherencia a la combinación social; es el efecto de movimiento más brillante que pueda ejecutarse en el universo; su espera debe consolar a la generación actual de todas sus desdichas. Durante esta metamorfosis, cada año equivaldrá a siglos de existencia y ofrecerá una inmensidad de acontecimientos tan sorprendentes, que no es conveniente hacerlos entrever sin preparación; eso es lo que me impulsa a dejar para la tercera memoria la teoría del orden combinado o de las series progresivas, y a no anunciar por el momento más que resultados generales, como el acceso espontáneo de los salvajes a la industria, la adhesión de los bárbaros a la emancipación de las mujeres y de los esclavos cuya libertad es necesaria para la formación de las series progresivas y el establecimiento de las unidades para toda la tierra, como la unidad de lenguaje, de medidas, de signos tipográficos y otras relaciones.

En cuanto a las particularidades del orden societario y los placeres que debe procurarnos, será necesario, repito, tomar precauciones antes de anunciarla a los civilizados. Abatidos por el hábito de la desdicha y por los prejuicios filosóficos, han creído que Dios los había destinado para el sufrimiento o solamente para una felicidad mediocre: no podrán imaginarse el bienestar que les espera y sus espíritus se sublevarían si se les expusiera sin precaución la perspectiva de las delicias que van a gozar dentro de muy poco tiempo, pues apenas se necesitarán dos años para organizar cada cantón societario, y apenas seis para acabar la organización de todo el globo, teniendo en cuenta los aplazamientos más largos que puedan darse.

El orden combinado desde su principio será tanto

más lúcido cuanto más tiempo se haya postergado. Grecia, en el siglo de Solón, ya podía emprenderlo; su lujo había alcanzado el grado suficiente para proceder a esta organización; pero hoy nuestros medios de lujo y refinamiento duplican por lo menos a los que poseían los atenienses (no conocían los coches suspendidos, ni las telas de hilo, algodón y seda, ni el azúcar y otros productos de América y Oriente, ni la brújula, el telescopio y otros inventos científicos de los modernos; por consiguiente, no exagero al decir que nuestros medios de goce y lujo son como mínimo dos veces superiores). Nosotros comenzaremos con mucho más esplendor en el orden combinado, y recogeremos en el presente el fruto de los progresos que el siglo XVIII ha efectuado en las ciencias físicas; suceso muy infructuoso hasta la actualidad. Mientras perduraba nuestra civilización, nuestros prodigios científicos eran más funestos que útiles para la felicidad, pues al aumentar los medios del placer, aumentaban también las privaciones del gran número que carece de lo necesario; añadían muy poco a los placeres de los grandes que ya están hastiados por la falta de variedad en las diversiones, y excitaban cada vez más la corrupción, multiplicando los incentivos ofrecidos a la avaricia.

Hasta el momento presente, las ciencias, perfeccionando el lujo, sólo actuaban en provecho del fraude, que en las sociedades bárbara y civilizada, llega antes a la fortuna que el hombre verídico. Esta singularidad obligaba a optar entre dos opiniones: o la maliciencia de Dios, o la maleficiencia de la civilización. Razonablemente, no nos quedaba otro remedio que apoyarnos en esta última opinión; pues es imposible suponer que Dios sea maléfico, y lo sería realmente, si nos hubiera condenado a vegetar para siempre en la desastrosa civilización.

Los filósofos, en lugar de afrontar la cuestión bajo este punto de vista, han intentado eludir el problema que planteaba la malicia humana; problema que despertaba sospechas sobre la civilización o sobre Dios. Se han adherido a una opinión bastarda, la del ateísmo que, suponiendo la ausencia de un Dios, dispensa a los sabios de averiguar sus designios, autorizándoles a exponer sus teo-

rías caprichosas e inconciliables como regla del bien y del mal. El ateísmo es una opinión muy cómoda para la ignorancia política y moral; y los que se han llamado espíritus fuertes por haber profesado el ateísmo, han dado muestras, por otra parte, de un genio muy débil. Temiendo fracasar en la búsqueda de los designios de Dios y ensalzar como perfección este orden civilizado que aborrecen ocultamente y cuyo aspecto les desorienta hasta el extremo de hacerles dudar de la Providencia.

Sobre este punto, los filósofos no son los únicos que se engañan; si es absurdo no creer en Dios, no es menos absurdo creer a medias; pensar que su providencia es sólo parcial; que ha desatendido la provisión de nuestras necesidades más urgentes, como las de un orden social que nos haga felices. Cuando vemos los prodigios de nuestra industria, como un navío de alto bordo y tantas otras maravillas, prematuras aún, teniendo en cuenta nuestra infancia política, ¿cómo se puede llegar a pensar que este Dios que nos ha prodigado tantos conocimientos sublimes, quiera negarnos el del arte social, sin el que todos los demás no son nada? ¿No sería Dios vituperable e inconsecuente por habernos iniciado en tantas ciencias nobles, si éstas no debieran servir más que para producir una sociedad tan repugnante por sus vicios como la civilización?

(TC, 81-84)

NOCIONES GENERALES SOBRE LOS DESTINOS

(Los cinco capítulos siguientes deben leerse como mínimo dos veces, y preferiblemente tres, si se quiere comprender correctamente los capítulos sucesivos que no presentarán ninguna dificultad una vez se hayan asimilado esos cinco primeros.)

Definición y división

Los destinos son los resultados presentes, pasados y futuros de las leyes matemáticas de Dios sobre el movimiento universal.

El movimiento universal se divide en cuatro ramas principales, el social, animal, orgánico y material.

1.° *El movimiento social:* su teoría debe explicar las leyes según las cuales Dios determinó la ordenación y sucesión de los diversos mecanismos sociales en todos los globos habitados.

2.° *El movimiento animal:* su teoría debe explicar las leyes según las cuales Dios distribuye las pasiones e instintos a todos los seres de creación pasada o futura en los diversos globos.

3.° *El movimiento orgánico:* su teoría debe explicar las leyes según las cuales Dios distribuye las propiedades, formas, colores, sabores, etc., a todas las sustancias creadas o por crear en los diversos globos.

4.º *El movimiento material:* su teoría, ya explicada por los geómetras modernos, nos permite el conocimiento de las leyes según las cuales Dios dispuso la gravitación de la materia para los diversos globos.

No existe efecto de movimiento que no esté comprendido en una de esas cuatro divisiones: su conjunto compone el movimiento universal del que únicamente conocemos *la cuarta rama, la del movimiento material;* sólo se ha explicado parcialmente, pues los geómetras, al indicar las leyes del orden reinante entre los astros, ignoran qué cambios han podido sufrir los torbellinos de astros durante cien mil años, y qué cambios podrán sufrir en los próximos cien mil años. En conclusión, no saben determinar las revoluciones pasadas y futuras del universo.

Este cálculo, que se pondrá al alcance de todo el mundo, forma parte de la teoría del movimiento material, de donde puede deducirse que no estaba inventado del todo.

(TC, 90)

Jerarquía de los cuatro movimientos

Debería dedicar un capítulo a esta materia; pero como no sería suficientemente asequible para la mayor parte de lectores, me limitaré a dar algunas indicaciones en la nota siguiente [1] Quienes lo deseen pueden pasar a otra

[1] *Los cuatro movimientos están sujetos a dos determinantes. Primera.* Las leyes de los cuatro movimientos están coordinadas a las matemáticas; sin esta dependencia no existiría absolutamente ninguna armonía en la naturaleza y Dios sería injusto. Efectivamente:

La naturaleza está compuesta por tres principios eternos, increados e indestructibles.

1.º *Dios o el Espíritu,* principio activo y motor.

2.º *La Materia,* principio pasivo y movido.

3.º *La Justicia o las Matemáticas,* principio regulador del movimiento.

Para establecer la armonía entre los tres principios, es imprescindible que Dios, al mover y modificar la materia, concuerde con las matemáticas; sin ello sería arbitrario ante sus propios ojos como ante los nuestros, en la medida en que no concordaría con una justicia cierta e independiente de él. Pero si Dios se somete a las reglas matemáticas, que no puede cambiar, encuentra en esta concordancia su gloria y su interés. *Su gloria,* en cuanto que rige el universo equitablemente y no arbitrariamente; y mueve la materia según unas leyes no sujetas al cambio. *Su interés,* en cuanto que la correspondencia con las matemáticas le ofrece el medio para obtener, en todo movimiento, la mayor cantidad de efectos posible con la menor cantidad de resortes.

Sabemos ya que los dos movimientos material y orgánico concuerdan con la geometría, que todos los cuerpos animados o inanimados son construidos, movidos y modificados según sus leyes; vemos, pues, que dos de los cuatro movimientos están coordinados a la justicia natural e independiente de Dios. Desconocíamos aún que los otros dos movimientos, el animal y el social, al ser juegos de pasiones, siguen la misma regla; y que las pasiones, cualesquiera que sean, incluso las más odiosas, no producen en el hombre o el animal más que efectos geométricamente regulados por Dios; por ejemplo:

Las propiedades de la *amistad* están calcadas de las propiedades del *círculo.*

Las propiedades del *amor* están calcadas de las de la *parábola.*

Las propiedades de la *ambición* están calcadas de las de la *hipérbole.*

Y las propiedades colectivas de estas cuatro pasiones están calcadas de las de la *cicloide.*

De modo que cada teorema de geometría ha servido de modelo a alguna pasión de los hombres o de los animales; y esta pasión conserva invariablemente sus relaciones con el teorema que determinó su creación.

Segunda dependencia. El movimiento social es el modelo de los otros tres; luego, los movimientos animal, orgánico y material están coordinados al social, que es el primero en el orden; es decir, que las propiedades de un animal, de un vegetal, de un mineral e incluso de un torbellino de astros, representan cierto efecto de las pasionas humanas en el orden social; y que todo, desde los átomos hasta los astros, constituye una imagen de las propiedades de las pasiones humanas; por ejemplo:

Los grupos de *estrellas lácteas* representan las propiedades de la *amistad.*

Los grupos de *planetas en torno al sol* representan las propiedades del *amor.*

(TC, 91)

Movimiento social

Hemos visto en lo que precede que la teoría del movimiento social debe determinar la ordenación y sucesión de los diversos mecanismos sociales que pueden organizarse en todos los globos, y que debe comprender el presente, el pasado y el futuro.

He ahí un hermoso motivo de ironía para los chistosos. « ¡De modo que nos va a enseñar, dirán, lo que pasa en los otros mundos, en el Sol, la Luna, Júpiter, Sirio, la Vía Láctea y todos los astros! » Sí, ciertamente, y además aprenderán lo que ha pasado y lo que pasará allí en el transcurso de los siglos; pues en los destinos no se puede leer parcialmente; no se pueden determinar los de un mundo, sin poseer el cálculo que revela los destinos de todos los mundos.

Este conocimiento de la suerte de los otros globos ya no puede seros indiferente, como podríais creer; pues a través de las leyes del movimiento social se demostrará que vuestras almas recorrerán estos globos durante la eternidad y que la felicidad eterna cuya esperanza os alientan las religiones, dependerá del bienestar de los otros globos, en los que vuestras almas todavía se reunirán con la materia, tras haber pasado ochenta mil años en el que habitamos.

Por consiguiente, conoceréis los mecanismos sociales reinantes en los diversos astros; las revoluciones felices o desafortunadas a las que están sujetos sus habitantes. Sabréis que nuestro pequeño globo se halla desde hace cinco o seis mil años en el estado más deplorable en el que un mundo pueda encontrarse. Pero el cálculo que os revelará la felicidad que se goza en otros astros, os proporcionará al mismo tiempo los medios para introducir en vuestro globo un bienestar semejante al de los mundos más afortunados.

Expondré a continuación el esquema de las revoluciones sociales que nuestro globo debe recorrer.

(TC, 91)

Los grupos de *satélites en torno a los planetas* representan las propiedades de la *paternidad.*

Los grupos de *soles o estrellas fijas* representan las propiedades de la *ambición.*

De modo que nuestras pasiones, tan reprobadas por los filósofos, ocupan, después de Dios, el primer lugar en el movimiento del universo; ellas son lo que hay de más noble después de él, porque ha querido que todo el universo se dispusiera a imagen de los efectos que producen en el movimiento social.

De ahí se deduce que si un globo logra conocer las leyes del movimiento social, descubre al mismo tiempo las leyes de los otros movimientos, puesto que éstos son en todo punto jeroglíficos del primero. Luego, si no conocíamos todavía las leyes del movimiento material determinadas por los geómetras modernos, hoy podemos descubrirlas por analogía con las del movimiento social, las cuales he penetrado y dan la clave de las otras tres. Para el género humano resulta fastidioso que los sabios hayan empezado sus estudios por donde debían terminar, por las leyes del movimiento material, que son las más difíciles de determinar, y que bajo ningún concepto abren la vía para elevarse al conocimiento de las otras tres clases de leyes.

Encontrarán esta nota muy insuficiente; no es más que un bosquejo sobre el que, en este lugar no convendría entrar en mayores detalles.

Fases y períodos del orden social en el tercer planeta llamado la Tierra

Aquí van a conocer una verdad de máxima importancia: que las épocas de felicidad durarán siete veces más que las de infortunio, como la que vivimos desde hace varios miles de años.

Esto podrá parecer ininteresante si se considera que hemos vivido en los tiempos desdichados; pero la teoría del movimiento social os demostrará que en las eras futuras vuestras almas participarán de cualquier modo en el destino de los vivientes: participaréis así durante setenta mil años de la felicidad que se prepara para el globo; y es desde este punto de vista que debéis interesaros por el cuadro de las revoluciones futuras que el movimiento social experimentará en vuestro planeta.

FASES

Existen { Dos fases de vibración ascendente o gradación.
Dos fases de vibración descendente o degradación.

Vibración ascendente

Primera fase

La infancia o incoherencia ascendente.	1/16	5000 años

Segunda fase

El crecimiento o combinación ascendente	7/16	35000 años

Vibración descendente

Tercera fase

La decadencia o combinación descendente	7/16	35000 años

Cuarta fase

La caducidad o incoherencia descendente	1/16	5000 años
TOTAL		80000 años

Las dos fases de *incoherencia* o discordia social comprenden los tiempos infortunados.

Las dos fases de *combinación* o unidad social comprenden las épocas de felicidad, cuya duración será siete veces más larga que la de las épocas infortunadas.

A través de este cuadro se ve, que tanto en el ciclo del género humano, como en el de los individuos, los tiempos de sufrimiento se encuentran en los dos extremos.

Nosotros estamos en la primera fase, en la edad de *incoherencia ascendente* que precede al advenimiento de los destinos. Por ello somos tan desdichados desde hace cinco o seis mil años, cuya historia han transmitido nuestras crónicas. Apenas han transcurrido siete mil años desde la creación de los hombres, y desde entonces no hemos ido más que de tormento en tormento.

No podremos juzgar la inmensidad de nuestros sufrimientos hasta que conozcamos el exceso de felicidad que nos está reservado, y al que vamos a pasar muy pronto a través del descubrimiento de las leyes del movimiento. Entraremos en la segunda fase, en *combinación ascendente.*

Las dos fases de incoherencia, aunque muy breves, contienen cada una siete períodos sociales: con todo	14 períodos de incoherencia
Las dos fases de combinación, aunque muy largas no contienen cada una más que nueve períodos sociales: con todo	18 períodos de combinación
Total	32 períodos o sociedades

Total, treinta y dos períodos o sociedades posibles, sin contar las mixtas.

He aquí un cuadro de estos treinta y dos períodos [1]:

[1] Es el reproducido en el encarte.

parecerá trabajoso grabarlos en la memoria; ¿pero acaso puede adquirirse algún conocimiento sin un estudio preliminar? ¿Y por qué el cálculo de los destinos habría de ser menos espinoso que cualquier otro?

Es importante releer este cuadro a fin de no tener que recurrir a él cada vez que hable de las diversas fases y períodos.

Los que no quieran dedicar un cuarto de hora al estudio de las tablas, a la comparación de las cuatro fases y treinta y dos metamorfosis sociales, a las épocas de las dieciocho creaciones y de la corona boreal, deben cerrar el libro antes de continuar una lectura que les presentaría confusiones a cada instante, pero que será plenamente inteligible para quienes hayan estudiado esas tablas del movimiento social.

En el examen de las tablas, lo primero que nos sorprende es la estrechez de perspectivas de los filósofos que nos persuaden de que la civilización es la cumbre de los destinos sociales, mientras que ésta no es más que la *quinta* de las treinta y dos sociedades posibles y uno de las más desdichados de los diez períodos infortunados, que son los:

2.°, 3.°, 4.°, 5.°, 6.°, en fase de decadencia.

31, 30, 29, 28, 27, en fase de caducidad.

Los llamo períodos de infortunio, dado que no hay felicidad más que en aquellos cuyo mecanismo está *constituido por series agrupadas en lugar de familias aisladas.*

Los períodos 1 y 32, 7 y 26 están constituidos en series; pero de un tipo bastardo. Los séptimo y veintiseisavo son embriones de series agrupadas que se organizarían en caso de que el género humano errase el cálculo de la asociación y no descubriera más sus gérmenes. Estas series bastardas son ya muy felices; daré algunas nociones sobre ellas en la segunda parte que tratará de la *convivencia progresiva.*

El género humano va a elevarse al octavo período social *(Series combinadas simples)* que se establecerá en todo el globo y que por lo menos durará cuatrocientos años antes que pueda pasarse al noveno. Este sólo podrá

organizarse con la ayuda de las nuevas creaciones y de la corona boreal de la que hablaré más adelante.

En el curso de su primera fase, el movimiento social presenta la imagen de un hombre que retrocede ante un abismo para lanzarse con mayor impulso y poder salvarlo; es lo que he representado en el cuadro con las palabras *retroceso, lanzamiento* y *salto.*

Es retroceder para caer del primer período que es feliz al cuarto que es el más desdichado; pero se adquiere una fuerza nueva, *la gran industria agrícola y manufacturera,* que al acrecentarse en los períodos de *lanzamiento* 5, 6, 7, proporciona finalmente al género humano los medios para franquear el paso del caos a la armonía.

Las treinta y dos sociedades no deben contarse como dieciséis, aunque reaparezcan en orden inverso en las dos últimas fases; pues al reaparecer, experimentan grandes cambios: por ejemplo, cuando la civilización reaparezca en el ocaso del mundo, será tan apacible como turbulenta es hoy, en que el género humano tiene toda la impetuosidad de la juventud. La antigua civilización será mitigada por el conocimiento de una felicidad perdida y por el dolor de no poder reformar las series progresivas; su mecanismo será obstaculizado, desorganizado y disuelto por la dieciochoava y última creación, que será tan nociva como la que vemos actualmente.

La primera fase o infancia es la única que no tiene duración fija ni un curso regular: debiera limitarse a cinco mil años; pero Dios, al dejarnos el libre arbitrio, no pudo impedir que ciertos globos se extraviasen por las ciencias inciertas y por los prejuicios que éstas difunden contra la naturaleza y la atracción. Estos globos embebidos de filosofía pueden persistir durante mucho tiempo en su ceguera y creerse hábiles en el arte social, cuando sólo saben producir las revoluciones, la indigencia, el engaño y las carnicerías; cuanto más se obstinen en este orgullo, menos se alza la razón contra los falsos sabios, y no hay que sorprenderse si el desorden se perpetúa: ¿y es posible ver desorden más espantoso que el reinante en este globo? La mitad de la tierra está invadida por animales feroces o salvajes, que es una misma

cosa; en cuanto a la otra mitad, que está cultivada, vemos que sus tres cuartas partes están ocupadas por los degolladores o bárbaros que esclavizan a los labradores y a las mujeres, constituyendo en todos sentidos el oprobio de la razón. Por consiguiente, queda una octava parte del globo correspondiente a los bribones o civilizados que se vanaglorian de ser perfectos, mientras elevan la indigencia y la corrupción al grado más alto: ¿podría hallarse en otro globo desorden más odioso? Y cuando vemos a las naciones acogiendo esta filosofía que ha producido un caos político semejante, ¿debe sorprendernos que el género humano tenga un atraso de varios miles de años en su curso social, que haya pasado siete mil años en la infancia, que apenas debía durar cinco mil, habiéndose elevado únicamente hasta el quinto de los siete períodos de infancia social y sin alcanzar siquiera el sexto, en el que habría encontrado una sombra de bienestar?

El movimiento social tendrá un desarrollo regular en las dos eras de *combinación ascendente y descendente* que van a empezar y comprenderán *cerca de setenta mil años*. En el curso de esta larga edad de felicidad, las dieciséis metamorfosis sociales o cambios de período serán determinados por las nuevas creaciones que se sucederán regularmente; y que, al dar nuevos productos en los tres reinos, causarán modificaciones relativas en las relaciones sociales. Pero esos cambios no serán más que variedades del goce y nunca revoluciones desastrosas; exceptuando el paso del 24 al 25 período, que motivará una decadencia rápida y anunciará la caducidad del globo.

Además, del mismo modo que un niño de seis o siete años no debe preocuparse por las enfermedades que le sobrevendrán cuando tenga aproximadamente veinticuatro años, nosotros sólo debemos soñar en la felicidad que se avecina y que el globo jamás necesitó tan urgentemente.

(TC, 92)

NOTICIA SOBRE LA CREACIÓN SUBVERSIVA ANTERIOR DESTINADA AL USO DE LA PRIMERA FASE Y DEL OCTAVO PERÍODO QUE ABRE LA SEGUNDA FASE

Esta creación, cuyos productos podemos contemplar, es la primera de las dieciocho creaciones que deben operarse sucesivamente durante el proceso social del género humano.

Aquí sólo me referiré a la creación de las sustancias de los tres reinos, y no a la creación del globo mismo.

La tierra empleó alrededor de *cuatrocientos cincuenta años* para engendrar las producciones de los tres reinos sobre el antiguo continente. Las creaciones de América tuvieron lugar posteriormente y se operaron en un plano diferente: tanto en uno como en otro continente causaron grandes estragos. (Los de Armonía se realizarán sin conmociones.)

Para Dios, crear es un placer y desea prolongarlo. Si para concebir, gestar y parir un hombre se necesitan nueve meses, Dios tuvo que emplear un plazo de tiempo proporcional para crear los tres reinos: la teoría valora este tiempo como la *ciento noventa y dosava parte* del proceso social, con lo cual cifra aproximadamente en cuatrocientos cincuenta años la duración de la primera creación.

Toda creación se opera por la conjunción del fluido boreal, que es macho, con el fluido astral, que es hembra. Un planeta es un ser que tiene dos almas y dos sexos, y que procrea como el animal o el vegetal por la reunión de dos sustancias generadoras. El procedimiento es el mismo en toda la naturaleza, con variantes mayores o menores, pues los planetas, al igual que los vegetales, reúnen los dos sexos en un mismo individuo.

Creer que la tierra no originará nuevas creaciones y se limitará a la que podemos ver, sería lo mismo que creer que una mujer que ha podido tener un niño ya no podrá tener un segundo, un tercero o un décimo. Del mismo modo la tierra hará creaciones sucesivas, pero

las dieciséis creaciones armónicas se operarán con tanta facilidad, como fatigas han costado y costarán las dos subversivas, la 1.ª y 18.ª

En cada globo, la primera y última creaciones están dispuestas en un plano opuesto al de las creaciones medias, y dan como resultado gran abundancia de producciones brillantes y útiles, luego en número ínfimo, una octava parte de inútiles, y nada de nocivo.

Por eso, la primera creación, cuyos productos podemos contemplar, ha dado una enorme cantidad de animales nocivos sobre las tierras y aún más en los mares. Quienes crean en los demonios no deben pensar que el infierno ha presidido esta creación, cuando vean respirar bajo forma de tigre o de mono a Moloc y a Bélial. ¿Y cómo es que el infierno, entregado a su furia, no podía inventar nada peor que la serpiente de cascabel, los chinches, las legiones de insectos y reptiles, los monstruos marinos, los tóxicos, la peste, la rabia, la lepra, las enfermedades venéreas, la gota y tantos otros venenos mórbidos imaginados para atormentar al hombre y convertir este globo en un infierno anticipado?

He indicado en una nota precedente (en el artículo «jerarquía de los cuatro movimientos») las causas de este sistema nocivo que determinó la primera creación: he dicho «*que los efectos de los tres movimientos, animal, orgánico y material, deben representar los juegos de las pasiones humanas en el orden social*». Luego, en la medida en que la primera creación debe formar el cuadro de los siete períodos de la infancia humana, para el uso que se le ha reservado, Dios, en esta creación tuvo que representar con horribles producciones los resultados aterradores que debían producir nuestras pasiones durante estos siete períodos; y como debían reinar algunas virtudes en el curso del primero y séptimo períodos, Dios tuvo que representarlas con algunas producciones útiles y graciosas, que raramente se encuentran en los tres reinos de esta creación verdaderamente demoníaca. Ulteriormente se verán los tipos de productos que las creaciones futuras extenderán sobre las tierras y en los mares: en cuanto al presente, ni siquiera sabemos hacer uso de

lo poco bueno que nos ha proporcionado la primera creación, y citaré como prueba de ello a cuatro cuadrúpedos: la vicuña, el reno, la cebra y el castor. Estamos privados de los dos primeros a causa de nuestra impericia, malicia y bellaquería; estos obstáculos impiden que rebaños de renos y vicuñas suban a las altas cordilleras donde estos animales podrían aclimatarse. Otros vicios sociales nos privan del castor, no menos preciado por su lana que la vicuña, y de la cebra, no menos preciada que el caballo por su velocidad, su vigor y su belleza. En nuestros establos y en nuestras costumbres sociales reinan una rudeza y una incomprensión que imposibilitan las empresas necesarias para domesticar a estos animales; a partir del octavo período e incluso ya en el séptimo se verán cebras y cebras reales viviendo en estado doméstico, como los caballos y asnos actualmente; se verá a los castores construyendo sus edificios y formando su república en el seno de los cantones más habitados; rebaños de vicuñas que llegarán a ser tan comunes en las montañas como los rebaños de ovejas; y muchos otros animales, como la avestruz, el gamo, el jerbo, etc., que se reunirán con el hombre, pues hallarán junto a él los incentivos que deben fijarlos, incentivos que el orden civilizado impide procurarles. De este modo, esta creación, por sí misma muy pobre y nociva, resulta doblemente pobre para nosotros que, por incomprensión social, nos privamos de la mayor parte de bienes que los tres reinos podrían ofrecernos.

Las nuevas creaciones no pueden empezar hasta que el género humano no haya organizado el octavo período social: hasta allí, mientras duren las siete primeras sociedades, nadie verá empezar la segunda creación.

Sin embargo, la tierra está violentamente agitada por la necesidad de crear; ello se advierte en la frecuencia de las auroras boreales, que son un síntoma del celo del planeta, una efusión inútil de fluido prolífico; éste no puede realizar su unión con el fluido austral, mientras el género humano no haya realizado los trabajos preparatorios; éstos sólo podrán efectuarse en la octava sociedad que va a organizarse. Primeramente será necesario

reunir al género humano en un pequeño grupo de dos millares de millones, lo cual requerirá por lo menos un siglo; porque las mujeres serán mucho menos fecundas en el orden combinado que en la civilización, donde la vida de familia les hace procrear legiones de niños, un tercio de los cuales es devorado por la miseria, y otra tercera parte desaparece por las numerosas enfermedades que el orden incoherente causa en los niños; sería mucho más útil producir menos y conservarlos; ello resulta imposible para los civilizados, del mismo modo que tampoco pueden cultivar el globo; y pese a su horrible pululación, no consiguen más que mantener el terreno que ocupan.

Cuando los dos millares de millones de habitantes habrán explotado el globo hasta el setenta y cincogésimo grado, se verá aparecer la corona boreal, de la que hablaré más adelante, que dará calor y luz en las regiones glaciales árticas. Estas nuevas tierras aptas para la industria, permitirán aumentar al género humano hasta tres millares de millones. Seguidamente los dos continentes empezarán a cultivarse y no habrá más obstáculos para las creaciones armónicas, la primera de las cuales empezará casi cuatro siglos después del establecimiento del orden combinado.

(TC, 96-98)

Corona boreal

Cuando el género humano haya explotado el globo hasta más allá de los sesenta grados norte, la temperatura del planeta se dulcificará y regularizará considerablemente: el celo será más activo; la aurora boreal se hará muy frecuente, se fijará sobre el polo y se dilatará en forma de anillo o corona. El fluido, que actualmente sólo es luminoso, adquirirá una nueva propiedad, la de distribuir el calor juntamente con la luz.

La corona tendrá unas dimensiones que, siempre y en cualquier punto, le permitan estar en contacto con el sol, cuyos rayos serán necesarios para abrazar el contorno del anillo; deberá presentarle un arco, incluso en las mayores inclinaciones del eje de la Tierra.

La influencia de la corona boreal se percibirá enérgicamente hasta una cuarta parte de su hemisferio; será visible en San Petersburgo, Ochotsk y en todas las regiones del sexagésimo grado.

Desde el sexagésimo grado hasta el polo, el calor irá en aumento, de modo que el punto polar gozará poco más o menos de la temperatura de Andalucía y Sicilia.

En esta época se cultivará el globo entero, lo cual suavizará el clima de cinco a diez grados y tal vez doce en las latitudes aún infértiles como Siberia y el alto Canadá.

Dos factores provocarán la suavización de los climas próximos al sexagésimo grado: el efecto del cultivo general, y la influencia de la corona, en virtud de la cual sólo descenderán del polo vientos tan suaves como los procedentes de la Barbarie que se extienden sobre Génova y Marsella. Gracias a todos estos factores, en el sexagésimo grado reinará la temperatura que actualmente gozan las regiones del cuarenta y cincogésimo que se hallan en pleno cultivo, como Burdeos, Lyon, Turín y Venecia; del mismo modo, las ciudades de Estocolmo, San Petersburgo, Tobolsk y Jakutsk, que se encuentran en la zona más fría de la tierra, gozarán de un calor semejante al de Gasconia o Lombardía, salvo las modificaciones causadas por la proximidad de montañas y mares. Las costas marítimas de Siberia, impracticables actualmente, gozarán de la suave temperatura de Provenza y Nápoles.

La corona boreal nos proporcionará una ventaja más importante aún, pues evitará todos los excesos atmosféricos; exceso de frío o de calor, de humedad o sequía, tempestades o bonanza; la influencia de la corona junto a la influencia del cultivo universal provocarán en el globo una temperatura graduada que actualmente no puede existir en ninguna parte. Los climas más glaciales del globo, como los que imperan en la línea de Petersburgo a Ochotsk, gozarán en esta época de una temperatura más agradable que ahora ni siquiera puede experimentarse en los lugares más apreciados, como por ejemplo

Florencia, Niza, Montpellier y Lisboa favorecidos por el cielo más sereno y benigno. Considero que estas regiones sólo tienen cuatro meses de bella estación templada; pero tras la aparición de la corona boreal, el sexagésimo grado, es decir, la línea de Petersburgo a Ochotsk, tendrá por lo menos ocho meses de estación bella y doble cosecha asegurada.

En espera de la demostración de este futuro acontecimiento, observemos diversos índices que lo anuncian: en primer lugar, el contraste de forma entre las tierras próximas al polo austral y las próximas al polo boreal: los tres continentes meridionales terminan en extremos agudos, tendiendo a alejarse del contacto con las latitudes polares. Se observa una forma completamente opuesta en los continentes septentrionales: al acercarse al polo se dilatan, se agrupan alrededor de él para recoger los rayos del anillo que debe coronarlos un día; vierten sus grandes ríos en esta dirección como si quisieran aproximar sus lazos con el mar glacial. Luego, si Dios no hubiera tenido la intención de dar la corona fecundante al polo boreal, se concluiría que la disposición de los continentes que rodean este globo es un fenómeno de inepcia; pero procediendo de semejante modo Dios resultaría ridículo, pues ha actuado con extrema sabiduría en el extremo opuesto, los continentes meridionales, al otorgarles dimensiones perfectamente adecuadas a un polo que jamás tendrá corona fecundante.

Sólo podríamos lamentar que Dios haya alargado excesivamente la punta de Magallanes, lo que constituye un obstáculo momentáneo; pero su intención es que se abandone esta ruta y que los istmos de Suez y Panamá se transformen en canales navegables para los grandes navíos. Estas empresas y otras muchas cuya sola idea horroriza a los civilizados, no serán más que juegos de niños para los ejércitos industriales de la jerarquía esférica.

(...)

Añadiré, a propósito de la corona boreal, que el vaticinio de este meteoro no parecerá en modo alguno extraordinario, si lo comparamos con los anillos de Saturno: ¿Por qué Dios no iba a concedernos lo que ofrece a otros globos? ¿Acaso la existencia del anillo polar es más incomprensible que la de los cinturones ecuatoriales que rodean a Saturno?

El aspecto de esos dos anillos luminosos hubiera debido de disipar mucho antes nuestras prevenciones acerca del sol que tan ridículamente se ha considerado un mundo en llamas. Herschel es el único que lo ha definido correctamente: «Un gran y magnífico mundo bañándose en un océano de luz..» Ello era evidente desde el momento en que se descubrieron los dos anillos de Saturno. Si Dios puede asignar al globo envolturas circulares, también puede dotarle de envolturas esféricas, anillos polares e incluso de casquetes polares; todavía se desconocen las teorías que determinen esta distribución, y que accederán a que nuestro globo participe de un favor del que, hasta el presente, sólo ha gozado Saturno. También podrán obtenerlo otros planetas: hay torbellinos en los que todos los planetas tienen un ornamento luminoso que sirven para calentar uno o dos polos: si el nuestro generalmente carece de ellos, se debe a que es uno de los planetas más pobres del firmamento, y demostraré que nuestros 28 planetas y otros veinte, aún no descubiertos, no son más que un resto de torbellino, una pequeña cohorte mal organizada, como los fugitivos de un regimiento diezmado en una batalla. Existen otros torbellinos que tienen unos cuatrocientos o quinientos planetas dispuestos en series de grupos; y así vemos satélites de satélites, todos ellos provistos de cinturones, coronas, casquetes polares y otros ornamentos. Si este favor está reservado a nuestro globo, es una justa indemnización por los contratiempos que, durante la primera fase, le condenaban a ser el más desgraciado de todos los planetas del torbellino.

Diversos accidentes pueden turbar la sucesión asignada a los treinta y dos períodos sociales, como por ejemplo, la entrada de un nuevo planeta en el torbellino; esta introducción parece probable a causa de la infinita distancia que reina entre el sol y los planetas grandes.

Estos astros poco numerosos, al describir órbitas demasiado separadas, forman una línea insuficientemente definida que un cometa puede alterar fácilmente; el acontecimiento puede darse de diversas formas; más adelante mencionaré una de ellas. Por la contigüidad y el engranaje de Ceres, Palas y Juno, se demuestra que las órbitas podrían estar mucho más cerca unas de otras sin aglomerarse necesariamente; y para prevenir esto último, considero que bastaría una distancia de treinta millones de leguas entre Júpiter y Saturno, y entre Saturno y Urano. La enorme distancia de ciento treinta y doscientas sesenta mil leguas que reina entre ellos obedece a la escasez de planetas, que siendo tan poco numerosos no sólo se ven obligados a ocupar el mismo espacio, sino un espacio mucho más extenso del que ocuparía un torbellino completo de unos cuatrocientos o quinientos planetas.

(...)

Supongamos que un enorme cometa, semejante a Júpiter, se encuentra en su momento de fecundación, en el grado adecuado para convertirse en planeta: éste trataría de entrar en órbita y fijarse en un torbellino. Si llegase a nuestro sol paralelamente al plano de las órbitas planetarias, a su regreso podría instalarse entre el Sol y Júpiter; en lugar de continuar su marcha parabólica, describiría una espiral para sondear el terreno y buscar un punto de equilibrio entre Júpiter y el Sol. En el curso de su espiral, aproximaría sucesivamente a todos los pequeños planetas aislados, arrastrándolos en calidad de Lunas. Los planetas más grandes, la Tierra y Venus, todavía son, con mucho, demasiado débiles para oponer alguna resistencia a un mundo voluminoso y *atrayente* que los aproximase; luego, el cometa sería *atrayente* a partir del instante en que se fijase sobre nuestro Sol.

En ese caso nuestro pequeño globo sería arrastrado convirtiéndose en una Luna de este intruso, que muy pronto sería el planeta más rico y fecundo de todo el

torbellino en virtud de su proximidad al Sol y de la multitud de sus Lunas. El intruso se llevaría consigo a Venus, Marte, la Tierra y todos los glóbulos situados entre el Sol y Júpiter, con los que se compondría un brillante séquito de unos siete u ocho satélites, creando como Saturno el doble anillo ecuatorial o la doble corona sobre dos polos; estos dobles ornamentos serán asignados a todos los planetas septilunares, cuando sus habitantes hayan formado el orden combinado. (Saturno no siempre ha tenido sus dos anillos, y los perderá al fin de su carrera, cuando su mecanismo social recaiga en el orden incoherente.)

El probable ingreso de un cometa semejante significaría para nuestro globo una revolución enormemente feliz, pues desencadenaría velozmente una nueva creación muy fructífera que determinaría el nacimiento de las sectas progresivas y el desmoronamiento del estado civilizado y bárbaro.

La metamorfosis de nuestro globo en mundo lunar no causaría ningún perjuicio al género humano: el cambio en el orden de los días y de las estaciones podría destruir algunas especies de animales y vegetales, pero no los más útiles, como el caballo, la oveja, etc., los cuales se conservarán para aumentar las riquezas que nos daría súbitamente la nueva creación.

El nuevo planeta llegaría a ser para nosotros un vice-Sol que nos distribuiría una inmensa cantidad de luz; además, recibiríamos la luz accidental de sus satélites que, al gravitar en órbitas vecinas, podrían procurarnos hasta seis Lunas a la vez, cuando se hallaran reunidos en el semicírculo de nuestra órbita. De ello puede deducirse que estos grandes cometas que atemorizan al género humano, son motivo de esperanza y no de temor, dado que su inserción en el torbellino sería la prenda de nuestra felicidad.

Esta revolución sería una de las más pequeñas que pudiésemos prever. Puede suceder que en lugar de un cometa, aparezca una masa de trescientos o cuatrocientos que se fijasen repentinamente sobre nuestro Sol en beneficio suyo y nuestro. El acontecimiento es tanto más

probable, cuanto que nuestro torbellino, lo repito, no es más que un fragmento astronómico que debe completarse. Los torbellinos poseen por término medio cuatrocientos cuatro planetas alrededor del Sol; ¿y el nuestro, que sólo tiene unos treinta, no se parece a esas legiones de las que sólo resta una sombra, un débil pelotón que sirve de núcleo y punto de convergencia a una masa de nuevas levas que se les enviarán?

Una de las revoluciones celestes más curiosas que pueden afectar nuestro sistema planetario, sería la dislocación de la Vía Láctea y la traslación de una de sus colonias hacia nuestro torbellino. En este caso, tendremos el placer de ver desfilar durante varios millares de años espléndidas legiones compuestas de *hiperlunas* o estrellas de resplandor medio como la Luna. Su paso calentaría los dos polos de todos nuestros planetas haciéndolos cultivables, lo que comportaría, en consecuencia, una nueva creación de gran magnificencia y de inestimable valor para nosotros.

(...)

La corona, entre otros beneficios, cambiará el sabor de los mares, y descompondrá o precipitará las partículas bituminosas; por la expansión de un *ácido cítrico boreal*. Este fluido combinado dará al agua de mar un sabor semejante al de la limonada que nosotros llamamos *agrio de cedro*. Ello permitirá depurar fácilmente esta agua de sus partículas salinas y cítricas, y convertirla en agua dulce, con lo que se eximirá el abastecimiento de toneles de agua para los navíos. Esta descomposición del agua de mar por el fluido boreal es una de las premisas necesarias para las nuevas creaciones marinas, pues proporcionarán una multitud de anfibios útiles para la tracción de los navíos y el servicio pesquero, sustituyendo a horribles legiones de monstruos marinos que serán aniquilados por la inmersión del fluido boreal y la descomposición que éste efectuará en los mares. Una muerte repentina purgará al Océano de estas infames criaturas, imágenes de los furores de nuestras pasiones,

representadas por las guerras encarnizadas entre tantos monstruos. Veremos cómo a todos ellos les sorprende la muerte, del mismo modo que presenciaremos el eclipse repentino de las odiosas costumbres de los civilizados, bárbaros y salvajes, que dará lugar a las virtudes honradas y triunfantes en el orden combinado, pues serán la ruta que llevará a las riquezas y a las voluptuosidades.

(...)

Por consiguiente, cuando el género humano advierta que se avecina el nacimiento de la corona, hará con los huéspedes de los mares lo mismo que hizo Noé con los animales terrestres, recogiendo en el arca varias parejas de las especies que quería conservar, de modo que se transportarán a los depósitos salados interiores, como el Caspio y otros, una cantidad suficiente de pescados, mariscos, plantas y otros productos marinos que se quieran perpetuar y reinstalar en el Océano tras su regeneración. Se esperará que el Océano sea purgado y *sometido a una cura radical*, por la acción de las corrientes del fluido boreal que, lanzándose violentamente desde el polo, precipitarán las partículas bituminosas tan activamente que todos los peces serán sorprendidos y sofocados por esta imprevista transición. Sólo quedarán las razas útiles como la merluza, el arenque, la caballa, el lenguado, el atún, la tortuga, en fin, todas las que no atacan al buzo, las cuales se mantendrán a salvo para restituirlas en las olas después de su purificación y prepararlas contra la violenta sorpresa del fluido boreal, al que se habituarán lenta y progresivamente en los depósitos interiores. Estas especies, absolutamente inofensivas, podrán simpatizar con los peces de la nueva creación, cuyas siete octavas partes serán útiles al hombre, como lo serán los animales terrestres de las creaciones futuras indicadas en el cuadro.

(TC, 98-103)

LA ATRACCION APASIONADA

SOBRE EL ESTUDIO DE LA NATURALEZA POR LA ATRACCIÓN APASIONADA

Si comparamos la inmensidad de nuestros deseos con la parquedad de medios de que disponemos para satisfacerlos, parece que Dios haya actuado sin consideración al dotarnos de pasiones tan ávidas de placeres; pasiones que parecen haberse creado para atormentarnos excitando mil apetencias que, mientras persista el orden civilizado, sólo podemos satisfacer en una décima parte.

Basándose en estas consideraciones, los moralistas pretenden corregir la obra de Dios: moderar, reprimir las pasiones que no saben contentar y ni siquiera conocen; pues de las doce pasiones que componen los resortes principales del alma tan sólo conocen nueve, no teniendo más que nociones muy imprecisas sobre las cuatro fundamentales.

Esas cuatro pasiones ya conocidas son los *cinco apetitos de los sentidos*, que ejercen un dominio mayor o menor sobre el individuo, y los *cuatro apetitos simples del alma*, a saber:

6.° *El grupo de amistad.*
7.° *El grupo de amor.*
8.° *El grupo de paternidad o familia.*
9.° *El grupo de ambición o corporación.*

Los moralistas pretenden dar a estas nueve pasiones un sentido opuesto a los designios de la naturaleza. ¿Cuánto no han predicado durante dos mil años a fin de moderar y modificar los cinco apetitos sensuales, para persuadirnos de que el diamante es una piedra vulgar, el oro un vil metal, el azúcar y los aromas abyectas producciones dignas de desprecio y, en fin, de que las chozas y la simple y grosera naturaleza son preferibles a los palacios reales? Los moralistas querían extinguir así las pasiones sensuales, sin perdonar siquiera las pasiones del alma. ¿Cuánto no han vociferado contra la ambición? De presentarles cídos sólo hay que desear puestos mediocres y poco lucrativos; si un empleo da una renta de cien mil libras, no hay que aceptar sino diez mil para complacer a la moral. Pero todavía resultan más ridículos cuando opinan sobre el amor; pretenden que en él reine la constancia y la fidelidad cuando son tan incompatibles con los designios de la naturaleza y tan enojosas para ambos sexos, que ningún ser se somete a ellas cuando goza de plena libertad.

Todos esos caprichos filosóficos llamados *deberes* no tienen ninguna relación con la naturaleza; el deber proviene de los hombres, la atracción, de Dios; luego, si se quieren conocer los designios de Dios, es preciso estudiar la atracción, la naturaleza, la naturaleza por sí sola, sin ninguna acepción del deber, el cual varía en cada siglo y en cada región, mientras que la naturaleza de las pasiones ha sido y será invariable en todos los pueblos.

Pongamos un ejemplo de este estudio, y lo extraeré de las relaciones existentes entre el amor paterno y filial.

Los moralistas pretenden establecer la igualdad afectiva entre los padres y los hijos; a este respecto, alegan ciertos deberes sagrados con los que la naturaleza no está en absoluto conforme. Para descubrir su voluntad, olvidémonos de *lo que debe ser*, de todo lo que constituye el deber, para analizar *lo que es*. Reconoceremos que el afecto de los padres hacia los hijos es casi el triple, o que el de estos hacia los padres es tres veces menor. La desproporción parece enorme e injusta por lo que respecta a los niños; más poco importa que sea injusta y

viciosa en un estudio que trata de analizar *lo que es* y no *lo que debe ser*.

Si en lugar de perseguir la corrección de las pasiones tratamos de averiguar qué motivos puede tener la naturaleza para dar a las pasiones un sentido tan diferente del deber, muy pronto distinguiremos que estos deberes sagrados no tienen ninguna relación con la justicia, y prueba de ello es el asunto que aquí nos ocupa: la desproporción entre los dos amores filial y paterno. Podremos comprobar que su desigualdad se funda en motivos muy plausibles, y si los niños «no ceden» a cambio más que la tercera parte del amor que les dan sus padres, se debe a tres razones.

1.° El niño ignora hasta la edad de la pubertad en qué consiste la cualidad de padre y generador: no puede apreciar ese título ni tenerlo en cuenta en la tierna edad en que se forma su afecto filial; se le oculta cuidadosamente la naturaleza del acto que constituye la paternidad; en este período, pues, sólo es susceptible de amor *simpático* y no de amor *filial*. No se debe exigir su adhesión a título de gratitud por los cuidados recibidos a lo largo de su educación; este reconocimiento calculado está por encima de las facultades morales de un niño; exigir un amor reflexivo a un ser incapaz de reflexión significa ser aún más infantil que él; además, esta gratitud es *amistad* y no *amor filial*, que el niño, en su tierna edad, no puede conocer ni sentir.

2.° El niño en la edad media, de los siete a los catorce años, está obsesionado por las amonestaciones de los padres, que en el pueblo se sazonan con los malos tratos; y careciendo el niño de suficiente razón para apreciar la necesidad de una coacción que se le impone, su adhesión debe establecerse en relación a los favores que se le conceden: por eso vemos frecuentemente que un abuelo, un vecino o un criado les son más queridos que los autores de sus días, y los padres no tienen ningún derecho a lamentarse por ello; si poseen cierta sagacidad, deben comprender que (por los motivos antes aducidos) el niño sólo es susceptible de *amor simpático*, y que un amor de este tipo únicamente surge en razón

de la dulzura y discernimiento que los padres saben poner en el ejercicio de sus funciones paternas.

3.° Cuando en la pubertad el niño averigua en qué consiste la cualidad de padre y de madre, se da cuenta de los motivos interesados de su amor por él; estos motivos son la impresión que les ha quedado de los placeres generadores, la esperanza que su nacimiento dio a su ambición o a su debilidad y las distracciones que les proporcionó en su infancia, cuando era el centro de atracción de todos sus ocios. Con esas luces que el niño adquiere en la edad de la razón no puede creerse muy deudor hacia los padres ya que les ha procurado placeres que no ha compartido (y de los que se le quiere privar en su más bella edad). Estas nociones más bien contribuyen a entibiar su afecto que a aumentarlo. El niño descubre que no ha sido engendrado por amor a él mismo, sino por el amor al placer; que sus padres quizá lo han engendrado a disgusto, ya sea por torpeza, aumentando una progenitura ya demasiado numerosa, ya sea porque hayan deseado un niño de sexo diferente. En resumen, al llegar el período de la adolescencia en que el amor filial puede comenzar a nacer en el niño, mil consideraciones vienen a disipar el prestigio, e incluso a ridiculizar a sus ojos la importancia que se concede a la paternidad. Y si los padres no han sabido congraciarse su estimación y amistad, no verán nacer en él ningún amor filial, ni siquiera aquella tercera parte de reconocimiento en la que la naturaleza había fijado la deuda de los hijos para con los padres; reconocimiento que parecerá suficiente cuando se sepa que la educación no comportará para los padres ninguna clase de esfuerzo en el orden combinado al que está destinado el globo y para el que se hallan dispuestas nuestras pasiones.

En cuanto al presente, si el esfuerzo que la educación comporta parece otorgar a los padres un derecho ilimitado sobre el amor de los hijos, es porque nadie ha reparado jamás en las tres razones atenuantes que he puesto de relieve:

1.° Ignorancia de los hijos, en su tierna edad, sobre los títulos que constituyen la paternidad.

2.° Disgustos que experimentan en la edad intermedia debidos al abuso o al ejercicio mal entendido de la autoridad paterna.

3.° Contraste que advierten en la adolescencia entre las elevadas pretensiones de los padres y los méritos imaginarios que las sostienen.

Si reparamos en otras consideraciones accesorias, como las preferencias paternas que con razón afectan al hijo, comprenderemos por qué comunmente la descendencia no experimenta más que una tercera parte del afecto que le es ofrecido por la ascendencia: y si siente una afectividad mayor es debido a la simpatía, pero no a la influencia de la consanguinidad; es también frecuente que el niño sienta por uno de sus progenitores dos o tres veces más afecto que por el otro, cuyo título es idéntico a sus ojos, mas no su carácter, que no le resulta de su conveniencia.

Esas son verdades que los civilizados ni quieren confesar ni asumir como la base de sus cálculos sociales. ¡Pobres en placeres, quieren ser ricos de ilusiones! Se arrogan un derecho de propiedad sobre el afecto del más débil. Si son esposos (de sesenta años), pretenden que una esposa (de veinte años) los ame exclusivamente; y sabemos hasta qué punto están fundadas sus pretensiones. Si son padres quieren convertirse en los dioses y modelos de sus hijos, y claman contra la ingratitud, cuando sólo obtienen la dosis de amor que han merecido. A falta de afecto verdadero se hartan de escenas mentirosas, se regodean cuando en las novelas y las comedias les representan desbordamientos de amor filial y de fidelidad conyugal, que en el seno de las familias no pueden verse ni en sombras. Al alimentarse con esas quimeras morales, los civilizados se incapacitan para el estudio de las leyes generales de la naturaleza: tan sólo la contemplan desde el punto de vista de sus caprichos y sus pretensiones despóticas, y acusan a la naturaleza de injusta, sin querer indagar el fin al que tienden sus disposiciones.

Para descubrir ese fin era preciso, prescindiendo de las ideas del *deber*, proceder al análisis (y síntesis) de

esta *atracción apasionada,* que sólo nos parece viciosa porque ignoramos su fin, pero, viciosa o no, jamás ha sido objeto de un análisis regular.

A fin de recordar al lector la diferencia entre la *atracción* y el *deber,* y de estudiar la atracción independientemente de todo prejuicio sobre el deber, expondré en la tercera parte de esta memoria un nuevo capítulo sobre este tema, el de los *Contra-Movimientos compuestos,* en el cual se verá que siendo la atracción *incomprensible,* aunque contradictoria con el deber, hay que capitular finalmente ante esta sirena y estudiar sus leyes en lugar de dictarle las nuestras, de las que se ha burlado y se burlará eternamente por el triunfo de Dios y la confusión de nuestros versátiles sistemas.

(TC, 114-116)

El árbol pasional y sus ramas o potencias graduadas en 1.°, 2.°, 3.°, 4.° y 5.° grado

Empecemos por el primer grado, que posee tres ramas, para referirnos más adelante al tronco o Uniteísmo, considerado como la fuente de todas las pasiones que en el primer escalón son tres, en el segundo doce, etc.

En el primer grado o primera división se encuentran tres pasiones, núcleos o centros de Atracción, hacia los que tienden todos los humanos sin distinción de rango ni de edad; estas tres pasiones son:

1.° El lujismo o deseo de lujo.
2.° El grupismo o deseo de grupos.
3.° El seriismo o deseo de series.

Examinémoslas en subdivisiones según el número de pasiones que procuran en el escalón siguiente o segunda potencia, que presenta doce ramas, constituyendo la gama pasional análoga a la musical.

Primer núcleo, *el lujo,* el cual da origen y rige a cinco pasiones secundarias, llamadas sensitivas o deseos de los sentidos.

El *lujo* es *interno* y *externo;* es interno en cuanto a la salud que nos garantiza el ejercicio completo y directo de cada sentido, los cuales no pueden ejercitarse sin ayuda de la riqueza, por lo que sería vano gozar de buen estómago y brillante apetito y no tener un escudo para comer. Quien carece de sueldo está condenado al hambre y al constreñimiento indirecto de las pasiones; por consiguiente, los sentidos no pueden alcanzar un pleno desarrollo indirecto sin la mediación del dinero, al que todo está subordinado en la Civilización.

Existen otros cuatro sentidos como el del gusto, que, sin el favor de la fortuna, quedan reducidos al mínimo desarrollo. En vano tendréis un oído perfecto, pues las puertas de la Opera y del concierto se os cerrarán si carecéis de dinero, mientras que veréis entrar allí a gente grosera y sin oído, pero con una bolsa bien repleta. Por consiguiente, para alcanzar la felicidad no basta el lujo interno o salud; nosotros deseamos, además, el lujo externo o riqueza que garantiza el libre desarrollo de los sentidos, ya que el lujo interno sólo garantiza su desarrollo condicional.

La excepción misma confirma el principio. Una muchacha encuentra un viejecito que le asegura una vida feliz, un pleno ejercicio de ciertos placeres sensuales, buenos tratos, atavíos, etc., de los que carecía. En ese caso, uno de los cinco sentidos, el tacto-concupiscente, interviene para asegurar mediante la riqueza el ejercicio externo de los otros cuatro que sólo hubieran adquirido un ejercicio interno o salud, una actitud carente de desarrollo positivo, y se hubieran sumido a toda especie de privaciones sin la participación de la riqueza aportada por el viejecito; y quizá el sentido del tacto hubiese sufrido la misma suerte, pues la gente muy pobre dispone de muy pocos medios para conseguir en amor los personajes que codicia.

Colegimos que el lujo no es simple sino compuesto, y a la vez interno y externo, principio importante que debe establecerse para constatar la indeterminación de las ciencias físicas en todo lo tocante a la Unidad del Movimiento; prueba de ello es la controversia en torno a la simplicidad o composición de la luz, pues de ser ésta un cuerpo simple, sería necesario, en virtud de la

Unidad de la naturaleza, que el lujo también fuese simple. Y del mismo modo que el eje de la luz o sol es el primer fin de la Atracción material, también el lujo es el primer objeto de la Atracción pasional. Luego, al ser el lujo compuesto, como acabamos de ver respecto a la coincidencia del movimiento en material y en pasional, también lo es la luz, a menos de que exista duplicidad en el sistema de la naturaleza.

Segundo núcleo, *los grupos*. Esta rama produce cuatro pasiones secundarias, llamadas afectivas:

En Mayor.
1. Grupo de Honor o Corporación.
2. Grupo de Amistad.

En Menor.
3. Grupo de Amor.
4. Grupo de Familia o de Parentesco.

Nuestros legisladores pretenden subordinar el sistema social al último de los cuatro grupos, al de Familia, cuya influencia en la Armonía social ha sido excluida por Dios casi por completo, porque es un grupo de vínculo material o forzado y no de unión libre, pasional y voluntariamente disoluble.

Digno de personas contrarias a la naturaleza en todos sus cálculos es tomar como eje del mecanismo social aquel de los cuatro grupos que, por carecer de libertad, debe ejercer la influencia más exigua, y sólo puede emplearse activamente en la Armonía cuando es absorbido por los otros tres grupos y obra en su sentido.

Toda sujeción, fuente de falsedad, se establece en virtud de la influencia del grupo de Familia, que no es libre ni disoluble; por lo demás, no existe nada más falso que las dos sociedades, civilizada y patriarcal, en las que domina este grupo. La sociedad bárbara, más sanguinaria y opresiva que la nuestra, es, sin embargo, menos falsa, al estar menos influenciada por el grupo de Familia, uno de los mayores gérmenes de falsedad que existe en el movimiento. Este grupo, a título de lazo indisoluble, es heterogéneo en el espíritu de Dios, que sólo quiere dirigir la atracción o libertad de vínculos e impulsiones.

Tercer núcleo, *las series* o asociaciones de grupos distribuidos en series y gozando de las mismas propiedades de las series geométricas. Esta tercera rama produce tres de las doce pasiones secundarias que se denominan *distributivas* y tienden a un mecanismo social y doméstico completamente desconocido en la Civilización, aunque ya se conociera en la sociedad primitiva: es el secreto de la felicidad perdida que debe recobrarse. Por consiguiente, el cálculo de la Armonía pasional debe versar principalmente sobre el arte de formar y mecanizar las Series de grupos.

Si los sabios creyeran realmente en esta Unidad del Universo con la que os machacan los oídos, habrían pensado que, si todo el Universo y todos los objetos creados están distribuidos en Series, para incorporarnos a la Unidad sería necesario establecer un orden semejante en el juego de las pasiones sociales y domésticas.

No se les ha antojado admitir esta analogía ni inferir de ella la necesidad de investigar la formación de las Series pasionales cuyo secreto os revelaré.

(...)

A menudo tendremos ocasión de reparar en la división de las doce pasiones secundarias en cinco corporales o sensuales, y siete anímicas o procedentes del alma (cuatro afectivas y tres distributivas) y su núcleo colectivo o tronco pasional, el Unitcismo, pasión que comprende las tres ramas primarias y constituye el resultado de su desarrollo combinado.

El Uniteísmo es la tendencia del individuo a conciliar su felicidad, hoy tan detestable, con la de todo lo que le rodea y de todo el género humano. Es una filantropía ilimitada, una benevolencia universal que sólo podrá desarrollarse cuando todo el género humano sea rico, libre y justo, conforme a las tres pasiones sub-núcleo, Lujo, Grupos y Series, que exigen:

En el primer Desarrollo, Riqueza graduada para los cinco sentidos.

En el segundo Desarrollo, Libertad absoluta para los cuatro grupos.

En el tercer Desarrollo, Justicia distributiva para las pasiones de este nombre.

Si el Uniteísmo comprende las tres pasiones primarias, abarca también las doce pasiones secundarias englobadas en las tres primarias; según esto, ¿sería justo comparar el Uniteísmo con el rayo blanco que contiene los siete colores lunares? Es necesario saber que este rayo comprende otros cinco colores invisibles para nosotros que pasan inadvertidos: rosa, leonado, marrón, verde dragón, lila (sólo conozco con certeza el rosa y el leonado). El rayo blanco, por consiguiente, comprende realmente doce rayos, pero únicamente muestra siete de ellos, así como la octava musical contiene doce sonidos y sólo se emiten siete. No es posible representar con exactitud el Uniteísmo como la reunión de las siete pasiones del alma, llamadas afectivas y distributivas, dado que esta reunión supone el desarrollo de las cinco sensitivas, y por consiguiente el desarrollo de las doce secundarias.

En este opúsculo falta una definición del Uniteísmo o tronco de las pasiones, pero éste no ejerce ninguna acción en el Orden civilizado; basta, pues, con fijar la atención en la contra-pasión, o Egoísmo, que domina tan universalmente que el sistema de perfectibilidad perfectible, la ideología, ha convertido el egoísmo o el *yo* en la base de todos sus cálculos. Al estudiar a ciertos Civilizados, era frecuente no encontrar más que pasiones subversivas con una escala semejante a la de Armonía.

Nuestros sabios ignoran el Uniteísmo o filantropía ilimitada. Y en lugar de esta pasión sólo han entrevisto su desarrollo subversivo o contra-desarrollo, debido a la manía de subordinarlo todo a nuestras conveniencias individuales. Esta odiosa inclinación recibe diversos nombres en el mundo; entre los moralistas se denomina egoísmo, entre los ideólogos se llama *yo*, palabra nueva que nada nuevo dice, paráfrasis inútil del egoísmo, del que siempre se ha acusado a los Civilizados, y con razón, puesto que su estado social, haciendo reinar la

falsedad y la opresión, tiende a subordinar las doce pasiones al Egoísmo, que en consecuencia se convierte en núcleo subversivo sustituyendo al Uniteísmo o pasión nuclear armónica.

Toda vez que la felicidad, nuestro objetivo común, es el desarrollo del Uniteísmo que comprende el desarrollo de todas las pasiones, es necesario, a fin de simplificar nuestros estudios, fijar la tesis del desarrollo en las tres pasiones primarias, Lujismo, Grupismo y Seriismo, o todo lo más en las doce secundarias que son las subdivisiones de las tres primarias.

(...)

Conocemos sobradamente las cinco pasiones *sensitivas* tendentes al Lujo y las cuatro *afectivas* tendentes a los Grupos. Sólo nos quedan por conocer las tres *distributivas*, cuyo desarrollo combinado produce las Series, método social cuyo secreto se perdió desde los primeros hombres, pues sólo pudieron mantener las Series durante trescientos años aproximadamente. Se ha redescubierto, por fin, este mecanismo con las disposiciones convenientes para aplicarlo a la gran industria.

Nuestra tarea, reducida a su más simple expresión, consiste, pues, en determinar el juego del *Seriismo* o tercera pasión primaria; es la que mantiene en equilibrio a las otras dos, el *Lujismo* y el *Grupismo*, cuya discordia sería permanente sin la intervención del Seriismo.

La concordancia entre las tres produce la felicidad, asegurando el desarrollo del Uniteísmo, tronco y tallo de las pasiones que engendra todas las ramas de los diversos grados.

He expuesto la clasificación o escala potencial; repetimos que el árbol surgido del Uniteísmo, pasión desconocida entre nosotros y que constituye la vía opuesta al Egoísmo, da en primera potencia tres, en segunda doce, en tercera treinta y dos, en cuarta ciento treinta y cuatro, en quinta cuatrocientos cuatro, más el eje, que nunca se cuenta en Movimiento.

Los caracteres o temperamentos se clasifican según

el mismo orden, pero con ciertas variaciones; los temperamentos son cuatro en segundo grado, más el núcleo; el cuarto grado puede variar de treinta a treinta y dos, y así sucesivamente.

Se podría desarrollar el análisis de las pasiones, caracteres y temperamentos en sexta, séptima y octava potencias. La quinta, en este principio, bastaría para satisfacer nuestra curiosidad, puesto que da el conjunto de la Falange de Armonía o Destino doméstico. En el tratado lo desarrollaré con mayor amplitud.

En la mecánica sideral se representa y ordena fielmente el sistema de la atracción, conforme a la unidad del Universo material y pasional; allí podemos comprobar la existencia de treinta y dos teclas o planetas del teclado gravitando colectivamente sobre el Unitcísmo gracias al equilibrio y acuerdo del torbellino con la esfera estrellada, cuyo centro ocupa él mismo. Pasando a las subdivisiones y primeramente a la de primer grado, éste gravita sobre los tres sub-núcleos:

1.° Sobre el Lujo o eje solar.
2.° Sobre los cuatro Grupos integrados por los cuatro planetas lunígeros.
3.° Sobre la Serie formada por la agrupación de los cuatro grupos y de los ambiguos sobre el eje solar.

(TC, 116-119)

La atracción apasionada

Existen tres núcleos o fines de la atracción hacia los que tienden las pasiones humanas en todos los lugares, rangos y edades. Estos núcleos de atracción son:

1.° *El lujo de los cinco sentidos.*
2.° *Las sectas progresivas.*
3.° *La unidad universal.*

El alma es impulsada continuamente hacia esos tres fines por doce incentivos o pasiones radicales que constituyen los troncos de todos los demás. Hay:

Cinco pasiones materiales o apetencias de los sentidos que tienden al lujo.

Cuatro pasiones afectivas o apetencias simples del alma que tienden a los lazos afectuosos, a los cuatro grupos a que me he referido y a las sectas agrupadas.

Tres pasiones distributivas o apetencias compuestas del alma que tienden a la unidad social y universal.

Los civilizados apenas conocen estas tres últimas pasiones que yo denomino distributivas (y que sería más adecuado designarlas con el nombre de mecanizantes). Entre nosotros sólo despuntan algunos destellos de estas pasiones, que, sin embargo, bastan para despertar la gran cólera de los moralistas, enemigos encarnizados de las voluptuosidades. La influencia de estas tres pasiones es tan débil y su aparición tan escasa, que ni siquiera han podido clasificarse distintamente; he tenido que denominarlas con las palabras *engranante, variante* y *graduante,* pero prefiero designarlas por los números 10, 11 y 12, y postergo su definición, pues nadie creería que Dios, pese a su infinito poder, pudiera inventar jamás un orden social capaz de satisfacer tres pasiones tan insaciables de voluptuosidades.

Las siete pasiones *afectivas* y *distributivas* dependen más del alma que de la materia y tienen el rango de pasiones *primitivas.* Su acción combinada engendra una pasión colectiva o formada por la reunión de las otras siete, del mismo modo que el blanco está formado por la unión de los siete colores del rayo; denominaré a esta treceava pasión *armonismo* (o unitcísmo) que es menos conocida que la 10.ª, 11.ª y 12.ª, a las que no me he referido; pero pese a desconocerlas aún, puede pensarse sobre su influencia general. Eso es lo que voy a hacer a continuación.

Aunque esas cuatro pasiones, la 10.ª, 11.ª, 12.ª y 13.ª, están completamente ahogadas por nuestras costumbres civilizadas, su germen subsiste en nuestras almas, nos fatiga y nos acosa según la mayor o menor actividad que ejerce en cada individuo. De ahí que muchos civilizados pasen su vida en el hastío, aun cuando poseen todos los objetos de sus deseos: por ejemplo César, que una vez

en el trono del mundo se sorprendió de no hallar en un rango tan alto más que el vacío y el aburrimiento. Esta ansiedad de César no era motivada sino por la influencia de las cuatro pasiones reprimidas, y sobre todo de la treceava, que ejercía sobre su alma una presión muy activa; desde entonces gozaba menos de su felicidad, en la medida en que el ascenso al rango supremo no le dejaba ninguna avidez capaz de distraerle y divertirle ante la violencia de esta treceava pasión que dominaba en él.

La misma desgracia se extiende con bastante frecuencia sobre los grandes hombres de la civilización; estando su alma turbada por esas cuatro pasiones que no se desarrollan, no debe sorprendernos ver tan a menudo una persona vulgar más satisfecha con una felicidad mediocre que los grandes hombres con sus espléndidos goces. Estas grandezas tan vanagloriadas, como el trono, el poder, etc., son sin duda un bien real, pese a lo que dicen los filósofos; pero no tienen la propiedad de satisfacer las cuatro pasiones reprimidas, sino de irritarlas; y es por esa razón que la clase media puede gozar más con menos recursos, porque sus burguesas costumbres apenas irritan a las nueve primeras pasiones a las que el orden civilizado permite cierto desarrollo, mientras que prácticamente no admite ningún desarrollo de las tres distributivas ni de la pasión armónica.

Por lo general, la influencia de las tres distributivas produce los caracteres que se acusan de corrupción y se denominan libertinos, profanos, etc. La treceava o armonismo los que se llaman originales, personas inadaptadas a este mundo e incapaces de amoldarse a las costumbres de la civilización.

Los Bárbaros son poco más o menos extraños a estas cuatro pasiones que su estado social no despierta en modo alguno; por lo demás, están mucho más satisfechos que nosotros con sus brutales costumbres, que dependen de las nueve pasiones materiales y espirituales, las únicas que se agitan en ellos.

En resumen, sólo existe una felicidad perfecta para el género humano en el orden de las series agrupadas u orden combinado, porque éste asegura un pleno desarro-

llo de las doce pasiones radicales y por consiguiente de la treceava que es un compuesto de las siete principales. De donde se colige que en este nuevo orden social, el individuo menos afortunado, hombre o mujer, será mucho más feliz de lo que hoy pueda serlo el mayor de los reyes: pues la verdadera felicidad sólo consiste en la satisfacción de todas sus pasiones.

Las doce pasiones radicales se subdividen en una multitud de matices que dominan más o menos en cada individuo; de ahí resultan caracteres infinitamente variados que, sin embargo, pueden remitirse a ochocientos [diez] principales. La naturaleza los distribuye al azar entre los niños de ambos sexos, de modo que entre ochocientos [diez] niños reunidos sin previa elección puede encontrarse el germen de todas las perfecciones que el espíritu humano pudiera alcanzar; es decir, que cada uno de ellos estará dotado naturalmente de la aptitud necesaria para igualar a uno de los seres más brillantes que hayan existido, como un Homero, un César, un Newton, etc.; por consiguiente, si se divide por ochocientos [diez] el número de treinta y seis millones al que se eleva la población francesa, se hallará que en este imperio existen cuarenta y cinco mil individuos capaces de igualar a Homero, cuarenta y cinco mil capaces de igualar a Demóstenes, etc., si hubiesen sido preparados desde la edad de tres años y hubiesen recibido la *educación natural* que desarrolla todos los gérmenes distribuidos por la naturaleza. Pero esta educación sólo puede tener lugar en las sectas progresivas u orden combinado. Imaginemos cuál será en ese nuevo orden la afluencia de celebridades en todos los géneros, ya que sólo la población de Francia proveerá cuarenta y cinco mil de cada especie. En consecuencia, cuando el globo esté organizado y alcance los tres millares de millones habrá habitualmente en él treinta y siete millones de poetas comparables a Homero, treinta y siete millones de geómetras semejantes a Newton, treinta y siete millones de comediantes equiparables a Molière y todos los talentos imaginables. (Estas son consideraciones aproximadas [que los periódicos de París toman al pie de la letra]).

Es, pues, un grave error creer que la naturaleza es

avara de talentos; antes al contrario, los prodiga en cantidad mayor que nuestros deseos y necesidades; pero todavía no sabéis descubrir y desarrollar los gérmenes, sobre lo cual sois tan ignorantes como sólo puede serlo un salvaje respecto al descubrimiento y explotación de las minas. No tenéis ningún arte, ninguna piedra de toque para discernir los destinos que la naturaleza asigna a los individuos y los gérmenes que ella ha implantado en sus almas; estos gérmenes son menospreciados y reprimidos por la educación civilizada y apenas uno de entre un millón escapa a esta suerte; el arte de descubrirlos será una de las mil maravillas que os hará sabedores de la teoría de las sectas progresivas, en las que cada uno desarrolla y perfecciona hasta el grado más elevado los diferentes gérmenes de talento que la naturaleza le ha entregado.

(TC, 119-121).

DEL ORDEN CIVILIZADO AL ESPLENDOR COMBINADO

INSATISFACCIÓN DE LOS HOMBRES EN LOS MATRIMONIOS INCOHERENTES. (DESCRIPCIÓN DE UNA DE LAS DIVERSAS RAMAS DE LOS DESTINOS PRIVADOS O DOMÉSTICOS.)

Si se reflexiona sobre los innumerables inconvenientes que lleva consigo la vida conyugal y el matrimonio permanente, nos sorprenderá que el sexo masculino haya sido tan incauto como para no ser capaz de idear el medio de liberarse de un tipo de vida semejante. Dejando a parte la gente rica, me parece que para los esposos, nuestra vida doméstica lo es todo menos divertida; y entre otras contrariedades, citaré ocho que amargan más o menos a todos los maridos y que desaparecerían en la convivencia progresiva.

1.° *La infelicidad casual.*—¿Existe juego de azar más espantoso que el de un lazo indisoluble en el que se abandona a la suerte la felicidad o infelicidad de su vida, con el riesgo de la incompatibilidad de caracteres?

2.° *El dispendio.*—En el orden actual es enorme y van a convencerse de ello al compararlo con las inmensas economías resultantes de la convivencia progresiva.

3.° *La vigilancia.*—La obligación de velar por los deta-

lles, ya que no es prudente dejar ciegamente el mando en manos de la mujer de la casa.

4.° *La monotonía.*—Debe de ser muy grande en el aislamiento de nuestra vida conyugal, cuando los maridos, pese a las distracciones que les proporciona su trabajo, acuden en masa a los lugares públicos, cafés, círculos, espectáculos, etc., para resarcirse de ese hastío que se experimenta, según dice el proverbio, *al comer siempre el mismo plato.* La monotonía es mucho peor para las mujeres.

5.° *La esterilidad.*—Amenaza con frustrar todos los proyectos de felicidad, desconcierta a los esposos y a su ascendencia, les obliga a dejar su patrimonio a los parientes colaterales, cuya avidez e ingratitud desesperan a los legatarios y les provoca aversión por una compañera estéril y un vínculo conyugal que ha burlado todas sus esperanzas.

6.° *La viudez.*—Reduce al esposo a trabajos forzados, mucho peores que los leves sinsabores del celibato y en el caso de que os anticipéis a vuestra mujer en la tumba, la inquietud por los niños abandonados en manos mercenarias y la perspectiva de los desastres que se abatirán sobre vuestra joven familia os abrumarán de pena en vuestros últimos momentos.

7.° *La alianza.*—El inconveniente de entrar en afinidad con familias que, en su conducta posterior, raramente realizan las esperanzas de interés o de placer que se fundaba sobre su parentesco.

8.° Por *último, los cuernos* que, sin duda, son un desagradable accidente, ya que el marido se agota en precauciones, pese a estar seguro de que va a correr la misma suerte que él ha hecho sufrir a tantos otros.

Viendo estas numerosas desgracias que acarrea el estado de matrimonio y de convivencia aislada, resulta in-

explicable que los hombres no se hayan interesado por buscar una solución a tanta servidumbre y por promover innovaciones domésticas, que nunca hubieran causado resultados más calamitosos que la actual vida matrimonial.

En las esferas políticas se dice que la ley es siempre del más fuerte, pero no ocurre lo mismo en el ámbito doméstico. El sexo masculino, pese a ser el más fuerte, no ha hecho la ley en beneficio propio al establecer la convivencia aislada y, en consecuencia, el matrimonio permanente. Se diría que semejante orden es obra de un tercer sexo que hubiera querido condenar a los otros dos al hastío; ¿pues acaso podía inventar nada mejor que la convivencia aislada y el matrimonio permanente para introducir en las relaciones de amor y de placer la apatía, la venalidad y la perfidia?

El matrimonio parece inventado para recompensar a los perversos: cuanto más astuto y seductor sea un hombre, más fácil resulta para él alcanzar la opulencia y la estima pública a través del matrimonio; ocurre lo mismo a las mujeres. Poned en juego los resortes más infames para obtener un buen partido; en cuanto llega el momento de desposaros os convertís en un santito, un tierno esposo, un modelo de virtud. Adquirir de repente una inmensa fortuna por la mera molestia de explotar a una joven señorita es un resultado tan grato que la opinión pública le perdona todo al vividor que sepa dar ese buen golpe. Es reconocido por todo el mundo como buen marido, buen hijo, buen padre, buen amigo, buen vecino, buen ciudadano y buen republicano. Ese es hoy el estilo de los apologistas: no sabrían loar a un cualquiera sin declararlo bueno de pies a cabeza, en conjunto y en detalle; la opinión pública reacciona de un modo semejante ante un caballero industrial que consigue desposarse con una suma de dinero. Un matrimonio rico es comparable al bautismo, por la rapidez con que borra toda mancha anterior. En la civilización, al padre y a la madre no se les ocurre otra cosa mejor que instar a sus hijos a que prueben todas las vías buenas o malas para obtener un buen partido, pues el matrimonio, verdadero bautismo civil,

borra todo pecado a los ojos de la opinión pública; en cambio, ésta no es tan indulgente con los otros nuevos ricos y durante mucho tiempo les recuerda las bajezas ques le condujeron a la fortuna.

No obstante, por uno que alcanza la felicidad a través del matrimonio, ¡cuántos otros no encuentran en esta unión más que el tormento de su vida! Estos pueden testimoniar que la esclavitud de las mujeres no se ha impuesto de ningún modo en beneficio de los hombres. ¡Qué engaño para el sexo masculino estar obligado a llevar una cadena que para él sólo es objeto de horror! ¡Y cuán escarmentado queda el hombre por los disgustos de un vínculo semejante y por haber reducido a la mujer a la esclavitud!

Aunque la vida conyugal llegue a soslayar algunos inconvenientes del celibato, jamás ofrece *una felicidad positiva,* ni siquiera en el caso de un perfecto acuerdo entre los esposos, pues si son caracteres que se adecúan perfectamente, nada les impediría vivir juntos en un orden en el que el amor fuera libre y la sociedad doméstica estuviera organizada de un modo diferente. A través de la descripción de un nuevo orden doméstico se verá que el matrimonio no es la única oportunidad que los esposos puedan escoger, en un orden de plena libertad, para alcanzar la felicidad.

La filosofía nos predica el fatalismo para tranquilizarnos ante la evidente imposibilidad de concordancia entre el matrimonio y las pasiones, pregonando que en esta vida estamos destinados a las tribulaciones, que es necesario saber resignarse, etc. De ningún modo; sólo hace falta inventar un nuevo modelo de sociedad doméstica que responda al deseo de las pasiones, cosa que jamás se ha intentado ni propuesto. Dentro de poco os pondré en antecedentes y os haré entrever esta nueva vida privada de tan fácil invención.

Seguimos con los inconvenientes de la convivencia aislada y el matrimonio permanente. Este orden tiene la propiedad de alejarnos en todo sentido de la *felicidad positiva* y de los placeres reales, como la libertad amorosa, la buena cocina, la despreocupación y otros goces que los

civilizados ni siquiera se atreven a codiciar, porque la filosofía los habitúa a considerar como vicio el deseo de los bienes verdaderos.

Pese a lo mucho que se esmera en prepararnos y seducirnos para el matrimonio, de la misma manera que se engatusa a un niño antes de darle una medicina; pese a todas esas benignas y melosas insinuaciones sobre la felicidad del matrimonio, todavía vemos cómo su sola idea atemoriza a los hombres, sobre todo cuando han alcanzado ya una edad madura. Muy temible ha de ser este vínculo para que, ante la perspectiva de formalizarlo, los hombres se estremezcan incluso varios años antes. No me refiero a las uniones entre gente rica, pues todo son rosas en un matrimono que empieza con buenas rentas; después de todo, el esposo se muestra poco solícito a renunciar a su harén para convertirse en esclavo de una mujer de su casa, a la cual deberá tributar asiduamente el servicio conyugal, a menos que quiera dejar vía libre a los suplentes y ser gratificado con hijos dudosos, que la ley le obligaría a aceptar: *Is pater est quem justae nuptiae demonstrant;* es decir, *el verdadero padre es aquel que está designado como tal por el matrimonio.* Esta ley, terror de todos los hombres, autoriza a una mujer blanca a procrear un hijo mulato, aunque el esposo sea blanco. Y éste no es más que uno de tantos peligros a los que el matrimonio expone al hombre; y estos lo consideran como una trampa que se les tiende, como un salto mortal. Antes de dar semejante paso se desviven en cálculos y estratagemas; nada más cómico que las instrucciones que se dan unos a otros sobre el modo de someter a la mujer al yugo y hechizarla con la moral. Nada más curioso que estos conciliábulos de muchachos donde se analiza críticamente a las señoritas por casar y las trampas tendidas por los padres que intentan deshacerse de sus hijas. Tras todas estas discusiones concluyen la necesidad de desposarse con el dinero. Si han de ser cornudos por la mujer, que por lo menos no lo sean de la dote— y de asegurarse, con la boda, una indemnización que compense los inconvenientes del matrimonio. Así es cómo razonan entre sí los hombres cuando van a casarse; y con esa

actitud acceden a *los vínculos sagrados,* a esas dulzuras filosóficas de la vida conyugal.

Ciertamente la distancia que existe entre estos cálculos y el amor no es menor que la existencia entre la vida de familia y la buena comida. Sin duda, en las familias ricas se vive bien, pero son una minoría, apenas una de cada ocho, mientras que las otras siete vegetan y envidian el bienestar que disfruta la octava parte. Y todos ellos, ricos o pobres, están tan hartos de sí mismos y de su monótono tren de vida que se entregan con grandes dispendios a los placeres *antidomésticos,* como frecuentar los lugares públicos, espectáculos, bares, cafés, etc., tener la mesa servida, si son ricos, y ofrecerse festejos mutuamente, si carecen de medios propios para sufragar los gastos de una distracción que necesitan.

Estas distracciones que tan caras se compran en el orden actual, serán prodigadas a todo el mundo y sin ningún gasto en el séptimo período, del que indicaré algunas disposiciones. Esta sociedad aseguraría a cada cual una variedad habitual de festejos y compañías, y una libertad de la que ni siquiera se encuentran vestigios en vuestras comidas familiares, en las que reina un tono afectado y una tiranía de los prejuicios tan diferente del sosiego que ya hallamos en el *pick nick* y en *la cita amorosa.*

En cuanto a estas comidas en familia, fastidiosas por la inconveniente heterogeneidad de edades y comensales y por lo fatigoso de los preparativos, observemos que el mediocre recreo que proporcionan todavía es un privilegio de la gente rica; pero cuál será la suerte de tantos y tantos esposos que, por falta de medios, se ven privados de lo que se llama *los placeres* y reducidos a esa guerra intestina que tan bien define el proverbio que dice: *Los asnos se pelean cuando no hay heno en el pesebre;* y cuántos matrimonios caen aún, pese a su opulencia, en esta discordia casi común a la mayoría de personas constantemente agriadas por la pobreza.

Hay que admitir algunas excepciones; es posible encontrar no sólo individuos, sino naciones enteras que se someten fácilmente al yugo del matrimonio, como por

ejemplo los alemanes, cuyo carácter paciente y flemático se adapta a la esclavitud conyugal mucho mejor que el carácter voluble e inquieto de los franceses. Muchos se valen de estas excepciones para hacer la apología del matrimonio, pero sólo citan los casos que les convienen; indudablemente un yugo semejante es útil para un hombre entrado en años que desee apartarse de la corrupción general. Quiero creer que una esposa pueda encontrar algún encanto en la compañía de un hombre semejante y desdeñar por él el torbellino del gran mundo; ¿pero por qué el sexo masculino no concibe estas prudentes inclinaciones sino tras quince o veinte años de coqueteo? ¿Por qué al retirarse del mundo los hombres no eligen mujeres maduras por la experiencia como ellos y pretenden hallar en una jovencita virtudes más precoces que las suyas, que han sido tan tardías? Es ridículo que los civilizados, que se vanaglorian de exceder a las mujeres en razón, exijan de ellas, a los dieciséis años, esta razón que ellos no adquieren hasta los treinta o cuarenta, tras haberse revolcado en el libertinaje durante su bella juventud. Y si no han alcanzado la razón más que por la senda de los placeres, ¿por qué sorprenderse si una mujer para alcanzarla excoge la misma vía?

Su política matrimonial basada en la fidelidad de una jovencita no entra de ningún modo en los designios de Dios; que El haya dado a las jóvenes el gusto por la disipación y los placeres prueba que no las destina ni al matrimonio ni a la vida conyugal, que exigiría el gusto por la soledad. Así de infelices han de ser los hombres en el matrimonio, desde el momento en que quieren desposarse con mujeres jóvenes a quienes la naturaleza no ha dado las inclinaciones convenientes para ese género de vida.

Es ahí donde intervienen los filósofos prometiendo *cambiar las pasiones de las mujeres y reprimir la naturaleza.* ¡Pretensiones irrisorias! Ya se sabe cuál ha sido el resultado. En el matrimonio, como en cualquier otro contrato, el infortunio puede tocar en suerte al hombre más digno de un destino feliz. Aquel que necesita una mujer fiel, encuentra la más libertina y la más pérfida: la leal-

tad de un marido semejante se convierte en el principio de su engaño; será más engañado que cualquier otro con esos fingimientos de pudor y esos aires de inocencia que la educación filosófica enseña a todas las jóvenes para enmascarar la naturaleza. A despecho de todos los sistemas de los moralistas, la felicidad no existe en nuestra vida matrimonial; un grito universal se eleva contra los pesares que comporta este género de vida y son los hombres quienes se lamentan; ellos, que han hecho la ley y que debieron hacerla en beneficio propio. ¿Qué dirían entonces las mujeres si tuvieran derecho a lamentarse? ¿Y qué debemos pensar de una institución creada por el sexo fuerte, tan enojosa para él y aún más para el sexo débil al que no se permite el menor lamento?

Se nos ensalza la concordia aparente de estos matrimonios en los que una joven víctima soporta con una devoción heroica las persecuciones de un celoso retirado del mundo. No se trata de un estado de guerra peor que el reinante entre los esposos de ciertos pueblos alemanes, donde el marido coloca junto al fuego un bastón al que se llama *la paz del hogar*, y que pone fin, inapelablemente, a toda discusión conyugal. En la clase educada, la opresión no por ser menos aparente es menos real. ¿Y por qué los dos sexos no se sublevan contra un orden doméstico que les somete a tantas contrariedades? Y ante esta guerra doméstica en todas las clases de ciudadanos, ¿quién podría negar que el estado conyugal no es en absoluto el destino del género humano? Y no por eso hay que buscar algunos paliativos a esta desunión interior de los esposos, sino un medio para liberarse de esta vida doméstica que incuba y desarrolla todos los fermentos de discordia y de disgusto sin proporcionar *ningún bien que no pueda hallarse en el estado de plena libertad.*

(TC, 133-139)

Política galante

(Esplendor del orden combinado)

Para apaciguar la furiosa cólera que el anuncio de la futura libertad amorosa provocará a burgueses y filósofos, conviene hacerles considerar esta libertad desde el punto de vista del interés, su único Dios. El amor, que en la civilización es un germen de desorden, pereza y gastos, se convierte en el orden combinado en una fuente de beneficios y prodigios industriales; para ofrecer un ejemplo, elijo la demostración sobre una de las ramas de la administración más penosa entre nosotros, a saber, el alzamiento de los ejércitos por obra de la política galante.

El amor produce en cada falange dos grandes sectas, el *semicarácter* y el *carácter pleno*. A su vez, la falange se divide en nueve ramas: la primera de ellas, a la que voy a referirme, es la vestalidad.

En cada falange, el coro de los Jovencitos y Jovencitas, todos ellos vírgenes, eligen cada año una cuadrilla de vestalidad formada por dos parejas de parada y dos parejas de mérito: la elección se determina para los primeros de acuerdo con la belleza, y para los segundos conforme al éxito en las ciencias y las artes o la abnegación en los trabajos.

Los vestales y las vestales ocupan por doquier el rango de magnates: la muchacha más pobre, una vez elegida vestal, va en un carro tirado por seis caballos blancos y cubierto de piedras preciosas del patrimonio común. A estos jóvenes se les rinde todo tipo de honores; dirigen las colonias de la infancia; en suma, el sistema tutelar de la virginidad tiende a presentar en sociedad a las muchachas, en lugar de aislarlas. Lejos de habituarlas a un papel de cretinas, como nuestras señoritas untadas de moral que dicen no amar a nadie y no tener otra voluntad que la de su papá y su mamá, se les desarrollarán sus inclinaciones todo lo posible y la vestal ten-

drá pretendientes titulados, del mismo modo que el vestal tendrá también sus pretendientas que habrá reconocido como tales.

Esta juventud elegida goza del privilegio de participar en los ejércitos industriales, magníficas agrupaciones en las que los vestales y las vestales realizan sus primeros amores. Diariamente, tras finalizar sus trabajos dicho ejército celebra fiestas, tanto más brillantes cuanto reúne lo mejor de la juventud en belleza y en talentos. Estas fiestas presentan un vasto campo para la cortesía: los pretendientes y pretendientas siguen la vestalidad que decide sus elecciones en el curso de la campaña. Aquellos jóvenes que quieren unirse a un solo amante o a una sola amante pasan al grado de *Doncel* o *Doncella,* entrando en los grupos de la constancia que constituyen el segundo de los nueve caracteres amorosos; los que gustan de la inconstancia toman partido en los siete grupos siguientes. El resultado principal de estas distracciones consiste en la formación de inmensos ejércitos industriales sin ninguna coacción ni otro ardid que el de haber puesto en evidencia y honrado públicamente esta virginidad que los filósofos pretenden alejar del mundo y rodear de vigilantes y prejuicios.

Para reunir un ejército basta con publicar la lista de las cuadrillas de virginidad que cada falange enviará para ello; en consecuencia, los que se han declarado pretendientes y pretendientas no pueden eximirse de seguir a sus pretendidos a los ejércitos, lugar donde deben decidirse las elecciones que se hacen secretamente sin la escandalosa publicidad que entre nosotros caracteriza a las ceremonias del matrimonio, en las que se anuncia a una ciudad entera que tal día, un libertino o truhán va a desflorar a una joven inocente. Se tiene que haber nacido en civilización para soportar el aspecto de estos ritos indecentes llamados *bodas,* en las que interviene el magistrado y el sacerdote juntamente con los guasones y borrachos del barrio. ¿Y por qué? Porque tras viles intrigas y mangoneos entre el notario y las comadres se va a encadenar a dos individuos que, quizá al cabo de un mes, resultarán insoportables el uno para el otro.

¿Cuál es, entonces, el móvil de estas fiestas de boda? La esperanza de obtener una posteridad; ¿y quién sabe si la mujer no será estéril? La esperanza de la felicidad de los cónyuges; ¿y quién sabe si no se detestarán al año siguiente, y si su unión no dará cauce a la desgracia de ambos? En estas fiestas celebradas con una vaga esperanza, las familias podrían compararse con un insensato que comprara un billete de lotería y ofreciera a sus vecinos un gran banquete para celebrar el regocijo de la terna de lotería que espera ganar. Los convidados harían honor a la comida, burlándose de él y diciendo: *todavía no tiene la terna.* No imitéis a un loco semejante celebrando fiestas con ocasión de una boda, que no es más que un billete de lotería, o incluso menos aún, pues el matrimonio puede acarrear muchas desgracias, en lugar de la felicidad esperada. El único caso en que estas fiestas son razonables es cuando un hombre se desposa con una mujer muy rica: sólo entonces hay motivo de alborozo, pero de ordinario las mujeres gastan mucho más de lo que aportan; y si se aplazaran los festejos para el año siguiente, cuando el marido ha probado ya los obstáculos de la vida en común, los enormes dispendios y los cuernos que llegan más pronto o más tarde, encontraríamos muy pocos maridos dispuestos a celebrar tan desagradable unión. ¡Y cuántos de ellos no se arrepienten de la fiesta el mismo día siguiente, perplejos por no haber hallado lo que pensaban encontrar!

En el orden combinado, las fiestas dedicadas a los primeros amores no se celebran hasta después de consumada la unión. Se cuida mucho de no imitar a los civilizados, que utilizan al público como testigo del negocio concluido por la defloración. Una vestal, antes de decidirse por uno de sus pretendientes, los contempla reunidos exhibiendo sus méritos en los juegos públicos y en los trabajos del ejército; el número de aspirantes decrece así proporcionalmente a las esperanzas que ella les da. Cuando finalmente se inclina por uno de ellos, los prometidos se limitan a enviar una declaración lacrada a la oficina de la Alta-Matrona (ministro de relaciones amorosas que lleva la dirección de los asuntos galantes

del ejército, en lo concerniente a la vestalidad) o a las Vice-Matronas que rigen cada división. Se efectúan las disposiciones necesarias para recibir cada noche a las parejas que quieren unirse secretamente, las cuales son reconocidas por una intendente del matronato; la unión no se divulga hasta el día siguiente, en que la vestal ha cambiado su corona de lis por una corona de rosas y se presenta vestida de damisela con su favorito, o su doncel, si es un vestal el elegido por ella.

Cada noche se consuman en el ejército un buen número de uniones entre los vestales y las vestales. Se anuncian al día siguiente durante la maitinada o desayuno. Los bacantes y las bacantes tienen la misión de ir, cada mañana, a reconfortar a los heridos, es decir, a los pretendientes y pretendientas que han sido rechazados a causa de las uniones secretas de la noche.

Supongamos que la vestal Galatea, dispuesta a decidir su elección, haya dudado entre Pigmalión, Narciso y Polux. Finalmente se ha decidido por Pigmalión, uniéndose secretamente con él. La misma noche, un centenar de vestales consuman uniones semejantes con sus favoritos en el edificio destinado a esta ceremonia. Al día siguiente, un millar de bacantes y bacantas de la división se reúnen antes del amanecer, y una portavoz del matronato les comunica el cuadro de uniones que se han realizado durante la noche, más la lista de heridos y heridas que han de ser reconfortados. En ella aparecen los nombres de Polux y Narciso; entonces las bacantes que se consideran más amadas por Polux se dirigen a su morada; otras van en busca de Narciso; y asimismo los bacantes se encaminan hacia las interesantes heridas que han escogido.

Las bacantes van en busca de Polux, a quien despiertan con la rama de mirto en la mano para hacerle saber que ha muerto en el espíritu de Galatea; ellas soportan el primer choque, los clamores de perfidia e ingratitud, y para consolar a Polux, prodigan su elocuencia y sus encantos [3].

[3] Algunos civilizados dirán que Polux no hará el menor caso a los consuelos de las bacantes; que si está muy enamorado de

Cada mañana se cierne un gran abatimiento sobre pretendientes y pretendientas, con gran regocijo por parte de las legiones de bacanales, que se aprovechan de este martirio amoroso; pues de ordinario, una desventura semejante se remedia distrayéndose durante algunos días con las bacantes, las aventureras y otras corporaciones del ejército que practican la filantropía. Cuando se conozcan los detalles de estas diversas funciones y el mecanismo de las sectas amorosas en los ejércitos del orden combinado, los amores de la civilización parecerán tan monótonos y tan detestables que nadie podrá soportar la lectura de nuestras novelas y piezas de teatro; se comprenderá que en el orden combinado la admisión en los ejércitos se convierte en un favor; que se presentan el doble número de voluntarios deseados, y que, por la sola fuerza del amor, se pueden reunir ciento veinte millones de legionarios de ambos sexos, los cuales ejecutarán trabajos cuya mera idea horrorizaría a nuestros mercenarios espíritus. Por ejemplo: el orden combinado emprenderá la gran conquista del desierto del Sahara, atacándolo por diversos puntos, con diez e incluso veinte millones de brazos si es necesario; y a fuerza de transportar tierras, plantar y poblar de árboles progresivamente,

Galatea, rechazará con desdén a esas desvergonzadas que vendrán dispuestas a ofrecérsele. Efectivamente, ése sería el curso del amor en el orden civilizado: Polux rechazaría durante varios días cualquier otra mujer que no fuese Galatea, y además, retaría en duelo a Pigmalión. En el orden bárbaro, Polux actuaría de un modo diferente: iría a apuñalar a Galatea esperando la ocasión de apuñalar a Pigmalión. Y en el orden salvaje o patriarcal, Polux también actuaría de un modo distinto. No ignoro que, según nuestras costumbres, Polux debería desdeñar a las bacantes y sus consuelos; pero de la misma manera que vosotros, siguiendo las costumbres civilizadas, censuráis a Polux por distraerse con las bacantes, un bárbaro podrá burlarse del civilizado que viéndose privado de su compañera no fuera a apuñalarla. Menciono esos detalles para recordar que en cada período social las pasiones adquieren un curso diferente, y que si los usos del orden combinado parecen extravagantes en algunos aspectos, antes de juzgarlos sería necesario conocer las circunstancias que introdujeron costumbres tan opuestas a las nuestras.

se logrará humedecer el país, fijar las arenas y sustituir el desierto por regiones fecundas. Se abrirán canales para navíos allí donde ni siquiera hubiésemos imaginado construir acequias de riego; y los grandes navíos no sólo navegarán a través de los istmos, como los de Suez y Panamá, sino también por el interior de los continentes, como desde el mar Caspio hasta los mares de Azof, de Persia y Aral; navegarán de Quebec a los cinco grandes lagos, en fin, del mar a todos los grandes lagos cuya longitud equivale a la cuarta parte de su distancia del mar.

Las diversas legiones de ambos sexos se dividen en cada imperio en varios ejércitos que se unen con el de los imperios vecinos. El orden combinado jamás asigna una empresa a un solo ejército; por lo menos reúne a tres a fin de estimular la lucha competitiva. Si hay que cubrir de tierra los páramos de Gascuña, este trabajo será efectuado por tres ejércitos: francés, español e inglés; y en compensación Francia proporcionará dos ejércitos, uno a España y otro a Inglaterra, para cooperar en sus trabajos. De este modo se mezclarán todos los imperios del globo, y la compensación será la misma en los ejércitos de provincias y los trabajos de los cantones.

Supongamos que la Falange de Tibur quiera segar un prado, para lo cual serían necesarios 300 hombres durante dos horas; si sólo tiene 60 segadores disponibles, pide prestadas cuatro cohortes a cuatro cantones vecinos, y hace negociar este préstamo por sus embajadores titulares en la bolsa de dichos cantones; el día indicado vemos llegar a las cuatro cohortes que se unen a los Tiburinos en la pradera. A la siega sigue una comida en la que se encuentran las mozas de los diversos cantones; y el de Tibur entregará cohortes de hombres o mujeres a cambio de las que hoy pide prestadas. Este intercambio de cohortes es uno de los medios que emplea el orden combinado para transformar los trabajos más repugnantes en fiestas. Estos se convierten así en una actividad cautivante:

Por la brevedad, resultado del gran número de cooperadores.

Por la reunión de cohortes a las que vienen a juntarse amantes de diversos sexos.

Por las disposiciones de mecánica y elegancia que permiten estas numerosas reuniones.

Insisto sobre este último punto. Entre nosotros, los talleres son tan asquerosos e inmundos que inspiran el horror por la industria y los industriosos, sobre todo en Francia, que parece ser la patria adoptiva de la suciedad. ¿Existe cosa más repugnante que las lavanderías de París, donde se lava la lencería de la gente acomodada? En el orden combinado, en lugar de estas cloacas, veríais un edificio ornado con pilas de mármol provistas de grifos para diversos grados de calor, a fin de que las mujeres no estropeen sus manos sumergiéndolas en agua demasiado fría o demasiado caliente. Podríais admirar, además, diversas disposiciones para abreviar el trabajo mediante mecánicas de todo tipo, y para hacer apetitosa la comida que sigue al trabajo de unas cuatro o cinco cohortes de lavanderas reunidas de diversos cantones.

Por muy insulsos que sean estos detalles particulares, no desestimo detenerme en ellos para demostrar que todos los obstáculos industriales están ya previstos; las convocatorias de cohortes no son más que uno de los numerosos procedimientos por los que se allanará toda dificultad; y el orden combinado proveerá medios para realizar, *por atracción y rivalidad,* los trabajos más odiosos.

La galantería, hoy tan inútil, llegará a ser uno de los resortes más brillantes del mecanismo social. Y mientras que el orden civilizado alza con tanto esfuerzo y violencia ejércitos destructores que asolan periódicamente la tierra, el orden combinado sólo empleará la atracción y la galantería para formar ejércitos beneficiosos que elevarán, compitiendo entre sí, soberbios monumentos. En lugar de devastar treinta provincias en una campaña, estos ejércitos construirán treinta puentes sobre ríos, recubrirán treinta montañas estériles, cavarán treinta canales de irrigación y desecarán treinta ciénagas, y es-

tos trofeos industriales sólo serán una parte de los prodigios que se deberán a la libertad amorosa y al ocaso de la filosofía.

(TC, 169-174)

Sobre las series progresivas o series pasionales: Serie de Parada

En un cantón societario todos los miembros de la falange industrial que explota el cantón se dividen en 16 coros de diferentes edades; cada coro está formado por dos cuadrillas, una de hombres y otra de mujeres, y en total, 32 cuadrillas, 16 masculinas y 16 femeninas, cada una con sus insignias, distinciones, oficiales y vestidos característicos, ya sea en invierno o en verano.

Los 16 coros se clasifican en el orden recogido por el esquema que reproduce la página siguiente, para formar las siete divisiones que ya he indicado.

DIVISIONES			32 CUADRILLAS
Puesto avanzado		1 coro	N.º 1 *Los Niños y Niñas.*
Aleta ascendente		2 coros	N.º 2 *Los Querubines y Querubinas.* N.º 3 *Los Serafines y Serafinas.*
Ala ascendente		3 coros	N.º 4 *Los Colegiales y Colegialas.* N.º 5 *Los Gimnastas y las Gimnastas.* N.º 6 *Los Jovencitos y Jovencitas.*
			PUBERTAD
Centro de la serie	LOS NUEVE COROS AMOROSOS	4 coros	N.º 7 *Los Adolescentes y las Adolescentes.* N.º 8 *Los Aventureros y Aventureras.* N.º 9 *Los Heroicos y Heroicas.* N.º 10 *Los Atletas y las Atletas.*
Ala descendente		3 coros	N.º 11 *Los Refinados y Refinadas.* N.º 12 *Los Temperados y Temperadas.* N.º 13 *Los Impasibles y las Impasibles.*
Aleta descendente		2 coros	N.º 14 *Los Reverendos y Reverendas.* N.º 15 *Los Venerables y las Venerables.*
Retaguardia		1 coro	N.º 16 *Los Patriarcas y las Patriarcas.*

Estos nombres se adaptan a las costumbres y usos del orden combinado.

Los coros del número 7 al 15 constituyen los nueve coros amorosos; el coro 6.º ya corresponde a la edad de la pubertad y no tiene ejercicio material, sino únicamente el ejercicio espiritual del amor.

Con ocasión de una parada, las 32 cuadrillas se presentan con 32 uniformes diferentes; las mujeres constituyen siempre la mitad en todas las formaciones del orden societario.

La disposición de las series es idéntica en todas las ramas de industria agrícola y manufacturera, en las ciencias, las artes y los placeres. Siempre es una lucha regular entre grupos y divisiones constituidas por varios grupos.

Según los dos esquemas que acabo de mostrar sería fácil clasificar una serie científica o artística, y distinguir cada género a las siete divisiones del centro, de las alas, etcétera (que pueden subdividirse en varias especies).

Si cinco grupos de poetas se dedican a los cinco géneros siguientes:

Epopeya, Tragedia, Comedia, Oda e Idilio, bastará indicar a qué división de la Serie pertenecen y clasificarlas del modo siguiente:

El grupo de la *Oda* en la *aleta ascendente.*
El grupo de la *Tragedia* en el *ala ascendente.*
El grupo de la *Epopeya* en el *centro de la Serie.*
El grupo de la *Comedia* en el *ala descendente.*
El grupo del *Idilio* en la *aleta descendente.*

Y los géneros bastardos, en el *puesto avanzado* o en la *retaguardia.*

Además de las siete divisiones indicadas, una serie completa tiene cinco divisiones accesorias, a saber:

8.ª: la *Reserva.*
9.ª: los *Novicios.*
10.ª: los *Omnigéneros.*
11.ª: las *Pequeñas sectas.*
12.ª: los *Auxiliares.*

La *Reserva:* se compone de individuos que tras haber formado parte de algún grupo de las siete divisiones del

género han cambiado de gusto abandonando esta pasión. A veces se requiere su colaboración en el caso que un contratiempo imprevisto ponga en peligro los trabajos de la serie o disuada a la mayor parte de sus miembros de una reunión necesaria.

Los *Novicios* son los que tienen una pasión naciente por las actividades de la serie y aspiran a incorporarse en alguno de sus grupos. Primeramente se les prueba en calidad de alumnos, tras lo cual pasan al grado de bachilleres y de allí al grado de miembros deliberantes de la serie.

Los *Omnigéneros:* es un grupo cuyos miembros tienen conocimientos generales sobre todas las ramas de la industria o de placer de la serie; por ejemplo, en la serie de las flores, se hallarán societarios que querrán conocer el cultivo de todo tipo de flores e intervenir en las funciones de todos los grupos de floristas. Constituirán así el grupo de las mil flores que cultivará los altares campestres, alrededor de los cuales se plantarán todo tipo de flores: presidirán en las exposiciones y ejercerán otras diversas funciones.

Las *Pequeñas sectas* constituyen las ramas de las series, las cuales se subdividen en diversos grupos, demasiado pequeños para tener oficiales y una organización regular; como por ejemplo, la pequeña secta de las florecillas constituida por unos veinte grupitos de unas tres o cuatro personas que cultivarán especialmente algunas florecillas de poca importancia, como el pensamiento, la pequeña margarita, la reseda y el heliotropo: estas pequeñas flores no engendrarán coaliciones de sectarios, como se verá para el clavel, la rosa, el tulipán, el ranúnculo, el jacinto, el nardo y otras, cuyos partidos serán numerosos y capaces de admitir las clases de oficiales que indicaré más adelante.

Suponiendo que unos cincuenta aficionados a las florecillas constituyan una docena de grupitos, éstos se fundirán en tres grupos principales para figurar en la gran serie de las flores; formarán la aleta descendente, y entre sus doce grupitos establecerán las siete divisiones que he indicado al hablar de la serie de las peras.

Los *Auxiliares*. En las series simples, o constituidas por un solo sexo, el cuerpo auxiliar es un grupo de sexo diferente que se une a la serie. Aunque ciertos trabajos se atribuyan especialmente a un solo sexo, hay hombres que se apasionan por ocupaciones específicas de las mujeres y, asimismo, mujeres que tienen inclinaciones típicas de los hombres. Esta aparente rareza obedece a la ley general de la excepción que la naturaleza introduce por doquier. Luego, a cada serie simple se unirá uno o dos grupos auxiliares, reclutados en el sexo opuesto, a fin de que cada uno pueda desarrollar las pasiones que Dios le ha otorgado. Cuando la serie es *compuesta*, o integrada por los dos sexos, tiene auxiliares de ambos sexos.

La serie y sus grupos tienen gran número de oficiales: indicaré siete clases principales de ellos.

1.º: las *Divinidades*.
2.º: el *Sacerdocio*.
3.º: el *Estado Mayor*.
4.º: el *Estado Menor*.
5.º: el *Estado Mixto*.
6.º: la *Administración*.
7.º: la *Academia*. Los *Santos* o *Patronos*.

En este cuadro de oficiales, más numerosos que los soldados, se podrá constatar cuán necesario es disponer bien y graduar las desigualdades de fortuna en una falange de armonía, y reunir todo tipo de contrastes, desde el millonario hasta el hombre desprovisto de fortuna, desde el sabio hasta el ignorante, etc.; sin estos contrastes no podrían constituirse los cuerpos de oficiales, que son el alma de cada serie.

Las *Divinidades*. Cada grupo elige una divinidad de sexo diferente: un grupo masculino escoge una diosa, y un grupo femenino un dios; seguidamente llegan las divinidades de cada división de la serie, como el dios o la diosa del ala ascendente o del centro, etc., luego las divinidades de toda la serie.

En las ceremonias y festividades, cada dios o diosa

va a la cabeza de su grupo, de su división, de su serie, precediendo a cualquier otro oficial (me refiero a las festividades y no al trabajo); por ejemplo: una serie de silvanos o leñadores, compuesta de quince grupos (masculinos), aparecerá el día de su fiesta con un cuerpo de divinidades dispuestas del modo siguiente:

15 *Hamadríadas*, una a la cabeza de cada grupo de silvanos;
5 *Dríadas*, a la cabeza de las cinco divisiones principales de la serie;
1 *Hada*, a la cabeza de la serie;
1 *Iris* o mensajera;
1 *Sibila*.

Luego, algunos *Querubines* y *Serafines*, elegidos entre los niños, para servir a los dioses o diosas.

Las Hamadríadas se escogerán entre las mujeres jóvenes.

Las Dríadas entre las damas de mediana edad.

El Hada, la Sibila y otras diosas de primera clase serán escogidas entre las damas ancianas que hayan pasado por los grados inferiores.

Si la serie es compuesta, es decir, si está constituida por ambos sexos, el cuerpo olímpico debe ser doble.

Los dioses toman asiento en el altar y reciben los honores divinos por parte de la serie.

Para ser elegido como divinidad no es necesario ser competente en la actividad de la serie. Puede darse el caso de que una mujer joven, sin que se dedique a la astronomía, sea elegida como Urania por el grupo de los astrónomos. Basta que el dios o la diosa tengan alguna noción sobre los trabajos del grupo que les rinde culto. Generalmente, los dioses se eligen en la clase más alejada del grupo. Una sociedad de sabios muy ricos, como lo serán en el orden combinado, escogerá rápidamente por diosa a una joven pobre; esta elección significa para ella una oportunidad de fortuna. Un grupo de industriosos, pobres en general, escogerá frecuentemente por diosa a una de las damas ricas de la falange. Son

contrastes que obedecen al sentimiento, y, por tanto, resulta ocioso explicar las razones.

El *Sacerdocio.* En la serie, los sacerdotes y sacerdotisas son los principales músicos; dirigen los himnos y el servicio divino en el templo o durante la parada. Cada grupo debe tener como mínimo un sacerdote o una sacerdotisa, además sacerdotes superiores para las divisiones de la serie y el gran sacerdote o la gran sacerdotisa de la serie. El sacerdocio es doble si la serie es compuesta.

El *Estado Mayor.* Comprende prácticamente los mismos mandos existentes en un regimiento; a saber: para cada grupo, el capitán, el teniente y subteniente; luego los oficiales de serie, como el coronel, el mayor, el comandante de compañía, etc.

El *Estado Menor* es también semejante a la clase de los suboficiales de regimiento; cada grupo tiene su alférez, sus brigadieres y otros subjefes de serie que ejecutan la inspección de los grupos. El Estado Menor está encargado del material.

El *Estado Mixto* comprende a los negociadores correspondientes, ya sea de la bolsa o de la falange, ya sea en las falanges vecinales o los Congresos de provincia o de región.

Es inútil añadir que si la serie es compuesta, los Estados Mayor y Menor son dobles, y están integrados por ambos sexos. Así, una serie compuesta tiene su coronel y su coronela, su capitán y su capitana. Las mujeres ejercen sus funciones y no están revestidas de títulos carentes de sentido, como ocurre entre nosotros, en que una señora presidenta no preside nada y una señora mariscala no manda nada. En el orden combinado, en el que no existe el matrimonio, no se adquieren los títulos de las personas con quien uno se acuesta: nadie lleva más títulos que los de las funciones que cumple, y cuando una mujer sea nombrada coronela o capitana de las flores, se la verá dirigiendo la serie en una parada o llevando el estandarte y presidiendo una asamblea relativa a sus funciones. La paladina dirigirá las caravanas femeninas; la mariscala dirigirá las colonias femeninas, etcétera.

La *Administración.* Está compuesta por oficiales encargados de la contabilidad y de los ceremoniales, como el conservador, el archivero, el heraldo, el bedel, etc. Cada grupo debe tener los suyos; se nombran otros semejantes para toda la serie, y del mismo modo que la serie necesita un conservador o una conservadora, un heraldo o una heralda, también lo necesita cada grupo y cada división de la serie.

La *Academia.* Sus miembros son los más expertos de cada grupo, aquellos que han adquirido más conocimientos en teoría o en práctica: así una serie de 12 grupos tiene 24 académicos, mitad teóricos y mitad prácticos, procedentes de cada uno de los grupos; se suman algunos más para las nociones generales. La Academia decide sobre las iniciativas relacionadas con los intereses de toda la serie, y es consultada arbitralmente sobre las iniciativas de los grupos en particular. En las series puede haber otras clases de oficiales que se las multiplica hasta el infinito, y un niño asociado a unas treinta series puede obtener unos veinte grados y añadir a su nombre un *gran título,* incluso más largo que el de rey de España.

Los *Santos* o *Patrones* y *Patronas.* Esta corporación está compuesta por difuntos y difuntas que han hecho ilustre la serie extendiendo los progresos de la ciencia o del arte. Tras su paso a la otra vida son beatificados y canonizados en concilio por la Jerarquía esférica, división especial; es decir, que, por ejemplo, Buffon será canonizado por la serie universal de los zoólogos, Linneo por la de los botánicos, Hipócrates por la de los médicos, Duhamel por los estudiosos de los frutos, Racine por la de los dramaturgos. Sus estatuas serán honradas eternamente en todo el globo con un culto religioso por sus series especiales, que se entusiasmarán por reconocer los servicios rendidos a la serie por estos personajes dignos de una gratitud perpetua.

Parecerá exagerado todo este aparato para cultivar flores y frutos, trigo, vino, etc.; pero todas esas fruslerías y distinciones honoríficas no cuestan nada y son incentivos que suscitan el entusiasmo en el trabajo. El capitán sólo es capitán durante la parada, pero fuera de

ella trabaja como cualquier otro, ya que en una serie progresiva todo el mundo se alista porque la pasión de la serie le atrae y le satisface. Por ejemplo, en una serie de gastronomía es evidente que el coronel y los capitanes comerán tan bien como los simples miembros de la serie: sucederá lo mismo en el trabajo, tan atrayente en el orden combinado como pueden serlo para nosotros la mesa y otros placeres y si en un grupo de 20 societarios, cada uno tiene asignado un oficio, la actividad y la emulación serán mayores, sin que ello reporte un sueldo de más, exceptuando los gastos de los ornamentos distintivos; pues las series, apasionadas por el objeto que las reúne, no remuneran a sus oficiales, pues éstos tendrán el doble móvil, de la pasión que atrae en la serie y del grado que los distingue. Ello basta para que estos oficiales, una vez enriquecidos, se preocupen competitivamente de los gastos en provecho de la serie, sin pensar en los beneficios que le reporta al final del año y que encuentra tanto más abundantes cuanto menos lo hayan ambicionado, y más favorecido por el celo que su ardor inspira a los subalternos de la serie.

Tan fácil resulta concebir la disposición de las series, como difícil sería concebir su mecanismo, sin haber leído un tratado entero sobre este tema. La dificultad no reside en constituirlas sino en ponerlas en movimiento e impulsarlas al trabajo mediante las rivalidades y las alianzas internas de grupos y divisiones.

Las series pasionales no pueden entusiasmarse por el trabajo si no es por la influencia que ejercen colectivamente unas sobre otras. Tienen que constituirse 144 series, doce docenas (se trata de una cifra aproximada), para que actúen en armonía por rivalidad y emulación. Si se formasen una o dos series aisladamente, no habría medio de ponerlas en acción. Nada sería más fácil que constituir en París algunas series de aficionados al cultivo de las flores y de los frutos, proporcionándoles jardines provistos de espaldares y de flores, y dispuestos adecuadamente para los trabajos de los diversos grupos; pero no pasaría una semana sin que surgieran desacuerdos en todos los aspectos, con lo cual sería imposible

habituar a estas series a un trabajo constante, aunque se compusieran de individuos que no tuvieran otra actividad. La mecánica pasional no puede organizarse parcialmente; cada parte es necesaria al todo, y la ausencia de algunos engranajes causaría el desorden de toda la máquina; es por ello que no sería posible constituir una semi-falange de series pasionales; entre la armonía y la incoherencia no existe otra vía intermedia que no sea el orden societario con pasiones graduales.

(...)

Pero la mayor parte de los civilizados no tienen más que tres o cuatro gustos dominantes; por consiguiente, será necesario desarrollar en ellos numerosas fantasías nuevas y estimular en cada individuo por lo menos un número de pasiones diez veces superior al actual. Para alcanzar este objetivo se tendrá que proceder con medios opuestos a todos nuestros dogmas sobre la sabiduría, lo cual no importa, con tal de que se consiga ese objetivo, consistente en producir *atracción industrial* y lograr que estos trabajos agrícolas y manufactureros, que hoy sólo se llevan a cabo por necesidad y con desgana, se ejecuten por placer.

(TC, 235-240)

TABLEAU
DU COURS DU MOUVEMENT SOCIAL.
SUCCESSION ET RELATION DE SES 4 PHASES ET 32 PÉRIODES.

ORDRE DES CRÉATIONS.

(On ne pourra bien acquérir l'intelligence de ce tableau que par l'étude des chapitres suivants qui en donnent l'explication.)

VIBRATION ASCENDANTE.

PREMIÈRE PHASE. — *ENFANCE* ou *INCOHÉRENCE ASCENDANTE.* — ANNÉES.

CRÉATION SUBVERSIVE ANTÉRIEURE,

Sept Périodes. — MALFAISANTE, DÉJA FAITE, [*mers sans infection*]. — Environ

Première infection des mers par le fluide austral; [mort de la lune et déluge universel; décroissance antérieure de l'obliquité de l'écliptique].

RECULEMENT . . . . . 1re *SÉRIES CONFUSES.* Ombre du bonheur.
2e *Sauvagerie.*
3e *Patriarchat.*
4e *Barbarie.*
ÉLAN. . . . . 5e *Civilisation.*
6e *Garantisme.*
7e *SÉRIES ÉBAUCHÉES.* Aube du bonheur.

LYMBES ANTÉRIEURES. — *Cinq périodes malheureuses organisées en ménages incohérents.*

Ages de perfidie, injustice, contrainte, indigence, révolutions, et faiblesse corporelle. — $\frac{1}{16}$ 5,000

SAUT DE CHAOS EN HARMONIE.

DEUXIÈME PHASE. — *ACCROISSEMENT* ou *COMBINAISON ASCENDANTE.*

Neuf Périodes. — 8e SÉRIES COMBINÉES SIMPLES. Aurore du bonheur. — C'est l'ordre social auquel le globe va passer par la fondation d'un canton de Séries progressives.

Conversion de l'aimant immercuré au pôle boréal. [Platine aimanté.]

NAISSANCE DE LA COURONNE BORÉALE.

Désinfection et parfum des mers par le fluide boréal; et rosée aromatique sur les terres par la Couronne. [Croissance antérieure de l'obliquité de l'écliptique.]

9e, 10e, 11e, 12e, 13e, 14e, 15e, 16e . . . . . — SÉRIES COMPOSÉES ASCENDANTES.

Ces sept Périodes sont distinguées par *SEPT CRÉATIONS HARMONIQUES,* séparées par des intervalles d'environ 4,000 ans.

1re CRÉATION SEPTIGÉNÉRIQUE
ET PLÉNITUDE ASCENDANTE.

$\frac{7}{16}$ 35,000

APOGÉE DU BONHEUR.

" PÉRIODE PIVOTALE ou AMPHIHARMONIQUE "
d'environ 8,000 ans.
[Station temporaire de l'écliptique.]

VIBRATION DESCENDANTE.

TROISIÈME PHASE. — *DÉCLIN* ou *COMBINAISON DESCENDANTE.*

[Décroissance postérieure de l'obliquité de l'écliptique.]

Neuf Périodes.
17e . . . . . .
18e, 19e, 20e, 21e, 22e, 23e, 24e — SÉRIES COMPOSÉES DESCENDANTES.

2e CRÉATION SEPTIGÉNÉRIQUE
ET PLÉNITUDE DESCENDANTE.

Ces sept Périodes sont distinguées par *SEPT CRÉATIONS HARMONIQUES,* séparées par des intervalles d'environ 4,000 ans.

Affadissement des mers faute de fluide boréal, et fin de la rosée aromatique par l'épuisement de la Couronne.

EXTINCTION DE LA COURONNE BORÉALE.

Conversion du fer aimanté au pôle austral.

25e SÉRIES COMBINÉES SIMPLES. Terme du bonheur. — Cette 25e société est comme la 8e un ordre mixte entre l'Harmonie et le Chaos social.

$\frac{7}{16}$ 35,000

SAUT D'HARMONIE EN CHAOS.

QUATRIÈME PHASE. — *CADUCITÉ* ou *INCOHÉRENCE DESCENDANTE.*

CRÉATION SUBVERSIVE POSTÉRIEURE,

Sept Périodes. — MALFAISANTE COMME LA PREMIÈRE.

Seconde infection des mers par le fluide austral. [Croissance postérieure de l'obliquité de l'écliptique.]

RETRAITE . . . . . 26e *SÉRIES ÉBAUCHÉES.* Vestiges du bonheur.
27e *Garantisme.*
28e *Civilisation.*
29e *Barbarie.*
AGONIE. . . . . 30e *Patriarchat.*
31e *Sauvagerie.*
32e *SÉRIES CONFUSES.* Ombre du bonheur.

LYMBES POSTÉRIEURES. — *Cinq périodes malheureuses organisées en ménages incohérents.*

Ages de perfidie, injustice, contrainte, indigence, révolutions, et faiblesse corporelle. — $\frac{1}{16}$ 5,000

FIN DU MONDE ANIMAL ET VÉGÉTAL, APRÈS UNE DURÉE APPROXIMATIVE DE. . . . . 80,000 ans.

[Mort spirituelle du globe; fin de la nutation et rotation de l'axe; versement de pôle du globe en équateur; fixation hémisphérique sur le soleil; mort naturelle; chute et dissolution lactée.]

CHAOS ASCENDANT.
Règne de l'Ignorance et de la Philosophie.
Choc des Passions par défaut d'art social.

HARMONIE ASCENDANTE.
Lumière sociale, vigueur du globe et des créatures.
Développement et engrenage de toutes les passions.

Les 16 Sociétés nos 9 à 24 seront engendrées par autant de créations, dont chacune donnera de nouveaux produits dans les 3 règnes, et modifiera d'autant les rapports sociaux, sans rien changer au mécanisme des Séries progressives.

HARMONIE DESCENDANTE.

CHAOS DESCENDANT.
Bouleversement général par la 18e création.
Choc des Passions par défaut de luxe.

EPILOGO SOBRE EL ABANDONO DE LA FILOSOFIA MORAL

Naciones civilizadas, vais a dar un paso de gigante en la Carrera social, pues pasaréis inmediatamente a la armonía universal, escapando a veinte revoluciones que podrían ensangrentar el globo durante unos veinte siglos más, hasta que se descubriese la teoría de los destinos. Así como daréis un salto de dos mil años en la carrera social, sabed hacer uno semejante en la carrera de los prejuicios. Rechazad las ideas de mediocridad y los deseos moderados con los que os embauca la impotente filosofía. Y ya que vais a gozar del beneficio de las leyes divinas, concebid la esperanza de una felicidad tan inmensa como la sabiduría de Dios, creador de su plan. Al observar este universo que ha dispuesto tan magníficamente, estos millares de mundos que hace girar en armonía, reconoced que un ser tan grandioso no podría conciliarse con la mediocridad ni la filosofía, y que le envileceríamos de no esperar más que placeres moderados en un orden social del que será autor.

¿Qué objetivo perseguíais, vosotros los moralistas, al ensalzar la mediocridad de fortuna? Los que están por encima de esta condición jamás quieren descender a ella. Ningún razonamiento decidirá al hombre que posee cien mil francos de renta a distribuir ochenta mil, para quedarse sólo con veinte mil francos de rédito, que es el *áurea mediocritas;* por otra parte, los que están sumidos

en la mediocridad no se contentan en absoluto con ella, estando perfectamente fundada su convicción de que ésta no es el verdadero bien, en tanto que la gente opulenta se niega a descender a semejante medianía, pese a la facilidad con que podrían hacerlo. Luego, no atrayendo la mediocridad a ninguna de las dos clases capaces de gozarla, resulta vano pregonarla, pues la conocen por experiencia y todos coinciden en preferir la opulencia. Y todavía tiene menos sentido ensalzarla a quienes están por debajo de la mediocridad, pues difícilmente podrían alcanzarla; para la gente que disfruta de una posición poco acomodada es más fácil declinar e ir a menos que elevarse sobre su nivel. Por ello, la política está expuesta a las críticas más amargas, ya que no ha sabido procurarles lo indispensable: ved cuán inconsecuente es inspirarles el gusto por la mediocridad, cuando ni siquiera se les puede ofrecer una condición inferior.

La teología ensalza la pobreza como vía de una fortuna eterna. La política ensalza las riquezas de este mundo, mientras espera las del otro; ambas concurren en el corazón humano, que no se conforma con la mediocridad. Si la habéis predicado, no se debe sino a vuestra manía de decir algo nuevo y no aparecer como los simples ecos de la política y de la religión; pero una, apasionándose por las riquezas y la otra, predicando la pobreza, no os han dejado para vosotros, los moralistas, otra compañera mejor que la mediocridad.

Ved ahí el peligro que entraña asumir el papel que otros han desdeñado. Por el mero hecho de elogiar la mediocridad se puede tachar a vuestra ciencia de inepcia o charlatanería; pues si el elogio es sincero, ella es inepta. Si creéis de buena fe que la mediocridad puede llenar el corazón del hombre y saciar su perpetua inquietud, desconocéis al hombre y mejor sería que fuérais a la escuela en lugar de darnos lecciones. Y si el elogio no es más que una hipocresía oratoria, sois muy inconsecuentes al ensalzar esta mediocridad que ni complace a los que pueden disfrutarla, ni sabéis procurar a los que no la poseen. Escoged entre estos dos papeles:

uno y otro dejan vuestros dogmas muy por debajo de la mediocridad.

¿Esperáis salvaros por el lado intencional? ¿Pretendéis hacer valer vuestros esfuerzos por procurar consuelo al hombre? Si vuestra intención de consolar el infortunio fuera sincera, buscaríais otros medios en lugar de vuestros dogmas, cuya impotencia ha sido reconocida por vosotros mismos. Prueba de ello es lo que dice un moralista moderno dirigiéndose a los maestros del arte, a los Séneca, a los Marco Aurelio: «Para sostenerme en la desgracia, me ofrecéis el apoyo del bastón de la filosofía, y me decís: andad firme, recorred el mundo mendigando vuestro pan; y vosotros tan felices como nosotros en nuestros castillos, con nuestras mujeres y el respeto de nuestros vecinos. Pero lo primero que me falta es esa razón sobre la que vosotros pretendéis que me apoye. Todas vuestras hermosas dialécticas se desvanecen precisamente en cuanto tengo necesidad de ellas; no son más que una caña en manos de un enfermo, etcétera» (Bernardin de Saint-Pierre).

¡La filosofía moral vilipendiada por sus propios autores! ¿Y antes que se retractaran, no bastaban ya sus acciones para desengañarnos? Preguntad al virtuoso Séneca por qué, si nos ensalza las dulzuras de la pobreza, acumula para sus propios placeres una fortuna de 80 millones de torneses (valor actual); indudablemente juzga la pobreza y la mediocridad más bellas en perspectiva que en la realidad, como esas estatuas mal pulidas que producen mejor efecto de lejos que de cerca. Nosotros nos adherimos al punto de vista de Séneca, y como él podemos relegar la pobreza y la mediocridad al polvo de las bibliotecas.

Cuando anunciáis, con vuestros actos y declaraciones, los ínfimos recursos que promete vuestra ciencia, ¿qué atención se os debe prestar si persistís en administrar estos recursos inútiles? ¿No es una ironía de vuestra parte querer familiarizarnos con las privaciones, cuando nosotros os pedimos riquezas y placeres reales? A vosotros mismos, filósofos, cuyo espíritu y sentidos, más cultivados que los del vulgo, os permiten apreciar mejor

las dulzuras de la fortuna, ¿no os maravilla saber que el desmoronamiento de vuestros sistemas va a elevaros a esta fortuna que idolatráis, fingiendo despreciarla?

No os repugne confesar abiertamente vuestros errores: la vergüenza recae sobre los sabios en masa, no sobre alguna clase en particular. ¿Creéis que los físicos y literatos podrán evadirse de esta deshonra universal? ¿Acaso no tenían, como vosotros, la razón y sensatez suficientes para percibir y denunciar la absurdidad general? Sí, *la absurdidad es general,* pues no sabéis remediar el desorden social más escandaloso, *la pobreza.* Mientras ella subsista, vuestras profundas ciencias no son para vosotros más que testimonios de demencia e inutilidad; pese a toda vuestra sabiduría, sólo sois una legión de locos.

Os hacéis pasar por intérpretes de la razón. Pues guardad silencio mientras dure el orden civilizado, porque en la medida en que recomienda la moderación y la verdad, es incompatible con la razón. ¿En qué lugar ha hecho algún progreso la civilización? En Atenas, París, Londres, etcétera, donde los hombres no han sido bajo ningún concepto amigos de la moderación ni de la verdad, sino esclavos incondicionales de sus pasiones, entregándose a las intrigas y al lujo. ¿Y en qué lugar ha declinado la civilización para disiparse en la mediocridad? En Esparta y en la Roma primitiva, donde las pasiones voluptuosas y el lujo tuvieron un desarrollo endeble. Tras esta experiencia, ¿podéis dudar aún sobre la incompatibilidad del orden civilizado con esta razón que, según vosotros, consiste en moderar sus pasiones? ¿Podéis dudar de la necesidad de proscribir una razón semejante, si se persigue el mantenimiento y el progreso del orden civilizado?

Si vuestra ciencia tuvo cierta reputación en la antigüedad, era porque entonces halagaba las pasiones; efectivamente, la imaginación y la curiosidad tenían muy pocos alimentos en estos tiempos en que las ciencias fijas y la literatura se encontraban aún en su infancia, y debieron aferrarse ávidamente a dogmas que abrían una inmensa carrera a la controversia y a las intrigas; la filosofía incierta se mantenía en pie por estar unida a las ciencias fijas y a la religión. Pitágoras, decano de la moral, era al mismo tiempo un hábil geómetra y un prelado venerado. Había fundado un monasterio en el que hacía milagros, como resucitar muertos y otras bufonadas. Sus neófitos eran sometidos a las pruebas más rudas, como actualmente nuestros trapenses. En fin, si estos moralistas obtuvieron el favor del pueblo, se debe a que formaban en la religión mitológica un accesorio para el sacerdocio, como los monjes en la religión católica.

Mientras los rigoristas de la vieja filosofía seducían al pueblo con la práctica de la austeridad y el estudio de las ciencias útiles, otras sectas más tratables (como la de Epicuro) se rodeaban de buenas compañías y organizaban tertulias cabalísticas en las que participaban los ociosos de Grecia, como hoy vemos a los parisinos apasionándose por tal teatro o tal actor. De lo que se deduce que esta reputación de la moral entre los griegos no se fundó sino en la superstición de los pequeños y la ociosidad de los grandes; en fin, en las oportunidades que halagaban las pasiones, pero de ningún modo en la influencia de la razón.

Otros tiempos, otras costumbres. Las camarillas morales ya no tuvieron influencia entre los romanos; y Catón, a raíz de una intriga en la que figuraban algunos sofistas griegos, quiso expulsar de Roma a todos los filósofos: prueba de que ya no desprendían olor de santidad.

En cuanto a los modernos, la filosofía moral no ha reaparecido entre ellos más que para morir de su bella muerte. Primeramente se ha arrastrado sobre los pasos de los antiguos; ha repetido vanamente sus diatribas contra las pasiones y las riquezas; lo que era divertido en Atenas, ya no lo es ni en París ni en Londres. Hay ciencias inciertas que sólo duran un tiempo, como algunas modas. La camarilla de los moralistas casi se ha extinguido; separada de la religión y de las ciencias exactas, apenas se atreve a reaparecer, disfrazándose ridículamente con algunos términos de moda, como los *métodos analíticos* en los que aún sigue apoyándose, para arries-

gar cualquier palabrería sobre las pasiones y condenarlas de lejos con leves alusiones; se parece a esos viejos que, retirados junto al calor de su lumbre, todavía dan su opinión contra el siglo presente que ya no cuenta con ellos.

Si la filosofía moral acusa a nuestro siglo de perversidad por ser insensible a sus encantos, es fácil demostrarle que abandonarla es el único acto de razón del que este siglo pueda vanagloriarse; la doctrina de sus escritores encierra una paradoja, y es que los lugares en los que más se ha predicado son aquellos en que menos se la ha seguido. Se cita a Esparta y a Roma como focos de la moral, pero en Esparta, donde ni siquiera se quiso admitir a Diógenes, el predicador de la pobreza, apenas había moralistas, y aún menos en Roma, en la época en que Cincinatus hacía cocer sus rábanos. Los hombres no se inclinaban más por la pobreza y su exhibición de austeridad no obedecía sino a una intriga de circunstancias. En Roma, como en otros lugares, el aumento de riquezas dio a la ambición formas más refinadas; a medida que la civilización se desarrolla, la austeridad y la moderación se ven menos honradas: los esfuerzos de la filosofía por restablecer estas mojigaterías no son más que un índice de su anacronismo. Cuantas más teorías morales acumula un pueblo, menos se inclina a seguir sus dogmas. La camarilla moralista es hija del lujo, y cuando declama contra él, reniega de su padre, pues sus volúmenes y sistemas aumentan en razón de los progresos del lujo, y si el lujo sucumbe, las teorías morales sucumben con él, sin que la nación arruinada se vuelva mejor. Pues en el presente, los griegos, por carecer de filósofos, no tienen otras costumbres que las de antaño: por consiguiente, la controversia moral no tiene otra fuente ni otro fundamento que el lujo. Bajo su hegemonía, puede propagarse como visión romántica, propicia para divertirse a los ociosos, con tal de que se preste a las circunstancias. Lejos de poder moderar las pasiones, se limita a halagar los vicios dominantes so pena de ser desdeñada; y se ha reblandecido notablemente para tratar

con los modernos entre quienes los rábanos ya no se honran.

La moral se engaña torpemente si cree existir por sí sola. Evidentemente es superflua e impotente en el mecanismo social, pues bastan la política y la religión para determinar lo que es conveniente en el orden establecido, respecto a todas las cuestiones que componen su dominio, como el hurto, el adulterio, etc. En cuanto a las reformas que deben emprenderse en las costumbres, si la política y la religión fracasan en la empresa, el fracaso de la moral será todavía más rotundo. ¿Qué es ella para el cuerpo científico sino la quinta rueda del carro, la impotencia puesta en marcha? Allí donde luche sola contra un vicio, su derrota es segura. Es comparable a un débil regimiento que retrocediera ante todos los ataques, y que debería aniquilarse ignominiosamente. Así es cómo las ciencias en cuerpo deberían tratar a la moral por los servicios que le ha rendido.

Moralistas, si alguna vez la política y la teología os han acordado una consideración fingida, si admiten a una tercera parte de vosotros en la lucha contra el vicio, es para atribuiros la vergüenza de sus derrotas, y de este modo, guardar el beneficio de los errores: vosotros no sois para ellas

... Más que el instrumento servil
Rechazado por desdeño, cuando es inútil
Y aniquilado sin piedad; si resulta peligroso.

Ved el caso que os han hecho en las circunstancias decisivas, como Saint-Barthélemy y la Revolución francesa. Si dudáis del desprecio que manifiestan por vuestros dogmas, tratad de contrariar los suyos y obtendréis la medida de vuestra importancia.

Un incidente acaecido en la corte del siglo XVIII os ha iluminado por fin estas desagradables verdades. En el cuerpo filosófico se ha operado una escisión que ha dado lugar a una nueva ciencia, *la economía política y comercial.* Sus rápidos progresos parecían augurar el

triunfo de los dogmas partidarios del lujo y la perdición de los moralistas.

Advirtieron demasiado tarde que la economía política invadía todo el dominio de la charlatanería: partir de la segunda mitad del siglo XVIII, todos los espíritus se incorporaron a esta nueva ciencia que se presenta como dispensadora de la fortuna y que promete grandes riquezas a las naciones, halagándose cada una de ellas de procurarse alguna parte.

La usurpación de los economistas ya estaba consumada, cuando los moralistas esgrimían sus panegíricos sobre los encantos de la pobreza. Por último, después de que la Revolución francesa hiciera fracasar todas sus ideas sobre las virtudes republicanas, quisieron reconciliarse; a este efecto, han avanzado dogmas ambiguos, como *desconsiderar las riquezas, sin amarlas ni odiarlas:* dogmas que, pese a ser verdaderamente satisfactorios, no han podido salvar la camarilla moral, pues los economistas, demasiado fuertes para necesitar aliados, han despreciado toda vía de reconciliación, sosteniendo de nuevo y con más ímpetu que harían falta *grandes y muy grandes riquezas, con un comercio inmenso y un inmenso comercio.* A partir de este momento los moralistas se han precipitado a la nada y han sido incorporados sin piedad a la clase de los novelistas. Su secta ha fallecido con el siglo XVIII; ha muerto políticamente, sin gozar ya de ningún crédito en el mundo sabio, sobre todo en Francia donde ya no figura en las academias.

La camarilla moral ha tenido una muerte digna, una muerte edificante. Ha terminado sus días, como esos ateos que deciden creer en Dios en el último instante. Viéndose perdida para siempre, ha confesado lo que negaba desde hacía 2.300 años. Ha reconocido que la sabiduría se aviene muy bien con cien mil escudos de renta, como vemos en el poema de *L'Homme des champs*, que cultiva la sabiduría en un espléndido castillo con jaurías, servidumbre, partidas y cenas donde uno se entrega a la bebida por el bien de la virtud. Indiscutiblemente, ése es el género de sabiduría que puede ganar prosélitos, como explicaré en la tercera parte, al referirme a la francmasonería.

Por lo demás, los escritores se han decidido demasiado tarde a dar colores razonables a la moral; es como mandar un relevo a una plaza que ha capitulado. Además esta ciencia, al confesar, en su última hora, que se puede ser más sabio en un castillo que bajo unos harapos, no hace más que demostrarnos cuán insuficiente es para conducirnos a la felicidad y a la sabiduría. Ya no podemos alcanzarlas más que bajo los auspicios de la política y de la teología, pues sólo estas dos ciencias proporcionan castillos a sus favoritos, mientras que alistándose bajo las banderas de la moral no puede ganarse la menor posición.

Así como un ejército derrotado se dispersa formando bandas que infestan el país durante cierto tiempo, así también los restos diseminados de la camarilla moral forman algunos partidos que marchan sin orden, sin sistemas y sin fin alguno. Desaforados como el náufrago que se ahoga, se aferran a todo, a la metafísica, al bien del comercio y a cada novedad. Usurpadores literarios que infestan la gran ruta científica, quieren entremeterse en todos los lugares en que pueden desempeñar su ministerio: luchan con denuedo a fin de encontrar algún asilo para su exilada ciencia: se escuchan sus murmuraciones sobre moral por lástima, del mismo modo que nos sonreímos al oír los truenos de una tormenta lejana. Ya no se ve en ellos más que una agitación fútil. Jamás reino alguno sucumbió más rotundamente.

Son incontables las bajezas a que se exponen para congraciarse con las pasiones que han ultrajado durante tantos siglos. A este respecto, citaré las palabras de otros, para que no se me tache de envilecer una ciencia caída en el infortunio. «Se ha humanizado mucho: dulce, indulgente, ya no os enseña a luchar, sino a ceder. El arte de satisfacer y cuidar las pasiones, de reanimarlas cuando languidecen, de procurarles otros gustos cuando están completamente apagadas, es el objeto principal de sus lecciones» (Gazette de France, 17 de enero 1808).

Hélos allí recobrando la sensatez a causa de su desgracia, imitando a estos príncipes destronados que reconocen demasiado tarde su incapacidad para reinar. Pero

suponiendo que la civilización pudiese prolongarse, ¿puede creerse que los economistas, que han eclipsado las sectas morales, hayan logrado afianzarse en el trono de la opinión pública? No, estas ciencias efímeras se precipitan una tras otra como los partidos revolucionarios. En la tercera parte demostraré que la economía política corría ya hacia su ruina y que la caída de los moralistas preparaba la de sus rivales. A estos partidos literarios pueden aplicarse las palabras que Danton dirigió a su verdugo, cuando estaba en el cadalso atado con una correa: *¡Guarda la otra para Robespierre que pronto me seguirá!* Del mismo modo los moralistas pueden decir a su verdugo y a la opinión pública que los sacrifica: *¡Guarda la otra correa para los economistas que pronto nos seguirán!*

Si la civilización jamás se avergonzó de sus extravíos científicos y de su credulidad por los charlatanes, hoy pisotea los dogmas que ha venerado durante varios miles de años, y vemos a las ciencias filosóficas inclinándose ante la atracción apasionada que quisieron *reprimir, corregir* y *moderar*. Mientras una de las dos ciencias, la economía política, incita el amor por las riquezas, la otra ciencia, la moral, permite no odiarlas, elevando una voz moribunda para desagraviar honorablemente a las pasiones. El espíritu humano tiene, por consiguiente, la facultad de alimentarse durante varios miles de siglos de sofismas de los que acaba por avergonzarse; ¿y cómo sabéis, naciones civilizadas, si vuestras visiones modernas, vuestras quimeras *económicas* no son aún más ridículas, si no atraerán sobre el siglo XIX más desprecio que las visiones morales, causa de vuestra confusión actual? ¿Creéis acercaros a la verdad y a la naturaleza divinizando el comercio que es un ejercicio continuo de la mentira y de la astucia? ¿Pensáis que Dios no ha imaginado ningún método más leal y más equitativo para realizar el cambio que es el alma del mecanismo social? Sobre ello os hablaré en la tercera parte de este folleto.

Entretanto, quiero haceros recordar que no bastaba reconocer el imperio de la naturaleza, cuya soberana influencia confesáis al fin. No es suficiente condenar la filosofía moral que pretende modificar las pasiones; para ponerse en estado de gracia con la naturaleza es necesario estudiar sus decretos en la *atracción apasionada* que es su intérprete. Hacéis alarde de vuestras teorías metafísicas: ¿para qué las empleáis entonces, si desdeñáis el estudio de la atracción que dirige el timón de vuestras almas y de vuestras pasiones? Vuestros metafísicos se pierden en las minucias de la ideología. Mas, ¿qué importan estas naderías científicas? Yo, que ignoro el mecanismo de las ideas, yo que no he leído ni a Locke ni a Condillac, ¿no he tenido ideas suficientes para inventar el sistema entero del movimiento universal, del que sólo habíais descubierto la cuarta rama, tras dos mil quinientos años de esfuerzos científicos?

No pretendo decir que mis perspectivas sean inmensas porque hayan alcanzado lo que las vuestras nunca lograrán; he hecho lo que otras mil personas podían haber hecho antes de mí, pero he ido solo hasta el fin, sin medios adquiridos y sin caminos abiertos. Yo solo habré confundido veinte siglos de imbecilidad política; y a mí solo las generaciones presentes y futuras deberán la iniciativa de su inmensa felicidad. Antes de mí, la humanidad ha perdido varios miles de años luchando locamente contra la naturaleza; yo he sido el primero que se ha doblegado ante ella al estudiar la atracción, órgano de sus decretos; por ello se ha dignado sonreír al único mortal que le rindió homenaje, entregándome todos sus tesoros. Posesor del libro de los destinos, voy a disipar las tinieblas políticas y morales, elevando sobre las ruinas de las ciencias inciertas la teoría de la Armonía universal.

(TC, 174-180)

II

TEORIA DE LA UNIDAD UNIVERSAL
EL NUEVO MUNDO INDUSTRIAL
Y SOCIETARIO

PROYECTO DE UNA CIUDAD DEL SEXTO PERÍODO

Deben trazarse tres cinturones.

El primero comprenderá el centro de la ciudad.

El segundo comprenderá los barrios periféricos y las grandes fábricas.

El tercero comprenderá las avenidas y barrios suburbanos.

Las dimensiones de los edificios varían en cada cinturón y no pueden construirse sin la previa aprobación de un comité de Ediles, que vela por la observancia de los estatutos del garantismo[1] expuestos a continuación.

Los tres cinturones están separados por setos, césped y plantaciones que no deben ocultar la perspectiva.

Toda casa del centro de la ciudad debe disponer entre patios y jardines de una extensión de terreno sin edificar por lo menos equiparable al de la superficie construida.

El espacio libre será doble en el segundo cinturón, llamado *periférico* y triple en el tercer cinturón, llamado *suburbano.*

Todas las casas deben estar aisladas y presentar una fachada regular en todos los lados con ornamentos graduados según los tres cinturones; no se admitirán muros medianeros desnudos.

---

[1] Garantismo; época que seguirá a la Civilización y precederá a la Armonía.

El mínimo espacio libre que debe mediar entre dos edificios no puede ser inferior a seis toesas [2]; para cada uno, o más, pero nunca menos de tres y tres hasta el punto de separación y bajo muro divisorio que limita a uno y otro terreno.

Estas líneas limítrofes y divisorias sólo se construirán con pequeños muros coronados con verjas o setos que deberán dejar a la vista por lo menos dos tercios de su longitud, sin ocupar en pilastras y palizadas más que la tercera parte.

El espacio de aislamiento se calculará en plano horizontal, incluso en los lugares en que la pendiente sea muy inclinada.

El espacio de aislamiento debe ser por lo menos equivalente a la mitad de la altura de la fachada, frente a la cual está situado, ya sea a los lados o por la parte trasera de la casa. Luego, una casa cuyos flancos midan seis toesas de altura hasta la cornisa deberá estar flanqueada por un terreno sin edificar de cinco toesas, sin comprender el del vecino, que puede tener la misma extensión. Si dos casas contiguas tienen diez y ocho toesas de altura respectivamente, entre ellas mediarán cuatro y cinco toesas, en total nueve, de espacio libre y terreno sin edificar, dividido por un pequeño muro con verja o palizada.

Para evitar los fraudes sobre la altura real, como las buhardillas y pisos disimulados, se contará como altura real del muro todo lo que exceda el ángulo de 30 grados (la duodécima parte de la circunferencia), a partir de la base supuesta de la estructura.

Las cubiertas deberán ser apuntadas, a menos que haya frontones ornamentados en los laterales. Estarán provistos por doquier de canalones que conducirán el agua hasta el pie de los muros y por debajo de las aceras.

La altura de los edificios a partir del nivel de la calle hasta el arranque del armazón de la cubierta no podrá exceder la amplitud de la calle; si sólo tiene nueve toesas de ancho no se podrá alzar una fachada de diez toesas, teniendo en cuenta que el ángulo visual de la fachada no puede rebasar los 45°. (Si el ángulo del rayo visual fuera más obtuso, ocurriría como en los palacios de Génova o el pórtico de Saint-Gervais, que para examinarlos sería necesario hacerse llevar un canapé y echarse boca arriba.)

[2] Toesa; medida de longitud equivalente a 6 pies (casi dos metros).—*(N. del T.)*

El espacio de aislamiento será doble en los patios cerrados y ante edificios del tipo de la rotonda u otros, que comprenderán más de las tres cuartas partes del terreno. Así, en una rotonda o patio cerrado cuyos edificios tengan diez toesas de altura, la anchura del patio o el diámetro de la rotonda será de diez toesas por lo menos en el centro de la ciudad y más aún en el segundo y tercer cinturón.

La separación entre los lados será por lo menos igual a la octava parte de la anchura de la fachada que da a la calle. Luego, entre dos casas cuyas fachadas midan 40 y 48 toesas respectivamente, la separación será como mínimo de cinco toesas para la primera y seis para la segunda, en total once toesas; precaución necesaria para impedir las aglomeraciones de población en un solo punto.

Las calles deberán dar a paisajes campestres o a monumentos de arquitectura pública o privada; se desterrará el monótono reticulado. Para evitar la uniformidad, algunas calles se transformarán en rondas y otras serán serpenteadas. Las plazas deberán ocupar por lo menos una octava parte de la superficie. En la mitad de las calles se plantarán árboles, distintos en cada una de ellas.

La anchura mínima de las calles es de nueve toesas, pero si sólo son pasos para peatones, pueden construirse aceras de tres toesas de ancho, conservando siempre las otras seis toesas para una cerca cubierta de césped o plantada y palizada.

Cada calle debe dar a un paisaje pintoresco, monumento público o particular, montaña, puente, cascada o cualquier perspectiva.

(...)

Observemos, en primer lugar, que difícilmente se construirán pequeñas casas, pues resultarían demasiado costosas debido a los espacios libres obligatorios. Sólo los ricos podrían darse este lujo; sin embargo, la persona que especula sobre los alquileres se verá obligado a construir casas muy grandes, aunque muy cómodas y salubres, gracias a la doble distancia exigida en los patios cerrados.

Este tipo de edificios nos inducirá, aun sin quererlo, a todas las medidas de economía colectiva, de las que nacería muy pronto la asociación parcial; por ejemplo, si el edificio reúne cien familias, no se harán las veinte bombas necesarias en veinte casas, cada una de ellas habitada por cinco familias. Ello representará por sí sólo una economía de 19-20 ó 9-10 suponiendo la bomba y depósito de mayores dimensiones.

Tan difícil es mantener la limpieza en casas hacinadas y carentes de ventilación, como las de nuestras capitales, como fácil resulta en un edificio donde los espacios libres provocan las corrientes de aire. De ese modo se eliminarán en el acto los vicios de la insalubridad, lo cual supone una ventaja de gran importancia.

No será sino por la concurrencia entre los grandes edificios distribuidos de ese modo que se producirán los inventos societarios. Si sólo fuesen cuatro o cinco casas con cien familias, como pueden encontrarse en París o Londres, estas aglomeraciones alejadas unas de otras no suscitarían ninguna emulación económica.

Pero si la dicha ciudad comprende cien casas espaciosas, muy cercanas entre sí y distribuidas de modo que se presten a las economías domésticas, no pasará mucho tiempo sin que sus habitantes ejerciten esta industria, que empezará necesariamente con el objeto más importante para el pueblo, la preparación y provisión de alimentos. Dos o tres de las cien familias se establecerán como fondistas, mientras que otras especularán en ramas diferentes con las provisiones de la casa.

Así se organizará la división del trabajo, que una vez introducida en el centro de la ciudad o cinturón central, se extenderá rápidamente por los otros dos cinturones,

el de la periferia y el de los barrios suburbanos, donde la obligación del doble y triple espacio de terreno sin edificar hará todavía más necesarias las grandes reuniones.

(...)

La asociación doméstica dará origen a varias disposiciones societarias desconocidas en la actualidad, como la comunicación cubierta en corredor o la calle-galería, que significa un importante avance hacia el orden societario, uniendo siempre lo útil y lo agradable.

En las distribuciones mencionadas se procurará tanto el bienestar corporal como los placeres de la vista. Estos espaciosos edificios, al gozar de una buena ventilación gracias al espacio libre que estará provisto de árboles, mantendrían la salubridad de las comunicaciones interiores y cubiertas; satisfacerán tanto el tacto como la vista, de modo que ya serán dos los sentidos satisfechos en una ciudad de orden garantista. Satisfacerían también un tercer sentido, el del gusto, no menos importante. Más adelante demostraré que las combinaciones alimenticias, fuentes de enormes economías, se establecerían al punto en una ciudad así distribuida.

A los tres sentidos favorecidos por esta construcción añadamos un cuarto sentido, el del olfato, continuamente perjudicado en las infectas casas y estrechas calles de la civilización. En nuestra ciudad, en lugar de los placeres del olfato, no se encuentra sino lo contrario: cloacas o montones de inmundicias, humedad e infecciones perpetuas; pongo por testigos a los que han frecuentado los arrabales de Lyon y Rouen. La civilización acumula inmundicias incluso en aquellos lugares cuya belleza se admira. Yo he visto en la puerta de Nancy montones de estiércol; el estiércol al lado de un arco triunfal sólo ofendía la vista, pero los charcos insalubres perjudicaban la salud o el tacto. El genio civilizado sabe herir inteligentemente los sentidos.

He citado cuatro de ellos: vista, tacto, gusto y olfato, que se verían favorecidos por este tipo de construcción, llamada *arquitectura compuesta (unitaria)* o del sexto

período: el oído, quinto sentido, encontraría también su garantía[3], pues en el sistema de la naturaleza todo está estrechamente unido; tratemos de iniciarnos en alguna rama de los misterios y muy pronto habremos penetrado el sistema entero, cualquiera que sea el punto por el que nos hayamos introducido.

(...)

Imaginemos que Luis XIV, en lugar de edificar el triste Versailles, hubiese construido en Poissy una ciudad de arquitectura compuesta (con un puerto para navíos y que las sinuosidades terminasen en Poissy); todos hubieran votado por su imitación, pues las disposiciones garantistas, una vez efectuadas, complacen incluso a quienes le son más adversos. En la actualidad, ningún propietario de una ciudad consentiría en reemplazar sus muros por verjas o palizadas sobre pequeños muros y, sin embargo, ganaría cien veces más de lo que perdería, pues gozaría de la vista de cien jardines. Lo mismo sucede con todas las demás disposiciones cien veces más ventajosas de lo molestas que parecen, pero para comprobarlo sería necesario una ciudad de prueba.

(...)

Quienes construyeron Nancy, Versailles, Mannheim, Carlsruhe y otras tantas ciudades nuevas, hubieran acce-

[3] Antes de abastecer los placeres del oído, como la corrección de los malos cantores y de los que carecen de oído para la música, habría que empezar en primer lugar por lo necesario, liberando al oído de los ciudadanos de tantos ruidos desoladores, como los de los almacenes de hierro, los obreros metalúrgicos, los voceadores ambulantes, los aprendices de clarinete y otros verdugos del oído. En la arquitectura compuesta se preven todos esos inconvenientes, incluso el estrépito de los carruajes que se reduce a poca cosa mediante porciones de calle sin pavimentar. Una ciudad distribuida con grandes casas aisladas puede destinar alguna a los obreros que trabajan con martillo, a fin de que realicen su trabajo en patios cerrados. Todas las armonías nacen una de otra; ya lo he dicho anteriormente, basta con saber inocular el germen, uno de los 16, cualquiera que sea.

dido rápidamente a un plan que les garantizaba celebridad y utilidad a un mismo tiempo. Digo *celebridad*, pues el fundador de una ciudad distribuida según el método esbozado en este artículo hubiera tenido el doble honor de cubrir de ridículo a todas las demás capitales por simple comparación con los atractivos de la suya y de transformar súbitamente el mundo social; pues independientemente del encanto sensual que tendría la nueva ciudad, contemplaríamos el nacimiento de multitud de economías domésticas que hubieran conseguido la adhesión general, determinando la entrada en garantismo.

¿Cómo nuestro siglo, tan entregado al lujo y a las bellas artes, no ha logrado encontrar este fácil remedio a los problemas de la civilización, la *arquitectura combinada?* Su propia frivolidad e inclinación a los refinamientos le conducían a ello. Ante una ciudad distribuida de este modo, el lema PARÍS ES ÚNICO se convertiría en el de ABAJO PARÍS.

Siete clases estarán cautivadas por esta innovación: 1.°, los arquitectos especialmente; 2.°, los artistas, por el gusto de lo bello; 3.°, los administradores, por lo que respecta a la salubridad; 4.°, los ciudadanos, por necesidad de limpieza; 5.°, los sibaritas, por el placer; 6.°, los economistas, por razones societarias; 7.°, los moralistas, por razones caritativas; y, por último, los soberanos, por amor propio.

El vicio que los ha apartado de esta concepción es el espíritu de propiedad simple que domina en civilización, donde no reina ningún principio sobre la *propiedad compuesta* o subordinación de las posesiones individuales a las necesidades de la masa. Pero en cambio, en caso de guerra se admite perfectamente este principio; no se duda en arrasar e incendiar todo lo que obstaculice la defensa; no se conceden ni veinticuatro horas de tregua y tienen fundadas razones para hacerlo, porque se trata de la utilidad general ante la que deben ceder las pretensiones del egoísmo y de la propiedad simple, verdaderamente iliberal.

Las costumbres civilizadas no admiten este principio cuando se trata de otras garantías que no sean las de la

guerra o las de rutas y canales. Cada uno opone su capricho al bien general y es ahí, en este punto, donde intervienen los filósofos *sosteniendo las libertades individuales a expensas de las colectivas,* y pretendiendo que un ciudadano tiene derechos imprescriptibles al mal gusto y a la violación de los intereses públicos.

Ese es el principio de la PROPIEDAD SIMPLE, *derecho de impedir arbitrariamente los intereses generales para satisfacer las fantasías individuales.* De ese modo, vemos cómo se ha concedido plena licencia a los vándalos, a quienes se les ocurre comprometer la salubridad y el embellecimiento con construcciones grotescas, caricaturas en ocasiones más costosas que un bello y buen edificio. A menudo, estos vándalos, por una avaricia homicida, construyen casas malsanas y privadas de ventilación, en las que amontonan en beneficio propio hormigueros de populacho; y se decoran con el nombre de libertad a estas especulaciones asesinas.

(T. IV, 300-309).

DISTRIBUCIÓN DEL FALANSTERIO Y DE LOS SERISTERIOS

El edificio en el que se aloja una Falange no guarda ninguna semejanza con nuestras construcciones, ya sean urbanas o rurales; y para fundar una gran Armonía con 1.600 personas no podría utilizarse ninguno de nuestros edificios, ni siquiera un gran palacio como Versailles o un gran monasterio como El Escorial. Si a modo de prueba sólo se constituye una Armonía mínima de dos o trescientos societarios, o a lo sumo de cuatrocientos, en ese caso se podrá adaptar, aunque no sin dificultades, un monasterio o un palacio (Meudon).

Los aposentos, plantaciones y establos de una Sociedad que actúa mediante series de grupos, serán completamente diferentes de nuestros pueblos o villas destinados a familias que no tienen ninguna relación societaria y que trabajan contradictoriamente; en lugar de este caos de casitas que en nuestras aldeas rivalizan en su-

ciedad y fealdad, una Falange se construye un edificio tan regular como lo permita el terreno; he aquí un esquema de la distribución de un lugar susceptible de ulteriores desarrollos.

(...)

El Falansterio o edificio de la Falange experimental deberá construirse con materiales de escaso valor, madera, ladrillos, etc., pues en este primer ensayo sería imposible, lo repito, determinar con exactitud las dimensiones adecuadas, sea para cada Seristerio o local de relaciones públicas destinado a las «series», sea para «cada» taller, «cada» almacén, «cada» establo, etc.

(...)

La primera Falange será un bosquejo, un boceto realizado a cargo del globo que reembolsará doce veces el capital invertido. En cierto modo será una brújula para las Falanges que se fundarán por todas partes a partir del siguiente año. Servirá para determinar exactamente las proporciones de animales, vegetales y establos necesarios para concordar con el desarrollo de las pasiones societarias y con los transtornos de la Atracción que provocará la desigualdad de temperaturas, tan diferentes de Nápoles a Londres.

(...)

El cuerpo central del Palacio o Falansterio se destinará a las ocupaciones tranquilas, a los comedores, a las salas de la bolsa, del consejo, de la biblioteca, de estudio, etc. En este cuerpo central se instalarán el templo, la torre de control, el telégrafo, las palomas mensajeras, el carrillón de las ceremonias, el observatorio y el patio de invierno, guarnecido con plantas resinosas y situado detrás del patio de parada.

Todos los talleres ruidosos, como la carpintería, la herrería y los de trabajos con martillo, se instalarán en

una de las alas, junto a todos los grupos industriales de niños, tan ruidosos generalmente en la industria e incluso en la música. Mediante esta concentración se evitará un fastidioso inconveniente de nuestras ciudades civilizadas, en cuyas calles siempre hay algún obrero con un martillo, un hojalatero o cualquier aprendiz de clarinete desgarrando los tímpanos de cincuenta familias del vecindario.

La otra ala debe comprender la posada para las caravanas, con sus salas de baile y de recreo para los extranjeros, a fin de que no obstruyan el centro del palacio, ni transtornen las relaciones domésticas de la Falange. Estas precauciones para aislar a los extranjeros y concentrar sus reuniones en una de las alas serán muy importantes en la Falange experimental, ya que los curiosos acudirán por millares y reportarán por sí solos un beneficio no inferior a los veinte millones, si es una Falange de séptimo grado; y de cuatro millones por lo menos en una Falange de primer grado, ya enormemente atractiva para los curiosos que verán en ella una novedad de inestimable valor.

(...)

El Falansterio o Morada de la Falange debe comprender, además de los apartamentos individuales, varias salas de relaciones públicas que se denominarán *Seristerios* o lugares de reunión para el desarrollo de las Series pasionales.

(...)

Además, cada Seristerio está compuesto de ordinario por tres salas principales: una para los grupos del centro y dos para las alas de la serie.

Por otra parte, las tres salas del Seristerio deben disponer de gabinetes adyacentes para los grupos y comités de la Serie.

(...)

Para que se creen todo tipo de relaciones, deben disponerse al lado de cada Seristerio estas salitas adyacentes que favorecen las pequeñas reuniones. En consecuencia, un Seristerio o lugar de reunión de una Serie se distribuye en sistema compuesto, en salas de relaciones colectivas y salas de relaciones cabalísticas, subdivididas a su vez en pequeños grupos. Este régimen es marcadamente diferente del de nuestras grandes reuniones, en las que podemos contemplar, incluso tratándose de reyes, toda la compañía reunida desordenadamente, en consonancia con la santa igualdad filosófica, a la que la Armonía no puede adaptarse en ningún caso.

Los establos, graneros y almacenes deben situarse, si es posible, frente al edificio. El espacio intermedio entre el Palacio y los establos se usará como patio de honor o plaza de maniobras que debe ser espaciosa. Para esbozar un plano aproximado de estas dimensiones, considero que la fachada del falansterio puede fijarse en seiscientas toesas de París, de las cuales, trescientas para el centro y el patio de parada y ciento cincuenta para cada una de las dos alas y los lados que unen el centro.

Tras el cuerpo central del Palacio, las fachadas laterales de las dos alas deberán prolongarse para rodear y encerrar un gran patio de invierno, que al mismo tiempo será un jardín y un paseo plantado de vegetales resinosos y verdes en todas las estaciones del año.

Para no dar al palacio una fachada demasiado amplia, ya que los desarrollos y prolongaciones retardarían las relaciones, convendrá redoblar los cuerpos de edificios en las alas y centro, y dejar en el espacio intermedio de los cuerpos paralelos y contiguos un espacio libre de quince a veinte toesas por lo menos, que formará patios alargados y atravesados por corredores sobre columnas al nivel del primer piso, con cristales cerrados y calentados o ventilados según el uso de la Armonía.

Si estos patios alargados entre los dos cuerpos de aposentos paralelos tuvieran menos de quince toesas no serían útiles para el cultivo y por consiguiente inadmisibles en Armonía, pues en ella deben procurarse todo tipo de comodidades.

Los jardines deberán estar situados, todo cuando sea posible, detrás del palacio, nunca detrás de los establos, cuyos alrededores será mejor utilizar para el gran cultivo.

(...)

El Palacio debe estar atravesado de trecho en trecho, como la Galería del Louvre, por arcadas para los carruajes, conservando o haciendo desaparecer el entresuelo.

Para economizar muros y terreno y acelerar las relaciones será conveniente que el palacio gane altura hasta alcanzar no menos de tres pisos y la jacobina o aposento frigio, además de la planta baja y entresuelo que albergan a los niños y ancianos de edad avanzada.

Todos los niños, ricos o pobres, se alojan en el entresuelo, porque en la mayor parte de relaciones y sobre todo en las de la mañana y de la noche (noche, de 9 a 11; mañana, de 3 a 5 h.) deben estar separados de los adolescentes y en general de las edades que practican el amor. Más adelante se sabrán los motivos; admitámoslos provisionalmente, así como la necesidad de separar a los niños de las relaciones de la edad de amor, concentradas en el primer piso; mientras que la infancia y la extrema vejez (coros 1 y 16, Patriarcas y niños) deben tener sus salas de relaciones en la planta baja y entresuelo. Deben estar aislados de la *calle-galería*, que constituye la pieza principal de un palacio de Armonía y del que nadie puede hacerse una idea en civilización.

(T. IV, 455-462).

Galerías internas o Calles-Galerías formando peristilo cerrado y continuo

Las calles-galerías son un método de comunicación interno que bastaría por sí sólo para desvalorizar los palacios y las bellas ciudades de la civilización. Quienquiera que haya visto las calles-galerías de una Falange

considerará el palacio más hermoso como un lugar de exilio, una morada de idiotas que, en tres mil años de estudios de arquitectura, todavía no han aprendido a albergarse sana y cómodamente; sólo han sabido especular sobre el lujo simple, careciendo de la menor noción sobre el lujo compuesto o colectivo.

Nuestra torpeza respecto a este tipo de cosas llega a tal extremo que los mismos reyes no sólo no disponen de comunicaciones en galería cerrada, sino que frecuentemente ni siquiera tienen un porche para subir a su carroza al abrigo de la lluvia. El Rey de Francia es uno de los primeros monarcas de la civilización y efectivamente no tiene ningún porche en su palacio de las Tullerías. El Rey, la Reina y la familia real, cuando montan en la carroza o descienden de ella, se ven obligados a mojarse, lo mismo que los pequeños burgeses que mandan venir un fiacre a la puerta de su tienda. Sin duda, cuando llueva, habrá numerosos lacayos y cortesanos para sostener un paraguas al Príncipe mientras desciende de la carroza, pero eso nunca es lo mismo que estar resguardado bajo un porche y bajo un techo.

Pero un Rey se encuentra todavía más desamparado cuando quiere comunicarse con los diversos cuerpos de su palacio: si quiere ir del castillo a las caballerizas y al invernadero se verá obligado a mojarse y enfangarse. En civilización no se conocen ni las calles-galerías ni las calles subterráneas, ni la veinteava parte de los placeres materiales que en Armonía disfruta el hombre más pobre.

En Armonía, el más pobre de los hombres que no tenga ni un ochavo sube a la carroza bajo un porche bien calentado y cerrado; se comunica desde Palacio con los establos a través de subterráneos bien arreglados y cubiertos con arena; desde su aposento puede dirigirse a las salas públicas y a los talleres por calles-galerías calentadas en invierno y ventiladas en verano. En Armonía, se pueden recorrer en enero los talleres, establos, almacenes, salas de baile, de fiesta, de reunión, etc., sin saber si llueve o hace viento, si hace calor o frío. Y los detalles que a este respecto voy a exponer me permiten afirmar que, si los civilizados, en tres mil años de estudios, toda-

vía no han aprendido a albergarse, menos debe sorprendernos que aún no hayan aprendido a dirigir y armonizar sus pasiones.

En la Falange no existen calles exteriores ni vías descubiertas expuestas a las inclemencias del tiempo; todos los sectores del edificio destinado a los hombres pueden recorrerse a través de una ancha galería situada en el primer piso, en todos los cuerpos del edificio; el extremo de esta vía se continúa con corredores sobre columnas o subterráneos adornados que proporcionan en todos los puntos y dependencias del palacio una comunicación protegida, elegante y templada en todas las estaciones del año, gracias a las estufas y los ventiladores.

Esta comunicación cubierta es aún más necesaria en Armonía, pues en ella los desplazamientos son muy frecuentes y las sesiones de los grupos sólo duran una o dos horas, conforme a las leyes de la onceava y doceava pasiones (Mariposeante y Compuesta). Si para dirigirse de una sala a otra o de un establo a un taller hubiera que exponerse a plena intemperie, sucedería que los Armonianos, en una semana de pleno invierno con tiempo brumoso, serían acribillados por los resfriados, pulmonías y pleuresías, por muy robustos que fueran. En una situación que obliga a desplazamientos muy frecuentes, se exige imperiosamente que las comunicaciones estén a cubierto y por eso será muy difícil organizar en un gran monasterio la menor Armonía, el grado mínimo, pese a estar compuesta exclusivamente por la clase popular, bastante curtida contra las inclemencias del tiempo.

La calle-galería o *Peristilo continuo* está situada en el primer piso. No puede adaptarse a la planta baja, ya que ésta debe estar atravesada por arcadas para los carruajes.

Los que hayan visto la galería del Louvre o Museo de París pueden considerarla como modelo de una calle-galería de Armonía, que también estará entarimada y situada en el primer piso, aunque presentará diferencias en cuanto a las iluminaciones y la altura.

Las calles-galerías de una Falange no reciben luz por los dos lados; están adheridas a cada uno de los cuerpos de viviendas; todos estos cuerpos disponen de una doble fila de estancias, de las cuales una recibe la luz del campo y la otra de la calle-galería. Por consiguiente la calle-galería debe tener la altura correspondiente a los tres pisos que reciben su luz por uno de los lados.

Las puertas de entrada de todos los apartamentos del primero, segundo y tercer pisos dan a la calle-galería, con escaleras distribuidas espaciadamente, para subir al segundo y tercer piso.

Las grandes escaleras sólo conducen, según la costumbre, hasta el primer piso, pero dos de dichas escaleras conducen hasta el cuarto piso, donde rayando al friso se encuentra el campamento celular, del que hablaré más adelante.

Transcurridos treinta años, cuando se construyan los edificios definitivos, la calle-galería tendrá una anchura de seis toesas en el centro y cuatro en las alas; pero provisionalmente, el globo, como no es rico, se limitará a construir edificios económicos y con mayor razón todavía si al cabo de treinta años tiene que reconstruirlos sobre un plano mucho más espacioso. Por consiguiente, la calle-galería se reducira a casi cuatro toesas en el cuerpo central y tres en las alas.

Los cuerpos destinados a las viviendas tendrán casi doce toesas, según el siguiente cálculo, medido en pies [1] de París.

Esquema de las dimensiones

Una galería .....de 18 a	24 p.	*En total*
Habitación que da a la galería	20 p.	12 toesas o 72 pies, salvo el antecuerpo.
Habitación que da al campo	24 p.	
Dos muros interiores.....	4 p.	

Según este cálculo, algunas salas públicas podrán alcanzar las ocho toesas de ancho y recibir luz de la galería y del campo.

[1] Pie: sexta parte de una toesa, equivalente a 32 cm. aproximadamente.

Conviene que la anchura del cuerpo destinado a las viviendas sea de ocho toesas, sin incluir la galería, con el fin de poder disponer en las dos filas de estancias, alcobas y gabinetes que reportarán un gran ahorro de espacio, pues una alcoba de ocho pies de profundidad y provista de un gabinete equivale a una segunda habitación. El espacio mínimo de las viviendas destinadas a la clase pobre será, pues, una habitación con alcoba y gabinete para cada uno.

(...)

Las ventanas de la galería podrán ser altas y arqueadas como las de las iglesias. No es preciso que la galería tenga tres hileras de ventanas, como los tres pisos que reciben luz de ella.

Parte de la planta baja contiene salas públicas y cocinas, cuya altura incluye el entresuelo. Se disponen plataformas espaciadamente para transportar los aparadores a las salas del primer piso. Este aparato será muy útil para los días de fiesta y para los pasos de caravanas y legiones, ya que no cabrán en las salas públicas o Seristerios, y comerán en una doble hilera de mesas en la calle-galería.

(...)

La galería puede estrecharse hasta tres toesas en las aletas del edificio poco frecuentadas; pero no pueden reducirse a dos toesas, como los corredores de los monasterios, porque sirve de sala pública para las comidas del ejército industrial.

(...)

Esta facilidad para comunicarse con todos los puntos al abrigo de la intemperie durante las heladas de invierno permite acudir al baile y a los espectáculos con ropa ligera, con zapatos de color y sin experimentar las molestias del fango ni del frío, es un placer tan nuevo que, por

sí solo, bastaría para que nuestros castillos y ciudades resultaran detestables a quien hubiera pasado un día de invierno en un Falansterio. Si este edificio estuviera destinado a los usos de civilización, la sola comodidad de las comunicaciones cubiertas y templadas con estufas y ventiladores le daría un valor imponderable.

(T. IV, 462-470.)

Plano de un Falansterio y Distribución unitaria de los edificios

Es sumamente importante prevenir la arbitrariedad en las construcciones dado que cada fundador querrá distribuirlas según su fantasía. Se precisa un método que se adapte por completo al juego de las Series apasionadas, pues nuestros arquitectos, al desconocerlas, no podrían determinar el plano adecuado, ya que si se altera el aspecto material de las disposiciones, lo mismo sucederá respecto a lo pasional.

Dotados por lo común del instinto de lo falso, los civilizados persistirán en su preferencia por la distribución más viciosa. Así ha sucedido en New-Harmony, donde el fundador Owen ha escogido precisamente la forma de edificación que más debiera evitarse, el cuadrado o monotonía perfecta.

Uno de los inconvenientes del cuadrado reside en que las reuniones ruidosas y molestas, los obreros con martillo y los aprendices de clarinete se oirán en más de la mitad del cuadrado, cualquiera que sea el lugar en que se les instale. Citaré otros veinte casos en que la forma cuadrada creará el desorden en las relaciones. Bastaría ver el plano de este edificio (Cooperative Magazine: J. 1826) para comprobar que quien lo ha ideado no tiene la menor noción del mecanismo societario. Por lo demás, su cuadratura puede ser idónea para reuniones monásticas, como las que éste organiza, cuya esencia es la monotonía.

La razón principal que impedirá el uso provechoso de

los edificios civilizados reside en la imposibilidad prácticamente total de disponer en ellos SERISTERIOS o conjuntos de salas y estancias adaptadas para las relaciones de las Series apasionadas: los establos existentes padecen el mismo defecto. No obstante podrán emplearse algunos edificios actuales para una falange de escala reducida, pero de ningún modo para falanges de la mayor escala, cuyo plano voy a exponer.

Las líneas dobles representan los cuerpos de edificios, los espacios blancos corresponden a los patios y a los espacios vacíos.

Las líneas de puntos sinuosos y cuadrados representan el curso de un arroyo con dos canales.

En línea recta de L a L hay una gran calle que discurriría entre el falansterio y los establos, pero nos abstendremos por completo de hacer pasar las calles por el interior de la falange experimental que, por el contrario, deberá protegerse de los importunos mediante palizadas.

P.. = es la plaza de parada o centro del Falansterio.

A.. = es el patio de honor, que a su vez constituye un paseo de invierno, con vegetales resinosos y sombra permanente.

a, aa; o, oo; patios situados entre los cuerpos de viviendas.

Puntos gruesos ****, columnatas y peristilos, de trazado informe, exageradamente espaciado, excepto las doce columnas de la rotonda.

x, y, z; xx, yy, zz; patios de los edificios rurales.

II II: los cuatro porches cerrados y calentados, no salientes.

E, ee, tres pórticos en el antecuerpo para diversos servicios.

:::: Estos puntos dobles entre dos cuerpos de edificios son corredores del primer piso sostenidos por columnas.

Los edificios que rodean y cercan un gran patio A están destinados a las ocupaciones pacíficas; en ellos puede emplazarse la iglesia, la bolsa, el areópago, la ópera, la torre de control, el carrillón, el telégrafo y las palomas mensajeras.

Todas las ocupaciones ruidosas y molestas para los vecinos deberán destinarse a una de las aletas.

La mitad prominente del cuadrado A, la parte trasera, se destinará especialmente para los aposentos de la clase rica, la cual se encontrará alejada del ajetreo y muy cerca del parterre principal, así como del paseo de invierno, atractivo del que carecen las capitales civilizadas, aunque las malas estaciones se prolonguen más que las benignas.

De los dos patios *a, aa,* pertenecientes a las alas, uno está destinado por las cocinas, y el otro para las caballerizas y los carruajes de lujo. No me refiero a las arcadas de paso.

Los dos edificios *S, ss* podrán utilizarse, el primero, para la iglesia, si se la desea aislar, y el segundo, para el teatro de ópera que es prudente aislar. Ambos tendrán comunicación subterránea con el falansterio.

Los dos patios *O, oo,* situados en el centro de cada aleta, se destinarán, respectivamente, para la hospedería de las caravanas y los talleres ruidosos, carpintería, hierro, martillo y escuelas escandalosas.

(T. VI, 121-122).

LÉGENDE.

A. Grande place de parade au centre du Phalanstère.

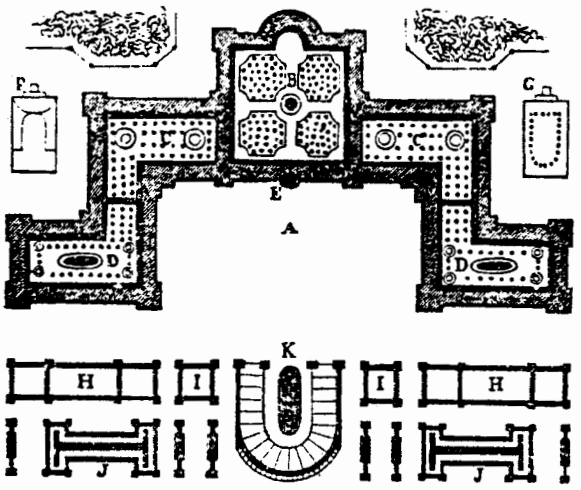
B. Jardin d'hiver, planté d'arbres verts, environné de serres chaudes, etc.

C. D. Cours intérieures de service, avec arbres, jets d'eau, bassins, etc.

E. Grande entrée, grand escalier, tour d'ordre, etc.

F. Théâtre. G. Église.

H. I. Grands ateliers, magasins, greniers, hangars, etc.



LÉGENDE.

J. Étables, écuries et bâtiments ruraux.

K. Basse-cour.

Nota. Les bâtiments ruraux auront généralement un développement plus considérable que celui de la figure. — La grande route passe entre le palais d'habitation et les bâtiments d'exploitation. — La rue-galerie est figurée le long des faces intérieures du Phalanstère.

PLAN D'UN PHALANSTÈRE

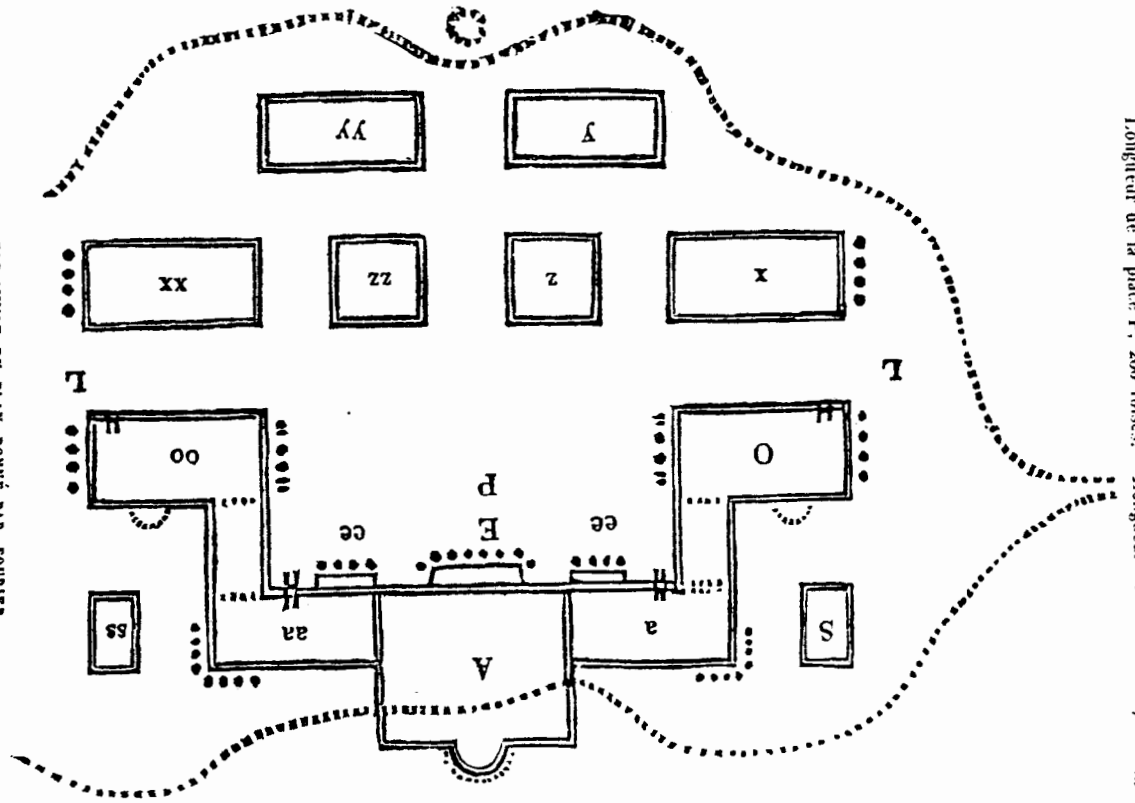
PAGE 123.

Ou Palais habité par une Phalange industrielle.

PLANO DE UN FALANSTERIO

A. Gran plaza de parada o centro del Falansterio.—B. Jardín de invierno, con árboles verdes, rodeado de estufas, etc.—C. D. Patios interiores de servicio, con árboles, surtidores, depósitos, etc.—E. Entrada principal, gran escalera, torre de control, etc. F. Teatro.—G. Iglesia.—H. I. Grandes talleres, almacenes, graneros, cobertizos, etc.—J. Establos, caballerizas y edificios rurales.—K. Corral.

Nota.—Generalmente, los edificios rurales adquirirán mayores dimensiones que las del dibujo.—La calle principal pasa entre el palacio residencial y los edificios destinados a la explotación.—La calle galería está representada a lo largo de las fachadas interiores del Falansterio.



FAC-SIMILE DU PLAN DONNÉ PAR FOURIER

DANS LA 1re EDITION DU NOUVEAU MONDE.

Nota. Les lettres de ce plan se rapportent à la description du texte, pag. 123 et suiv.

PLAN D'UN PHALANSTÈRE EN GRANDE ECHELLE

Longueur de la place P, 200 toises. — Longueur du front entier, 360 toises.

Sobre la unidad de la Educación en la Armonía

No existe problema sobre el que se haya divagado más que el de la instrucción pública y sus métodos. La naturaleza, en esta rama de política social, siempre ha tenido un morboso placer en confundir nuestras teorías y sus corifeos, desde la afrenta que soportó Séneca, institutor de Nerón, hasta los fracasos de Condillac y Rousseau; el primero de los cuales no formó más que un cretino político, y el segundo no se atrevió a intentar la educación de sus propios hijos. Y actuó sabiamente, pues sin duda alguna se hubiera lucido como Cicerón, que se sirvió de toda la docta escuela de Atenas y Roma para hacer de su hijo el ser más nulo de todos, un idiota, cuyo único distintivo consistió en llevar el nombre de Cicerón, heredar su inmensa fortuna y beber un botijo de vino de un trago. Esta intemperancia era el único talento del hijo de ese orador romano; éste ocupaba entre los biberones el mismo rango que su padre entre los hombres cultos.

Esas son las proezas que la historia nos transmite después de ese engendro, para cuya instrucción se había requerido la colaboración de los sabios de Atenas y Roma. Hay que reconocer que las esperanzas de los padres son completamente desengañadas por los métodos civilizados, y por la ineptitud de los sofistas para la educación.

Para escapar al caos de sus sistemas, en primer lugar establezcamos faros que nos dirijan, determinemos el ob-

jetivo, y luego nos ocuparemos del camino que debemos seguir.

En toda operación de la Armonía, el fin no es otro que la unidad. Para alcanzarla, la educación debe ser INTEGRAL COMPUESTA.

Compuesta, para formar a la vez el cuerpo y el alma; actualmente no cumple ninguna de estas dos condiciones. En el curso de estas secciones 3.ª y 4.ª se demostrará que los métodos civilizados desprecian el cuerpo y pervierten el alma.

Integral, es decir, que abarque todos los detalles del cuerpo y del alma, introduciendo la perfección en todos los puntos. Se demostrará que nuestros sistemas civilizados sólo tienden a deformar, pieza por pieza, los desarrollos del cuerpo y del alma, y a viciar uno y otro con el egoísmo y la duplicidad.

Evitemos hablar de lo material en esta introducción, pues nos llevaría demasiado lejos, y limitémonos a considerar la educación armoniana bajo el aspecto moral y político, es decir, de un modo unitario, pues no puede existir ni una política ni una moral sanas fuera de las vías de la unidad o vías de Dios.

La educación armoniana, con su modo de proceder, tiende en primer lugar a hacer despuntar desde la más tierna infancia las VOCACIONES DE INSTINTO, y a asignar para cada individuo las diversas actividades a las que la naturaleza le destina y de las que es desviado por el método civilizado que, de ordinario y salvo raras excepciones, usa a todo individuo en el sentido opuesto a su vocación.

Si al nacer, vuestro astro os ha hecho poeta, las lecciones de la moral y del deber filial tenderán a hacer de vos, como de Metastasio, un portero en lugar de un poeta, y todo el aparato de la sabiduría filosófica se pondrá en juego para conduciros a las ocupaciones de las que la naturaleza quería apartaros. Las 9/10 de los civilizados podrían elevar la misma protesta.

Por consiguiente, no existe cuestión más oscura entre nosotros que la vocación o instinto de las funciones sociales. Este problema va a ser totalmente aclarado por el mecanismo de la educación armoniana. Jamás desarrolla

en el niño una sola vocación, sino unas treinta vocaciones graduadas y dominantes en diversos grados.

Ya que el objetivo consiste en conducirnos en primer lugar al *lujo* (primer núcleo de Atracción), es necesario que la educación nos induzca al trabajo productivo; ésta no puede lograrlo sin borrar una mancha muy vergonzosa para la civilización que no se encuentra entre los salvajes; se trata de la grosería y de la rudeza de las clases inferiores, la duplicidad de lenguaje y de los modales. Este vicio puede ser necesario entre nosotros, en que el pueblo abrumado de privaciones sentiría demasiado vivamente su miseria si estuviera educado y cultivado; pero en el estado societario el pueblo gozará de un mínimo superior a la condición de nuestros buenos burgueses y no se precisará embrutecerlo para habituarlo a sufrimientos que ya no existirán, ni para encadenarlo a trabajos que no tendrán nada de penoso, pues el mecanismo de la serie los hará atractivos.

(...)

La cortesía general y la unidad de lenguaje y de modales sólo pueden establecerse mediante una educación colectiva que procure al niño pobre el tono del niño rico. Si la Armonía tuviese, como nosotros, institutores de diversos grados para cada una de las tres clases, rica, media y pobre, académicos para los grandes, pedagogos para los medios y maestros para los pobres, alcanzaría el mismo objetivo que nosotros, la incompatibilidad de las clases y la duplicidad de tono, que sería grosero en los pobres, mezquino en los burgueses y refinado en los ricos. Semejante resultado sería motivo de discordia general: luego, ése es el primer vicio que debe evitar la política armoniana: ella lo elude mediante un sistema de educación UNICO para toda la Falange y para todo el globo, que establece por doquier la unidad del buen tono.

(...)

Para educar en la unidad de modales a toda la masa de niños, el resorte más potente será la OPERA, cuya frecuentación significa para todos los niños de Armonía un ejercicio semirreligioso, símbolo del espíritu de Dios, de la unidad que Dios hace reinar en el mecanismo del Universo. La ópera es el conjunto de todas las unidades materiales: así, todos los niños Armonianos participan, desde la más tierna edad, en los ejércicios de ópera, para educarse en las unidades materiales, las cuales conducen a las pasionales.

(...)

La educación unitaria debe elevar a los hombres a las perfecciones del cuerpo y del alma. Nuestros institutores, armados con un látigo, palmetas y abstracciones metafísicas, saben formar Nerones y Tiberios: dejémosles este vergonzoso talento, fruto de la educación *parcial simple*, y estudiemos el sistema de la educación *integral compuesta* que de un Tiberio y de un Nerón, acogidos en la cuna o acogidos a los tres años, sabrá formar un monarca más virtuoso que los Antoninos y lo Titos.

(T. V, 1-7)

PRECOCIDAD COMPUESTA DE LOS NIÑOS

No existe falta de fantasía más generalizada entre los padres que la de desear hijos precoces en todas las facultades; de ahí que nuestras teorías modernas sobre la educación enseñen al niño sutilezas científicas y le conviertan en un *intelectual prematuro* que desde los seis años se inmiscuye en estudios que a menudo no debería abordar hasta los doce.

El orden societario se incorporará a la marcha natural que consiste en educar el cuerpo antes que el espíritu. Así como la naturaleza da la hoja antes que el fruto; así procederá la Armonía en la educación.

No se trata de que ésta adopte el sistema de *Diafoirus*

padre que favorece en su hijo *Thomas* el desarrollo tardío de las facultades intelectuales; no se buscarán ni los PREMATUROS ni los ATRASADOS; *in medio stat virtus:* se emplearán los caracteres tal como los de la naturaleza, sin provocar la precocidad.

Ello podrá lograrse, pero en modo compuesto, lo cual nos conduce al análisis de las dos precocidades.

La simple *espiritual* que acelera los progresos del espíritu a expensas de los del cuerpo. Algunas veces ocasiona un vicio de naturaleza y de equilibrio, como se ha podido observar en *Pascal, Pico de la Mirandola,* y otros genios precoces que no han vivido.

La simple *material* que hace prosperar el cuerpo a expensas del espíritu. Podemos ver a muchos de estos jóvenes civilizados cuyo crecimiento, satisfactorio en cuanto a lo material, parece absorber las facultades mentales; personas que, en su imbecilidad prolongada, son dignas de tener por capitán a *Thomas Diafoirus hijo.*

La precocidad sólo es viciosa en la medida en que cae en uno de estos dos *simplismos*, pero es muy útil cuando escapa a uno y otro vicio. Ese es el resultado de la educación armoniana que desarrolla directamente el cuerpo y el alma, las facultades sensuales y espirituales. De ahí procede la *precocidad compuesta.*

Esta sólo puede establecerse en la medida en que sigue el curso señalado por la naturaleza; el predominio

de dedicaciones materiales en la tierna infancia; *fases* ANT. y CIT.

de dedicaciones intelectuales en la alta infancia; *fases* ULT. y POST.

Por consiguiente, para educar a los niños a la precocidad compuesta, hay que atraerlos desde la tierna edad a los trabajos materiales que, en el estado actual, no tienen nada de atractivos.

Los estudios no deben adquirir más que un papel secundario; deben nacer de una curiosidad despertada por las funciones materiales. Es necesario que el trabajo de la escuela se compagine con el de los talleres y cultivos, y sea suscitado por las impresiones experimentadas en estos talleres.

Por ejemplo, a los seis años, Nisus se apasiona por el cuidado de las faisanes y de los claveles; participa activamente en las intrigas de los grupos que cuidan los criaderos de faisanes y de claveles.

Para ingresar a Nisus en las escuelas se evitará por completo el móvil de la autoridad paterna, del temor a las palmetas e incluso de la esperanza de una recompensa. Por el contrario, se pretende despertar en Nisus y sus semejantes el deseo de ser instruidos: ¿cómo hacerlo? Hay que seducir los sentidos que son los guías naturales del niño.

El venerable Theofrasto que, en los criaderos de faisanes, preside y aconseja a los querubines, llevará en el turno un libro grueso que contenga los grabados de las diferentes especies de faisanes, tanto las que posee el cantón como las que no posee. (Es un volumen iluminado de la Enciclopedia naturalógica.)

Estos grabados constituyen el deleite de los niños de cinco años, los cuales examinan ávidamente toda la colección. Al pie de estas *bellas imágenes* hay una breve definición. Se explican dos o tres a los niños. Ellos querrán que se les lean todas las demás; pero el venerable de turno o el serafín de ronda *no tiene tiempo* para detenerse en estas explicaciones.

Es un ardid convenido en los Seristerios de la tierna infancia: todos acuerdan decirle al querubín que no tienen tiempo para explicarle lo que quiere saber; se le niegan hábilmente las instrucciones que pide, haciéndole observar que si quiere conocer tantas cosas no tiene más que aprender a leer, como éste y aquél que no son mucho mayores que él, y que, sabiendo leer, será admitido en la biblioteca menor.

(...)

Una vez se haya despertado y manifestado la intención encontrarán suficientes las ayudas de la enseñanza; pero el estado societario quiere que sean ellos mismos quienes *pidan la instrucción;* sus progresos serán tres veces más

rápidos cuando el estudio sea *trabajo de atracción, enseñanza solicitada.*

Aquí me he servido de uno de los gustos más favoritos del niño, el gusto por los grabados iluminados que representan los objetos que despiertan un interés más activo en el niño por estar relacionados con sus trabajos.

Este resorte parece suficiente para suscitar la idea de aprender a leer: analicemos mejor el aliciente y distingamos en él un móvil bi-compuesto, doble en material y doble en espiritual.

M. 1.° La impaciencia por conocer la explicación de tantas bellas imágenes.

M. 2.° La relación de estos grabados con los animales o vegetales que cuida preferentemente.

E. 3.° La envidia de elevarse del subcoro de los semiquerubines, que no lo admitirán si no sabe leer.

E. 4.° Las ironías de varios querubines superiores que, sabiendo ya leer, se burlarán del retrasado.

Poned en acción estos vehículos de atracción bi-compuesta, y el éxito será tan rápido como lento y dudoso sería si se recurriera a los móviles civilizados, a la orden del padre y el péndulo, a las penitencias y los castigos, o a los débiles incentivos de algunos métodos actuales, de los cuales ni el más ensalzado, *el mutualismo,* ha alcanzado siquiera el vehículo compuesto, y menos aún el bi-compuesto.

Reinará un método similar en las diversas ramas de estudios, en la escritura, la gramática, etc. Siempre se utilizará el aliciente bi-compuesto, los rechazos concertados y los ardides inocentes para despertar la emulación. Esta únicamente podrá surgir en las ramas de estudios análogas a los trabajos que el niño ejerce apasionadamente. Por consiguiente, su educación debe comenzar, bajo todos los sentidos, por lo material de la industria; y nada es más erróneo que el método *simplista* de los civilizados que pretenden convertir al niño en un geómetra o en un químico, sin haberlo seducido previamente mediante las funciones propias para despertar en él el deseo de conocer las matemáticas y la química, y

combinar estas teorías con la práctica en la que se ha iniciado.

En consecuencia, es en los jardines y corrales, en las cocinas y en la ópera, donde debe comenzar la educación del niño, y sólo debe ingresar en la escuela para ampliar las nociones que ya ha adquirido con un tinte confuso en el ejercicio industrial.

(...)

Siguiendo este método, combinándolo con el ejercicio por Series, podremos ver cómo los niños llegan a ser *prematuros* en cada edad, si los comparamos con los nuestros, y *prematuros omnímodos*, es decir, en veinte funciones diferentes.

(T. V, 115-120.)

Las pequeñas Hordas

Para implantar la lucha de instintos y de sexos, generadora de prodigios en industria y en virtud, toda la alta y media infancia (las cuatro tribus de gimnastas, colegiales, serafines y querubines) se divide en dos corporaciones de instinto:

— las pequeñas hordas destinadas a los trabajos repugnantes para los sentidos o el amor propio;
— las pequeñas bandas destinadas al lujo colectivo.

En virtud de su contraste, estas dos corporaciones emplean útilmente los instintos que la moral en vano intenta reprimir en cada sexo, el gusto por la suciedad en los niños y por el aderezamiento en las niñas.

Oponiendo entre sí dichos gustos, la educación societaria conduce a uno y otro sexo al mismo objetivo por diversas vías:

Las pequeñas hordas a lo bello, por el camino de lo bueno.

Las pequeñas bandas a lo bueno, por el camino de lo bello.

Este método deja plena iniciativa a los niños, la libertad de que no gozan en el estado actual, en el que siempre se les quiere obligar a un mismo sistema de costumbres. El estado societario les abre caminos divergentes, favoreciendo las inclinaciones opuestas, el aderezamiento y la suciedad.

Entre los niños hay casi dos terceras partes de muchachos que se inclinan por la suciedad; les gusta revolcarse en el fango, y manosear las cosas sucias constituye para ellos un juego; son ariscos, revoltosos, puercos, adoptan un tono altivo y locuciones groseras, arman alboroto y afrontan los peligros, las intemperies, etcétera, por el puro placer de destruir.

Esos niños se alistan en las pequeñas hordas, cuya función consiste en realizar, por dignidad y con intrepidez, todo trabajo repugnante que envilecería a una clase de obreros. Esta corporación constituye una especie de legión semisalvaje que contrasta con la delicadeza refinada de la armonía, no por los sentimientos, sino sólo por el tono, pues es la más ardiente en patriotismo.

La otra tercera parte de muchachos gusta de los buenos modales y las ocupaciones pacíficas, y se alista en las pequeñas bandas; por el contrario, existe una tercera parte de muchachas con inclinaciones masculinas, denominadas pequeñas marimachos, a las cuales les gusta introducirse subrepticiamente en los juegos de los muchachos, cuya participación les está prohibida: esta tercera parte de muchachas se alista en las pequeñas hordas. De este modo, las dos corporaciones se componen de:

Pequeñas hordas, 2/3 de muchachos, 1/3 de muchachas.
Pequeñas bandas, 2/3 de muchachas, 1/3 de muchachos.

Cada uno de estos dos cuerpos se subdivirá en tres géneros que será necesario designar: para las pequeñas hordas se adoptarán tres nombres de carácter grosero, y para las pequeñas bandas, tres nombres de carácter

romántico, con el fin de contrastar en todo punto estas dos reuniones que son potencias de gran importancia en la Atracción industrial.

(...)

Así, las Pequeñas Hordas se dividirán en *Pícaros* y *Granujas, Pícaras* y *Granujas,* que constituyen la horda de una Falange. Esta tiene además una reserva o cuerpo auxiliar, extraído de las tribus de suplemento. Esta horda auxiliar llevará el nombre de *Bribones* y *Bribonas.*

Los Granujas están destinados a las ocupaciones inmundas, los Pícaros, a las funciones peligrosas, como la persecución de reptiles y otros trabajos que exigen destreza. Los Bribones participan en uno y otro tipo de trabajos.

Las hordas femeninas sirven la tripería en las carnicerías; ellas realizan las tareas repugnantes en las cocinas, apartamentos y lavanderías.

(...)

Estas hordas infantiles tienen su lenguaje corporativo o ARGOT; su pequeña artillería, sus generales llamados Pequeños Kans y Pequeñas Kanes; nombres tártaros, porque adoptan la maniobra tártara en evoluciones.

También tienen sus Bonzos o «Druidas»; éstos son acólitos escogidos entre las personas ancianas que han conservado el gusto por el género inmundo, tan común en los niños. Estos acólitos, bajo el título de «*Druidas* y *Druidesas» del Argot* (o Coeres, Coeresas, título que los mendigos civilizados dan a su presidente o jefe de los pobres), se unen a las Pequeñas Hordas, las secundan y dirigen en sus trabajos, y hacen alarde de afrontar como ellas todo trabajo repugnante.

(...)

El conjunto de estas corporaciones destinadas por dignidad al trabajo repugnante (puede) llamarse el ARGOT, nombre que designa a las Pequeñas Hordas y a sus dignatarios; también a sus aliadas, las Grandes Hordas de aventureros, sobre las que hablaremos en la alta armonía.

El aderezamiento más bello de las Pequeñas Hordas reside en el doble color destinado a cada individuo, sin que ninguno se parezca entre sí. Por ejemplo:

A dolmán, pelliza *azul,* pantalón carmesí.
B dolmán, pelliza *rosada,* pantalón esmeralda.
C dolmán, pelliza *violeta,* pantalón canario.
D dolmán, pelliza *mostaza,* pantalón rojo claro.

Si en consecuencia, la horda presenta un activo de 50 caballeros y caballeras (formando tres bandas, dos masculinas y una femenina, de ordinario), es preciso que luzca cien colores artísticamente contrastados en sus vestidos y que la indumentaria sea completamente diferente de la que utilice la Falange vecina, ya sea por los colores unidos o los colores mezclados.

Así, en una sesión vecinal de 2.° grado en la que se reunirán

el argot de Meudon,
el argot de St. Cloud,
el argot de Neuilly,
el argot de Marly,

} 12 bandas formando 4 hordas y un torbellino

será preciso que aparezcan 400 colores sabiamente variados, y no confusamente, en los vestidos. Problema muy embarazoso para la bella Francia que con sus perfectibilidades perfectibles nunca ha podido encontrar más de una docena de colores para diferenciar los flancos de sus regimientos, por muy fácil que fuera adoptar un centenar bien variados y bien sólidos.

Este lujo no es superfluo; es necesario que las Pequeñas Hordas ejerzan una gran atracción sobre la infancia, a la que siempre se debe *hablar a los ojos.*

Terminemos observando que esta corporación es la que debe dominar *al gran dueño del mundo,* EL VIL METAL

llamado dinero. Las Pequeñas Hordas son el antídoto universal de la avaricia: son ellas quienes deben absorber todas las discordias en asuntos de interés, haciendo que la virtud y la unidad predominen en las discusiones de repartición pecuniaria, que son las discusiones más peligrosas; pues no existiría armonía en ninguna pasión si ante todo no se supiera dominar y armonizar la pasión del *vil metal* que, pese a las diatribas filosóficas, reina cada vez más sobre la civilización perfectibilizada.

(...)

Las pequeñas hordas ocupan el rango *de milicia de Dios* al servicio de la unidad industrial; a este título, deben ser las primeras en actuar, cuando la unidad esté en peligro; y en la quinta sección se verá que, para el mantenimiento de la unidad, deben apoderarse de todas las ramas de industria que, por exceso de repugnancia, obligarían a restablecer las clases de asalariados y personas despreciadas.

(...)

Entre sus atribuciones consta el mantenimiento cotidiano de *la superficie* de las grandes carreteras; gracias al amor propio de las pequeñas hordas la armonía tendrá por toda la tierra grandes caminos, más suntuosos que las alamedas de nuestros jardines, carreteras adornadas con arbustos e incluso con flores de trecho en trecho.

Si una ruta de posta sufre el menor desperfecto, la alarma cunde al instante; las pequeñas hordas llevarán a cabo una reparación provisional y enarbolarán la bandera de accidentes por temor a que algunos viajeros, al percatarse del desperfecto no recriminen al cantón por poseer una horda negligente, reproche al que se expondrían igualmente, si alguien encontrase un reptil nocivo, una bolsa de orugas, o si se oyeran graznidos de sapos en la proximidad de los grandes caminos: esta inmundicia haría despreciable la Falange y bajaría el precio de sus acciones.

(...)

Dado que las pequeñas hordas constituyen el núcleo de todas las virtudes cívicas, deben practicar en pro de la felicidad de la sociedad *la abnegación de sí mismo,* recomendada por el cristianismo, y el *menosprecio de las riquezas,* recomendado por la filosofía; deben reunir y practicar todos los tipos de virtudes soñadas y simuladas en la civilización. Protectoras del honor social, deben aplastar la cabeza de la serpiente, física y moralmente; al purgar los campos de reptiles, purgan a la sociedad de un veneno peor que el de la víbora; (...), ello constituye una de las bases del mecanismo societario fundado sobre

la Atracción industrial, la repartición equilibrada;

la fusión de las clases, el equilibrio de la población.

Parecerá que para obtener de la infancia prodigios de virtud se deba recurrir a medios sobrenaturales, como sucede en nuestros monasterios, donde acostumbran al neófito a la abnegación de sí mismo, mediante noviciados muy austeros; se seguirá un método totalmente opuesto, con las pequeñas hordas sólo se empleará el incentivo del placer.

Analicemos los resortes de sus virtudes, que son cuatro y todas reprobadas por la moral; el gusto por la suciedad, el orgullo, la imprudencia y la insubordinación. Es entregándose a esos pretendidos vicios como las pequeñas hordas se educan en la práctica de todas las virtudes.

(...)

El método a seguir con las pequeñas hordas consiste en utilizar su ardor por la suciedad, pero no *usarlo* para trabajos pesados. Para no usar efectivamente este ardor se emplea alegremente, honoríficamente y en turnos breves; por ejemplo:

Si se trata de un trabajo muy inmundo se reúnen las hordas de cuatro o cinco falanges vecinales; éstas llegan para asistir a la comida matinal servida a las cinco menos cuarto; luego, tras el himno religioso, a las cinco horas, y la parada de los grupos que van al trabajo, se anuncia la entrada en el trabajo a las pequeñas hor-

das con sirenas, repiqueteos, tambores, trompetas, aullidos de perros y mugidos de bueyes; entonces, las hordas, conducidas por sus Kanes y sus druidas, avanzan con gran griterío, pasando frente al sacerdote que los asperga; luego corren frenéticamente al trabajo que se ejecuta como obra piadosa, acto de caridad a la falange, para el servicio de Dios y de la unidad.

En cuanto se concluye el trabajo pasan a las abluciones y al aseo; luego, se dispersan hasta las ocho horas por los jardines y talleres, para regresar finalmente y asistir triunfalmente al almuerzo. En él, cada horda recibe una corona de encina que se sujeta a su bandera; después de la comida, vuelven a montar a caballo, regresando a sus falanges respectivas.

(T. VI y T. V, *passim*)

Organización de las Pequeñas Bandas

Las pequeñas bandas se dedican a la conservación del *encanto social*, empleo menos brillante que el de mantener la *concordia social*, destinado a las pequeñas hordas; sin embargo, en el orden societario, el cuidado de los ornamentos colectivos, del lujo de conjunto, llega a ser algo tan apreciado como otras ramas de la industria. Las pequeñas bandas intervienen con gran eficacia en este tipo de trabajo, y su atribución consiste en ornamentar el cantón entero *tanto material como espiritualmente.*

(...)

Como indumentaria, adoptarán los vestidos caballerescos y románticos, ya sea de la antigüedad o de la edad moderna, variando en cada Falange según las formas de vestirse. Si la banda de Saint-Cloud lleva un vestido Trobadour, la de Marly llevará un traje Ateniense, y así sucesivamente.

Esta diversidad se opone a la de las Pequeñas Hordas, que utilizan un solo vestido para una provincia entera, pero variando los colores *individualmente;* de modo que cada horda al desplegarse para realizar un trabajo presenta el fulgor de un cuadrado de tulipanes, todas diferentes entre sí.

(...)

Opuestas en el tono a las pequeñas hordas, ellas se apasionan por el aticismo; son tan corteses que los muchachos ceden el paso a las muchachas; y es una costumbre muy útil porque facilita a los niños la adquisición de los modales galantes de las tribus de veinte a treinta años. La infancia no sospecha las razones, porque ve reinar esta cortesía entre las pequeñas bandas que están compuestas de niños impúberes; éstas sobresalen principalmente en las escuelas.

Entre el sexo masculino, que sólo constituye una tercera parte, reunirán a los jóvenes sabios, los espíritus precoces como Pascal, que tengan una vocación prematura por el estudio, y a los pequeños afeminados que desde la tierna infancia se inclinen por la apatía.

(...)

Aunque las dos corporaciones, P. H. y P. B., se acuesten más o menos a la misma hora, antes de las sesiones nocturnas, de las que se les debe mantener alejados, las Pequeñas Bandas se levantan más tarde y apenas llegan a los talleres antes de las cuatro horas. No sería preciso que estuvieran allí más temprano, pues no se ocupan sino poco o nada del cuidado de los grandes animales, salvo de sus cebras. Por el contrario, se dedican más al cuidado de los animales difíciles de domesticar, como las palomas mensajeras, «abejas», etc., que no exigen turnos matinales como las carnicerías y otros empleos del Argot.

Esta hora de más para el sueño no la asigno arbitrariamente, sino según lo que conviene a los diversos temperamentos. Los niños, en los que lo material es me-

nos activo, como los flemáticos y melancólicos necesitan más el sueño y se alistarán rápidamente en las Pequeñas Bandas; mientras que los sanguíneos y biliosos serán más propicios para las Pequeñas Hordas.

(...)

Las pequeñas bandas ejercen la suprema vigilancia del reino vegetal; quien rompe la rama de un árbol, quien coge una flor o un fruto sin necesidad, o quien pisa una planta distraídamente, es conducido al senado de las pequeñas bandas, el cual juzga en base a un código penal, aplicado a este tipo de delitos; del mismo modo que al diván de las pequeñas hordas compite la policía del reino animal.

Encargadas del ornamento espiritual y material del cantón, ejercen las funciones de las academias *francesa* y *della crusca,* censurando el lenguaje mal hablado y la pronunciación viciosa: cualquier caballera de las pequeñas bandas tiene derecho a actuar como la reverenda de Atenas que se burló de Teofrasto por una locución defectuosa. El senado de las pequeñas bandas tiene el derecho de la censura literaria incluso sobre los padres; éste compila la lista de faltas gramaticales y de pronunciación cometidas por cada societario, y la cancillería de las pequeñas bandas le envía esta lista invitándole a corregirse.

¿Habrán hecho estudios suficientes para ejercer una crítica tan difícil? Sin duda alguna. Pero me abstengo sobre este tema, pues concierne al capítulo de la enseñanza.

Estimuladas por los grandes ejemplos de virtud y abnegación social que dan las pequeñas hordas, éstas desean vivamente igualarlas en todo lo que atañe a su competencia; así, una caballera afortunada, en el curso de su juventud y tras ser admitida en la caballería (a la edad de nueve años) hará un presente de un ornamento cualquiera a su escuadra y al escuadrón entero, si sus medios se lo permiten. Se la despreciaría ante la mínima sospecha de egoísmo, de espíritu civilizado que impulsa

a las mujeres a menospreciar su sexo, a regocijarse de sus desgracias, de sus servidumbres y privaciones, a no prestar atención a una baratija de la que tantas vecinas pobres carecen. Las pequeñas bandas se honran de tener costumbres totalmente opuestas a las de las mujeres civilizadas, y no se entregan a los aderezos más que para hacer de ello un resorte de amistad general y de ornamento del cantón, un aliciente de entusiasmo en la industria y de generosidad corporativa.

(...)

Las pequeñas bandas eligen entre la edad de la pubertad a cooperadores titulados como coribantes y coribantas, por oposición a los druidas y druidesas de las pequeñas hordas. Reina el mismo contraste en sus aliados viajeros, las grandes bandas de caballeras errantes y caballeros errantes dedicados a las bellas artes. Por otra parte, las pequeñas hordas tienen por aliados viajeros, las grandes hordas de aventureros y aventureras que se ocupan de los trabajos públicos.

La naturaleza ha dispuesto, en la repartición de los caracteres, una decisión fundamental en matices fuertes o *mayores* y matices dulces o *menores,* distinción reinante en todas las cosas creadas; en los colores, de lo oscuro a lo claro; en música, de lo grave a lo agudo; etcétera. En la infancia, este contraste crea naturalmente la distinción de las pequeñas hordas y pequeñas bandas, que se ocupan de funciones opuestas.

(...)

Las pequeñas bandas son aptas para establecer escisiones sobre los matices de gusto, clasificar las agudezas del arte e intervenir de este modo en la compatibilidad de las series mediante el refinamiento de las fantasías y la graduación escalonada. Esta propiedad reina mucho menos en las pequeñas hordas, excepto en gastronomía.

Así, la educación armoniana extrae sus medios de equi-

librio de los dos gustos opuestos, el gusto por la suciedad y el gusto por la elegancia refinada; ambas inclinaciones condenadas por nuestros sofistas en la educación. Las pequeñas hordas actúan en sentido negativo, mientras que las pequeñas bandas en sentido positivo; las primeras hacen desaparecer el obstáculo que se opondría a la armonía, aniquilando el espíritu de casta que nacería de los trabajos repugnantes, y las segundas crean el germen de las series mediante su capacidad para organizar las escalas de gustos y las escisiones graduadas entre diversos grupos.

(T. VI y T. V, *passim*)

Sobre la connivencia de los Filósofos y de los Franceses para envilecer el sexo femenino

No bastará una nota sobre esta liga maliciosa que podría ser objeto de un amplio capítulo.

No sé en qué se funda la fama de pueblo galante que pretenden los franceses; lo considero tan falto de sentido como los títulos de *Bella Francia* y *Gran Nación*. Pero dejemos de lado las bellezas y grandezas de Francia que ya se hablará de ello en el Uterlogo.

¿A qué se debe que los franceses, solícitos para cambiar tanto las leyes y constituciones como las modas, jamás hayan sido fieles más que a una sola ley, la que usurpa el cetro a las mujeres? La *Ley Sálica* se ha mantenido bajo todas las dinastías. Los franceses nunca están más unidos ni son más constantes que cuando se trata de rebajar de hecho a este sexo que fingen indemnizar con vahídos de incienso.

Tampoco existe nación en que los amantes embauquen más a las mujeres, ni ellas estén más mistificadas con promesas de matrimonio y dilaciones astutas, ni más desamparadas cuando están encintas, ni, en fin, más olvidadas una vez pasado el amor. ¡Y los franceses, con semejante carácter, se dicen galantes! En amor sólo son interesados y egoístas, muy corteses en materia de seducción, y muy mentirosos después del éxito.

Ninguna nación ha difamado más en público a las mujeres aficionadas al estudio. ¿Significa esto conocer la naturaleza? ¿Acaso las mujeres no estarían destinadas a ser en la literatura y en las artes lo que han sido en los tronos, donde siempre, desde Semiramis hasta Catalina, han existido *siete grandes reinas por una mediocre*, mientras que lo más corriente es encontrar *siete reyes mediocres por cada gran rey?*

Lo mismo sucederá en la literatura y en las artes: el sexo femenino se llevará las palmas cuando la educación armoniana le haya devuelto su naturaleza, ahogada por un sistema social que absorbe a las mujeres en las complicadas funciones de nuestros matrimonios escindidos.

No niego que en el estado actual no sea necesario mitigar en las mujeres la propensión a la gloria, la inclinación por las grandes cosas y la avidez de dignidades. Una mujer civilizada no tiene otro destino que el de cuidar las ollas en el fuego y remendar los calzones de su esposo; es forzoso, pues, que la educación reduzca su espíritu y la disponga al empleo subalterno de limpiar las ollas y remendar los viejos calzones. De este modo, para predisponer al esclavo al embrutecimiento, se le impiden los estudios que le permitirían comprender su abyecta condición; además, se le priva de las virtudes, según Aristóteles, que no concibe ninguna virtud que pueda apropiarse a un esclavo. Existen multitud de virtudes que la filosofía no juzga convenientes para el sexo.

Un marido opondrá las necesidades de su matrimonio, la necesidad de atar a la esposa a las tareas domésticas, mientras el esposo se dedica a los asuntos exteriores.

Semejantes argumentos no son aplicables al estado societario, en el que los quehaceres de la casa, simplificados por la combinación general de los trabajos, apenas necesitan una octava parte de las mujeres que absorben actualmente. Por consiguiente, podrá suprimirse el envilecimiento de este sexo con esa educación servil; se podrá inspirar a las jóvenes muchachas el deseo de una gloria que será vía de fortuna y de ilustración al

mismo tiempo, pues participarán de las magníficas recompensas que la armonía otorga a las ciencias y a las artes; y los mismos padres, que conocen el precio del dinero, incitarán a su hija a seguir esta carrera de beneficios a millones, que nunca podrían alcanzarse por el arte de *limpiar las ollas y remendar los viejos calzones.*

Por otra parte, si la rivalidad entre los sexos está bien establecida, las Series femeninas querrán poseer los conocimientos necesarios. Para cada una de sus funciones; unir la teoría a la práctica, incluso en las labores de la *olla* y la *cuba.* Si se trata de una lavandería querrán que su presidenta u otra oficiala conozca químicamente la cualidad de los jabones y lejías, sus efectos en el blanqueado: la Serie se sentiría vejada si se expusiera a trabajar mal por falta de estos conocimientos, y se viera obligada a llamar a algunos hombres cada vez que fuera necesario disertar sobre ello.

Entre nosotros, el sexo masculino usurpa todos los trabajos de las mujeres, privándoles incluso de la costura. Esta monstruosidad desaparecerá cuando el libre desarrollo de la Atracción haya devuelto a cada sexo a sus usos naturales. Todos estos prejuicios sobre la incapacidad de las mujeres fracasarán por completo, y en las escuelas mínimas de la armonía se constatará mayor afluencia de muchachas que de muchachos.

Si fuera cierto, según la autoridad de Mahomet y J.-J. Rousseau, que la mujer sólo está destinada a los placeres del hombre o al cuidado de la olla al fuego, la ley de contraste emulativo, base del sistema de equilibrio pasional, se desconocería en las relaciones domésticas y en la educación. ¿Sobre qué se establecería la rivalidad, si, a igualdad de edades, los muchachos no se vieran superados por las muchachas en diversas carreras como bellas artes y otras? No se obtendría del sexo masculino ni la cortesía ni el respeto por las mujeres. Será necesario que ésta reine ya en la mitad de los niños, a fin de favorecer el cambio de los motivos de esta cortesía que ella verá generalizarse en los adolescentes.

(...)

Por consiguiente, la infancia femenina, entre los nueve y quince años, no limitará sus ambiciones al filosófico talento de hacer *hervir la olla;* las jóvenes caballeras, lejos de menospreciar este trabajo, sabrán hacer mejores potajes que los perfectibilistas de París; pero ellas alcanzarán su esplendor especial en el cultivo de las artes y de las ciencias que sabrán compaginar a tiempo con los trabajos minuciosos del cultivo, de las fábricas y de la *olla en el fuego,* puesto que ollas las habrá.

Si no existiera este contraste de mérito entre las muchachas y muchachos en la infancia, no podría compensarse la rudeza natural del sexo masculino, la inclinación de los pequeños muchachos a despreciar el otro sexo. Las muchachas se descorazonarían por completo, y los muchachos no tendrían emulación si desde la más tierna edad no se otorgara a cada sexo carreras de ilustración especial y títulos con respecto al otro.

(...)

Lejos de sospechar que las mujeres estuvieran reservadas a deslumbrar desde la juventud en la industria, las artes, las ciencias y las virtudes sociales, sólo se sabe prepararlas para soportar el yugo marital de un desconocido que tratará de comprarlas al mejor precio. Admito que el orden civilizado tenga necesidad de esta abyecta política, pero no es menos cierto que los filósofos y los franceses se prestan a ello intencionadamente y cooperan en semejante tarea más maliciosamente que otros, con los sofismas que prodigan para apartar a las mujeres del camino de la gloria, excluyéndolas por la fuerza.

En la infancia se las convierte en esclavos morales; en la adolescencia se las impulsa a la intriga, al necio orgullo, sin dejar de alabarles constantemente el poder pasajero de sus encantos; se les incita a la astucia, al talento de dominar al hombre; se alaba su frivolidad, diciendo como Diderot, que para escribirles hay que «mojar la pluma en el arco iris, y espolvorearla con el polvillo de las alas de la mariposa».

(...)

Si administro aquí justicia al sexo débil, no por ello pienso mendigar su sufragio. No se gana nada predicando a un esclavo; sólo tiene oídos para sus dominadores; ése es el carácter de las mujeres civilizadas; indiferentes a su servidumbre, no estiman más que el arte de engañar al sexo que las oprime y las confina a los quehaceres de la casa.

Los turcos hacen creer a las mujeres que ni poseen *ningún alma* ni son dignas de entrar en el paraíso. Los franceses las persuaden de que no poseen *ningún genio*, ni están hechas para pretender las funciones eminentes ni las palmas científicas.

Es la misma doctrina bajo diferentes formas, groseras en Oriente, delicadas en Occidente y disfrazándose entre nosotros de galantería para enmascarar el egoísmo del sexo fuerte, su monopolio de genio y de poder, por cuyo bien debe degradarse a las mujeres y persuadirlas de que la naturaleza quiere relegarlas a las funciones subalternas de los quehaceres de la casa, funciones para las cuales, en el estado societario, bastará la infancia.

Las Sévigné y las Staël no eran unas fregonas de ollas, como tampoco lo fueran las Elisabeth y las Catalina. Esas son las mujeres en quienes puede entreverse el destino del sexo débil y la competencia del genio que ejercerá con pleno éxito en cuanto sea devuelto a su naturaleza, que no consiste en SERVIR al, sino en RIVALIZAR con el hombre; no en remendar los viejos calzones de los filósofos, sino en confundir su fárrago de 400.000 librejos que predican la división industrial y el envilecimiento de las mujeres.

En pago por ese acervo de simplezas, el sexo que sólo se considera apto para *fregar ollas*, juzgará, en la Armonía, que se les debe *echar las ollas por la cabeza como a Don Japhet*, por haber pasado tres mil años sin dedicarse al estudio del hombre, degradando y pervirtiendo a la mujer, entorpeciendo y alarmando al niño y, finalmente, por haber trastornado el mundo social mediante visiones que no conducen más que a la opresión de todo el sexo femenino y de la inmensa mayoría del masculino.

(T. V, 186-190)

Opera Armonizada

El mundo civilizado tiene tanta afición por la ópera que acogerá con gran entusiasmo un «artículo» sobre la futura utilidad y empleos más económicos de este placer, hoy tan alejado del papel de la industria productiva. En civilización, la ópera sólo tiende a afeminar las costumbres e inducir a los soberanos al despilfarro de dinero, «como» los ballets de *Novère* que endeudaron a varios príncipes alemanes.

En el estado societario, la ópera se convertirá en una fuente de riqueza y moralidad para los individuos de todas las clases y de todas las edades, principalmente para el niño, al que educará en la *unidad mesurada*, que para éste significa una prenda de salud y una fuente de beneficios en todos los tipos de industria.

(...)

El niño se deja guiar más por los sentidos que por las pasiones afectivas, dos de las cuales desconoce (los grupos menores, amor y familiarismo). Se apasiona por los dos grupos mayores, de amistad y de ambición corporativa, pero en la medida en que estos grupos favorecen el desarrollo de los sentidos que constituyen las brújulas del niño.

Entre los cinco sentidos hay uno, el *tacto*, cuya influencia es casi nula antes de la pubertad. El niño desconoce el amor, rama principal del tacto: además, es bastante indiferente en lo que respecta a los otros placeres del tacto, conformándose con una silla de madera, un catre y un tejido rudo: no sabe apreciar un sillón almohadillado ni una cama con edredón o unas pieles preciosas. A sus ojos, los refinamientos del tacto no tienen ningún

valor; pero siente gran inclinación por los goces de los otros cuatro sentidos de los que debe ejercer:

los dos activos, *gusto y olfato*, para la COCINA,

los dos pasivos, *vista y oído*, para la ÓPERA.

Esos son los dos puntos a los que le conduce la Atracción: los niños y los gatos siempre estarían en la cocina, si no se les echara fuera. En cuanto a la magia de la ópera y de los grandes espectáculos visuales es lo más atrayente que existe para el niño.

En las cocinas de su Falange, distribuidas en modo progresivo, adquiere destreza e inteligencia en pequeños trabajos con los productos de los dos reinos que prepara: En la ópera, adquiere el espíritu de unidad material que debe ser modelo y vía de la pasional.

La ópera es el conjunto de todos los acordes materiales mesurados. Es fácil exponer una gama completa.

Intervención mesurada de todas las edades y sexos.

1. *Canto* o voz humana mesurada.
2. *Instrumentos* o sonido artificial mesurado.
3. *Poesía* o palabra mesurada.
4. *Gesto* o expresión mesurada.
5. *Danza* o marcha mesurada.
6. *Gimnasia* o movimiento mesurados [1].
7. *Pintura* o (vestidos y) ornamentos mesurados. *Mecanismo* o *distribución geométrica.*

En el orden civilizado, la ópera, suponiendo que no exigiera ningún gasto, sería una palanca muy peligrosa para la educación; actualmente no conviene en absoluto

[1] En la ópera civilizada, la gimnasia no se admite en absoluto o muy poco: se considera como un género popular y se relega a los pequeños teatros. Ello no supone refinamiento sino depravación del gusto. Todas las armonías materiales son nobles: pero la alta compañía civilizada, a la que le repugna el pueblo y sus gustos, ha hecho desgraciados a todos los grotescos, volatineros, saltarines, etc., que tanto complacen al pueblo. La gimnasia recobrará su prestigio en un estado de cosas en que los grandes y el pueblo serán UNOS en cuanto al tono y los modales.

civilizar al pueblo, sino mantener la escisión, la duplicidad material entre las clases ricas y pobres. La ópera sería peligrosa incluso para el niño rico, porque esta reunión de las bellas artes estimulan el entusiasmo, las ideas nobles y generosas que nacen del cultivo de las artes: impresiones semejantes son nocivas para un niño que saliendo de allí se incorpora al comercio de un mundo vil y pérfido.

En Armonía, el niño está exento de este peligro; no sale del templo de equidad material u ópera sino para ingresar en un océano de equidad pasional en las Series de grupos donde contempla la cooperación de cada pasión con los acordes sociales, en la justicia, la verdad y la unidad, todos ellos comprendidos en la ópera. Así, ésta formará en los Armonianos las costumbres que deben practicar, y en este sentido será una brújula de sabiduría para la educación, donde hoy no sería más que un faro engañoso y una vía de extravío.

¿Se objetará que ello significaría convertir a todo el género humano en unos comediantes? No habrá más comediantes cuando todo el mundo lo sea; y además, ¿acaso nuestra educación civilizada forma otra cosa que arlequines sociales, desde las hipocresías de probidad entre los hombres hasta las hipocresías de piedad y fidelidad entre las mujeres? Nuestro sistema de educación sólo engendra farsantes políticos y morales, indignos incluso del nombre de comediante que, en su acepción rigurosa, indica el pintor fiel de la naturaleza y la verdad. Luego, campeones de falsedad como los civilizados, cuya duplicidad se percibe a cada instante, no son dignos del nombre de comediantes y sólo merecen el de farsantes sociales.

(...)

La ópera se convierte, por consiguiente, en una rama de institución esencial, tanto para el hijo del príncipe como para el del pastor. El niño se presta a ella tanto más cuando la ópera le atrae soberanamente. Nada complace más en la edad joven como la unidad de las evolu-

ciones y de los coros, los encantamientos y los grandes espectáculos; además, es indudable que todos los niños se entregarán con un ardor impetuoso a este tipo de ejercicios y que en lugar de atraerlos hacia la ópera se tendrá que contener su impaciencia mediante estatutos de admisión muy rigurosos.

Entre nosotros, la ópera sólo es una arena para la galantería y un incentivo gravoso y, en consecuencia, no es sorprendente que sea reprobada por la clase moral y religiosa; pero en Armonía, supone una reunión amical y gratuita; no puede dar lugar a ninguna intriga viciosa entre personas que se encuentran continuamente en los diversos trabajos de las series industriales.

Tranquilicemos sobre este punto a ciertos lectores que se sublevarían ante la idea de ver a su mujer o a su hija participando en una legión teatral de un millar de personas. Sé tan bien como ellos lo que sucede en estas reuniones de comedia, incluso en las de aficionados; pero que esperen conocer el régimen de la Armonía, donde, ni en la ópera ni en ninguna otra parte, los amores pueden causar ninguna inquietud al padre ni al marido. En civilización tendrían enorme necesidad de semejante seguridad, pues sus precauciones contra las intrigas amorosas fracasan casi siempre.

(...)

Así, este placer reservado actualmente a las capitales y residencias reales se extenderá hasta el menor de los cantones agrícolas; cada uno de ellos tendrá una ópera muy superior a las de París, Londres y Nápoles, pues cada Falange, incluso antes de reunir a las cohortes vecinales y legiones de paso, tendrá cerca de 1.200 actores para proveer, ya sea la escena o la orquesta y los trabajos mecánicos; cada armoniano, educado desde la infancia para este teatro, puede ejercer algún papel musical o coreográfico; y en este aspecto, como en cualquier otro, podrá comprobarse la verificación del principio ya enunciado, «según el cual el potentado más rico no puede alcanzar,

en ningún género, el grado de placeres que el hombre más pobre alcanza en Armonía».

Las funciones teatrales hoy tan espinosas no están sujetas en la «Asociación» a ninguno de los inconvenientes actuales: no se corre el riesgo de los silbidos, ni de las críticas ofensivas; la posibilidad de no aplaudir basta para informar al aficionado del rango que ocupa para la opinión pública. Hay muy pocos autores malos o casi ninguno, pues siendo tan numerosos, cada uno debe limitarse a sobresalir en una reducida cantidad de piezas.

(...)

Esta afluencia de colaboradores permite variar infinitamente los repertorios, al mismo tiempo que la unidad de lenguaje proporciona una multitud infinita de actores, pues el paso de un ejército facilitará a una comarca cien mil actores o actrices; todos los armonianos han nacido en el escenario [1], y son actores por entusiasmo, por costumbre y no por interés.

(T. V, 75-84)

De las cocinas seriarias y su influencia en la educación

¡Extraña paradoja! Se trata de demostrar la utilidad del sibaritismo en los niños, quizá sea éste el tema más adecuado para confundir a los antagonistas de la atrac-

[1] En el orden societario se considerará lisiado de nacimiento al niño que a la edad de cuatro años y medio no tenga la precisión de voz, de oído y de medida. Este defecto apenas podrá darse, pues los niños se educarán desde la cuna en los coros musicales. Cada grupo tiene sus cantatas e himnos de trabajo, y los entona al principio y al final del turno, como el *Benedicite* y la *Acción de gracias* en nuestros monasterios. El niño habituado a estos conciertos desde la edad más tierna adquirirá forzosamente la precisión de voz y medida, y la aptitud para participar en la ópera. En cuanto a la comedia, como «la Asociación da un pleno desarrollo a cada uno de los 810 caracteres», todo Armoniano se distingue necesariamente en algún género de comedia o tragedia que se adapte a su carácter.

ción y para poner en evidencia la sabiduría del Creador de las pasiones.

Si la naturaleza es sabia en sus impulsos generales, también debe serlo en la pasión más fuerte que ha dado al niño; la gula.

Para constatar la exactitud distributiva de Dios en este impulso dominante de los niños hay que probar que, en el estado societario, la gula tenderá a conducirles a los tres núcleos de la Atracción; *a la riqueza, a los grupos* y *a las Series industriales.* Nada más justo y loable en la mecánica social que los resortes que nos dirigen a estos tres fines y, por consiguiente, a la UNIDAD SOCIAL.

Indiquemos aquí una confusión de términos que induce a un error de juicio; vicio en el que los sabios no por condenarlo tan a menudo dejan de caer incesantemente.

«Los niños, dicen ellos, son pequeños sibaritas, hay que corregirlos, moderar sus pasiones.» Nada más falso: los niños no son sibaritas bajo ningún concepto, sino simplemente *glotones, tragones, voraces.* La palabra sibarita es prácticamente sinónima de *gastrónomo.* Frecuentemente se usa en este sentido cuando se habla de un SIBARITA REFINADO; nunca se dirá un *glotón refinado, tragón refinado* o *voraz refinado.* Los tres son vulgares.

Los Apicius son personas de buena compañía que razonan sabiamente sobre su arte, por el que se preocupan demasiado. Luego, qué relación puede existir entre un Apicius y los niños que comen ávidamente manzanas verdes y ciruelas «verdes». Si fueran sibaritas, conocedores refinados, echarían estos alimentos a los puercos. Por consiguiente, son tragones, glotones, voraces; y para corregirlos hay que estimularles el sibaritismo o gastronomía. Analicemos las «virtudes» industriales y sociales que pueden obtenerse a partir de esta metamorfosis.

En todas partes se observa que la clase más discreta en la mesa es la de los cocineros; generalmente son gastrónomos, jueces severos que disertan juiciosamente sobre todos los manjares sin cometer ningún exceso. Proporcionalmente, constituyen la clase más sobria que disponga de buena comida a discreción.

Tanto para los niños (como para los padres), el mejor preservativo de la glotonería sería, por consiguiente, un orden de cosas en el que todos se convertirían en *cocineros* y *sibaritas refinados,* dicho de otro modo en *gastrónomos.* (Desentumecimiento compuesto, que conjuga los placeres de la mesa con la higiene graduada según los temperamentos.)

Siendo esta tesis una de las más nuevas he debido afianzarla con distinciones exactas sobre los sentidos de las palabras y sobre los indicios que proporciona el estado de cosas en la civilización.

(...)

Otro motivo que justifica la educación del niño armoniano en el trabajo de la cocina es que gracias a éste se iniciará con la mayor rapidez posible en las cábalas variadas y graduadas que constituyen la esencia de las Series apasionadas. Sólo es apto para participar y rivalizar en las Series en la medida en que sepa apasionarse por ese matiz o aquella fantasía que constituye un escalón en una gran Serie de 30 grados, 10 variedades y tres especies. Luego, para habituar al niño a distinguir los escalones de cualidades y a apasionarse especialmente por alguna de ellas, es preciso movilizar el sentido más potente en la Infancia; indiscutiblemente se trata del gusto, de la gula, divinidad de todos los niños.

El sentido del gusto, el más imperioso de todos, es un carro de cuatro ruedas, que son:

1. El cultivo.
2. La conserva.
3. La cocina.
4. La gastronomía, «la higiene equilibrada».

Sus usos abarcan todo el mecanismo de *producción (preparación), distribución* y *consumo.* Luego, nos encontramos en el camino de la sabiduría, cuando alguien especula sobre el equilibrio político de las cuatro funciones del gusto que acabo de definir.

Para alcanzar este equilibrio es necesario que las cuatro ruedas del carro puedan rodar en perfecto acuerdo y plena actividad; es necesario que la educación habitúe desde la infancia a todo el mundo social a las cuatro funciones de cultivo, conserva, cocina y gastronomía. De su concurrencia nacerá la función pivotal, «higiene equilibrada» (consumo razonado), sobre la que todavía no ha llegado el momento de hablar.

Todo padre civilizado aprobaría con sumo agrado que su hijo e hija se distinguieran en las dos primeras ramas, el *cultivo* y la *conserva.* Por conserva entiendo las precauciones (usuales) físicas y químicas que deben aplicarse para guardar y mejorar los productos alimenticios, frutos, legumbres, carnes, etc. Un producto como la ciruela que no dura más de doce días en nuestros jardines, huertos o carnicerías, puede durar doce meses si la ciencia interviene hábilmente para conservarlo. En este caso, el químico habrá multiplicado treinta veces la riqueza relativa, pues nos permitirá gozar doce meses de un objeto que sólo hubiéramos disfrutado durante doce días; y esta habilidad para la conserva habrá proporcionado un cultivo treinta veces superior.

Pero de poco serviría saber *cultivar* y *conservar,* si además no se supiera *cocinar* o preparar para el servicio de la mesa. Es una tercera función que los moralistas quieren envilecer alabando a la mujer de Phocion que condimentaba las legumbres con agua clara. ¿No merecerían que se les condenase a vivir durante cuarenta días de esta cocina republicana? Tras esta cuaresma filosófica, no volverían a ensalzarla.

Los Armonianos creerán que quienes han administrado con éxito el cultivo y la conserva deben intervenir también en la preparación culinaria, por lo menos en algunos detalles, y que deben saber por experiencia criticar sus vicios y ensalzar sus perfecciones.

Cualquier persona versada en estas tres ramas de la industria *gastrófila* se distinguirá necesariamente en la cuarta, en la gastronomía; pues será imposible que un hombre intrigado por lo que respecta al cultivo de una legumbre, a los trabajos de *conserva* y a las preparaciones oficiales llamadas *cocina,* sea insensible a los sabores de este objeto cocinado y servido en la mesa. Muy lejos de permanecer indiferente ante semejante plato, lo probará un poco, incluso si carece de apetito; pues no podrá quedarse mudo ante un género sobre el que se interesará desde tantos puntos de vista; querrá juzgarlo como gastrólogo, encomiando o criticando lo que concierne a las dos ramas de cultivo y conserva (primero y segundo rodajes del sentido del gusto); ulteriormente deseará juzgar como «entendido» sobre todo lo referente a la cocina, tercer rodaje del sentido del gusto, y pronunciarse por una de las diversas cábalas de tantos grupos y Series que intervienen en la producción de este comestible.

De este modo, el hombre iniciado en las tres funciones de *cultivo, conservación* y *cocina* se convierte por este mismo hecho en un experto en la cuarta o gastronomía.

(...)

Por consiguiente, en la Armonía se intentará alistar cuanto antes a todos los individuos en las cuatro ramas de la ciencia gastrófila, a fin de que llegue a ser un experto por lo menos de tres ramas, y no se limite al innoble papel de *gastrólatra,* deshonra de nuestros Apicius cuyo saber se reduce al arte de mascar, incapaces de opinar y actuar en las otras tres ramas del gusto, en el cultivo, la conserva y el arte culinario.

(T. V, 102-109)

Alicientes y Progresos del Niño en las Cocinas Seriarias

Ciertas caricaturas nos pintan detalladamente el mundo invertido; no exageran; verdaderamente va en dirección contraria al sentido común y a la economía, sobre todo en las cocinas.

(...)

Al niño le gusta el bullicio de las cocinas; estaría encantado si pudiese intervenir en ellas, si se le proporcionase todo el surtido de pequeños utensilios: marmitas, potes y cacerolas en miniatura; para él sería la suprema felicidad.

Se niega el acceso a las cocinas al niño civilizado por diversas razones:

1. Es torpe y rompe las vajillas.
2. Cambia unos platos por otros, ensucia sus vestidos.
3. Se quema; no sabe manejar el fuego; es forzoso prohibirle que se acerque.
4. En una cocina civilizada no hay ni guardianes ni instructores ni medios para acostumbrarlo al trabajo (pequeña vajilla, etc.).
5. En nuestras cocinas, los niños estarían en número demasiado reducido para actuar mediante Series de grupos, distribución fuera de la cual todo niño se convierte en vándalo.
6. Los trabajos fáciles, como plumaje, pelaje y peladura, etc., entre nosotros no proporcionan un número suficiente de obras para que puedan destinarse a ellas grupos regularmente equilibrados.
7. Nuestras cocinas carecen de la rama de confección infantil; no preparan los tres tipos de comida requeridos.

Mayor para los hombres, *menor* para las mujeres, *neutro* para los niños y *pivotal* o demanda.

En resumen, para el niño la cocina sería una escuela de depravación por las necias complacencias de los criados y los accidentes desagradables que a menudo se desprenderían de ello.

Así, la primera escuela del niño, la cocina, le está vedada en la civilización. Yo la coloco en el primer rango porque el estimulante es más fuerte allí que en cualquier otra parte. La cocina le desarrolla espíritu y sentidos; pues, al encanto del mobiliario en miniatura que encuentra tanto allí como en otros talleres, se suma la influencia del sibaritismo, pasión por lo general dominante en los niños de las primeras fases, de cero a nueve años.

Indudablemente no son aficionados a las carnes ni a los guisos (sino a las cremas azucaradas); por otra parte, bajo el nombre de COCINAS SERIARIAS comprendo todos los talleres de comestibles, entre otros los de confitería, frutería y lechería, que son los lugares más atrayentes para el niño; la tienda del pastelero le parece el paraíso terrenal; y es en el Seristerio de confitería (anexo de las cocinas), donde se encuentra la primera escuela de los angelitos y los niños. El jardín, eminentemente útil para la educación del niño, está en paro una parte del año; en cambio, la cocina está permanentemente en actividad.

Al alcanzar la edad de la razón, en los coros de serafines, de los seis años y medio hasta los nueve, aprenderá, en las cocinas mejor que en cualquier otra parte, la progresión graduada o escala de fantasías de las que se componen los tres cuerpos de una Serie; tras haber meditado la opción, tomará partido y sostendrá algunas rivalidades por ésta.

Veinte grupos se disputan entre sí la superioridad de sus coles: ¿cómo puede un niño tomar partido por uno de ellos, si no conoce la diferencia de los sabores de estas diversas coles y las modificaciones que aporta el arte culinario combinado con los distintos métodos agrícolas? Será necesario iniciar cuanto antes al niño a estos refinamientos del cultivo y de la cocina, y enseñarle a distinguir las graduaciones; sistema completamente opuesto a la sabiduría actual, que persuadiría a un niño «de que todas las coles nacen iguales en derechos y que un verdadero republicano debe comer, sin reproche, ni alabanza, todos los tipos de coles, por el triunfo de las santas doctrinas».

Al ser tan numerosas las variedades de platos en las cocinas de una Falange, todo niño puede encontrar, sin recurrir a las coles y productos patrióticos, mil fuentes de intrigas industriales en los platos de cocina infantil, en las cremas azucaradas, compotas, reposterías, confiterías, hierbas y frutos. Ello basta sobradamente para introducirlo en las rivalidades agrícolas, y habituarlo a conocer las escalas de gustos reinantes sobre un mismo objeto, a clasificarlos por centro y dos alas, a alistarse en

uno de los grupos de centro o alas, y a sostener los procedimientos y las cábalas. Llegar a este punto significa morder el anzuelo industrial; su educación se consuma por sí misma por el único impulso de las intrigas de la Serie.

Y como las intrigas de la buena comida son las más poderosas sobre el niño completamente poseído por el sentido del gusto, se intentará hacer la cocina atrayente para la edad joven y enriquecerla con un mobiliario bien adecuado a las tareas de la infancia y distribuido siempre en triple escala, grande, media y pequeña, con graduaciones en las tres divisiones para satisfacer todos los gustos.

(...)

Un cocinero civilizado es un funcionario de poco relieve fuera de la camarilla de los gastrólatras; no ocurre lo mismo a un cocinero de la Armonía, pues a menudo puede ser un monarca, ya que, en la Asociación, toda industria es compatible con el rango supremo. Además (una función aparentemente sin importancia como ésta), se halla estrechamente unida a las series de cultivo, conserva, química, medicina higiénica y economía sanitaria; y, por consiguiente, el cocinero armoniano se convierte en un sabio de primer orden.

(T. V, 109-115)

DE LAS TRES PASIONES DISTRIBUTIVAS O RESORTES ORGANICOS DE UNA SERIE APASIONADA

No será en la distribución material donde se experimentarán dificultades.

(...)

Si algún obstáculo hay que temer es el que surgirá en el juego de ciertas Pasiones que los moralistas querrán entorpecer; y, no obstante, la Serie mejor formada perdería todas sus propiedades de Atracción industrial, Acuerdo directo de las desigualdades, Acuerdo indirecto de los antipáticos, etc., si en ella se desatendiera el desarrollo combinado de los tres resortes que he llamado Pasiones mecanizantes o distributivas. Y bastaría que en una serie se obstaculizara una de esas tres pasiones, para que la serie misma se deformara, de modo que los acuerdos y la atracción industrial se deformarían igualmente, reduciéndose a simulacros que harían abortar el equilibrio principal, el de la repartición.

Definamos estas tres pasiones:

Empiezo por la *Mariposeante;* ésta responde a la necesidad de variación periódica, situaciones contrapuestas, cambios de escena, incidentes picantes, novedades propicias para crear la ilusión y estimular a la vez los sentidos y el alma.

Esta necesidad se hace sentir moderadamente de hora en hora y vivamente cada dos horas. Cuando no está satisfecho, el hombre cae en el hastío y en el desaliento.

En el pleno desarrollo de esta pasión reposa una rama de la felicidad atribuida a los sibaritas parisinos, el arte de *vivir bien e intensamente*, la variedad y el encadenamiento de los placeres, en fin, la rapidez del movimiento, felicidad que los parisinos están inmensamente lejos de gozar.

(...)

Si los turnos de trabajo son muy breves, de una hora y media o a lo sumo dos, cada uno puede ejercer en el transcurso del día siete u ocho tipos de trabajos atrayentes, incluso puede variar al día siguiente y frecuentar grupos diferentes de los de la vigilia; este método responde al deseo de la onceava pasión, llamada *Mariposeante* porque tiende a volar de placer en placer, evitando los excesos en los que incesantemente caen los civilizados, los cuales prolongan durante seis horas, cuando no durante toda la noche, un trabajo, una fiesta o un baile, a expensas de su sueño y de su salud.

Estos placeres civilizados siempre se limitan a ser actividades improductivas, mientras que el estado societario aplica la variedad de placeres a los trabajos, convertidos así en atractivos. Describamos esta alternación en el horario de dos jornadas de armonianos, uno pobre y otro rico.

Horas	*JORNADA DE LUCAS EN EL MES DE JUNIO*
A las 3,30:	Despertar y preparativos.
A las 4 :	Turno en un grupo de las caballerizas.
A las 5 :	Turno en un grupo de jardineros.
A las 7 :	*Desayuno.*
A las 7,30:	Turno en un grupo de segadores.
A las 9,30:	Turno en un grupo de hortelanos bajo tienda.
A las 11 :	Turno en la serie de los establos.
A la 1 :	*Almuerzo.*
A las 2 :	Turno en la serie de
A las 4 :	Turno en un grupo de manufactura.

Horas	*JORNADA DE LUCAS EN EL MES DE JUNIO*
A las 6 :	Turno en la serie de irrigación.
A las 8 :	Turno en la bolsa.
A las 8,30:	*Cena.*
A las 9 :	Participación en las diversiones.
A las 10 :	Hora de acostarse.

Nota. En cada Falange se vela por la bolsa, pero no para traficar con la renta y las mercancías, sino para negociar las reuniones de trabajo y de placer.

En este esquema he supuesto una jornada con sólo tres comidas, y así será al principio de la Armonía, pero cuando ella alcance pleno desarrollo, la vida activa, la costumbre de los turnos breves y variados estimularán un apetito prodigioso: los seres nacidos y educados en Armonía tendrán que hacer cinco comidas, y ello no será excesivo en comparación con la inmensa cantidad de víveres que producirá este nuevo orden, en el que los ricos, al variar con mayor frecuencia sus propias ocupaciones, gozarán de mayor apetito y vigor que los pobres. Es el extremo opuesto del mecanismo civilizado.

La jornada con cinco comidas que voy a describir esquemáticamente corresponde a un hombre rico que desempeñará actividades más variadas que las indicadas en el esquema precedente, en el que se trataba de uno de los aldeanos alistados en los comienzos.

Horas	*JORNADA DE MONDOR EN VERANO*
	Descanso nocturno de 10,30 de la noche hasta las 3 h. de la madrugada.
A las 3,30:	Despertar y preparativos.
A las 4 :	Asamblea matutina, crónica de la noche.
A las 4,30:	Asamblea, primera comida seguida de la parada industrial.
A las 5,30:	Turno en el grupo de la caza.
A las 7 :	Turno en el grupo de la pesca.
A las 8 :	Desayuno, lectura de los periódicos.

Horas *JORNADA DE MONDOR EN VERANO*

A las 9 :	Turno en un grupo de cultivo bajo tienda.
A las 10 :	Misa.
A las 10,30:	Turno en el grupo de la faisanería.
A las 11,30:	Turno en la biblioteca.
A la 1 :	*Almuerzo.*
A las 2,30:	Turno en el grupo de los invernaderos.
A las 4 :	Turno en el grupo de las plantas exóticas.
A las 5 :	Turno en el grupo de los viveros.
A las 6 :	*Merienda* en el campo.
A las 6,30:	Turno en el grupo de las ovejas merinas.
A las 8 :	Turno en la bolsa.
A las 9 :	*Cena,* quinta comida.
A las 9,30:	Turno en el patio de artes, concierto, baile, espectáculos y recepciones.
A las 10,30:	Hora de acostarse.

En este cuadro vemos cuán poco tiempo se reserva para el sueño; los Armonianos dormirán muy poco, pues la higiene refinada, unida a la variedad de las ocupaciones, les habituarán a no fatigarse en el trabajo, el cuerpo no realizará ningún esfuerzo durante el día y sólo necesitarán un sueño muy breve al que se habituarán desde la infancia gracias a los placeres, cuya abundancia hará los días demasiado breves.

Para facilitar los frecuentes desplazamientos que exige este tipo de vida se disponen *calles-galerías* en todos los cuerpos de los edificios de un falansterio o edificio de una Falange, tanto en el primer piso como en la planta, calentadas mediante estufas en invierno y ventiladas en verano; además, se disponen corredores sobre columnas entre los cuerpos paralelos, y subterráneos cubiertos con arena que comunican el falansterio con los establos; de esta forma pueden recorrerse a cubierto las salas, talleres y establos, sin saber si hace calor o frío en el exterior. En el campo se emplean carruajes grandes y ligeros, de

dicciocho plazas, para el transporte de los grupos agrícolas.

Algunos civilizados pretenden que esta distribución será muy costosa; y, sin embargo, resultará infinitamente más económica que todos los gastos actuales en indumentaria y carruajes, a causa de tantos aguaceros y barrizales y por todos los resfriados, pulmonías y fiebres ocasionados por las bruscas transiciones y los excesos de temperatura.

Otros alegan que la frecuente variedad de actividades desperdiciará mucho tiempo en desplazamientos; en realidad, los desplazamientos campestres sólo durarán de cinco a diez minutos, es decir, menos de un cuarto de hora por término medio, y en el interior se reducirán a menos de la mitad de tiempo.

Quienes lamentan estas pausas son comparables a alguien que propusiera suprimir el sueño por ser un tiempo perdido para la industria. Sólo acelerando la industria puede garantizarse el ocio: el trabajo apasionado de los armonianos será ardiente y en una hora harán lo que ni en tres logran nuestros asalariados, torpes, hastiados, vagos que se detienen apoyándose en su azadón en cuanto ven pasar un pájaro. El ardor de los armonianos por el trabajo se convertiría en un exceso nocivo, si no se aminorara a menudo gracias al esparcimiento que comporta el cambio de actividad.

A continuación voy a referirme a las otras dos pasiones mecanizantes.

La Cabalista y la Compuesta forman un contraste perfecto: la primera consiste en una fogosidad especulativa y reflexiva, mientras que la segunda en una fogosidad ciega, un estado de embriaguez y de entusiasmo que nace del conjunto de varios placeres sensibles y anímicos experimentados simultáneamente.

La Cabalista, o espíritu de partido, consiste en la manía por la intriga, muy ardiente entre los ambiciosos, las cortesanas, las corporaciones afiliadas, los comerciantes y el mundo galante.

El espíritu cabalístico posee como rasgo distintivo el mezclar siempre los cálculos con la pasión; todo es cálcu-

lo en el intrigante; ya sea un gesto o un guiño, todo lo hace premeditadamente y, sin embargo, con gran rapidez. Este ardor de la décima pasión, llamada *Cabalista*, consiste, pues, en una fogosidad reflexiva, en oposición a la ciega fogosidad típica de la *Compuesta*. Cada una de ellas estimula a los grupos de una Serie industrial mediante dos impulsos opuestos.

Para el espíritu humano, la Cabalista es una necesidad tan imperiosa que, a falta de intrigas reales, buscará ávidamente intrigas ficticias, ya sea en el juego, en el teatro o en las novelas. Si os reunís con una compañía es preciso crearle una intriga artificial, poniéndole un juego de cartas en las manos o maquinando una cábala electoral. Nadie es más infeliz que un hombre de la corte exilado en la provincia, en una pequeña ciudad burguesa carente de intrigas. Un comerciante retirado del comercio y privado bruscamente de las cábalas mercantiles tan numerosas y activas, pese a su fortuna, el hombre más desgraciado del mundo.

La propiedad principal de la Cabalista, en la mecánica de serie, consiste en suscitar las discordias o rivalidades emulativas entre los grupos de naturaleza bastante semejante, para disputarse la palma y confrontar los sufra gios.

Será imposible que reine el mutuo acuerdo entre los grupos que cultivan la pera de doguindo blanca precoz, la blanca tardía y la verde punteada; dichos grupos contiguos en gradaciones son esencialmente celosos y discordantes. Sucederá lo mismo a los tres grupos que cultiven las reinetas amarillas, gris y verde.

La discordia entre las gradaciones contiguas es ley general de la naturaleza: el color grana se concilia muy mal con sus contiguos, el cereza, el nacarado, el capucine y, en cambio, muy bien con sus opuestos, el azul oscuro, el verde oscuro, el negro o el blanco.

(...)

Repitamos, pues, que en la armonía societaria las discordancias son tan necesarias como los acuerdos.

(...)

Por consiguiente, en toda Serie apasionada, sea de industria o de placer, es necesario formar una escala de ocupaciones de gradación semejante: *la escala compacta o concisa.*

Un medio seguro para procurar un desarrollo activo a la Cabalista consiste en elevar cada producto a su más alta perfección y estimular un ardor extremo en los trabajos y una gran intimidad entre los societarios de cada grupo.

No se obtendría este brillante resultado si no se estimulase el refinamiento de los gustos tanto en los consumidores como en los productores. ¿De qué serviría a los Armonianos la gran perfección del cultivo en cada variedad del producto si éste tuviera que destinarse a un público moralista y uniforme en sus gustos que no comiera sino para moderar sus pasiones y se abstuviera de todo refinamiento de la sensualidad por el bien de la moral represiva? En este caso, la perfección general de los cultivos sucumbiría al no hallar personas capaces de apreciarlo, el espíritu cabalista sería ineficaz en los grupos de productores y preparadores, la industria agrícola recaería en la grosería, como ocurre actualmente en que apenas puede encontrarse un centenar de civilizados capaces de apreciar la excelencia de una comida. Por ello son tan malos todos los comestibles en civilización.

(...)

Para evitar este desorden, el estado societario educará a los niños conforme al espíritu cabalístico en tres usos, en el consumo, la preparación y la producción. Desde la más tierna edad los habituará a desarrollar y a determinar sus gustos en cada manjar, en cada sabor y en todo tipo de condimento; a exigir en el menor refrigerio condimentos variados según los diversos gustos y por último, a formar la escala cabalística en el consumo, para extenderla después a los trabajos de preparación, conserva y producción.

Esta variedad de gustos, que en civilización compor-

taría una gran ruina, resulta económica y productiva en la asociación, proporcionando una doble ventaja:

Estimular la atracción industrial,

Impulsar la producción y el consumo por series.

(...)

La Compuesta o exaltante crea los acuerdos de entusiasmo. No bastaría por sí sólo el resorte de la cábala o espíritu de partido para electrizar a los grupos en sus trabajos; es preciso poner en juego los dos contrastes, la fogosidad reflexiva de la Cabalista y la fogosidad ciega de la Compuesta, la pasión más romántica de todas y la más enemiga de la razón. Ya he dicho que nace del conjunto de varios placeres de un solo orden, todos sensuales o todos anímicos. Es compuesta bastarda cuando se forma con varios placeres. Es necesario que esta pasión se aplique a todos los trabajos societarios y que la Compuesta y la Cabalista sustituyan todos los viles resortes que intervienen en la industria civilizada, como la necesidad de alimentar a sus niños, el temor a morir de hambre o a ser recluido en los hospitales de mendicidad.

En lugar de estos móviles abyectos, el orden societario, mediante el empleo continuo de las tres pasiones mecanizantes y sobre todo de la Compuesta, puede animar a cada grupo industrial con un encanto cuadruple; a saber: dos ilusiones para los sentidos y otras dos para el alma; en total, cuatro simpatías entre los miembros de la serie de un mismo grupo.

(...)

En la Falange experimental, este incentivo de encantos sensuales y espirituales será incompleto y poco activo, aunque ya podrá observarse un rápido crecimiento de valiosos gérmenes; y estos destellos bastarán para dejar entrever el alto grado al que se elevará el atractivo industrial cuando el nuevo orden haya adquirido consistencia y transcurra a lo largo de una generación educada en Armonía, preservada de la doble desgracia que la educación civilizada inflige a los niños, paralizando los cuerpos mediante una gimnasia falsa y los espíritus mediante los prejuicios.

(...)

Insisto sobre la importancia de la Mariposeante, la más proscrita de todas; sobre la necesidad de los turnos breves y variados, principios que condena toda la industria civilizada; observamos los efectos de este método en material y en pasional.

En MATERIAL produce el equilibrio sanitario: la salud se perjudica necesariamente cuando el hombre se entrega durante doce horas a un trabajo uniforme, tejer, coser, escribir o cualquier otro que no ejercite sucesivamente todas las partes del cuerpo y del espíritu. En este caso, la salud también se perjudica, tanto por el trabajo activo de cultivo, como por el de oficina: uno agota los miembros y las vísceras y el otro vicia los sólidos y fluidos.

Y todavía es peor cuando el trabajo activo o inactivo se continúa durante meses y años enteros. Así, en ciertos países, una octava parte de la población obrera padece hernias, independientemente de las fiebres ocasionadas por los excesos y la mala alimentación. Diversas fábricas de productos químicos, de vidrio e incluso de tejidos, constituyen una verdadera masacre de obreros por el solo hecho de la continuidad del trabajo. No habría ningún peligro si sólo se trabajase por turnos breves de dos horas y únicamente dos o tres veces por semana.

La clase rica, a falta de este régimen, cae en otras enfermedades, desconocidas por el pobre cultivador. La obesidad tan común entre los ricos, denota un vicio radical del equilibrio sanitario, un régimen antinatural tanto en sus trabajos como en sus placeres. El destino sanitario del hombre reside en esta variedad perpetua de actividades que al ejercitar alternativamente cada facultad del cuerpo y del espíritu las conservaría todas en actividad y equilibrio. Ese es precisamente el objetivo que no han alcanzado los sibaritas parisinos que tanto alardean de saber *vivir bien e intensamente,* tipo de vida reservado

sólo a las Series apasionadas y del que los parisinos sólo tienen el deseo, sin tener la menor idea de la *cosa*.

(...)

(En PASIONAL): Hace falta ser como los moralistas, enemigo de la naturaleza y de la evidencia, para negar esta necesidad de variación que se domina incluso en los asuntos materiales. Todo goce prolongado durante mucho tiempo resulta abusivo, adormece los órganos y consume el placer; una comida de cuatro horas no se terminará sin empacho; una ópera de cuatro horas acaba por resultar repugnante al espectador. En cuanto a la variedad, el alma es tan exigente como el cuerpo y además los corazones, en la mayoría de ambos sexos, son por lo común muy hábiles a la variación.

Todo hombre y toda mujer desearían tener un harén si la dependencia y la ley lo permitiesen. Los graves holandeses, tan morales en Amsterdam, poseen en Batavia sus harenes surtidos de mujeres de tres colores, blancas, negras y mestizas. He ahí el secreto de la moral: sólo es hipocresía que se adapta a las circunstancias y se quita la máscara en cuanto puede hacerlo impunemente.

(T. VII, pp. 66-69)

III

EL NUEVO MUNDO AMOROSO

El amor pasión todo divina y núcleo ideal

¿Qué son las demás pasiones comparadas con el amor? ¿Existe una sola que pueda equipararse a él? Sin el amor ya no habría flores en el camino de la vida; pasada la estación de los amores, la humanidad ya no puede hacer otra cosa que vegetar, aturdirse, crear ilusiones sobre el vacío del alma. Las mujeres, tan poco distraídas, sienten amargamente esta verdad y a medida que avanzan en edad, buscan en la religión alguna sombra de este Dios que parece haberse alejado de ellas con su pasión querida; sólo viven por la esperanza de otra vida en la que podrán renacer bajo la felicidad del amor.

Dios también comparte la misma opinión; considera que sin el amor al hombre es un ser incompleto y así adopta innumerables precauciones para asegurar a los ancianos de ambos sexos ilusiones y distracciones amorosas en el orden de la Armonía, cuya teoría vamos a leer. Nuestros ancianos civilizados llegan a olvidar el amor, pero no lo sustituyen; a menudo los [1] de la ambición y de la paternidad no significan para ellos sino un sendero de espinos; todo sexagenario exalta y lamenta los placeres que ha gozado en los buenos años. Ningún

[1] Todos los espacios en blanco corresponden a palabras ilegibles, a fragmentos del manuscrito original roídos por los ratones, o simplemente, a lugares en que Fourier interrumpió su exposición para seguir desarrollando el tema.—*(N. del T.)*

jovencito cambiaría sus amores por las distracciones del anciano.

Por consiguiente, el amor ocupa también el primer rango entre las pasiones; es su Rey según la opinión pública, el núcleo ideal. Es en él, más que en cualquier otra pasión, donde deben buscarse las huellas del espíritu divino, la clave de interpretación de los designios de Dios.

Y, sin embargo, es la pasión más proscrita por las costumbres civilizadas; no se le permite otro desarrollo que el de un llamado matrimonio

son todavía más necesarios para poner de manifiesto que la civilización es el antípoda de los designios de Dios y que el código social de Dios o código de la Armonía pasional será ¿Y cómo no habría proscrito el amor esta civilización desvergonzada que después de tantos siglos de estudios ha llegado a proscribir al mismo Dios, a renegar de él en sus sutilezas metafísicas y sus diccionarios de ateos? Nosotros seguiremos un camino totalmente opuesto y es principalmente en el amor, en sus desarrollos, donde se aplicará la teoría de la atracción para determinar el mecanismo pasional querido por Dios.

(MA, 2)

Consecuencia de la monogamia: el adulterio o cornudismo

Para hacerse una idea de la espantosa confusión que reina en los amores civilizados, bastaría
de modo que el único género permitido, el amor constitucional llamado matrimonio exclusivo o monogamia proporciona por sí solo más de cien especies de
practicados bajo el nombre de adulterio o cornudismo, con los que he reunido, en la sexta sección, un cuadro regular de sesenta y cuatro especies.

Esta infracción universal en la única clase de amores lícitos, que se juzga como desorden en los amores *(sic)*...
profunda impericia social de nuestros legisladores sobre esta rama de la pasión que junto con

la ambición participa... ¿Qué es lo que se desea en el amor, así como en las otras once pasiones? Se quieren nuevos placeres, un desarrollo completo de la naturaleza, siempre obstaculizado en la civilización.

Ni en el capítulo del amor ni en ningún otro me conciliaré apenas con los bellos espíritus civilizados, tan ávidos siempre de decir algo nuevo, pues ¿cómo podría avenirme con los serviles bellos espíritus, que no hacen más que copiarse los unos de los otros, con tantas novedades como tengo que aportar, tanto sobre el amor como sobre las demás pasiones?

Si mi teoría se conciliase con las costumbres y prevenciones existentes, no crearía nuevas fuentes de placer ni haría otra cosa que enmascarar las privaciones conocidas. Con ello no satisfacería los goces secretos que el lector anhela; es en materia de amor donde verdaderamente puede recusarse el bello espíritu que se pasea por las calles sin producir nada nuevo; tantos escritores brillantes, que sólo han sabido tratar sobre el género conocido de amor y no proporcionan el medio de inventar algo nuevo en el goce amoroso ni de devolver este tipo de placer a quien lo haya perdido; así todos los candidatos al amor, tanto jóvenes como ancianos, quieren unánimemente que se les abra algún camino nuevo que asegure lo superfluo y la variedad de ilusiones a los jóvenes y a los viejos las ilusiones necesarias que no encuentran en el orden civilizado, donde las constituciones y las religiones pretenden que un anciano, varón o mujer, no tiene necesidad de ninguna ilusión amorosa. La Naturaleza lo determina de otro modo y los ancianos piensan con razón que deberían obtener tantos más placeres de ilusiones cuantos menos placeres sensuales tengan. Los jóvenes tienen además muchas otras pretensiones que no satisfacen de ningún modo en el orden civilizado y que no obstante deben satisfacerse si se quiere elevar el género humano a la felicidad.

(MA, 30)

Para satisfacer los deseos universales, es preciso contradecir los prejuicios

Para satisfacer los deseos de las diversas edades, para proporcionarles en el amor goces completamente nuevos, debo contradecir en todos sus aspectos las prevenciones civilizadas, cuyo resultado no es sino un orden de cosas incapaz de complacer los diversos gustos. Por consiguiente, el lector debe desear que me arme contra él mismo, le desarraigue sus prejuicios y le transporte a un mundo nuevo en el que costumbres inauditas produzcan placeres desconocidos para todas las edades de uno y otro sexo. Lo repito, es el lector quien debe exigirme esta condición. Yo la cumpliré.

Es sobre todo en materia de amor donde debe evitarse el tono dogmático. Sin embargo, se ha embrollado tanto el tema, las amalgamas de superstición y filosofía han acreditado tantos errores, que devolver los espíritus a la naturaleza supondrá una ardua tarea. Por lo demás, atacaré prejuicios de los que cada cual es el enemigo secreto, pues su extinción proporcionaría a cada uno los bienes que desea. En estas condiciones, todo lector debe inclinarse de antemano por mi doctrina y desear su propia derrota.

(MA, 31)

El amor sensual, difamado en teoría, domina en la realidad

Vamos a desembrollar y a juzgar el proceso más interminable de todos, la querella entre los amores sensual y sentimental. Cada uno de ellos confiere al otro el rango prioritario y, sin embargo, por qué es el sensual quien triunfa por todas partes; difamado en teoría, predomina en la práctica y el poeta Bernard dice con mucha razón a las mujeres bellas: «Si se os da a escoger entre Hércules y Adonis, os sonrojaréis, pero elegiréis a Alcides.»

El amor material no es sino el segundo en cuanto al rango, pero es un visir más poderoso que el sultán. No es éste el objetivo de la naturaleza, pues ella quiere un equilibrio justo entre los dos elementos del amor, el sensual y el sentimental. Vamos a exponer las leyes de este equilibrio, más interesantes que las de tantos equilibrios imaginarios con los que la política nos ofusca, sin establecer ninguno. Ni siquiera se conoce la mitad de este amor sentimental del que novelistas y amantes pretenden haber extraído la quintaesencia *(sic)*. Se ignoran los desarrollos más brillantes de que son susceptibles *(sic)*. En ellos descubriremos goces tan nuevos y tan vírgenes como las minas del Coloso (?) cuando llegaron los europeos.

(MA, 31)

En la Armonía, los placeres son asunto del Estado

El tema parece frívolo a ciertos civilizados que relegan el amor al rango de las inutilidades, convirtiéndolo, bajo la autoridad de Diógenes, en una ocupación de perezosos. Además, sólo lo admiten a título de placer constitucional sancionado por el matrimonio; no sucede lo mismo en la Armonía, pues en ella, siendo los placeres *asunto de Estado* y objetivo especial de la política social, debe darse necesariamente gran importancia al amor que, efectivamente, ocupa el primer rango entre los placeres; la cábala gastronómica, otro placer de la Armonía, ocupa desde luego el primer rango, pero en realidad lo ocupa el amor. Se trata aquí de asegurar a las personas de todas las edades el encanto del amor tanto
como pueda encontrarse actualmente en la juventud. La solución de este extraño problema exigirá algún razonamiento. Alguno podría temer el encuentro de ciertas espinas al introducirse en el nuevo mundo amoroso. Sin embargo, no habrá nada espinoso en el camino, sino sólo una controversia más grata que difícil. He prometido que después de la tercera parte ya no se encontrarían más dificultades y cumpliré mi palabra.

Planteemos correctamente el problema que va a debatirse en estas tres secciones. La civilización no sabe proporcionar los diversos encantos del amor a quienes están en edad de gozarlos; y aquí no se trata sólo de proporcionárselos a la juventud, sino también a quienes les ha pasado la edad. Hacer para los ancianos incluso mucho más de lo que la civilización hace para los jóvenes, he aquí una brillante perspectiva para unos y para otros. Que ella pueda ser objeto de una seria atención.

(MA, 32)

Definición de los cinco órdenes de amor

1) El orden simple o radical (compuesto del material simple o del sentimental simple).
2) El orden compuesto o equilibrado (que comprende los dos elementos de amor).
3) El orden polígamo o trascendente, que aplica a varias uniones el amor compuesto.
4) El orden omnígamo o unitario (que comprende las orgías compuestas, cosa desconocida en la civilización, u orgía libertina)...
5) El orden ambiguo o mixto, múltiple bastardo que comprende géneros actualmente en desuso.

Esta división no tiene nada de arbitrario. Es la marcha progresiva de la naturaleza. Como en la serie 2-4-8-16, números múltiples de 2, el ambiguo se compondría de todos los números intermedios.

Sólo conocemos los dos primeros órdenes, el simple y el compuesto, y legalmente sólo admitimos el segundo... un modo cualquiera de cambiar el mundo, pero no toleramos que se practiquen libremente ni el primero ni el segundo...

(MA, 34)

En el vínculo del matrimonio, a menudo no se ve más que el lazo material

Nuestras costumbres no permiten legalmente ni la celadonia pura ni el puro cinismo; entre nosotros no existe más amor legal que el segundo orden o supuesta amalgama del lazo material y espiritual, lazos exigidos por la constitución y la religión en el vínculo del matrimonio, en el que a menudo no se ve más que el lazo material.

Nosotros no conocemos o más bien no admitimos ni el tercer ni el cuarto orden; la poligamia está permitida entre 500 millones de bárbaros, pero sólo a los hombres; la omnigamia u orgía les está igualmente permitida, pues todo bárbaro tiene derecho a entregarse a la orgía con las veinte mujeres que haya comprado. Pero este derecho sólo es simple, no extendiéndose a las mujeres. Siendo así que la armonía especula siempre sobre los cinco órdenes, el simple, el compuesto, el político, el omnímodo y el ambiguo, vamos a considerar por qué medios pueden establecerse todos esos órdenes, garantizándose a mujeres y hombres, tanto en el amor como en cualquier otra pasión.

Tengamos bien presente que se trata de una actividad que acumula los dos resortes, el material y el espiritual, es decir que sólo se tratará de poligamias y omnigamias en que el amor sentimental intervenga comúnmente con el material. De lo contrario, estos nuevos géneros de amor no serían más que infamias e hipocresías; pero ofrecerán desarrollos trascendentes del amor sentimental que nosotros ni siquiera sabemos emplear en el orden simple.

Esta ignorancia de los civilizados respecto al uso del orden simple o amor sentimental será un reproche al que me remitiré para poner en evidencia su profunda ignorancia sobre el mecanismo amoroso, ignorancia constatada por el régimen de sus amores, limitado por completo al segundo orden compuesto.

(MA, 34)

Equilibrio de los dos elementos del amor

Seres completamente cínicos y sensuales en amor como son... ciertos civilizados, hombres y mujeres, podrían creer que al indicar nuevos... para el amor sólo voy a ocuparme de satisfacer sus inclinaciones groseras... nada; he dicho y repito que el objetivo del creador consiste en establecer el equilibrio en... elementos del amor, entre el material y el espiritual, en todos los desarrollos pasionales...

así. Enseñando nuevos desarrollos como la poligamia y la omnigamia, describiendo el orden de cosas que favorecerá y hará necesarios estos nuevos desarrollos del amor, la teoría de la Armonía jamás se inclinará ni por el amor material, ni por el espiritual; sólo tenderá a mantenerlos en equilibrio, a satisfacer equitablemente uno y otro en los cinco grados, a saber, en simple, en compuesto, en poligamia, en omnigamia y en ambiguo.

En el amor como en todo lo demás, cada civilizado querría generalizar sus gustos dominantes. Quien siente preferencia por el amor sensual querría organizar un mundo puramente cínico, quien es partidario del amor sentimental desearía un mundo puramente novelesco. Así, pese a machacar incesantemente el balance, contrapeso, garantía y equilibrio, los espíritus civilizados están tan engañados respecto al equilibrio y son tan adversos a él que cada uno de ellos querría nivelar el mundo entero según su modelo sin tener en cuenta que la naturaleza, la cual crea 810 caracteres, quiere disponer en los placeres una inmensa variedad para satisfacer cada una de estas 810 formas pasionales a las que ella otorga inclinaciones opuestas, cuyo conjunto debe constituir la mecánica general.

(MA, 35-36)

Cómo satisfacer los diversos gustos

En el amor, como en cualquier otra pasión, deben satisfacerse cada una de las 810 formas en los cinco géneros, simple, compuesto y potencial, omnímodo y ambiguo. Determinados caracteres como los monoginos, que son la mayoría, no desean sino raramente los amores trascendentes o polígamos y omnígamos, sentimentales aún desconocidos; otros caracteres como los poliginos desean sin saberlo amores polígamos y omnígamos de los que vamos a tratar, y que el orden civilizado no admite; por consiguiente habrá que recordar aquí que desvelando los resortes de placeres trascendentes en el amor, yo estos que se inclinan por los amores subalternos o placeres del matrimonio...
compuesto o segundo. Un misántropo republicano que no quiere amar más que una sola... podrá satisfacerse plenamente en la Armonía y gozará de una fidelidad... garantía que no tiene actualmente, por mucho que, no obstante, la suya exista...
, lo cual es bastante raro entre nuestros campeones de la moral que de ordinario son más depravados en secreto que los libertinos declarados, entregándose hipócritamente a los adulterios y fornicaciones, estupros y otros gustos inconstitucionales, mientras declaman contra los que confiesan abiertamente algún mariposeo mucho menos condenables que el cinismo secreto de los moralistas; un día oí contar la vida privada de un autor famoso con la descripción detallada de las ilusiones sentimentales y virtudes morales. Pues bien, ¿en qué consistía la vida privada de este purista? Sólo hacía mención de incestos y adulterios realizados con amigos cuya mujer sobornaba para casarse con la hija, conducta ordinaria de los farsantes sentimentales tan abundantes en la civilización. En el curso de esta sección me expondré a su malignidad mediante teorías que, a primera vista, poseen un tinte libidinoso y que, en realidad, constituirán las bases del sentimiento. Le asignará en la armonía un

papel tan noble como abyecto es en las parodias civilizadas, donde por regla general sólo participa para servir de máscara al cinismo y a las intrigas.

No hay asunto más embrollado que el de los usos del sentimiento en el amor. Este tipo de placer se ha ridiculizado con caricaturas morales de los pastores de Lignon y caballeros errantes, Tante Aurore y héroes de novelas que exigen al pie pequeño cinco años de suspiros antes de conducir un amor a su desenlace. Estas arlequinadas sentimentales son una máscara muy cómoda para tantos hipócritas que juegan al vestalismo en público y practican el mesalinismo en secreto. Denunciaré esta contradicción sentimental que es uno de los vicios más generales en la civilización, donde la mojigatería amorosa es más común aún que la mojigatería religiosa y política.

El tratado que sigue a continuación sobre el amor sentimental o celadonia nos presentará (?) unde *(sic)* dos notas:

1) Sobre la celadonia simple,
2) sobre la compuesta.

Deberemos establecer algunos principios, cosa apenas admisible en un debate que debe dirigirse al cornudo y no a la razón. Otro más hábil que yo sabría sembrar flores en el camino. Recordemos que la tierra está ensangrentada desde hace tres mil años por bagatelas elocuentes sobre las pasiones; debe ponerse término a tantos males y proceder con regularidad en todo lo que atañe a este desolador enigma de las pasiones. Siendo así que el sentimiento no juega en ellas un papel mediocre. Por consiguiente, procuremos abordarlo metódicamente, sin ceder, tratándose de un tema tan grave, a la frivolidad del siglo que exige al inventor que siga el amaneramiento de un escritor a destajo, despreciando lo útil para correr tras las flores de la retórica.

(MA, 36-38)

Indice de la impericia general sobre las cuestiones sentimentales

El notable índice de la impericia de los civilizados sobre este tipo de problemas se debe a que no admiten la profanación sentimental, tan contraria al deseo de la naturaleza que ésta se rebela contra el profanador y algunas veces lo castiga con la impotencia momentánea. Es un contratiempo que acontece de imprevisto a los hombres más robustos, en pleno vigor, cuando un desenlace es demasiado brusco, cuando un bobo amor propio o un temor al ridículo incita a actuar violentamente a personas en las que el espíritu y el corazón aún están totalmente sujetos a la pasión sentimental. En este caso, surge un conflicto jurisdiccional entre las dos facultades potestativas que Crispier (?) denomina la *parte brutal* y la sensitiva *(toda pasión demasiado fuerte obsorbe a otra)*. Indiscutiblemente este conflicto es contrario a los designios de la naturaleza puesto que ella excluye la parte brutal. Esta humillación no sucede jamás a las personas puramente materiales (como los monoginos de tactos) en quienes el sentimiento no puede equilibrarse en absoluto con los gustos sensuales. Pero basta comprobar que esa desgracia sucede a hombres en pleno vigor junto a las mujeres más amadas, para que podamos concluir fundadamente que los civilizados no saben juzgar ciertos casos en que se profana el sentimiento, pues el fracaso material al que nos referimos es objeto de escarnio general, sobre todo por parte de las mujeres, las cuales condenan al delincuente, pese a la reparación del honor y la revancha del día siguiente, que demuestra que ello no se debía a una carencia de vigor, sino a una sobreabundancia sentimental y profanación de un ardor aún alejado del grado de madurez en que el deseo se equilibra con el sentimiento. Las mujeres civilizadas no comprenden nada de esta prioridad accidental del sentimiento, respondiendo a ello mediante el dístico: demasiado amor para mí, etc....

¿A qué se debe su falso juicio a este respecto? A que ellas no están plenamente satisfechas en lo material y a que el temor al hombre, al placer sensual, los obstáculos a vencer para procurárselos, les generalmente una prevención exagerada por los derechos del amor sensual; piensan sobre ello lo que el pueblo sobre el alimento que ansía y por el que hace bajezas que no hacen los grandes, pues al tener la seguridad de no carecer de un alimento excelente, no cometerían la menor villanía para procuráselo.

Algunas mujeres civilizadas que sólo gozan lo superfluo del placer sensual, adoptan por espíritu de cuerpo las prevenciones generales de su sexo; sólo se liberarán de este mal espíritu en la Armonía. Allí, las garantías de plena y perpetua satisfacción de lo material las hará muy imparciales respecto al pretendido delito citado anteriormente, y en este caso, el tribunal de las mujeres, en lugar de mofarse del hombre por defecto, declarará a la dama culpable de profanación sentimental, anticipación material y de haber alentado con pleno convencimiento tentativas prematuras de goce. El hombre tendrá en su favor la *prueba por defecto* constatando que estaba dominado por el sentimiento. Imagino a un atleta conocido y exento de toda sospecha de debilidad en este género.

Si el asunto se dejara en manos de las mujeres civilizadas, se puede que éstas condenarían al hombre en una mayoría del 99 por 100 y no sin muchas bromas.

La privación o el temor a la privación de lo materialmente necesario, al elevar al máximo la lubricidad secreta de las mujeres, falsea su juicio sobre todas las cuestiones pasionales y de amor sentimental. Pese a su instinto en el amor, sobre este tema tan sólo tienen principios vagos y exagerados que, otorgando al sentimiento una sombra de veneración, consagran indirectamente la tiranía del material. Sabemos cuánto acrecientan el deseo de un placer y cuán inhábil convierten el espíritu para juzgar las conveniencias que deben observarse a este respecto, la indigencia y prohibición de este placer. De ahí

que el incentivo de un festín copioso y de licores fuertes haga perder todo honor al populacho hambriento y lo arrastre a toda clase de delitos. ¿Cómo nuestras damas, habituadas desde la edad de la pubertad a esta irritación secreta, dejarían de sentir su influencia y de contraer prevenciones, espíritus de cuerpos que las inhabilitan para discernir entre lo material y lo sentimental? Eso es lo que voy a demostrar en una breve teoría de los usos trascendentes del puro amor, tema que se creía agotado y que ni siquiera se ha abordado.

Ya que este debate compete a las mujeres, procuraré ponérselo a su alcance; ellas me perdonarán mi severa crítica en favor de la tesis sobre la que la fundamento: la necesidad de asegurarles los goces materiales para rectificar su juicio y consolidar sus almas en el ejercicio del sentimiento.

A través de sus falsos principios puede discernirse un impulso loable: la amalgama del espíritu religioso con el amor. Ellas contemplan esta pasión como si fuera un resorte únicamente de Dios y ajeno al poder de la legislación humana. Además, ningún dogma supersticioso las obliga a revelar en confesión sus galanterías, de las cuales dicen que *el secreto de las mujeres es el secreto de Dios*. Desgraciadamente, ocurre que el secreto de Dios no es el secreto de las mujeres y que ellas no han sabido descubrir qué costumbres quiere inspirarles Dios en el amor. Hasta tal punto desconocen su destino que dejan que se bromee por doquier sobre su inconstancia, defendiéndose muy mal a este respecto. Por poco que estudien la tesis que voy a sostener sobre el sentimiento trascendente, podrán convencerse de que los desarrollos más sublimes del amor generalmente están sujetos a esta inconstancia tan criticada; duchas en esta teoría podrán cerrar la boca a jóvenes y viejos chochos que jamás tienen otra cosa que articular contra las mujeres que el reproche de la inconstancia, olvidando que la acusación es absurda por sí misma, puesto que implica necesariamente a ambos sexos a la vez, ya que uno no puede ser inconstante sin el concurso del otro. Tendrían que existir tres sexos para que uno de ellos estuviera

fundado para acusar de inconstancia a uno u otro de los restantes.

Así, los civilizados tienen la facultad de ostentar durante siglos una gran agudeza sobre opiniones esencialmente absurdas y tan carentes de sentido que un novicio armoniano ni siquiera se dignaría detenerse a discutirlas; en seguida vería que si las mujeres son inconstantes, ello... prueba que los hombres también lo son y en el mismo grado. En consecuencia, la acusación, dirigida contra toda la especie, no incrimina sino a los charlatanes inconsecuentes que articulan como agravio contra la humanidad lo que es connatural al hombre; acusar al género humano de inconstancia es como reprochar a la corza que le guste vivir en los bosques. ¿Cómo no debe gustarle si está hecha para habitarlos?

Dado que a los hombres sólo les gusta la inconstancia y no predican otros sermones al oído de las mujeres, dado que toda mujer bonita encuentra por cada poseso, marido o amante, que le recomienda la fidelidad, veinte pretendientes que le aconsejan la infidelidad que igualmente ha aconsejado su marido a otras veinte antes que ella, es evidente que diecinueve de cada veinte campeones en el amor son partidarios de la infidelidad en la plenitud de la edad galante, entre los veinticinco y los treinta años y que las mujeres deben practicarla para estar de acuerdo con la conducta de los hombres, con sus secretas instigaciones tan diferentes de sus mojigaterías públicas, de sus conversaciones infladas de moral de las que se ríen secretamente. La inconstancia es, pues, efectivamente connatural al género humano; debe gustarle no sólo como destino general (salvo las excepciones), sino además, como prueba de las virtudes más sublimes. En esta cuarta parte se demostrará que en la Armonía la inconstancia amorosa se convierte en la prueba de las virtudes sociales más sublimes.

Fundamentaré metódicamente esta tesis con las que toda mujer, aunque no esté muy habituada a razonar, podrá confundir a los doctores en los 400.000 volúmenes y demostrarles que si en tres mil años no han sabido descubrir nada sobre las propiedades de la más bella de las

pasiones que es el amor, han debido carecer asimismo de la teoría de todas las demás pasiones.

(MA, 38-41)

Un desarrollo amoroso singular

Ya que la Armonía necesita el entusiasmo y ya que cada uno puede entregarse a él sin recelo en este orden social en el que ya no deberá temerse la perfidia, se deberá especular sobre el entusiasmo amoroso que es el más vehemente.

(...)

En primer lugar demos alguna idea sobre el tema y para ello elijo aquel caso en que el amor infringe con mayor gravedad el objetivo de las pasiones, consistente en formar lazos y extenderlos hasta el grado más elevado. De ordinario, cada ciudad o cantón posee en uno y otro sexo alguna persona de belleza trascendente que provoca una avidez casi general y un buen número de pasiones conocidas. Narciso y Psique son el ornamento más bello de la ciudad de Gnido; la multitud los envidia y podrían citarse por lo menos veinte gnidianos que tienen una pasión declarada por Psique y veinte gnidianas que arden con la misma fogosidad por Narciso.

La ley civilizada exige que Psique sólo pertenezca a un casto esposo y Narciso a una casta esposa. No piensa así la atracción. Ella desea que las veinte parejas de amantes participen de los favores de Narciso y Psique. Luego, si Dios no distribuye en vano las atracciones, debe haber dispuesto un medio para satisfacer a cuarenta personajes que desean a Psique y a Narciso, y satisfacerlos por vías honorables, propias para excitar el entusiasmo respectivo, el encanto sentimental exigido en la armonía que quiere la igualdad de lo material y de lo espiritual en todas partes. En resumen, se necesita un medio para que la bella pareja se entregue decentemente a las otras

veinte parejas que lo desean, pues si esa entrega se realizara indecorosamente el encanto espiritual o sentimental se desvanecería y el lazo amoroso privado de uno de sus elementos caería en simple material, en género bruto e innoble goce puramente animal. Por el contrario, es necesario que la pareja envidiada excite al entregarse el entusiasmo más sublime.

(...)

Problema embarazoso para ciertos espíritus civilizados. Aunque intenten buscar una solución, todos saldrán con la misma estupidez y dirán: si Psique se entrega sucesivamente a veinte hombres, no será más que una infame prostituta, cubierta de desprecio por todos los amantes que haya favorecido se convertirá en el oprobio y la escoria de Gnido; por consiguiente, deberá elegir a uno de los veinte. En cuanto a los otros diecinueve que procuren depositar su amor en otra parte.

Apuesto a que ésa será la respuesta de todos nuestros Edipos. Si es así como piensan, que intenten conciliarla con tres potencias, con Dios, la moral y consigo mismo.

1.° Con Dios. El distribuye la atracción para que todos seamos felices y no para frustrarlo y envilecerlo todo. Si Psique sólo favorece a uno de los veinte pretendientes y le permanece fiel, los otros diecinueve se quedarán frustrados y Dios sería muy inconsecuente al dar a un incentivo amoroso un número de influencias veinte veces superior a la dosis necesaria para el contentamiento general. Por otra parte, si Psique satisface a los veinte amantes y no recoge como pago por sus bondades más que el desprecio universal, Dios daría prueba de una malevolencia muy refinada, otorgando a la atracción el poder de sacrificar al oprobio a quien le satisfacía más y de rebajar a los ojos de sus veinte pretendientes su llama y el objeto complaciente que la ha contentado.

2.° Con la Moral. Ella no consiente que Psique elija a uno de estos veinte pretendientes, pues según la filosofía, toda muchacha bien nacida no debe tener otra voluntad en el amor que la de su tierno padre y la de su tierna madre. En consecuencia, Psique deberá casarse con algún viejo procurador, cargado de crímenes, el cual, teniendo el peso del oro a su favor, habrá obtenido el sufragio del tierno Padre y de la tierna Madre. En cuanto a los veinte amantes, estos deberán aplaudir este matrimonio, so pena de incurrir en los anatemas de la moral y renunciar para siempre a echar una mirada concupiscente a Psique, según el santo mandamiento que nos dice: «No envidiarás (del vecino) ni su buey, ni su mujer, ni su asno.»

3.° Consigo mismo. Ellos desprecian a una mujer que cede a veinte hombres y, sin embargo, cada uno de ellos, en el curso de su juventud, ha intentado seducir a veinte mujeres cuando no a cien; ninguno de ellos se desestima, sino muy al contrario. Entre ellos ensalzan a quien ha seducido a más, de manera que si Narciso llega a gozar secretamente y sin demasiado escándalo a veinte mujeres enamoradas de él, se ganará la reputación de amable astuto. ¡Singular inconsecuencia! Se encuentra amable en un sexo y odioso en el otro una conducta que es forzosamente recíproca, una conducta que debe seguir obligatoriamente uno de los sexos en cuanto el otro la adopta. Ya que los hombres no pueden tener, a menos que sea un harén cerrado, veinte mujeres consecutivamente sin que las mujeres no tengan también veinte hombres consecutivamente.

Esta contradicción del espíritu civilizado nos sugiere aquí una observación de gran valor, pues ella demuestra que la opinión pública aprueba a medias el efecto que voy a describir (el amor potencial) y que la armonía será mucho menos inconsecuente al permitirlo recíprocamente, puesto que la tolerancia del amor múltiple acordado a un sexo impulsa irremediablemente al otro a seguir la misma conducta.

(...)

El amor unitario no puede fundarse ni en dos ni en cuatro individuos, sino sobre masas de coasociados. Seguramente dos individuos jamás llegarían a convenir en la ridícula partición según la cual a uno sentimiento y al otro goce, pero no sabemos aún qué encanto desconocido podrán encontrar en ello masas numerosas como las veinte parejas de gnidianos que obtendrán y compartirán el favor de Narciso y Psique, mientras que esta pareja estará unida por el amor sentimental, asunto tan incomprensible como lo es para los niños de siete años el lazo de amor ordinario.

(MA, 43-47)

Escala de los géneros de amor, civilizados, bárbaros y salvajes

Su análisis no será fecundo en lo que respecta al estado actual del globo. En los tres períodos, civilizado, bárbaro y salvaje, el amor no tiene muchas ramas. Es un árbol al que cada autoridad intenta despojar de sus ramas; su suerte no es mejor que la de esos troncos que nunca llegan a crecer porque los animales devoran todos sus brotes; hizo más progresos en la pequeña isla de Otahití que en el globo entero; en ella alcanzó uno de los grados más elevados de la escala; era la orgía legal y corporativa de la que se encontró un germen muy débil pero muy preciso en esta isla. Vemos también un germen muy bello de poligamia acumulativa entre los negaleses, en el norte de Bengala, y entre los canarios, donde, según la ley, el código de un país, un hombre debe cambiar de mujeres todos los meses etc.... (pero éstos no son géneros dignos de experiencia ni atención, sino únicamente sombras de géneros que sólo demuestran una posible diversidad, mas no la naturaleza exclusiva).

En la civilización apenas podemos analizar cuatro géneros plenamente instituidos, a saber:

1) El simple sensual o material puro llamado amor bruto animal, innoble.

2) El simple espiritual o sentimiento puro llamado amor noble, hasta hoy impracticable.

3) El compuesto divergente o amor egoísta monogamia exclusiva, y el único género admitido legalmente.

4) El múltiple divergente, llamado adulterio y cornudismo poligamia furtiva.

El estado bárbaro presenta otras dos variedades que son *(sic)* la omnigamia divergente o costumbre del harén de pluralidad indefinida limitada a los hombres y con mayor motivo la poligamia divergente.

El estado salvaje presentó entre los otahitianos la orgía corporativa u omnigamia convergente que no ha podido aclimatarse en nuestro globo; sin embargo, ésta existe en algunas reuniones muy ocultas, pero tan secretas y contenidas, que no constituyen un género instituido.

La civilización antigua aportó el ambiguo compuesto y múltiple, pues ella no sólo toleraba y estimulaba el safismo y la pederastia, sino que además los permitía en múltiple en género polígamo. Esta rama ha caído en desuso, no quedando más que las otras cuatro indicadas anteriormente; además no se admite legalmente el múltiple divergente o adulterio y si la opinión pública lo encomia, la ley lo persigue; así es la civilización, siempre inconciliable consigo misma.

He aquí una tabla regular de los géneros que pueden nacer en todos los períodos, en simple, en compuesto, en potencial, en unitario y en ambiguo.

Tabla sinóptica de los géneros de amor

1.° *El material divergente;*
2.° *el material convergente;*
3.° *el espiritual divergente;*
4.° *el espiritual convergente.*

1.° Material divergente.—Es el placer sensual bruto y desprovisto del lazo sentimental, como puede verse en los casos de coacción y violación y en la mayor parte de los matrimonios civilizados, en que el lazo mantenido por ciertas conveniencias de interés carece de toda ilusión amorosa.

2.° MATERIAL CONVERGENTE.—Constituye las reuniones religiosas y las adhesiones indicadas en la séptima sección. En estos casos la unión es espontánea y se convierte en el germen de las ilusiones verdaderamente extraídas de la unión misma.

3.° SENTIMENTAL DIVERGENTE.—Es el amor desligado de toda pretensión al goce: el celadonismo. En la civilización se considera una necedad. Sin embargo, ciertos caracteres lo profesan en su pureza, sobre todo cuando tienen otros lazos amorosos, aunque es poco estimado por las mujeres, pues expone a disgustos, bromas y desprecios. No es prudente entregarse a semejante amor en la civilización, sin antes tener una prueba de las mujeres con quienes uno quiere juntarse; ellas sólo consideran al hombre que las ha gozado o al que las ha despreciado pudiendo gozarlas. Este espíritu material es la mancha más grande que pesa sobre las mujeres civilizadas, mancha peor aún que su falsedad a la que fuerza la tiranía de las costumbres.

4.° SENTIMENTAL CONVERGENTE.—Puro sólo puede practicarse en la Armonía, donde cada uno añade a su vasta provisión material y a su surtido de ilusiones celadones y celadonas; éstas uniones están bien consideradas en tanto que variedades agradables y en la medida de lo posible, se evita turbarlas mediante el goce que en una semana podría disipar el encanto del celadonismo sin reemplazarlo por nada. Luego, en la Armonía, donde no se desprecia ningún placer, éste tiene su precio y las parejas celadónicas se enorgullecen de amarse durante mucho tiempo sin poseerse y practicando con otros el amor compuesto.

5.° EL COMPUESTO DIVERGENTE.—Es la máxima expresión de la monogamia ordinaria. Cuanto más se aman respectivamente los amantes, más diverge su espíritu de la masa y más lejos está de unirse con ella; sólo se sienten bien mientras están juntos; si toda compañía les resulta molesta, también resultan molestos a cualquiera que no

sienta ningún interés por ellos. No puede imaginarse nada más asocial que este amor ensalzado por los moralistas que ocupa un rango muy subalterno en la Armonía, pues para la unión general sólo es útil a título de diversión en las otras uniones cuyo espíritu necesita variar tanto como de platos. El amor compuesto divergente es considerado como...

6.° EL COMPUESTO CONVERGENTE es el mismo amor, pero en grado social y sideral, formando partidas cuadradas, sextinas, octavinas; en la civilización ya existe algún germen y las mujeres se inclinan mucho por él; nada les gusta tanto como las partidas cuadradas y sextinas por las que los hombres no se preocupan; en menos de un mes, semejante unión degenera en orgía secreta de modo que el menos enamorado es quien saca mejor provecho en este tipo de unión, pues las mujeres sienten una violenta inclinación por tomar el amante de su amiga y los hombres, por su parte, se acomodan rápidamente a la mujer del vecino; así, en la civilización, el amor compuesto divergente tiene muy grave duración, pues muy pronto se convierte en orgía secreta; en la Armonía se mantiene con más regularidad, ya que la unión se forma entre parejas suficientemente libres por ambas partes y lo bastante enamoradas para conservar la fidelidad durante más tiempo.

7.° EL POTENCIAL DIVERGENTE.—Es la poligamia furtiva o cornudismo sobre la que me abstengo de hablar, porque trataré de ello muy ampliamente en una de las secciones en la que expondré el cuadro sinóptico de los adulterios o cornudismos, distinguidos en clases, géneros, especies, conforme a las leyes de los
que han olvidado por completo someter esta rama de relaciones a la luz del análisis.

8.° EL POTENCIAL CONVERGENTE.—Se compone de los amores poliginos descritos en la octava sección. Es impracticable en el orden civilizado. No se reconoce la pluralidad de mujeres, queridas, amantes, etc...., tan fre-

cuentes sin embargo, y aun en el caso de que se permitiera, como entre los bárbaros, nadie sabría asociar las uniones polígamas por dominantes graduadas ni relacionarlas y armonizarlas por ambiguo; así, aunque se tolerase este género de amor, seguiría siendo divergente, pues nadie sabría cómo conciliar a varios amantes de una misma mujer ni varias queridas de un mismo hombre, lazo que se practica plenamente en la Armonía, pero bajo circunstancias absolutamente diferentes a las del estado actual en el que nadie sabe graduar más que a título arbitrario, como sucede en el concubinato legal.

GENEROS DE NUCLEO

9.° EL UNITARIO CONVERGENTE DIRECTO.—Es la orgía bisexual, género muy bello y muy apreciado en la Armonía, pero inadmisible en la civilización, donde apenas subsisten algunos de sus destellos tras un festín y sin adquirir el carácter de una costumbre constante.

10.° EL UNITARIO CONVERGENTE INVERSO.—Es la unión angélica de la que consideraremos el lazo más

de todo el mecanismo amoroso. Estos dos géneros 9 y 10 tienen por gérmenes los grados 5 y 6, cuyas altas potencias se encuentran verdaderamente en el orden siguiente: 5 con 10 y 6 con 9.

11.° UNITARIO DIVERGENTE DIRECTO.—Es la costumbre del harén, orden que admite una comunidad, pero limitada, a un solo sexo y por consiguiente divergente.

12.° UNITARIA DIVERGENTE INVERSA.—Es el sostenimiento; una costumbre muy infame de la civilización por la cual un hombre se convierte en protector de las intrigas secretas de una esposa o querida; dicha costumbre no se extiende a las mujeres, pero podría extenderse como la del harén, para la que Catalina mostró una ligera disposición; el harén y el sostenimiento suponen una inversión, un contrasentido de los géneros 9 y 10 desarrollados en sentido innoble y son entre ellos lo que la oruga a la mariposa.

A estos doce géneros pueden añadirse otros tantos de ambiguos de los que debe decirse alguna cosa para completar el cuadro, aunque el ambiguo tan predicado en la antigüedad esté prohibido en la civilización moderna, pero he observado que este libro es comparable a los que se reservan a los médicos y a los confesores y que deben tratar de materias prohibidas en otras obras.

(Los ambiguos correspondientes a los diversos géneros de amor.)

1) En el grado más inferior, EN AMBIGUO, se encuentran los géneros simples divergente y convergente, es decir, la masturbación aislada o recíprocamente. Se la podría clasificar en cuatro géneros análogos a los descritos bajo los números 1-2-3-4.

2) EN COMPUESTO, se encuentra la pederastia y el safismo, que son convergentes si hay reciprocidad de amor y divergentes si no se da esta reciprocidad. Estos son los equivalentes de los géneros 5 y 6.

3) EN POTENCIAL convergente se encuentran los ambiguos múltiples, como el género de Enrique III en Francia y de Argesilas en Esparta. Es la poligamia armonizada en ambiguo; este género es divergente si la dicha poligamia es furtiva según el uso de las safianas civilizadas que son muy infieles, pero muy celosas.

4) EN UNITARIO convergente y divergente se citarán las orgías y angelicados unisexuales, casi por completo impracticables en la civilización, pero no en la barbarie, donde la orgía femenina practicada algunas veces en nuestros países existe sin duda también en China, pues un escritorio traído de China, y que puede verse en Lyon, contiene un doble fondo que representa en marquetería al Emperador de China en el centro de una multitud de mujeres atareadas en el safismo sobre canapés dispuestos en círculo.

5) Por analogía a los géneros 11 y 12 también podría describirse un AMBIGUO DIVERGENTE en directo e inverso; la diferencia es que este género abarcaría a un solo sexo.

6) Es preciso añadir el género PRO-COMPUESTO o COAD-

JUTORIADO propio de un hombre que sirve en las safianas, inmiscuyéndose para ayudarlas en sus placeres o de una mujer que se inmiscuye con pederastas. Este género es el hiper-mixto o medio entre los dos ambiguos y los dos fijos.

Conviene ejercerse previamente en el análisis de los géneros comunes en la civilización y muy mal juzgados por la mayoría, prueba de ello es el género sentimental simple sobre el que nadie tiene una noción exacta, aunque todos lo consideren una máscara. Mediante esta comedia se le atribuye el honor de reinar en todas partes, mientras que no domina en ninguna y no interviene sino como esclavo del material o amor bruto.

Una consideración que me obliga a reparar, rectificar muy exactamente los errores cometidos al respecto del amor sentimental o puro amor, es que éste es el germen del que vamos a extraer los más sublimes de la Armonía e incluso de los períodos intermedios: 6 (garantismo) y 7 (series).

(MA, 54-60)

EXCLUSIÓN FORZADA DE LOS SENTIMIENTOS EN LA CIVILIZACIÓN

A propósito del amor polígamo que, según Molière, es un caso justiciable, y del amor omnígamo u orgía que, según la ley civilizada, es más justiciable aún, parecerá sorprendente que implante por puro sentimiento, que .

En resumen, la celadonia no existe en absoluto entre los 99 de cada 100 que la exhiben; ella exigiría una pasión reducida al lazo espiritual; desde el momento en que el goce no interviene sino como esperanza, la balanza se inclina completamente por el material y como prueba de ello, si se escoge a veinte mujeres muy sentimentales en cuanto a jerga, cada una de ellas provista de un solo amante (uno solo, cosa bastante rara entre las damas) y si a sus veinte amantes se hace la misma operación que soportó Abelardo, veréis cómo diecinueve de estas damas

dan la espalda a estos bellos sentimientos y contraen otros amores; ante semejante deserción no respondería de la veinteava.

Nuestros novelistas y moralistas se niegan a reconocer esta subordinación del sentimiento en los amores civilizados. Citan a su favor el entusiasmo de los amantes en el , donde reina la decencia, la timidez. ¿Se deduce de ello que el sentimiento sea dominante por el simple hecho de que parezca dominar? No. La esperanza del placer material es el verdadero resorte y si a modo de prueba se reúnen a veinte parejas de esas que, desde hace algunos días, aman pundonorosamente sin goce ni tacto y se dijera a las veinte mujeres: «No sabéis un desagradable incidente; vuestro amante es eunuco, absolutamente impotente a consecuencia de una herida, la prueba definitiva os será confirmada por una mujer que lo ha despedido por esa razón, sin que él haya negado ni propuesto hacer la demostración. Tras haberlo anunciado, ¡qué *débâcle* entre las veinte mujeres que pretenden no estar guiadas por el incentivo material!

Pasemos a la prueba contraria: supongamos a los veinte amantes perfectamente aptos para las funciones viriles, pero como de costumbre limitados durante los primeros días al estilo sentimental. Si cada una de las veinte damas trata de decir a su celadón: «Os prefiero a cualquier otro para el lazo sentimental, mi corazón sólo os pertenecerá a vos, pero me gusta tal hombre joven para el placer sensual, su proximidad me turba, enciende mis sentidos, le he concedido una cita y desde esta noche le dispensaré mis favores; por lo demás, os seguiré dedicando la parte más noble de mis afectos, el puro sentimiento.» Ya pueden pensar cuál será la respuesta de los galantes ante la oferta de semejante lote.

Ello basta para demostrar que nuestros novelistas y moralistas no tienen ningún termómetro para el empleo y las propiedades del sentimiento; no le asignan más que influencias ilusorias susceptibles de ser desmentidas por la menor demostración y prueba de ello las tres hipótesis que acabo de citar; no caigamos en estas vagas especulaciones tanto sobre el sentimiento como sobre cualquier

otra rama de las pasiones; basémonos en principios fijos y plenamente conformes a la experiencia. Es así como se especulará sobre los empleos del sentimiento en la Armonía, donde éste será objeto de las delicias generales y fuente de mil refinamientos desconocidos actualmente.

En cuanto a los amores civilizados, su ostentación sentimental escrupulosamente analizada nunca es otra cosa que un accesorio por sí mismo muy estéril y nulo; efectivamente , si el sentimiento reina a la expectativa del goce no es sino jalón de espera, máscara del deseo, prueba de ello los tres casos citados precedentemente, donde la frustración total del deseo aniquila el sentimiento.

(...)

Estas diversas consideraciones nos llevan a la conclusión de que el sentimiento, considerado en su acepción rigurosa y como llama exenta del placer material, no puede emplearse con éxito en la civilización. Ahí terminan las pretensiones de esta multitud profana que se vanagloria de amor puramente sentimental, del que es absolutamente incapaz y del mismo modo afectando sentimiento, con el que no busca sino eludir y violar las leyes, deprava la opinión pública, hace dominar su espíritu material y cubre secretamente de ridículo a los verdaderos apóstoles del sentimiento que tienen la desventaja:

1.° De ser muy pocos.
2.° Del barniz de engaño y necedad que la multitud divulga sobre sus honorables inclinaciones.
3.° De la ignorancia de los diversos empleos a los que debe destinarse la pasión mencionada, que conocerán en la teoría siguiente.

Tras estos detalles, la débil legión del sentimiento debe quedar suficientemente convencida de que sus posiciones actuales son insostenibles, que hay que buscar otros empleos a esta pasión, empleos que no es posible encontrar

en la civilización y de los que la armonía va a procurarnos las suertes más variadas.

(...)

Repitamos que este capítulo del amor que se creía agotado apenas está esbozado y que vamos a entrar en un nuevo mundo amoroso donde todo nos resultará tan sorprendente e inusitado como lo fueron los vegetales de América para los primeros que llegaron a este continente.

(MA, 65-68)

Los santos y los héroes de la armonía

Sólo se admitirá como santos y héroes a los seres que hayan contribuido eficazmente a la felicidad de los humanos en esta vida y como la buena comida y el amor son los placeres más generalmente serán estos cuyo perfeccionamiento elevará a la santidad a quienes hayan concurrido enérgicamente.

Por parte de los civilizados y bárbaros resulta cómico que hayan asociado el grado de santidad a prácticas inútiles para el género humano, a oraciones y austeridades que no hacen el bien a nadie ni siquiera a quien se consagra a ellas. Parece que los civilizados que alardean de perfección deberían distinguirse a este respecto de los bárbaros; pero por el contrario, han encarecido absurdidades y puede desafiarse al espíritu humano *(sic)* a inventar nada más inútil que la conducta de los santos de la edad moderna. Si la antigüedad civilizada tuvo sus ridiculeces, por lo menos estuvo dispensada de esto.

La Armonía no podría dejar de especular sobre la ilusión de santidad, pues saca provecho de todas las ilusiones, pero sólo admite santos útiles y que además concurran a los dos objetivos del sistema social: el acrecentamiento de riquezas y de virtudes. Se sabe que por virtudes entiendo las costumbres apropiadas para multiplicar los lazos cardinales: amistad, sectismo, amor, familismo.

La santidad de la Armonía no se reserva para el otro mundo. Ya en éste se disfruta abundantemente de ella. Los santos son de dos órdenes, a saber: unos a título de sabiduría o proezas gastronómicas y otros a título de virtud o proezas amorosas.

(...)

Dado que en la Armonía los diplomas de santo y héroe significan elevadas recompensas, sólo se conceden sobre la base de títulos plenamente ratificados y de numerosas pruebas graduadas en las que el candidato debe justificar aptitudes para todas las funciones requeridas, a saber:

— en santidad mayor, sobre la sabiduría gastronómica;
— en heroísmo mayor, sobre las ciencias;
— en santidad menor, sobre la virtud amorosa;
— en heroísmo menor, sobre las artes.

(MA, 119-120)

Consideraciones sobre la santidad mayor o cábala gastrosófica

En la medida en que el placer más general es el del sibaritismo o incluso el del alimento considerado como necesidad y siendo este placer el primer y último goce del hombre, que le regocija desde el nacimiento hasta su última hora, no es sorprendente que todos los siglos lo hayan considerado en sentido burlón y que los pueblos degradados y desgraciados no hayan visto en el sibaritismo una vía de sabiduría, sino sólo una distracción en lo malo.

Para excusar tanto como sea posible el error general, distingamos la gula en material y política: la material sólo comprende el ejercicio bruto del cuarto sentido llamado gusto; tampoco vemos que los antiguos se hayan elevado más ni que tengan alguna idea del sibaritismo o gastrosofía política dividida en tres ramas, a saber:

1) Gastrosofía práctica: la preparación culinaria en gama de temperamento;
2) gastrosofía teórica: la digestión acelerada y copiosa o higiene positiva;
3) gastrosofía mixta: la dirección de las dos primeras y, por consiguiente, el conocimoento de los 810 temperamentos y de las proporciones de cada producto cocinado.

Los gobiernos de la Antigüedad, los Vitelus, los Nerón, cayeron en los excesos. Eran tragones, glotones y voraces, pero no gastrónomos. Diré lo mismo de Lúculo, Alcibíades y Apicius, golosos más refinados, gastrónomos si se quiere, pero todavía muy alejados del *gustismo político*. Me sirvo de la palabra gustismo porque comprende los dos sentidos, el material y el político, mientras que gula y gastrosofía sólo se aplican al material. No nos consta que nuestros gastrónomos hayan aportado algún progreso a la útil ciencia de la higiene. Sólo buscan el secreto de Vitelus, el arte de comer mucho. En verdad, el primero no era más que un atleta grosero que se provocaba el vómito para comer dos veces, pero no por esto era estéril en cuanto a genio material, pues había inventado un plato muy costoso y exquisito y desde este punto de vista era semejante a nuestros gastrónomos que todo lo más saben inventar algunos refinamientos de preparación sin hacer nada por el progreso de la higiene, ciencia que ni siquiera conocen los médicos civilizados, puesto que ignoran las gamas de temperamentos.

(MA, 126-127)

El conocimiento de los temperamentos

Ningún médico resolvería el problema de engordar a un hombre, mientras que todo campesino sabe engordar, cuando le place, a toda especie de animales. En la medida en que la raza humana está constituida por temperamentos en gama de cuarta potencia con 810 teclas y algunas transiciones, sería necesario que un médico co-

nociese en primer lugar y supiese distinguir todos los temperamentos y que además conociese el sistema de higiene conveniente a cada uno de los 810 para engordarlo o adelgazarlo; se reconocerá que los civilizados ni siquiera han abordado estas dos ciencias. Cuántas jóvenes rollizas que querrían adelgazar tragan vinagre y piden a todos los médicos antídotos contra la gordura. Ninguno puede satisfacerlas. Luego no tenemos ningún higienista, y sobre esta ciencia sólo podrán existir esbozos muy vagos mientras se desconozcan la distinción de los temperamentos y el arte de tratarlos en cada una de las cuatro fases de la vida. Es una rama de la medicina muy extensa y donde todo está aún por crear.

Sea dicho para recalcar que nuestros sibaritas y gastrónomos no representan más que los dos grados del sibaritismo puramente sensual. Si en tres mil años de estudios sólo hemos llegado a este nivel hay que sorprenderse de que no se tenga ni la menor idea de las combinaciones sociales reservadas a la ciencia gastrosófica o alianza de la sabiduría y de las ciencias útiles como la higiene y la agronomía con el aspecto material del sibaritismo refinado.

(MA, 127)

Analogía entre las pasiones y las sustancias alimenticias

El estudio gastrosófico implica una premisa que exigirá más de cien años de trabajos. Es el conocimiento de las analogías entre las pasiones y las sustancias alimenticias, vegetales, animales, etc. Por ejemplo, si se sabe que la manzana es jeroglífico de la amistad, se advertirá que ejerce tales influencias sobre los temperamentos jeroglíficos de la amistad en tal o cual grado y se determinará el medio de aplicarles eficazmente la manzana en sus cuatro fases, cruda en la infancia, cocida en la adolescencia y azucarada en otros períodos, luego se mezclará este fruto según las pasiones cuyas influencias combinadas representará este temperamento. Si se trata de un

Digino en dominante de amistad y de amor, se sabrá que la mezcla de manzana y albaricoque le es saludable, salvo las preparaciones variadas.

Planteemos mejor este interesante problema. Diariamente se oye de personas que se felicitan de algún prodigio en medicina atrayente, es decir, en remedios agradables; uno me dijo haberse curado de una grave enfermedad mediante manzanas reinetas que le gustaban mucho; otro rinde homenaje semejante a uvas, confituras, productos lácteos, a tal o cual vino. Yo, por mi parte, fui curado de una fiebre incipiente mediante una cucharada de viejo aguardiente que me cortó la fiebre, me purgó, me devolvió el apetito y obró milagrosamente. Un Esculapio me hubiera drogado, arraigándome la fiebre cuando menos por unos quince días.

(MA, 127-128)

La medicina atrayente

Existe, pues, una medicina atrayente o natural que se compone de alimentos agradables y sobre los que los médicos civilizados no tienen ni la menor noción. El azar y la inspiración a menudo son los medios con los que se encuentra el remedio atrayente y quienes lo hallan cometen a este respecto multitud de ligerezas, entre otras, la de querer aplicarlo a temperamentos muy distantes del suyo, a edades y enfermedades que difieren de grado; aunque por casualidad se encontrara el mismo temperamento y la misma enfermedad (hallazgo difícil entre los 810) quedaría todavía la diferencia de la edad del sujeto y de los períodos y circunstancias del mal. Por consiguiente, puede decirse que la medicina natural y atrayente todavía no ha nacido y que los lances de fortuna que el azar nos depara en este género son beneficios exclusivos y perdidos para la ciencia que no sabe o quizá no quiere sacar partido de ellos, pues este conocimiento, una vez extendido y perfeccionado, causaría un déficit enorme en las finanzas de los médicos. ¿Qué dirían Purgon y

Diafoirus del arte de curar enfermedades con un poco de confitura, licores finos y otras golosinas o una cucharada de aguardiente? ¿Y si se hallase en los alimentos agradables algunos millares de recetas semejantes, aplicables a los diversos temperamentos en los distintos casos? Ello representaría un fracaso furibundo para la medicina civilizada.

Ese es el problema que debe resolver la ciencia gastrosófica. Ella debe realizar el milagro en sentido curativo y profiláctico. Démos alguna noción sobre este último.

La higiene profiláctica de los civilizados, al establecer como primera regla la sobriedad, actúa totalmente en sentido negativo. En el estado actual debe especularse así, pues no se conocen ni los 810 temperamentos ni los alimentos análogos; por consiguiente, sucedería que, en caso de alimento copioso, el sujeto, a falta de otros platos, caería frecuentemente en los que no le convinieran, ya que la cocina civilizada no proporciona el surtido conveniente. Por otra parte, los civilizados desprovistos de distracción y de opción en los placeres cometen el error de hacer exceso de la mesa. Es un segundo motivo para sujetarlos a la higiene negativa o sobriedad.

(MA, 128-129)

La higiene positiva

La tarea de los armonianos consistirá en
de la higiene negativa a la que nos sujetan los dos vicios , y en pasar a la higiene positiva que tendrá por objeto inducir a cada individuo a comer ávida y copiosamente, salvo situarlo en los casos que pondrán a los tres vicios, proporcionando los alimentos adaptados a cada temperamento y sus cuatro fases y ulteriormente las opciones y relevos de placeres que prevendrán los excesos.

Hay que ponderar estas condiciones para convencerse de que la ciencia que las cumplirá la higiene positiva o gastrosofía, es una de las ciencias de mayor sabiduría que

a las luces de la medicina y de la agronomía debe sumar las de varias otras ciencias desconocidas por los civilizados y entre ellas la determinación de los 810 temperamentos y de las sustancias que les son análogas en las diversas fases de la vida.

Obsérvese que los gastrósofos ejercerán la *medicina profiláctica* desconocida en la civilización; además, no se llamará médicos más que a aquellos que se entregarán especialmente a la curación completa o tratamiento de las enfermedades graves, pero según la definición dada (primera sección, cuarta noticia) del lujo interno que comprende la salud y el buen estado de los cinco sentidos, la Armonía, que debe elevar a todos los cinco a su más alta perfección, deberá procurar desde la infancia y diariamente el régimen alimenticio de cada uno de los 810 personajes de gama general *(sic)* y proveerlos de todo aquello que pueda contribuir al desarrollo completo del material. De este modo, los gastrósofos estarán obligados a verificar diariamente que la mesa esté provista de los platos convenientes para las series de temperamentos.

Y si se considera que de la distribución de platos proporcionales a las series de temperamento depende la atracción proporcional en las series de cultivo y el consumo de sus inmensos productos —y en la Armonía sólo se temerá su sobreabundancia— se verá que la gastrosofía abarca plenamente las dos ramas de lujo interno y externo, puesto que asegurando el mantenimiento de la salud y el progreso del vigor, impulsa en la misma medida los trabajos destinados a abastecerla.

Este preámbulo era necesario para distinguir a los santos mayores o gastrósofos de la clase parásita de los gastrónomos civilizados que ni siquiera cumplen una de las tres condiciones impuestas para alcanzar la santidad mayor.

En 1806 vi, como toda la ciudad de Lyon pudo ver, a un hombre de talla ordinaria (de cinco pies y medio aproximadamente) que se ganaba la vida comiendo en público, haciendo de su comida un espectáculo bastante digno de curiosidad. Para comer consumía diariamente la ración equivalente a la de una docena de civilizados;

se tragaba pavas enteras completamente crudas, medias docenas de pollos con sus plumas, mitades de corderos, y seguía todos los días con esta comida verdaderamente espantosa. Se le llamaba el hombre carnívoro (nombre bastante carente de sentido). Oí decir que la policía mandaba vigilarlo, pues se temía que se comiera a los niños de encontrárselos solos por la noche durante sus paseos. El apetito colosal de este hombre es una imagen groseramente fiel del que dará a los armonianos la educación gastrosófica o arte de adaptar los alimentos a cada uno de los 810 temperamentos, de presentarlos en serie graduada según las edades, estaciones, climas y otras circunstancias que deben combinarse en el régimen cotidiano.

(MA, 129-130)

El amor debe multiplicar hasta el infinito los lazos sociales

De ahí resulta una doble absurdidad política: la primera, degradar la legislación mediante un sistema contra el que la inmensa mayoría se subleva o se ha sublevado secretamente, y la segunda, llegar mediante este sistema a todos los resultados opuestos a los bienes deseados, llegar a la indigencia, la opresión, la falacia y la carnicería, y es por semejantes resultados que se va directamente contra el objetivo de la naturaleza, pues ella había imaginado el amor para multiplicar hasta el infinito los lazos sociales. Verdaderamente, estos lazos sólo existen entre los dos sexos en la medida en que se los asienta en el goce o por lo menos en las celadonias impracticables dentro del sistema cínico y mentiroso de los amores civilizados. Por consiguiente, en la Civilización el amor no tiene ningún desarrollo libre, puesto que sólo tiene el del matrimonio, lazo coercitivo que no se extiende sino como medida de reproducción indispensable. Por lo demás, el amor no tiene legalmente ninguna licencia, concedida de acuerdo con el sentido de la naturaleza, en la empresa de formar lazos y especular

sobre la concordia. Este estado de opresión absoluta proporciona un bello mentís a los filósofos que pretenden secundar la naturaleza y provocar los lazos afectuosos. Si uno de ellos hubiese tenido un solo instante esta intención y hubiera especulado sobre los desarrollos parciales del amor libre, veremos, en el tratado de los limbos sociales, cuántas alternativas del dédalo civilizado habría descubierto.

(...)

No olvidemos una objeción ya refutada y que parece muy falaz en el siglo de las revoluciones; que la novedad causa temor.

Ya he observado que en la Civilización la novedad política nunca ha existido, que todas las teorías acreditadas desde hace veinticinco siglos jamás han sido otra cosa que vetusteces recalentadas, variedades del mecanismo civilizado. La víbora, ya se nos muestre por la cabeza, por la cola o por el centro, será siempre el animal venenoso capaz de envenenarnos, del que debemos huir y al que debemos aplastar para nuestra seguridad. Esa era la respuesta que debía formularse a esos 400.000 volúmenes que, prometiéndonos la novedad, nunca nos ofrecían nada más que la Civilización bajo distintos aspectos; en lo que respecta a la novedad nos inducen a un doble error: el primero consiste en prevenirnos contra este bien, esta novedad que no saben darnos, y el segundo consiste en persuadiros de que os la han dado, cuando jamás la han conocido; y en esta cuestión también puede reconocerse el vicio de aferrarse a ilusiones en lugar de exigir resultados, pues para juzgar si la novedad es útil o nociva sería necesario, en primer lugar, exigir que se la produjese y se proporcionase la teoría de un orden que difiriese de la Civilización en principios y en resultados. Los gobiernos nunca han pensado en imponer a los sofistas esta condición para no dejarse embaucar porque, prometiendo la novedad, no daban sino la Civilización y siempre la Civilización. Vuestro pavor por la novedad está fundado, pues lejos de haber-

la recibido y experimentado, ni siquiera habéis definido, determinado los signos que permitan reconocerla y que vuestros se han servido de esta inadvertencia, omisión, para prometérosla sin saber dárosla.

Se me replica: nosotros nos levantamos contra las innovaciones del orden civilizado, contra las que quieren destruir un régimen civilizado para recrear otro que sigue siendo la Civilización. Ello supone abonar mi opinión y confesar que la Civilización es un círculo vicioso para quienes quieren variar su régimen, y presentar la víbora por la cabeza o por la cola, mientras que habría que aplastarla pese al barniz de principios con que se cubre *(sic)*. Embocados al ver que ella reproduce continuamente los mismos abusos, vuestros pretendidos sabios creen que optando por el estado estacionario negativo propagan un destello de luz. Su pretexto es que en tanto existan hombres habrá abusos sociales, máxima muy justa en los cuatro períodos de limbo oscuro, en las cuatro sociedades salvaje, patriarcal, bárbara, civilizada e incluso un poco en la sexta o garantismo.

Pero es un axioma propio de una sabiduría negativa, de ausencia de genio. Ha sido bueno seguir esta regla en la medida en que nadie ha sabido inventar nada, pero hoy que se ha inventado el remedio y éste ha sido publicado, que el inventor observa en él todas las reglas de brújula todos los propios a suscitar la confianza por un ensayo muy circunscrito y completamente exento de peligro, quien pensara rechazar este fácil ensayo para conservar tales o cuales principios, no sería acaso el discípulo de Robespierre y el eco de su bella doctrina: Perezcan las colonias para salvar un principio.

Por consiguiente, concebimos que la mayor locura es aferrarse a los principios y no a los resultados. Qué malhechor se ha hinchado más de principios y fingimientos morales que Robespierre, el cual restituyó el ser supremo. Cuándo dejaréis de ser víctimas de estos farsantes que alaban los principios, no sin otro fin que el de eludir la prueba parcial, y el de hacer cambiar súbitamente todo un imperio antes que se experimente en una aldea

si su teoría es o no eficaz. Como sabéis, todos esos intrigantes que os impulsan a actuar sin ninguna garantía no persiguen, otra cosa que apoderarse de alguna plaza pública en el tumulto de las revoluciones. Tras ello, poco les importa que los resultados de su os confundan. Luego como primero de la confianza, la garantía contra esta plaga de las revoluciones, garantía que no puede obtenerse más que experimentándolo en una aldea, y suspendiendo todo juicio y admisión hasta que el resultado de este pequeño ensayo sea palpable. Si hubiérais seguido esta regla desde hace 3000 años, jamás habríais sido víctima de ninguna revolución o, por mejor decir, ninguno de estos intrigantes se habría atrevido a proponeros su electuario, todos habrían previsto que este terrible freno de la experiencia parcial impedía toda oportunidad a la charlatanería, reduciendo al genio a inventar otra cosa que la Civilización y sus escribas viciosos. Habrían trabajado para descubrir verdaderas novedades y las habrían logrado, pero la facilidad y la impunidad de los sistemas fantásticos ha arrojado a todos los escritores a esta carrera. De este modo, por no haber tratado con severidad al sofista, se ha dejado pervertir y extraviar al genio, el cual ha arrastrado consigo al mundo social a la perdición, a la negligencia del estudio de las leyes divinas y a la obstinación en de las leyes humanas.

(MA, 236-239)

Procacidad de los filósofos

¿Queréis convenceros de ello mediante un experimento decisivo? Escojamos los principios de tres de los políticos modernos más famosos, ya sea en primer rango, Montesquieu, articulista que, como puede comprobarse, carecía totalmente de espíritu revolucionario, hombre digno de confianza, obcecado si nunca lo fue; en segundo rango, J. J. Rousseau, político muy ensalzado, cuyo *Contrato social* se equiparó a los santos evangelios en el 88, y a quien consultaron naciones respetables mereciendo

la confianza al recomendarles modestamente que no se intentara implantar ninguno de nuestros sistemas si parecía que ello iba a costar una sola gota de sangre; tercero, de un comité compuesto por los fabricantes más célebres de constituciones que están reunidos en tropel en la ciudad de París, centro de la perfectibilización del perfectibilantismo de los códigos constitucionales; que se ensayen en tres distritos de 130.000 habitantes las tres sublimes concepciones: el espíritu de las leyes de Montesquieu, el *Contrato social* de Rousseau y la carta perfectibilizada que producirán a destajo los empresarios de la perfectibilidad que radican en París. ¿Cuál será el resultado de ese experimento? que bajo esos tres regímenes de doctos principios reinarán el fraude y la indigencia en los tres distritos; que las tres sublimes cartas reemplazarán los antiguos funcionarios por otros nuevos y que se llenarán algunos bolsillos vacíos y se vaciarán algunos llenos. Cada uno de estos tres gobiernos ensalza la felicidad de su nación en una gacetilla oficial y se endeudará con los municipios para celebrar esta felicidad con gran cantidad de iluminaciones, gravando con esos gastos a los padres del pueblo para embolsarse la mitad, y, por último, podremos contemplar al conjunto de las tres naciones consumiéndose eternamente en la pobreza; se envenenarán y harán arraigar el fraude en las relaciones políticas, familiares, amorosas y otras, con lo cual está comprobado que los tres focos de luz, Montesquieu, Rousseau y el Comité perfectibilista serán tres focos de charlatanería que no sabrán remediar ninguna de estas plagas engendradas por la Civilización. No obstante, sus cartas se asentarán sobre muchos principios y de los más refinados. ¿Para qué sirven, pues, los principios, si en cualquier sentido que se les emplee sólo sirven para perpetuar el mal existente? A eso algunos hipócritas os responden que estos males existirán mientras existan hombres y sociedades civilizadas. Así, para excusar a 400.000 tomos de principios erróneos, añaden uno aún más falso: el de la esencial de las sociedades humanas. Han mentido los charlatanes, lo único defectuoso son las leyes humanas, opuestas al mecanismo divino que es el desarrollo combinado de las doce pasiones. Estas leyes humanas engendran las cuatro sociedades de limbo oscuro llamadas salvaje, patriarcal, bárbara y civilizada, donde reina la paralización de las doce pasiones. Por consiguiente, representar nuestras miserias como esenciales a las sociedades humanas significa abusar desvergonzadamente de nosotros, pues éstas no son esenciales más que a las cuatro sociedades de limbo oscuro, de las que podemos salir cuando nos plazca, mañana si queremos, abandonando el principio de los filósofos que niega la universalidad de la providencia, pretextando la ausencia de código divino para eximirse de su búsqueda y poner en su lugar las cartas opresivas de los titanes filosóficos.

(MA, 241-242)

El incesto

Se ha podido observar que ciertos pueblos orientales erigen el incesto como virtud y adjudican al padre la iniciación de la hija, basándose en el principio según el cual el fruto de un árbol pertenece a quien lo ha plantado, de donde se deduce que los principios de la moral civilizada son armas de dos filos (como lo he mostrado en la 11.ª sección (citer y ulter); ¿las religiones y filosofías modernas dirán que no admiten este principio? En ese caso, les preguntaré cómo admiten el incesto en línea colateral y por qué *a fuerza de dinero* se permite que una tía se case con su sobrino. El mero hecho del tributo que se exige y de la dispensa religiosa confirma que el incesto en línea colateral sólo es un crimen condicional y arbitrariamente , puesto que no es un crimen para quienes pueden costearlo. Están seguros de que tanto sobre este punto como sobre cualquier otro se ajusta a la perfección. Por consiguiente, el incesto colateral no es un crimen de naturaleza sino fruto de la convención, pues a la vista de todo el mundo se borra con una prestación pecuniaria, ¿y además qué piensa la opinión secreta sobre este incesto? Se ignora acaso

En un orden social en que reinará la absoluta libertad en el amor, es cierto que será mucho más polígamo de lo que se es hoy, donde esta costumbre, aunque incómoda y secreta, es ya tan general entre toda la juventud. Luego, dado que las relaciones de la Armonía se distribuirán de modo que no puedan ocultarse los lazos excepto en las dos corporaciones poco numerosas de la plebe baja titulada en falsedad, ¿dónde estaríamos si esta poligamia que será casi general y, por tanto, pública se convirtiera en un objeto de desprecio? Dios que juzgó a propósito de darle un desarrollo público... en la Armonía hubiera cometido una omisión inexplicable de no haber advertido el medio de darle el lustro mayor tanto en la relación sentimental como en la sensual, por consiguiente, hubiera querido obstaculizar, envilecer el amor, su pasión favorita. No hay nada de todo eso, y vamos a rehabilitar la poligamia y a mostrarla como vía de las elevadas ilusiones sentimentales. Cuanto más delicado es el tema, más debo basarme en pruebas extraídas de la civilización y de sus poligamias. Cuanto más confusas y reprobadas son y cuanto más reunidas están al azar, sin tener en cuenta los contrastes ni la gradación de caracteres, más augurios favorables proporcionarán para las poligamias regulares donde se observarán todas las reglas que ignora la civilización.

Empiezo por el germen más pequeño que es la partida cuadrada o sextina y octavina. Ya sabemos cuál es el desenlace: cada una de las dos parejas pone cuernos secretamente a los otros. Es el supremo placer del burgués honesto bajo pretexto de buenas costumbres y buena afinidad de los tiernos esposos; ella forma estas uniones de dos o tres parejas que tras algunas entrevistas inocentes, festines, partidas de campo, llegan a intimidades más estrechas y luego a las grandes familiaridades, todo ello ocultado con gran mistificación bajo el velo de la moral y de los juegos inocentes de buena sociedad, buena afinidad y en cuyo honor las mencionadas parejas, según lo prescrito por la filosofía, actúan como hermanos y amigos entre quienes todo es común. Todos se abstienen de reconocer este principio que, sin embargo, se practica, lo cual es todavía mejor que profesarlo; en consecuencia, cada una de las tres damas usa libremente de los dos maridos de sus vecinas y cada uno de los tres maridos usa de las honestas esposas bien enmascaradas bajo la moral, los sacrilegios y la mojigatería, etc. Por otra parte, quien sepa llevar bien la camarilla si

una buena inteligencia, pasará pese a todos los inconvenientes.

No existe distracción más atrayente para la burguesía que estas partidas cuadradas y sextinas donde se cambian mujeres y maridos con tanta destreza. A menudo las partidas sólo se organizan con amigos de la casa y las cosas no pueden ir mejor, y lo más notable en estas uniones es que la inclinación amorosa nace en ellos con mucha rapidez entre los diversos campeones; cada uno merodea por el terreno de los demás; a este respecto recuerdo la copla citada anteriormente, yo la aplico a todos los esposos.

(...)

Es muy interesante definir con exactitud las causas de esta inclinación general por la poligamia compuesta o manía de los intercambios, familiares en estas honestas reuniones donde en la medida en que cada uno tomando a su vecino mientras éste se lo consiente, se siguen en rigor los preceptos filosóficos de balanzas y contrapesos, garantías y equilibrios.

El encanto real de estas reuniones, encanto que la sutilidad de nuestros analistas jamás hubiera descubierto, consiste en que éstas permiten el desarrollo de las tres pasiones distributivas. Para observar este efecto supongamos una partida sextina u octavina con sólo tres o cuatro parejas y distingamos en su unión el juego de las tres distributivas.

1.° *En compuesta o engranante.*—Un número de parejas no superior a tres o cuatro pueden añadir al lazo de amistad que las une y que les sirve de máscara de los otros tres afectos; en primer lugar, el del amor que siempre es el resorte secreto de estas reuniones, seguidamen-

que todas las tías inician a sus sobrinos y que en la buena compañía es una regla que la iniciación de un joven pertenezca de derecho a su tía o a la doncella. Pertenecerá a quien sea más ágil de las dos para embelesarlo, y yo, por mi parte, estimo, en lo que respecta a este punto, que las tías sobrepasan en actividad a las doncellas.

(...)

¿Y qué decir de los tíos? ¿Pueden encontrarse muchos que no sientan amor por sus sobrinas? ¿Y que teman ser incestruosos? No, lo único es que todos tienen una inclinación por este lindo incesto, pero si no la tienen, las sobrinas bien honestas se burlan de ellos.

¡He ahí un argumento embarazoso para los rigoristas en lo concerniente al incesto colateral! La opinión lo ordena y lo preconiza, mientras que las leyes civilizadas y religiosas lo autorizan mediando una suma de dinero cualquiera. Por consiguiente, no es ni crimen natural, ya que por lo general es aconsejado por la naturaleza, ni crimen social, puesto que es un objeto de acomodación con las leyes humanas que establecen precios fijos para todos los incestos colaterales como para los pequeños patés (...) Un duque de Guisa llevaba en el bolsillo indulgencias para cometer seis crímenes y hoy con billetes de Banco pueden llevarse tantas licencias en la cartera como incestos quieran cometerse por sí mismo o por otro.

(MA, 253-255)

La frívola distinción de los casuistas

Los filósofos responderán que la ley sólo transige ante el incesto colateral, pero que actúa con gran severidad ante el incesto directo. He ahí de nuevo la diferencia entre lo simple y lo compuesto, diferencia que se encuentra incesantemente en todo el sistema del movimiento. Es una frívola distinción entre el más y el menos, distinción tan irrisible como la del casuista Sánchez que pre-

tende que un zapatero puede vender dos pares de zapatos en domingo, sin que ello sea pecado, pero que peca mortalmente si vende tres pares y que, por la misma razón, un carretero puede hacer dos bozales en domingo, pero al tercero, él y sus caballos arderán eternamente[1]. ¿Qué desencadena esta decisión? Que todos los zapateros y boteros se burlan de Sánchez y echan el guante a tantos compradores como pueden, tanto el domingo como los demás días. ¿Cómo puede persuadirse a un zapatero que si hoy tiene derecho de vender dos pares de zapatos sin ofender al cielo, no tiene derecho de vender cuatro? Todos estos pecados de proporción y cantidad no dependen sino de escalas clasificadas arbitrariamente. Tal casuista declara que el pecado empieza en el 3.°, 4.° grado de la escala, otro fijará la iniciativa en otros grados, y eso es lo que sucede en el asunto que estamos tratando.

(MA, 255)

La poligamia y el incesto

Los rigoristas van a objetar que, por consiguiente, quiero absolver el incesto y que, en consecuencia, sería loable en la Armonía como aleación de amor y familismo y por esa razón lazo de la Armonía compuesta; ello significa eludir el argumento; yo sólo he querido demostrarles que la opinión pública, tanto sobre este punto como sobre muchos otros, está absolutamente en contradicción con la legislación y tolera en secreto los lazos que más proscribe en público; según esto, no deberá sorprenderle que la Armonía admita lazos mucho menos
que el incesto, entre otros, la poligamia, ya practicada lícitamente entre la mayor parte del género humano, e ilícitamente entre la minoría. Si esta poligamia tiende a

[1] Algún gracioso dirá que los caballos no tienen ninguna culpa, que se les hace andar a latigazos; que es necesario que arrastren tanto el domingo como el lunes. A eso responderé: tanto peor para ellos, según el argumento de cierto vicario furibundo...

formar en la Armonía lazos muy preciados para la unidad social, para encauzar la teoría que tratará sobre estos nuevos lazos, debo apoyarme en las inclinaciones secretas de la opinión, entre otras de su indulgencia, de para aleaciones pasionales como el incesto que se oponen mucho más al deseo de la naturaleza que la poligamia.

(MA, 256-257)

Las innovaciones de la Armonía serán proporcionales a las costumbres

Algunos ergotistas me objetarán que retrocedo ante un dogma equívoco y que no declaro claramente si, en la Armonía, el incesto estará autorizado en todos los grados o estará prohibido. He ahí la regla que se seguirá a este respecto:

La Armonía hará bruscamente innovaciones en lo que respecta a las costumbres de ambición, economía doméstica e industrial, donde toda innovación lucrativa y cómoda no podría disgustar a nadie. Pero no procederá sino gradualmente en las innovaciones religiosas y morales que tropezarían con las conciencias, como, por ejemplo, en el incesto, aunque sea una norma autorizar todo aquello que multiplique los lazos y beneficie a varias personas sin perjudicar a nadie. Los prejuicios existentes se mantendrán durante un cierto tiempo, por ejemplo, se podrán clasificar los incestos en gama regular en siete grados y el pivotal que será el de Loch y Yocasta, desde el que se descenderá hasta los infinitamente pequeños como el de 7.° grado entre primos y primas. Este tipo de incesto, ya muy común en la actualidad, será inevitable cuando las familias estén subdivididas hasta el infinito y cada uno sea pariente de los siete octavos de su Torbellino, los grados más elevados 6, 5, 4 todavía serán tolerables y los 3, 2, 1, serán por sí solos un objeto de reproche del mismo modo que el pivotal, y podrán merecer por gradación que el delincuente sea clasificado en ciertos escalones de la villanía amorosa de la que hablaremos más adelante, pero se distinguirá el caso de embarazo o no embarazo, siendo únicamente el primero de ellos contrario al designio de la naturaleza; por lo demás, no sabría repetir demasiado que se procederá lentamente y con circunspección en lo relativo a todas las innovaciones que no conciernen al mecanismo industrial y que no darán que hacer en el curso de la 1.ª generación, las 2.ª y 3.ª sólo innovarán en la medida en que su sociedad progrese en la industria, generalmente podrá desprenderse un refinamiento pasional de ciertas impresiones que, útiles en el mecanismo civilizado, resultarán paulatinamente inútiles y molestas en el nuevo orden. Este podrá tolerar; en sus comienzos no atacará más que los prejuicios civilizados que ensalzan los gérmenes de la pobreza y la mentira, que ensalzan la gloria de los acaparadores y agiotistas y los fraudes mercantiles, así como la virtud de los matrimonios rencorosos y discordantes, que por su desunión complican al décuplo y céntuplo todo el régimen doméstico e industrial. Es contra estos prejuicios, fuentes de mentira y empobrecimiento que se arremeterá. En cuanto a los demás, los ataco en teoría general para completar el cuerpo de la doctrina y presentar en su integridad el mecanismo de la Armonía pasional, cuyas diversas ramas será lícito no poner en ejecución más que sucesiva y proporcionalmente a las conveniencias de los tiempos y de las costumbres.

(MA, 257-258)

La urgente necesidad del amor sensual

En 1816, un joven fue procesado ante los tribunales de Francia por haber violado a seis mujeres entre la edad de sesenta y ochenta años (y sin duda había violado a muchas otras que no se conocieron). El proceso fue relatado en todos los periódicos y el delito era de los más excusables, dado que las víctimas, por su edad, estaban exentas de crítica y de embarazo. Se condenó al delincuente y quizá hubiese sido más atinado distribuir trozos de sus vestidos a guisa de reliquias para propagar el

buen ejemplo. Es evidente que este joven fénix actuaba *por necesidad, que la necesidad en este género, ya sea entre hombres o mujeres, puede llevarse hasta la urgente necesidad del mismo modo que la necesidad del alimento.*

De ello se deduce que la legislación y el orden social deben asignar un mínimo a estos dos sentidos, por estar sometidos a la urgente necesidad de la que los otros tres están exentos, pues el cuerpo no peligra sufrir a falta de los placeres de la vista, el oído y el olfato. No ocurre lo mismo a los otros dos sentidos hipertacto o copulación e hipergusto o manducación, que tienen el rango de *sentidos de aleación* o mixtos, mediante los que el sistema material se une a las cuatro pasiones cardinales. El hipermayor. El hipertacto es un lazo menor que se alca con el amor, cardinal hipermenor. Luego, estos dos sentidos, o su propiedad de influenciar a las dos cardinales altas, deben gozar del desarrollo necesario o desarrollo mínimo, pues en caso contrario alteran las dos cardinales altas y, por consiguiente, todo el mecanismo social.

Estoy de acuerdo en que estos principios no podrían ser admitidos en la política civilizada. Pero si la Civilización no puede identificarse con la naturaleza y le suelta una fresca, ¿qué ocurre que la naturaleza, por su parte, le suelta una fresca a la civilización?

A fuerza de leyes y cerrojos podemos contener perfectamente el amor material, pero no el mal espíritu que se desliza entre toda la clase galante y reduce al ridículo este puro sentimiento que quiere dominar por sí solo. La legislación pierde dos amores, el material y el espiritual; queriendo sacrificar el uno al otro ella misma consagra *la infracción* secreta universal, y es cierto que se era más sensato en la época en que Catón aplaudía a los jóvenes que veía entrar en las casas de las mujeres públicas. Era admitir la legalidad de la necesidad por lo menos para los hombres y avenirse con la razón que ante todo consiste en conciliarse con la naturaleza.

Es verdad que de aquel tiempo a esta parte han acontecido dos incidentes que abonan los sistemas represivos, uno es el riesgo del pecado mortal, que no existía en

tiempos de Catón a los que la ley y la religión contaban con la naturaleza para alguna cosa *por lo menos entre los hombres,* el otro motivo de represión ha surgido de un peligro muy reciente y mucho peor que el del pecado mortal. Es el riesgo de los males venéreos que sólo datan de tres siglos. Estos dos incidentes han hecho retroceder a las luces en lo que concierne al ejercicio del amor material. Pero cuanto más perentorios parecen estos motivos, más estimulaban a buscar otro mecanismo social que esta civilización, la cual, lejos de perfeccionarse en cuanto a lo pasional, cada vez más riñe con los designios de la naturaleza que no cede nada y recobra más de un lado de lo que se le quita por el otro. De este modo, sólo se llega a represiones ilusorias y demostraré que, queriendo despojar de todo al material, se termina por acordarle todo el imperio, no consiguiéndose sino que reine despóticamente sobre el sistema amoroso de la civilización donde aniquila la influencia del sentimiento, resultado necesario de una legislación que no quiere dar el primer paso hacia la razón, admitiendo la garantía del mínimo para los sentidos o, al menos, sobre los dos sectores: el hipertacto y el hipergusto.

(MA, 440-442)

Gamas de poligamia armónica en las partidas cuadradas, sextinas, etc., o unitarias

Por fin llegamos al misterio sentimental que constituye el encanto de los amores polígamos, al resorte secreto que debe hacer brotar el entusiasmo colectivo y las ilusiones más sublimes de esta pluridad de amores que, si actualmente estuviera descubierta, sólo provocaría la discordia entre las personas amadas a la vez por una sola y su desprecio por el alma vulgar que compartiría así su corazón.

Comprometerse a ennoblecer así lo que es más despreciable parece una pretensión muy osada. Dejemos entrever que el deshonor de la poligamia sólo puede ser un efecto de nuestra ignorancia sobre la mecánica pasional.

te el de la ambición, pues los menos ricos sacan partido de los más ricos y por esa razón cierran los ojos ante las pérdidas que su tierna mitad experimenta algunas veces en el contrato; este asunto de familia, esta privación encubierta ingeniosamente por los indulgentes lazos del parentesco que, al ser sagrado a los ojos de los moralistas y de los confesores, resultan muy cómodos como máscara para bellos y buenos incestos. En resumen, en una partida cuadrada o sextina, las parejas además del lazo secreto de amor y del lazo real de amistad, tienen más o menos el lazo de ambición y algunas veces el de parentesco, pues en algunos casos aparecen rebrotes que al lazo de parentesco añaden el de las buenas relaciones entre personas contiguas. Estos enlaces todavía descansan en resortes sensuales, como el cinismo, la gula, etc. Hay más materiales de los que son necesarios para desarrollar la compuesta en todas las variedades (1.ª sección) y ello explica la violenta inclinación que sienten los más virtuosos, los Lucrecio y las Pamela, por las partidas cuadradas o sextinas.

2.° *En mariposeante o alternante.*—Donde mejor se desarrolla esta pasión es en una partida sextina, y es allí donde puede experimentarse el placer de la variedad; al tomar la mujer del vecino, uno le cede a éste la suya de la que está cansado y que desea ceder sin que parezca darse cuenta de este intercambio tan enmascarado por las frecuentaciones inocentes. A partir de entonces, los matrimonios están más alegres dado que las mujeres son poco exigentes en cuanto al deber conyugal cuyas lagunas son ampliamente compensadas, y los maridos están contentos de ser menos hostigados en lo que respecta a este género de deudas y nada puede ir mejor en el dulce matrimonio gracias a la práctica de la compensación.

En la comedia de Crispín, médico, el doctor Mirobolan quiere acariciar a la doncella y ésta le responde: «¿Señor, cómo usted teniendo una mujer amable?» A lo cual éste replica: «¡Ah, Dorine, si supieras lo que es comer todos los días del mismo plato!» Parece que maridos y mujeres comparten la opinión de M. de Mirobolan, pues les gusta mucho cambiar de plato salvando las apariencias. Este es uno de los grandes encantos de estas partidas cuadradas y sextinas en las que se satisface cómoda y moralmente la 11.ª pasión llamada mariposeante o alternante.

3.° *En cabalista.*—En estas reuniones libidinosas se murmura del prójimo y se forman coaliciones para hacer y deshacer famosos. Los expertos en estas ligas amorosas tienen su práctica de hipocresía, adquieren el tono arrogante en lo que se refiere al capítulo de la virtud, seguros de la discreción de sus confidentes, difaman audazmente a una pobre vecina que en intrigas amorosas no ha hecho ni la cuarta parte de sus proezas, pero que no tiene el apoyo de las cábalas sextinas, chismes y medios de calumnia de los que disponen los iniciados en estas orgías. Su clique especula sobre del débil como los de la corte del león sobre la delación del pobre asno que no podía defenderse. Esa era la táctica de las vestales de la Isla Desconocida ellas acusaban por el menor pecadillo a alguna y pretendían que no se sabía amar sino se sabía entregarse a siete u ocho hombres cubiertos por un titular marido o amante.

(...)

Tras esos detalles ya puede entreverse cuál es el incentivo secreto de las uniones polígamas; que ellas satisfacen a la vez las tres pasiones distributivas que son resortes trascendentes de nuestras almas; en consecuencia, cuantas más pasiones satisfaga, más estimula la atracción. Si ya es muy fuerte entre nosotros para las partidas sextinas, octavinas, etc., si estas partidas, aunque informes y confusas, ya presentan un atractivo irresistible en la civilización, qué será en la Armonía cuando ellas se organicen en gran escala y magníficamente en cuadrillas regulares diferenciadas de 8 a 32 caracteres, afianzadas con una multitud de alicientes que se graduarán según las leyes de las pasiones distributivas; en fin, desarrolladas sincera y noblemente variando de emulación y no de malicia.

(MA, 297-302)

TABLA DEL ALMA HUMANA O DEL HOMBRE PASIONAL

El hombre, en cuanto a lo material, se limita a dos individuos, uno macho y el otro hembra. Analizad cien parejas, hombres y mujeres, si se les practica la disección serán todos uniformes en número de huesos, músculos, nervios, vísceras, a menos que se dé algún vicio de contextura... El hombre, en cuanto a lo material se reduce, por consiguiente, a dos cuerpos, macho y hembra, y una pareja semejante tomada al azar constituye el tipo completo del hombre material...

No sucede lo mismo con el hombre pasional que es un compuesto de 810 almas o caracteres surtidos en contrastes graduados en una proporción de 21 machos por 20 hembras.

Si se comparan cien parejas en lo material resultan homogéneas anatómicamente, pero si comparamos las cien parejas en lo pasional o carácter, en géneros y especies de alma, son absolutamente diferentes unas de otras. En unos domina la avaricia, en otros la prodigalidad en grados muy diferentes; tal se inclina a la sinceridad, a tal otro sólo le gusta el engaño, por lo que resulta evidente que el hombre pasional no está completo de ningún modo en una sola pareja, como lo está en material y tampoco está completo en cien parejas, ni lo estaría en 405 tomados al azar, el surtido podría ser defectuoso y muy discordante. Para componer un *alma integral* es necesario repartir en proporción graduada los caracteres de diversos grados, formar sus clases, órdenes, géneros, especies y variedades, como se ajustan progresivamente los tubos de un órgano.

Entre los 810 individuos, tiene que haber 415 hombres y 395 mujeres, lo cual es diferente de 405 parejas bisexuadas. En cuanto a las cualidades, éstas se componen de la desigualdad de fortuna, edad, luces, etc., pues la Armonía no puede establecerse sino sobre desigualdades graduadas.

Pasemos a los indicios sobre la necesidad del número

810. Si el hombre corporal está formado por dos individuos y el hombre espiritual por 810, debe inferirse de esta diferencia numérica que no existe unidad de sistema entre el material o cuerpo y el pasional o alma del hombre. No, pues unidad no significa uniformidad sino conveniencia de las diversas partes de un todo, identidad del sistema distributivo de los dos cuerpos con el de las 810 almas. Démos únicamente tres indicios:

1.° Las relaciones, proporciones y funciones de los 810 caracteres están representados por los 810 músculos de la pareja macho y hembra.

2.° Los 16 coros y 32 cuadrillas con su areópago o núcleo están simbolizados por los 16 pares o 32 dientes que entre ellas incluso que las 32 cuadrillas del Torbellino cuyo hueso hioides simboliza el areópago o núcleo.

3.° Los 12 coros de la Armonía activa del Torbellino, sus núcleos y contranúcleos están simbolizados por los 12 pares de costillas y sus dos núcleos o clavículas.

He ahí tres identidades entre el sistema de las 810 almas y el de los dos cuerpos. Sucedería lo mismo con toda la anatomía humana que en sus más menudos detalles arroja una fiel imagen del mecanismo de los 810 caracteres de los que se compone un alma completa o mecánica de alma en la Armonía en 12 binoctavas mayores y menores. Por consiguiente, existe una unidad perfecta entre el hombre material, formado por dos individuos, y el hombre pasional, formado por 810 individuos.

¿De qué resortes se componen los 810 caracteres? ¿Cuáles son sus series contrastadas y sus variedades? Este detalle será el objeto del presente compendio, y esta ciencia del nuevo mundo social es tan nueva para los civilizados como lo fue el nuevo mundo continental al regreso de Cristóbal Colón.

Para satisfacer provisionalmente la curiosidad como he prometido, añado un esquema de la proporción numérica de los 810 caracteres. Sería prematuro entrar en algún detalle sobre las diferencias pasionales. Por ahora me limito a la de los grados. Aquí sólo estamos en su pro-

grama. Los detalles se encontrarán en la sección que trata sobre el teclado general de los caracteres.

ESQUEMA DEL TORBELLINO PASIONAL O ALMA HUMANA

Monoginos	1 sola pasión dominante	48 octavas	576
Mixtos	1 sola adherente	40 parejas	80
Diginos	2 dominantes	8 octavas	96
Bimixtos	2 adherentes	8 parejas	16
Triginos	3 dominantes	12 parejas	24
Tetraginos	4 dominantes	14 parejas	28
Trimixtos	3 adherentes	4 parejas	8
Pentaginos	5 dominantes cardinales		2

La naturaleza distribuye los caracteres según esta proporción, los momoginos son plebe pasional, gama de grado inferior, pues no tienen más que una pasión dominante; las otras tienen por grados un mayor número de dominantes.

Los más subalternos, como los monoginos, son, por regla general, los más aplicables al mecanismo civilizado que exige escasez de pasiones, los grados más elevados ya son poco compatibles con este orden, en que sus pasiones numerosas, al estar demasiado comprimidas, forcejean y causan el desorden. Los triginos, sobre todo, por muy poco desarrollo que tengan, son muy peligrosos en la civilización. Tiberio y Robespierre eran triginos y Nerón un tetragino. Ello no significa que estos grados sean malos, pues a través del esquema puede verse que en un Torbellino hace falta una orquesta pasional, ocho caracteres del título de Nerón y 24 del título de Robespierre, pero, repito, que su desarrollo en la Armonía será con respecto al desarrollo civilizado lo que la mariposa a la oruga de la que es contramarcha orgánica.

Además, hay caracteres de grado trascendente, aunque muy pocos, cuyo empleo está destinado a las relaciones generales, por ejemplo, debe haber una pareja sexagina para tres o cuatro Torbellinos, una pareja heptagina para 12 Torbellinos y una pareja octogina para 36 Torbellinos. La naturaleza los crea según esta proporción; por consiguiente, son muy escasos. Federico el Grande era un sexagino, Alcibíades, un heptagino. Como están destinados a dirigir en pasional a una masa de Torbellinos, no serán

necesarios en la fundación de ensayo, limitada a un Torbellino; bastará con elevar la serie hasta el grado pentagino del que se necesita una pareja pivotal; Fox (?) pertenecía a este grado.

Cuando se hayan ajustado y desarrollado los 810 caracteres que constituyen el hombre pasional, podrá observarse cómo se entusiasma, sin ninguna coacción y por atracción general, por todas las funciones de la agricultura, la fábrica, las ciencias y las artes; los niños con tanta espontaneidad como los padres, y todos con un ardor frenético, sin desear ningún día de descanso; también se observará, en este nuevo orden, que el individuo más pobre puede desarrollar y satisfacer el triple y cuádruple de pasiones que contentarían hoy al potentado más rico del globo, y cuantas más desigualdades de fortuna, luces, etcétera, reinen, mejor se elevará el Torbellino al acuerdo general que será tan perfecto como el de los músculos del cuerpo o el de los diversos instrumentos de una buena orquesta, imagen de las pasiones humanas que son una orquesta con 810 instrumentos.

(MA, 458-461)

LAS FANTASÍAS LÚBRICAS

Por manías lúbricas entiendo ciertas costumbres raras, tanto en material como en espiritual; oid a las mujeres que han tenido muchos amantes y a los hombres que, a su vez, han tenido muchas amantes; todos pueden citar una secuela de manías secretas de cada uno, incluso se dan algunas muy cómicas, pues a ciertos hombres del género hipócrita les gusta verse amenazados, pegados y maltratados horriblemente por su moza en palabras y en acciones. Un día vi un látigo peor que el de la pasión de Jesucristo y la mujer que lo utilizaba me aseguró que azotaba con todas sus fuerzas a su tipo, abrumándole de imprecaciones al mismo tiempo, y que éste estaba muy satisfecho por esta cortesía, esta delicadeza. A otros les

gusta pagar, y pagan muy caro a mujeres por el placer de desgarrarlas, de cortar (?).

(...)

Podría llenarse un volumen con el cuadro de estas manías lúbricas, algunas de ellas muy cómicas, como ésta, de especie mixta o material y espiritual a la vez; se trata de un alemán que estuvo durante varios meses cortejando a una mujer muy bella y asistiendo a su dormitorio, cubriéndola y acariciándola en la cama; por toda recompensa se limitaba a sentarse al pie de la cama durante un cuarto de hora y rascar los talones de la dama que, sin embargo, era magnífica y merecía sin duda que la mano no se quedase en los talones, pero el galante era feliz, muy sentimental, y como era joven, bello y honesto, la dama se había aficionado a él pese a este inocente pasatiempo, verdaderamente digno de las virtudes de la edad de oro.

Es evidente que la dama era indemnizada generosamente por otros campeones cuyas caricias sobrepasaban considerablemente los talones; por consiguiente, la he apreciado por haberse aficionado por este galante singular y por haberme ensalzado su honestidad y su delicadeza con un tono afectuoso y un tierno recuerdo que difícilmente tienen los franceses en semejante caso.

Durante varios meses estos dos individuos debieron una felicidad muy real a una manía bien rara y resulta adecuado reproducir el principio; según el cual, aquello que produce placer a varias personas sin perjudicar a ninguna constituye siempre un bien sobre el que debe especularse en la Armonía, donde es necesario variar los placeres hasta el infinito. Por consiguiente, se especulará sobre las innumerables manías lúbricas y, en primer lugar, se las dividirá en dos órdenes, a saber, el material y el sentimental.

Luego, en lugar de burlarse, como en la civilización, de las manías de cada uno, se tendrá interés en alentarlas y asociarlas por grupos. Si en un ejército numeroso pueden encontrarse una docena de hombres a quienes les guste

rascar los talones y una docena de mujeres que se recreen en este pasatiempo, obtendremos la variedad de los rascatalones que serán tan útiles como otros , ya que el fin consiste en procurarse numerosas variedades de grupos en material y sentimental.

Cuanto más numerosas sean las variedades, más fácil será formar series o gamas de las que cada tecla contendrá un grupo compuesto o grupo de hombres y de mujeres apasionados por la misma manía. Examinemos el uso que deberá hacerse de un género de manías distinguidas, clasificadas en grupos y series o gamas.

(MA, 333-335)

Las manías amorosas

Las manías son diminutivos de las pasiones, efectos de la necesidad que tiene el espíritu humano de crearse estimulantes; de ahí nace la superstición que es como el entroncamiento de las manías espirituales.

Las manías se desarrollan muy activamente en amor donde cada uno busca una felicidad ideal en algunos hábitos a menudo muy indiferentes en sí mismos, como en espiritual la en material los de los rascatalones, de los estira-cabellos.

(...)

Distinguiremos las manías amorosas u otras cualquiera en naturales y artificiales. No siendo estas últimas otra cosa que un , al cual puede recurrirse para aturdirse ante el declive de los medios en la vejez o ante cualquier obstrucción en la plena edad. Sólo se especulará sobre las manías naturales mediante las cuales deberán constituirse, en primer lugar, grupos, ligas o sectas, luego series de sectas.

En la Armonía las manías, ya sea en amor o en otras pasiones, nunca serán escasas entre la juventud, aunque actualmente ésta las desprecie porque se las ridiculiza,

por carecer de su uso. Se olvida que el amor es el dominio de la sinrazón y que cuanto más irrazonable sea una cosa mejor se alía con el amor. Desde este punto de vista, las manías le convienen eminentemente y en la Armonía, en que éstas serán de gran utilidad, se las provocará metódicamente entre la juventud y existirán medios seguros para descubrir las que la naturaleza da a cada uno; incluso habrá manías previstas y determinadas antes de la pubertad en tanto los métodos sean regulares en el

Refiramos aquí algunas observaciones acerca de la obstrucción de las manías y sus funestos resultados. Me basaré en la comparación de las pasiones, cuyos diminutivos constituyen las manías.

Toda pasión obstruida produce su contrapasión que es tan nociva como beneficiosa es la pasión natural (eso se demostrará en la 13.ª sección). Sucede lo mismo con las manías. Pongamos algún ejemplo de su obstrucción, lo extraeremos de algún detalle del amor que es el objeto especial de esta 4.ª sección.

Una princesa de Moscú. Dama Strogonoff, al ver que envejecía, tuvo celos de la belleza de una de sus jóvenes esclavas; mandaba que la torturaran, ella misma la pinchaba con alfileres. ¿Cuál era el verdadero motivo de sus crueldades? ¿Realmente era envidia? No, era safismo, la dicha dama era safiana sin saberlo y estaba predispuesta al amor por esta bella esclava que mandaba torturar, sirviéndose de sí misma para ello. Si alguien hubiera dado la idea del safismo a la señora Strogonoff y hubiese intentado reconciliar a ésta con su víctima, ambas personas se hubieran convertido en amantes muy apasionadas bajo estas condiciones; pero la princesa, por no soñar en el safismo, incurría en la contrapasión, en movimiento subversivo; ella perseguía el objeto que hubiera debido gozar, y este furor era tanto mayor cuanto la obstrucción procedía del prejuicio que, ocultando a esta dama el verdadero objetivo de su pasión, no le permitía tan siquiera su desarrollo ideal. Una obstrucción violenta, como todas las privaciones, no se lleva a semejantes furores.

Otros practican en sentido colectivo las atrocidades

que la señora Strogonoff practicaba individualmente. A Nerón le gustaban las crueldades colectivas o aplicadas en general. Odin hizo de ello un sistema religioso y de Sade un sistema moral. Este gusto por las atrocidades sólo es un contraefecto de la obstrucción de ciertas pasiones. En Nerón y Sade estaban obstruidas la compuesta y la alternante, y en la señora Strogonoff, una rama de amor.

La obstrucción de las pequeñas manías o extra-manías presenta los mismos inconvenientes. Si un hombre nacido para ser estira-cabellos o rasca-talones en amor no pudiese satisfacerse, si sólo encontrase mujeres y confidentes que lo expusiesen al ridículo, sin poder desarrollar su gusto favorito, caería en algunas manías nocivas. Es sabida la cómica manía de Julio César: *ser la mujer de todos los maridos*. Actualmente, un gusto semejante no podría satisfacerse sin exponer a César a silbidos generales; éste, al no poder desarrollar ese gusto, incurriría quizá en contramanías atroces de las que sería víctima todo su imperio.

(...)

Las manías raras o extramanías que no alcanzan la proporción de uno sobre 810 en la Armonía se convierten en un signo distintivo cuyo uso para todo el mundo será el mismo que tiene actualmente las cicatrices en los pasaportes civilizados. Por lo general, las manías son tanto más numerosas y más raras, cuanto más elevado en grados sea el carácter. Ello no tiene lugar más que en la Armonía. Por el contrario, entre nosotros, los caracteres de grado elevado por exceso de atención al tono y a la opinión pública son los que más se apresuran a extinguir sus manías, pretendiendo estar exentos de ellas para no exponerse a la crítica, ya bastante estimulada a sus expensas.

Muchos hombres, por carecer de un buen conocimiento de sí mismos, censuran y ridiculizan una manía que ellos mismos tienen. Me di cuenta de que había permanecido en la ignorancia hasta los treinta años en lo que

respecta a mi gusto por las safianas. Todavía permanecería en ella, si no hubiera sido por el incidente que me sacó de ella y antes del cual yo declamaba, según la costumbre civilizada, contra las safianas, de las que no sospechaba ser partidario.

(...)

En la Armonía, cuando se hayan clasificado todos los matices amorosos, primero según el número que no es regla de prioridad, luego según los órdenes, géneros, especies y variedades en material, espiritual y mixto, se procederá sobre las diferentes sectas con numerosas operaciones, de donde surgirán lazos muy brillantes y muy extendidos que concertarán los amores por todo el globo; se formarán cuadrillas de ejército con 32 sectas y núcleo, omnigamias en serie, grupos milenarios por manías diversas y graduadas; en resumen, tanto se especulará sobre las manías como sobre las variedades de carácter; de este resorte despreciado entre nosotros se extraerán recursos incalculables para el entusiasmo y para unir los ejércitos que constituirán la sede de las operaciones. Me parece inútil tan siquiera esbozarlo, ya que los civilizados no están lo suficientemente exentos de prejuicios para ser iniciados en este galimatías. Basta con levantar ligeramente el velo para convencerlos de su profunda ignorancia en lo concerniente al destino del amor, pasión que, en la Armonía, será objeto de los cálculos más amplios, y de la que la civilización jamás ha sabido descifrar ni tan sólo el alfabeto, pues ni siquiera sabe analizar los dos elementos del amor, las propiedades del celadonismo y del cinismo, como ha podido comprobarse en la 10.ª sección.

(MA, 386-387; 388-393)

De los horóscopos metódicos o del cálculo de los ecos de manías

Por fin, tras tantas ofensas al amor-propio de los civilizados, voy a rehabilitarlos a sus propios ojos y a convertirme en el campeón de las manías de cada uno de ellos; voy a enseñarles a enorgullecerse de todos esos ridículos secretos por los que están confusos y con los que cada uno hace misterio, incluso de las rarezas amorosas que se prestan singularmente a la risa y que serán de gran utilidad en el cálculo de los horóscopos.

En primer lugar, debe atacarse el prejuicio que marchita las manías raras de las que cada uno es más o menos esclavo.

(...)

Todo se relaciona en el sistema de Dios sobre el movimiento, y el capricho más pequeño, cuando es dominante en una masa de hombres, puede servir de faro para conducir a inmensos descubrimientos en lo concerniente al horóscopo material y pasional. Como infinitamente pequeño he citado el capricho de los rasca-talones; dudo que haya otro que sea más raro, de modo que no lo he evaluado más que en una millonésima de los humanos. Otros caprichos raros pueden incluso limitarse a una cien millonésima (como el del astrónomo Lalande que comía arañas vivas) y sólo reinar en la Armonía entre 40 de los cuatro millares de millones que poblarán el globo. Luego, cuanto más restringido sea el número de los sectarios de una manía, más apreciada se convierte la manía en cálculo de horóscopo. Veámoslo por comparación.

Nuestros fisiologistas establecen ciertos horóscopos de carácter y de pasiones sobre cuatro temperamentos elementales; admiten que tales costumbres y pasiones dominan en los sanguíneos, tales otras costumbres y pasiones en los biliosos, etc. Este horóscopo, a fuerza de extender generalidades casi equivale a nada, pues abarca a una

cuarta parte del género humano en cada aplicación, puesto que se limita a cuatro métodos. Luego, entre 800 millones de hombres se encuentran cerca de 200 millones de sanguíneos y nosotros queremos horóscopos sobre cada uno de estos 200 millones de hombres y no, sobre todo, colectivamente.

Por ejemplo, si queremos conocer desde la infancia qué niño puede llegar a ser un Homero, un Demóstenes, los métodos que abarcan vagamente 200 millones de hombres no extenderán la predicción hasta estos mismos detalles, pues jamás existirán a la vez 200 millones de poetas iguales que Homero.

Nuestros fisiologistas sólo conocen en el horóscopo el método infinitamente grande y, por consiguiente, infinitamente vago, y a nosotros sólo nos interesan métodos infinitamente pequeños con el fin de que éstos subdividan el cálculo hasta el grado de aplicación individual.

Para conseguirlo, la Armonía basará sus cálculos sobre las manías infinitamente pequeñas en cuanto al número, como en amor la manía de los rasca-talones, en gastronomía la manía de los come- tiendan por lo menos a tres grupos compuestos con 24 personas que no será necesario reunir. Poco importará que habiten en 24 imperios distintos; se hará observar a los individuos por separado en su imperio y ello bastará para el cálculo; incluso podrá establecerse sobre una manía limitada a ocho personas. Antes de adentrarnos más en el tema, definamos brevemente los horóscopos que, hasta el presente, no tienen el honor de ocupar un rango entre las ciencias, pero que en Armonía ocuparán un lugar influyente.

Llamo horóscopo metódico a la determinación de los ecos de movimiento o efecto de coincidencias regulares del material al pasional, por ejemplo, en los sanguíneos la amenidad es eco pasional del temperamento, pues ésta se encuentra con bastante frecuencia entre ellos, mientras que es muy rara en los biliosos que tienen por eso pasional la violencia.

Pero para saber detalladamente lo que un niño será, si será poeta u orador, si en amor será rasca-talones o en gastronomía come- , en el cálculo de ecos debe

descenderse hasta las manías infinitamente raras y observar sus ecos regulares en diversos sentidos para formar con ellos cuadros e índices.

(...)

En el cálculo se deberá constatar en primer lugar:

1) cuáles de los 810 temperamentos dominan entre los sectarios en mayoría relativa o absoluta;
2) cuáles son las manías sentimentales o mixtas que dominan entre ellos en mayoría relativa o absoluta;
3) cuáles de los 810 caracteres dominan en ellos en mayoría relativa o absoluta.

A estas tres observaciones se añadirán una multitud de accesorias, por ejemplo, sobre la edad en la que se manifiesta comúnmente esta manía de rasca-talón en activo, pasivo o mixto.

Cuando este trabajo se haya llevado a cabo sobre siete generaciones ya podrán determinarse poco más o menos los ecos o correspondencia de la dicha manía en pasional y en material, y si está demostrado por estos cuadros que los rasca-talones tienen en mayoría tal temperamento número 360 y tal carácter número 240, se podrá inferir que un niño al que se reconozca desde la edad de los siete años el temperamento 360 y el carácter 240 podrá llegar a ser perfectamente un rasca-talones a los treinta años.

Brillante augurio, dirán nuestros bellos espíritus. ¿Y qué ventaja nos reportará prever que un niño será un día un rasca-talón o tira-cabellos con su amante? La ventaja será inmensa (en cálculo de horóscopo quien puede lo más, puede lo menos), pues si encontramos una clave para determinar la mínima particularidad, los detalles infinitamente raros de los caracteres, con mayor razón sabremos determinar los detalles aplicables a un gran número. Sabremos presagiar desde la edad de los siete años que un niño será un Homero o un Demóstenes, personas que, en la Armonía, serán por otra parte tan numerosas como los rasca-talones. No hubiese sido muy deseable para los

romanos prever de antemano y mediante cálculo regular que Nerón sería un día el más cruel de los tiranos; se hubieran adoptado medidas para alejarlo del trono que no le pertenecía.

(...)

Recordemos a este propósito la máxima según la cual Dios no crea nada inútil; he ahí la prueba de ello; tal manía, que por su extrema singularidad nos parece el colmo del ridículo, se convierte extremadamente útil en cuanto facilita un cálculo por su misma singularidad, efecto necesario del contacto de los extremos; si las pasiones más comunes como la preocupación del padre por su hijo son de inmensa utilidad, es muy importante que esta ventaja se encuentre de alguna manera en las pasiones infinitamente singulares.

Este cálculo de los horóscopos es absolutamente inaplicable a la generación presente; ella no ha desarrollado ninguna de sus manías ni las desarrollará hasta que entre en la Armonía. No será sino en las generaciones educadas en el nuevo orden donde podrá empezarse el largo estudio del horóscopo metódico, por ello me he limitado a indicarlo en estos capítulos sin tener la intención de profundizar los procedimientos. Del ligero esbozo que he puesto puede deducirse un principio enormemente útil, el de la consideración por los infinitamente pequeños. Es una regla invariable de movimiento que siempre existe algún gran misterio de la naturaleza unido al estudio o al empleo de los infinitamente pequeños, como sería una manía que ni siquiera proporcionase a un sujeto por imperio, sino sólo una en cada diez. Nuestros sabios desdeñosos no querrían detenerse en estas minucias en estudio analítico, y pronunciarían, en primer lugar, que una fantasía, tan escasa y tan rara que sólo se encuentra en un hombre entre diez imperios, no merece que se fije la atención en ella. Pero por esa misma singularidad es más digna de ella, y acabamos de verlo en los cálculos de horóscopos que, realizados sobre manías demasiado numerosas, incurren en la vaguedad, y me parece oportuno recordar lo que he dicho
sobre la economía de una cerilla y sobre la minuciosa fantasía de dividir en 8 esta cerilla, economía que despreciada por la nimiedad del ahorro deviene brillante en cuanto es indicio del carácter infinitamente grande que es el omnigino. De este modo, nada es indiferente ni despreciable a los ojos de quien conoce sus leyes.

(MA, 399-400).

Sobre la depravación de la razón por las ciencias inciertas

Según Condillac, en lugar de observar las cosas que querríamos conocer (entre otras el objetivo de las pasiones), hemos querido imaginarlas. De suposición en suposición falsa nos hemos extraviado entre una multitud de errores que, convertidos en prejuicios, los hemos asumido como principios (particularmente el error que, considerando la civilización como término de los destinos en los que ésta no figura, sino en el quinto escalón, quiere subordinarlo todo a las conveniencias de esta sociedad, en lugar de buscar una mejor; quiere reprimir, mutilar y desnaturalizar las pasiones y la naturaleza, en lugar de estudiar su objetivo que consiste en la asociación individual en series, el Torbellino con 810 caracteres). Por consiguiente, nos hemos extraviado progresivamente, pues no hemos sabido razonar sino siguiendo los malos hábitos que habíamos adquirido (a saber, el hábito del mecanismo civilizado, bárbaro y salvaje), el arte de abusar de las palabras sin entenderlas bien, en eso ha consistido para nosotros el arte de razonar (prueba de ello, las palabras felicidad, libertad, virtud, moral, destino, naturaleza y tantas otras vanas doctrinas que constantemente *(sic)* conducen nuestras teorías al fin opuesto). Cuando las cosas llegan a este punto, cuando los errores se acumulan a tal extremo, sólo queda una manera de devolver el orden a la facultad de pensar,

olvidar todo lo que hemos aprendido, reconsiderar nuestras ideas en su origen y, como dice Bacon, rehacer el entendimiento humano.

Ello resulta tanto más difícil cuanto más instruido se crea uno; además, ciertas obras en que las ciencias se tratasen con gran nitidez y precisión, no estarían al alcance de todo el mundo. Quienes no hubieran estudiado nada, las entenderían mejor que quienes han realizado grandes estudios y, sobre todo, que quienes han escrito mucho.

He ahí los filósofos y su *pathos* de perfectibilidad condenados sin piedad por Condillac, cuyas luces ensalzan (hagamos lo que nos aconseja y conseguiremos resultados muy diferentes de los obtenidos). Me satisface que una de las águilas de la camarilla haya definido tan bien su falso juicio y sus prejuicios, el vicio de sus métodos, la necesidad de olvidarlos y de deshacerse de las impresiones filosóficas para proceder al estudio de la naturaleza.

Semejantes acusaciones parecerían impertinencias en boca de un autor como yo; los filósofos no dejarían de responder a ello con sus invectivas familiares, tratándome de loco, de maníaco; me embriaga ver su condena bajo la pluma del gran perfectibilizador del entendimiento humano. Parece haber escrito esta frase expresamente para los detractores que difaman de antemano el cálculo de la atracción, única teoría que satisface el precepto de Condillac, alejándose de todos los métodos admitidos por las cuatro ciencias inciertas.

En consecuencia, para iniciarse en la nueva ciencia de la atracción será necesario estar dispuesto a olvidar todo aquello que se ha aprendido de la sabiduría filosófica; he reconocido en múltiples pruebas la verdad de la tesis de Condillac sobre los espíritus obstruidos por el estudio de las ciencias inciertas; los Buenos simples y personas sin pretensión que no tienen la imaginación llena de filosofía comprenden con gran facilidad la doctrina de la atracción y la teoría de las atribuciones de Dios, como la universalidad de la Providencia, la unidad del sistema de donde se desprende la necesidad de un código social revelado y atrayente. Por el contrario, los sabios no pueden formarse en esta doctrina, pues tan colmados están de orgullo y prejuicios, que no aportan al estudio de esta nueva ciencia, sino su manía pedantesca; lo primero que quieren hacer es regentarme y enseñarme lo que deberían aprender de mí; en esta novedad sólo buscan los medios de controversia; disputando quisquillosamente pierden el mismo tiempo que los hombres simples emplean para instruirse, y, tras un cuarto de hora de discusión, me siento obligado a dirigir a estos sabios el apóstrofe de Condillac y Bacon, la invitación a olvidar todo lo que han aprendido en sus 400.000 volúmenes y a rehacer su entendimiento que únicamente se basa en el ergotismo y en la controversia.

Por lo demás, sólo he conocido sabios de Francia, que son los hombres más sofisticados de Europa. Es muy posible que los sabios extranjeros no compartan la manía común de los sabios franceses y presiento eso por los extranjeros de clase burguesa que he frecuentado. Siempre que he hablado sobre la atracción con alemanes, hombres del norte e incluso con italianos, a los que se califica de superficiales, he encontrado en ellos una rectitud de juicio rara en los franceses, pues tan colmados de ergotismo, bello espíritu y orgullo están, que carecen por completo de buen espíritu y no están habituados a un estudio en el que hay que dejar aparte los prejuicios filosóficos. En el momento en que deben dar ese paso, los franceses tienen el juicio tan falso como el oído. Se diría que las calamidades revolucionarias han debido corregirles su excesiva admiración por la filosofía; todo lo contrario, la aman todavía más; la filosofía, vejándolos desde hace veinticinco años, ha triunfado sobre ellos como se triunfa con las mujeres groseras de las que no se obtiene el efecto sino maltratándolas.

Menos nos sorprenderemos de la tenacidad de estos prejuicios filosóficos si se tiene en cuenta que los mismos que los denuncian contribuyen a arraigarlos, una prueba de ello, son Condillac y Descartes. Este último

erigió en principio que se debía dudar de todo y no creer más que en la experiencia y, sin embargo, no quiso dudar de la excelencia de la civilización. Junto a sus predecesores, decidió considerarla como destino, pese a que ésta fue suficientemente condenada por la experiencia, no dudó tampoco de la filosofía que la experiencia denunciaba como dédalo de errores. Ni Descartes ni sus sucesores quisieron plantear la existencia de alguna ciencia que no fuera la filosofía para llegar a la verdad. De este modo, cuando los doctores dan al género humano el sabio consejo de rehacer su entendimiento deberían empezar por rehacer el suyo en lugar de pisotear todos sus preceptos negándose a *erigir la duda sobre la civilización* y la filosofía (negándose a olvidar todo lo que han aprendido sobre la excelencia de esas dos furias en 400.000 volúmenes que las predican). En los que, sin embargo, tienen ninguna confianza, puesto que nos aconsejan olvidar todo lo que nos han enseñado. ¿Cómo se habituará el género humano a seguir los consejos de Descartes y Condillac cuando ellos mismos inducen al uso de métodos contrarios a los que predican, en los que, por tanto, no tienen ninguna confianza puesto que nos aconsejan olvidar todo lo que éstos nos han enseñado?

Estos sabios no proclaman una buena opinión sino es para absorberla, aniquilarla y ahogarla seguidamente en algún sistema apropiado para dar pie a su renombre; imitan a los agitadores populares que se engríen pomposamente de amor por la libertad y de economía, para ejercer el despotismo y la conclusión. Eso es lo que puede aplicarse a Bacon, Descartes y Condillac. Si estos tres sabios hubieran tenido verdaderamente la intención de hacer apreciar sus consejos sobre la duda metódica o experimental, hubieran tenido éxito dada la gran influencia que ejercían y hoy no veríamos a los espíritus vacilar ante la proposición de someter a duda la civilización y la filosofía.

Adoptemos el consejo de Condillac y Descartes, consejos que tan mal han seguido ellos mismos; procedamos en materia de destino a *rehacer el entendimiento humano* según sus métodos, según las reglas de la duda experimental y de la unidad de sistema. Apliquemos brevemente estas reglas al examen quimérico de tres mil años; su teoría represiva de las pasiones. Considerémosla según las relaciones de unidad o acuerdo: 1) de Dios consigo mismo; 2) de Dios con el hombre; 3) del hombre consigo mismo.

(...)

1) LA UNIDAD DE DIOS CONSIGO MISMO: Si admite para el hombre el modo represivo, incurre en la duplicidad de sistema, pues adopta el libre desarrollo para toda la naturaleza, ya sea para los astros que gravitan en plena libertad sin ser reprimidos por otros astros, ya sea para las criaturas que pueblan los astros, todas con derecho a desarrollar sus pasiones con plena libertad sin que merezcan la reputación de criminales ni sean reprimidas por sus semejantes. Nosotros hacemos la guerra a los tigres, a los lobos, pero no vemos que Dios delegue tigres ni lobos para reprimir a sus semejantes. Dios ha dado a todo ser creado la facultad del libre desarrollo de las pasiones. Cada especie encuentra las suyas buenas y loables; Dios se desviaría de su sistema general si admitiese que una especie hombre u otra reprobase las pasiones que le ha dado y quisiera reprimirlas. Dios no puede consentir esta sin entrar en contradicción consigo mismo, sin degradar su sistema general de libre desarrollo e incurrir en la duplicidad, de donde se desprende que el modo represivo de las pasiones es incompatible con el sistema según el cual Dios rige el movimiento y que el orden de la civilización que exige esta represión es un régimen hostil al espíritu de Dios, al que hay que buscar una salida, si se quiere entrar en las vías de Dios o vías de libertad y unidad.

2) LA UNIDAD DE DIOS CON EL HOMBRE. ¿Por qué nos distribuye resortes de movimientos como las doce pasiones si no quiere que hagamos uso de ellas? ¿Y por qué nos asigna tres objetivos de movimiento, tres núcleos de atracción, si es un crimen querer alcanzarlos y

si nuestro destino es no alcanzarlos jamás? En primer lugar, reflexionemos sobre el primero, sobre el lujo. Las siete octavas partes de los hombres pasan su vida en el suplicio de Tántalo, sedientos del lujo y del bienestar que se expone ante sus ojos y no pueden gozarlo. Dios lo ha previsto; no ha podido ignorar que la mayoría de los civilizados y de los Bárbaros languidecería en las privaciones; se muestra como enemigo suyo al darles un incentivo que los impulsa violentamente al lujo y que apasiona por la fortuna incluso a estos sabios que enseñan a despreciarla, con mayor razón a los ignorantes que no la desprecian. Dios debía darnos o no el deseo de riquezas, o idear el medio para procurárnoslas. Lo cual es imposible en la civilización, ya que esta sociedad hace el trabajo repugnante a causa del modo insocietario, ésta se derrumbaría a partir del instante en que el pueblo viviera en el lujo, pues abandonaría de inmediato el cultivo. De ello se deduce que si Dios nos ha asignado la civilización y la Barbarie por destino ulterior, ha consagrado malvadamente a las siete octavas partes de los humanos a estar toda su vida reprimidos en esta atracción que no obstante procede de Dios, y Dios se convierte sistemáticamente en perseguidor del género humano, puesto que al dotar a la atracción de una intensidad que ninguna razón puede combatir, nos condena a sabiendas a ser roídos por los deseos. ¿Pueden suponerse unas intenciones semejantes en un Dios que fuera unitario o concordara con nosotros? No, sin duda alguna; por consiguiente, si se admite esta unidad del espíritu de Dios con el espíritu del hombre es necesario determinar un mecanismo social que concilie a uno y otro, proporcionándonos las riquezas, cuyo deseo nos inspira Dios. Nuestros sabios, horrorizados ante este problema, han pretendido destruir el deseo de riquezas; ya sabemos el éxito que han obtenido.

El mismo razonamiento se aplica al segundo núcleo o *amantismo*, goce de los cuatro grupos, cuyo aguijón también quieren reprimir nuestros sabios por no saber satisfacerlo. Es como si se quisiera hacer remontar a su origen un torrente que uno no sabe contener en su lecho.

El equilibrio o armonía, en lugar de Armonía, no puede verse en la Tierra más que una discordia graduada desde el infinitamente pequeño o sociedad de matrimonio y de familia hasta el infinitamente grande o sociedad de clase, que presenta los tres períodos salvajes, bárbaro y civilizado incompatibles y obstinados en rechazar toda medida de unidad y amalgama. Si ese es el orden que Dios quiere establecer en las relaciones humanas es, pues, esencialmente amigo del cisma social, ya que distribuye el género humano en tres sociedades perpetuamente cismáticas tanto en su conjunto como en sus detalles, de horda a horda, de imperio a imperio, de familia a familia; habría que imaginar a Dios violentamente hostil a la unidad para que pudiese complacerse en semejante orden y quisiese hacer de él nuestro destino. Si, por el contrario, se imagina a Dios amigo de la unidad se puede dudar en que ha compuesto para nosotros algún orden diferente que no hemos sabido descubrir y en el que se debe.

3) LA UNIDAD DEL HOMBRE CONSIGO MISMO: hay que examinarlo del material al espiritual, los dos elementos de los que se compone nuestro ser. Todos nuestros sabios coinciden en cumplir el pleno desarrollo del material; ellos proscriben hasta los vestidos que podrían entorpecer los movimientos y con mayor razón los tipos de trabajos que obstaculizarían las funciones internas o externas del cuerpo humano. Incluso quieren que se perfeccione el ejercicio de estas funciones mediante la gimnasia. Ningún fisiólogo pretenderá que deban reprimirse y debilitarse las facultades digestivas, generadoras u otras, so pretexto que el individuo no tenga la licencia para satisfacerlas, que carezca de víveres o de mujeres. El médico siempre será partidario de educar el cuerpo material en el pleno desarrollo de los órganos y facultades, excepto que el individuo se asegure como pueda el goce, intrigue para procurarse víveres y mujeres. Los mismos curas a quienes sus dogmas prohíben el uso de las facultades generadoras y limitan las de la nutrición mediante ayunos y austeridades, los curas, digo, quieren

que sus recipiendiarios sean hombres sanos y vigorosos, bien provistos de facultades digestivas y generadoras de las que, no obstante, no harán ningún uso si quieren seguir los santos cánones.

Así, en material el sistema represivo está cubierto de ridículo entre nosotros y el maníaco Orígenes que se sometió a la mutilación para reprimir la concupiscencia no encontraría ningún imitador, ni siquiera un apologista en el sacerdocio, cuyos dogmas creía respetar. Luego, si admitimos que existe unidad en el sistema del universo y en consecuencia en lo material y pasional del hombre, ¿cómo ver la unidad en un régimen que tiende a desarrollar lo material y reprimir lo pasional del hombre?

En cualquier sentido que se examine este inexplicable problema, sólo se halla una solución que es la necesidad de un orden social compatible con el desarrollo de las pasiones y la urgencia de buscar este nuevo orden, cuya teoría descubierta al fin cubre de ridículo a todos los sofistas que han puesto en duda su existencia para eximirse de emprender su búsqueda.

Los partidarios del sistema represivo no han tenido en cuenta la posibilidad de alterar y obstruir todo el conjunto de un mecanismo deteniendo o desplazando una sola de sus piezas; bastaría que se opusieran ciertas trabas al amor para alterar plenamente el mecanismo civilizado. Luego, cuando las otras pasiones son trabadas del mismo modo, ¿debe sorprendernos que el orden social caiga en falsedad general? Sí, incurriría en falsedad al trabar una sola rama de pasiones, si en la Armonía se tratase de desarrollar tres de las seis ramas de amor (simple, compuesto, polígamo, anfígamo, omnígamo, ambiguo), tres cuyo desarrollo se paralizaría, turbaría el juego de las demás con quienes éstas se confundirían mediante desnaturalizaciones y falsedades. El desorden se introduciría en todo el sistema de los amores y de allí en las demás pasiones a las que debe asegurarse el pleno desarrollo en todos los grados y variedades; cuán alejado se halla todo eso de la doctrina de nuestros 400.000 volúmenes, todos ellos obstinados en

reprimir tal pasión o ahogar tal otra, según el capricho de cada Retórico.

Si hubieran alcanzado algún bien siguiendo este método, pero los resultados ya no dejan en pie la ilusión, la experiencia ha confundido incluso a los mitigados, a los medio represores llamados economistas que querían transigir a medias sobre el desarrollo y permitir el amor del lujo sin garantizarle el goce; han sido vergonzosamente burlados en todas sus pretensiones.

(...)

Insistamos sobre la inconsecuencia de los represores; apliquemos a alguno de sus dogmas el precepto de Condillac y Descartes: rehacer el entendimiento humano, subordinándolo a las luces de la experiencia. Voy a examinar una ilusión muy falaz: su pretensión de perfeccionar la naturaleza bruta actuando sobre las pasiones como el cultivador con las ramas parásitas que poda para aumentar el producto del árbol; según ellos, la sociedad debe actuar del mismo modo con el árbol de las pasiones, derribar las ramas nocivas que nos preservarían de los frutos de armonía social que quieren obtenerse de éste.

Esta comparación, muy plausible a primera vista, se convierte en una ilusión grosera cuando se examina su aplicación. Efectivamente, el cultivador que poda el árbol está justificado por las ventajas que ello reporta, la vida podada da, evidentemente, frutos más abundantes y mejores que los de la viña que se deja crecer libremente, mientras que la sociedad civilizada con sus sistemas represivos no produce ninguno de los frutos que ha querido cultivar y sólo hace germinar sus contrarios, la pobreza, la mendicidad, la falsedad, la expoliación, las carnicerías, etc.

En consecuencia, el método represivo es falso en la práctica y es un torpe abuso compararlo con la escarda agrícola que está justificada en la práctica, puesto que alcanza el fin que se ha prometido.

(...)

Si proseguimos el examen de las otras pretensiones acreditadas por nuestros represores, sólo se encontrarán, como en la que acabo de refutar, ilusiones que, degeneradas en prejuicios, han adquirido fuerza de principios y que se desvanecen circunstanciadamente en cuanto se las somete al análisis, del mismo modo que se desploman en masa por el mero juicio de la experiencia que las fulmina. Entro en su biblioteca de París, inmenso tesoro de su filosofía, admiro las galerías de 400.000 tomos donde se indican todas las rutas de la sabiduría, de la verdad y del enriquecimiento de las naciones; al salir de la sala sólo veo mendigos importunando a los transeúntes, sólo veo comerciantes engañando, robando a cual más, veo dentro de suntuosos carruajes a los hombres que han expoliado al Estado y veo a mujeres dichas virtuosas que a cada palabra que pronuncian dicen una mentira; en fin, no veo sino un orden de cosas en el que cada detalle cubre de ridículo a nuestros perfectibilizadores y sus 400.000 volúmenes.

Si se ha considerado un orden semejante como vía de verdad y de felicidad social, está claro que, como dice Condillac, se ha «ido de suposición en suposición falsa y que hay que olvidar todo lo que se ha aprendido»; olvidar por completo esta sabiduría civilizada o sistema represivo que no sirve sino para reforzar todos los vicios que se intenta atacar; no cabe duda de que nos hemos equivocado groseramente en lo que respecta a los medios de ataque, puesto que se nos ha hecho retroceder en todos los puntos, y si se quiere volver a la carga, debemos proveernos de otras armas más eficaces y, según Condillac, «rehacer el entendimiento humano y reconsiderar en su origen las ideas de armonía social, discutir si no se cometió en el origen algún error capital que precipitó a la razón por un camino falso.

He indicado ya este error, producto del orgullo científico; éste consistió en suponer que la razón humana era suficiente en legislación, suponer que la razón divina era incompetente o se engañaba sobre este punto, suponer que en destino social no existía ninguna teoría preestablecida y revelada, suponer que la providencia era

limitada en lugar de universal, que había fracasado en la disposición de la fama primordial del movimiento que es la legislación pasional, por último, suponer que no existía unidad en el sistema del universo y que la atracción, agente de la Armonía de toda la naturaleza no lo era también del hombre.

(MA, 404-413)

INDICE

PRÓLOGO: *La voluptuosidad subversiva,* por Eduardo Subirats y Menene Gras ... 7

NOTA DEL TRADUCTOR ... 29

AVISO A LOS CIVILIZADOS SOBRE LA PRÓXIMA METAMORFOSIS SOCIAL. 39

I. TEORIA DE LOS CUATRO MOVIMIENTOS Y DE LOS DESTINOS GENERALES

INTRODUCCIÓN DE 1808 ... 47

DISCURSO PRELIMINAR ... 49

Indicios y métodos que condujeron al descubrimiento anunciado ... 50
Sobre la asociación agrícola y doméstica ... 55
De la atracción apasionada y de su relación con las ciencias fijas ... 61
Extravíos de la razón por las ciencias inciertas ... 64

NOCIONES GENERALES SOBRE LOS DESTINOS

Definición y división ... 71
Jerarquía de los cuatro movimientos ... 72
Movimiento social ... 74
Fases y períodos del orden social en el tercer planeta llamado la Tierra ... 75
Noticia sobre la creación subversiva anterior destinada al uso de la primera fase y del octavo período que abre la segunda fase ... 81
Corona boreal ... 84

LA ATRACCIÓN APASIONADA

Sobre el estudio de la naturaleza por la atracción apasionada ... 93

El árbol pasional y sus ramas o potencias graduadas en 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º grado ... 98
La atracción apasionada ... 104

DEL ORDEN CIVILIZADO AL ESPLENDOR COMBINADO

Insatisfacción de los hombres en los matrimonios incoherentes ... 109
Política galante ... 117
Sobre las series progresivas o series pasionales: Serie de Parada ... 124

EPÍLOGO SOBRE EL ABANDONO DE LA FILOSOFÍA MORAL ... 135

II. TEORIA DE LA UNIDAD UNIVERSAL

EL NUEVO MUNDO INDUSTRIAL Y SOCIETARIO

ARQUITECTURA SOCIETARIA

Proyecto de una ciudad del 6.º Período ... 149
Distribución del Falansterio y de los Seristerios ... 156
Galerías internas o calles-galerías, formando peristilo cerrado y continuo ... 160
Plano de un Falansterio y distribución unitaria de los edificios ... 165
Plano de un Falansterio ... 168

EDUCACIÓN SOCIETARIA

Sobre la unidad de la educación en la Armonía ... 171
Precocidad compuesta de los niños ... 174
Las pequeñas Hordas ... 178
Organización de las pequeñas bandas ... 184
Sobre la connivencia de los Filósofos y de los Franceses para envilecer el sexo femenino ... 188
Opera Armoniana ... 193
De las Cocinas Seriarias y su influencia en la educación. 197
Alicientes y Progresos del Niño en las Cocinas Seriarias. 201

DE LAS TRES PASIONES DISTRIBUTIVAS O RESORTES ORGÁNICOS DE UNA SERIE APASIONADA ... 205

III. EL NUEVO MUNDO AMOROSO

El amor, pasión todo divina y núcleo ideal ... 217
Consecuencia de la monogamia: el adulterio o cornudismo ... 218
Para satisfacer los deseos universales es preciso contradecir los prejuicios ... 220
El Amor sensual, difamado en teoría, domina en la realidad ... 220

En la Armonía los placeres son asunto de Estado ... 221
Definición de los cinco órdenes de amor ... 222
En el vínculo del matrimonio, a menudo no se ve más que el lazo material ... 223
Equilibrio de los dos elementos del amor ... 224
Cómo satisfacer los diversos gustos ... 225
Indice de la impericia general sobre las cuestiones sentimentales ... 227
Un desarrollo amoroso singular ... 231
Escala de los géneros de amor, civilizados, bárbaros y salvajes ... 234
Exclusión forzada de los sentimientos en civilización ... 240
Los santos y los héroes de la armonía ... 243
Consideraciones sobre la santidad mayor o cábala gastrosófica ... 244
El conocimiento de los temperamentos ... 245
Analogía entre las pasiones y las sustancias alimenticias. 246
La medicina atrayente ... 247
La higiene positiva ... 248
El amor debe multiplicar hasta el infinito los lazos sociales ... 250
Procacidad de los filósofos ... 253
El incesto ... 255
La frívola distinción de los casuistas ... 256
La poligamia y el incesto ... 257
Las inovaciones de la armonía serán proporcionales a las costumbres ... 258
La urgente necesidad del amor sensual ... 259
Gamas de poligamia armónica en las partidas cuadradas, sextinas, etc., o unitarias ... 261
Tabla del alma humana o del hombre pasional ... 266
Las fantasías lúbricas ... 269
Las manías amorosas ... 271
De los horóscopos metódicos o cálculo de los ecos de manías ... 275
Sobre la depravación de la razón por las ciencias inciertas ... 279